

**UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO
INSTITUTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES**

**PROYECTO DE TESIS
PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE
PROFESOR DE ENSEÑANZA MEDIA EN HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES
Y A LOS GRADOS ACADÉMICOS DE
LICENCIADO EN HISTORIA
LICENCIADO EN EDUCACIÓN**

TÍTULO DE LA TESIS:

**Crisis Finisecular:
Las costumbres de la élite chilena hacia el
1900**

**NOMBRE DE LOS ALUMNOS: Manuel Astudillo Gálvez
Jaime Acevedo Milla**

**PROFESOR GUÍA: Leopoldo Benavides
PROFESOR INFORMANTE: Itamar Olivares**

Agradecimientos

Lo cierto es que el espacio dedicado a expresar agradecimiento, no termina por ser suficiente, hay emociones demasiado intensas detrás de cada línea trazada en las numerosas páginas que conforman nuestra investigación.

Sin embargo, esta página, se encuentra destinada a todos aquellos que estuvieron detrás de nosotros estos años, apoyándonos de diferentes maneras a lograr nuestros objetivos, puede que no los nombremos, pero jamás olvidaremos el cariño, y sobre todo, la paciencia, para ver finalizado un trabajo que ha conllevado tanta dedicación y esfuerzo.

Agradecimiento especial a nuestro profesor, Leopoldo Benavides, a su apoyo disciplinar y bibliográfico, y por guiar respetuosamente la tesis de un par de novatos, a los cuales figurativa y literalmente concedió un segundo aire.

Tabla de contenidos

Contenido	Páginas
Páginas preliminares: Agradecimientos, Tabla de contenidos.	2-5
Introducción.	6
Capítulo I: Formulación del Problema.	8
1. <u>Antecedentes.</u>	8
1.1 Chile en el fin de siglo.	8
1.2 Justificación de la investigación.	9
1.2.1 Los rasgos de unas costumbres diferentes.	9
1.2.2 Una cultura afrancesada.	9
2. <u>Formulación del Problema.</u>	10
3. <u>Preguntas de Investigación.</u>	12
4. <u>Hipótesis de trabajo.</u>	13
5. <u>Objetivos Generales y Específicos.</u>	14
5.1 Objetivo General.	14
5.1.1 Objetivos específicos.	14
6. <u>Metodología.</u>	15
Capítulo II: Marco Teórico	17
1. <u>Algo sobre la noción de Crisis y Decadencia.</u>	17
1.2 Enfoque Preliminar.	17
1.3 Perspectivas disciplinares de crisis.	18
1.4 Hacia las nociones de crisis y decadencia.	21
2. <u>Modernización, Modernidad y Modernismo.</u>	25
2.1 Modernización.	26
2.1.1 Perspectivas conceptuales de Modernización.	31
2.1.2 En síntesis.	36
2.2 Modernidad.	37

2.2.1 Evolución del concepto.	39
2.2.2 Modernidad Estética (Romántica).	43
2.2.3 En síntesis.	45
2.3 Modernismo.	46
2.3.1 Una mirada más local del modernismo.	53
2.3.2 Manifestación vital del modernismo (dandismo).	54
2.3.3 En síntesis.	57
Capítulo III: El contexto chileno a fines del siglo XIX.	59
1. <u>El escenario y telón de fondo.</u>	60
2. <u>Chile durante la segunda mitad del siglo XIX.</u>	60
2.1 Aspecto Económico.	61
2.2 El Orden Legal.	63
2.3 Momentos que marcaron cambios duraderos.	65
3. <u>Chile en la última década del siglo XIX.</u>	68
3.1 Grupos subalternos.	72
3.2 El Centralismo como norma.	75
4. <u>Una sociedad en transición: el Centenario.</u>	77
5. <u>Los Ensayistas de la Crisis.</u>	79
5.1 Nacionalismo.	83
6. <u>Entre la Modernización y el Modernismo.</u>	85
6.1 Modernización y Modernismo chileno.	87
6.2 Las áreas del Modernismo chileno.	87
7. <u>La vida de las mujeres de la elite.</u>	91
7.1 Religiosidad marcada.	92
7.2 Asimetría y relegación.	93
8. <u>Algunas consideraciones.</u>	95
Capítulo IV: La Belle époque chilena.	97
1. <u>Latinoamericanos en París.</u>	99
1.1 Rastaquouère o rastacuero.	113
1.2 Chilenos en París.	118
1.2.1 Los Trasplantados.	139

1.2.2 El retorno a Chile.	145
2. <u>Modo de ser.</u>	154
2.1 La oligarquía en torno al ocio.	156
2.1.1 El consumo conspicuo y el buen tono.	163
2.1.1 (2) Casa Grande.	192
2.1.2 El Peculio.	196
2.1.2 (2) Un Idilio Nuevo – Krach!	211
2.2 Formas de vida.	216
3. <u>Espacios de sociabilidad restringida.</u>	218
3.1 Salones y mujeres de élite.	229
3.1.1 El Teatro	247
3.1.2 Segmentación ilustrada.	255
4. <u>Las voces críticas.</u>	256
4.1 El lujo.	272
4.1.1 La literatura como experiencia de crisis.	275
4.1.2 La literatura como punto en común.	287
4.1.3 Aporte de las fuentes periodísticas.	290
5. <u>Costumbres paganas.</u>	294
V: Conclusiones.	297
VI: Bibliografía.	301

Introducción.

En el umbral del siglo XX, Chile presenta notables transformaciones, consistente en la mudanza de costumbres, propiciadas por una relación más estrecha con el mundo moderno. A la vista, el viraje observado, tiende a proyectar una realidad con pautas de sociabilidad que eleva la preeminencia de los sectores acomodados, motivación que gobierna el curso de sus vidas. Llamó entonces la atención, que las convicciones que nutren a distinguidos individuos, apostaran por rasgos de naturaleza mundana, a tal punto de dar validez a comportamientos situados entre el estereotipo y el prejuicio. Lo anterior implicó la formación de una identidad difusa, que se movía constantemente entre lo antiguo y lo moderno, a saber, el afianzamiento de nuevas costumbres sociales inauguro una experiencia que transcurre ahora sobre símbolos contruidos en el extranjero, particularmente, Francia.

El estudio, por tanto, está enfocado en examinar las ascendentes costumbres europeas recreadas por la élite en el contexto nacional y, en particular, apreciar si estos nuevos hábitos lejos de limitarse a convertirse en un elemento accesorio, influyeron significativamente en la vida pública y privada de la élite, y por supuesto, los alcances de estas prácticas en el quehacer cotidiano.

Explicitadas nuestras intenciones, el segundo capítulo propone un análisis para identificar aquellos elementos de interés, en el mejor de los casos, abordar los múltiples conceptos que dan origen a la variedad de fenómenos experimentados a lo largo del periodo en estudio. Lo primero que aborda, son las distintas tipologías que asumen los conceptos de crisis y decadencia, luego, e igual de relevante para la comprensión de aquel compendio de costumbres que la élite nacional anhela emular, es considerar el clima intelectual que recorre gran parte de Europa, con esto queremos ponderar elementos específicos, que corresponden al trinomio modernización, modernidad y modernismo. El retrato ofrecido, responde a la necesidad de desentrañar que parte de este contenido fue adoptado por la jerarquía social de época, y como fueron desvirtuados gran parte de los rasgos esbozados en dicho proceso.

El tercer capítulo funciona como telón de fondo, donde se registraran los hechos relativos al contexto nacional, con una lectura ligada a la organización económica, acompañada de actores políticos y sociales que comienzan a fraguar una identidad adscrita a otro tipo de mentalidad, y con ello, los primeros alcances y poder normativo de valores y creencias externas. En suma, quisiéramos considerar la variedad de fenómenos que subyacen en el advenimiento de una alta sociedad que comienza a desarrollar unas costumbres reprobatorias, de las veces que resultan mortificadamente fragmentarias.

Finalmente, el capítulo cuatro, expondrá las características de las nuevas formas de sociabilidad imperantes, y el estilo de vida cosmopolita que ostenta gran parte de la oligarquía santiaguina. Nuestra interpretación, canaliza estas circunstancias identificando temáticas cruciales, la relevancia del viaje a Europa, los patrones de consumo unido a esa travesía, la preeminencia de costumbres mundanas para afirmar el status social, la reproducción de un canon cultural asimétrico con la identidad de clase y la vida cotidiana de la élite, la redefinición de los límites sociales y espaciales (grupos homogéneos y segregados) y, la crítica a un tipo de experiencia alternativa y divergente que se hace extensiva en la sociedad del novecientos.

Con todo, cabe reiterar que nuestra investigación está orientada en analizar el comportamiento de la élite desde el punto de vista de las formas de sociabilidad adscritas a actitudes afrancesadas que surgieron y se acoplaron en la sociedad capitalina durante el fin de siglo, específicamente alrededor de un modo de ser que parecer ser la causa principal del sentimiento de crisis de la época en estudio.

En términos temporales, el estudio presentado, cubre las últimas décadas del siglo XIX, hasta los primeros diez años del XX, que coincide con la celebración de los primeros cien años de vida independiente.

Capítulo I

Formulación del Problema.

1. Antecedentes.

1.1 Chile en el fin de siglo.

Nuestro país se encuentra bajo un proyecto que genera cambios, y estos influyen tanto en el pensamiento, como en el comportamiento de una clase social en particular. Las altas esferas sociales, integradas por una élite criolla que adolece de una matriz cultural altamente constreñidora, de pronto, y bajo contingencias históricas específicas, supone la inclinación hacia un tipo de vida extravagante, que se encarga de reproducir, profundizar y diversificar.

El proceso que gira en torno a la sociedad del 1900, implica dicotomía, es decir, la desintegración de un tipo de realidad para entrar en otro, sin saber que son realidades que se excluyen, realidades que en su núcleo se repelen y se superponen. Las consecuencias de dicho proceso no son marginales, sobreviniendo modificaciones profundas en las costumbres de la sociedad, todo ello identificado a través de un consumo de utilería mundana para exteriorizar una imagen que remita al espectáculo del buen tono. En adelante, las prioridades irán orientadas a articular ritos sociales bien definidos, encaminados a reconocer la superioridad y excelencia de los grupos oligárquicos.

1.2 Justificación de la investigación.

1.2.1 Los rasgos de unas costumbres diferentes.

La finalidad de las elites desde siempre ha sido consolidar su posición en la cima de la jerarquía social, al tiempo que sus motivaciones a menudo les aliente a desenvolverse fuera de los roles que admite sus designios particulares. En cualquiera de los casos, para reafirmar una imagen de poder, las formas ancestrales de la identidad aristocrática no eran suficientes, por consiguiente, hacia finales del siglo XIX un nuevo elemento adquiere notoriedad, el dinero, que permite encuadrarse a los moldes de otras culturas, promoviendo remozadas dinámicas de dominación. Es un comportamiento dirigido a modificar la naturaleza del dinero, tanto en la forma que usa, la manera en que se gasta, que es lo que se adquiere, y aún más importante y esencial, saber ante quién y por qué deben ser exhibidas sus características.

Frente a esta situación, tenemos a una oligarquía que pierde carácter y rumbo, mientras se revela el propósito de un modo de vida que gira en torno a superficialidades. Ahora, todo converge en un mismo centro, donde las normas de conducta y la moralidad comienzan a cambiar. Así se abre paso a un ámbito de inquietud existencial, de obsesiones y angustias, de una vida que imita, de una imagen ligada al exterior, que retrata formas ajenas en aras de objetivos propios, con más fallos y errores que aciertos.

1.2.2 Una cultura afrancesada.

El influjo francés provocó un efecto más arraigado y menos pasajero de lo que se conoce. Tanto así, que buena parte de la internalización de esta estética, reclamó la presencia de mecanismos alineados a un modelo externo, que con un carácter avasallador, disipa una forma de vida para articular otra, imitando el espectáculo parisino y dilapidando tradiciones locales.

Se crea así un efecto paradójico: la modernización permite el acceso a mercados extranjeros y a la adquisición de diferentes bienes, pero de ello deriva la construcción de una nueva sensibilidad, caracterizada por una mentalidad donde los medios de vida se tornan extravagantes y, la ostentación se vuelve norma de conducta incuestionable.

Este estado de conciencia, modifica a la sociedad y erige aquella visión de mundo vinculada al desenfreno y al lujo, a un consumo inscrito en lo material y sus prerrogativas afiliadas. Se exhibe igualmente, el quiebre con una sociedad que continuaba siendo tradicional, pero que ahora aspira a la modificación cultural, donde se propugna la gratificación bajo una estética refinada y moderna.

La relevancia que poseen anteriores nociones mencionadas, radican en el definitivo establecimiento de pautas de sociabilidad, sujetas a un ceremonial mundano, que abandona viejos modelos de comportamiento, para reproducir hábitos culturales ajenos. Esta frívola vocación, de lujo inmoderado, termina por convertirse en signo de aquel desajuste, que provoca la disociación interna de la identidad aristocrática.

Es justamente en estos puntos donde consideramos importante adentrarnos, porque a nuestro juicio la vida pública y privada de la élite nacional estimula muchos de los fenómenos hacia los que se encamina la crisis de fin de siglo, cuando intentan reproducir negligentemente unas costumbres que no les pertenece.

Insistimos que nuestro trabajo no se trata de política, ni de clase política, es como se relaciona la clase acomodada fuera de la política, es sobre su actitud, valores y sensibilidad, en definitiva, sus costumbres.

2. Formulación del problema.

El tránsito del fenómeno va desde 1880 hasta 1910 aproximadamente, advirtiéndose la llamada crisis finisecular como el punto de inflexión. En este marco aparece la noción de crisis y decadencia como la declinación de patrones tradicionales de sociabilidad, generando transformaciones en las costumbres que se alinean a un modelo externo de concebir la sociedad. Semejante proceso advierte irregularidades en otras esferas de la sociedad, puesto que en lugar de atender al cumplimiento de ciertas obligaciones sociales, se entregan de lleno al goce de placeres mundanos.

Esta estética, como la identidad que devela, se perfila en el mismo instante en el cual las relaciones con el capital internacional se intensifican, influyendo directamente en los sectores acomodados, quienes son los más activos consumidores de estas nuevas prácticas culturales.

La crisis se vislumbra como un mal desenfrenado, una multiplicación sin fin de actitudes que dividen y expanden angustia, quizá no en toda la sociedad, pero lo suficiente para notar que algo viaja libremente por el aire, incluso si solamente aparece una pequeña presión en el ambiente, su densidad cambia.

Por otra parte, la interacción de todos estos factores nos ofrece un panorama amplio de la situación del país a finales del siglo XIX; la sociedad se nota alterada cuando es vista desde un ángulo en particular o desde la óptica de un grupo social específico. Así, este síntoma de crisis o decadencia puede doblar y dispersar el avance de una sociedad. La oligarquía se abstrae dentro en una imagen que ya no le pertenece y en la que reproduce elementos que son entregados por lo foráneo. Ahora sólo esperan que sus vidas logren ser valoradas en base al prestigio que viene aparejado con el dinero.

El despliegue de estos procesos y actitudes, colisionan con una modernización en ciernes, la cual aún no abarca al conjunto de la comunidad, y que además se

encuentra destinada a exhibir la desigualdad social, e incluso, de potenciarla, una discriminación unida a unos patrones de conducta inscritas en las convenciones del buen tono.

Tal condición supone un dilema, la convivencia de mundos extraños, mundos que no cooperan y que parecen excluirse mutuamente. Se crea entonces, una situación donde los valores tradicionales pierden fuerza ante la llegada de una mentalidad que fomenta costumbres y motivaciones hedonistas.

3. Preguntas de investigación.

En consonancia con lo recientemente expuesto surgen las siguientes interrogantes:

- ¿Qué elementos del contexto histórico permiten estos cambios en las costumbres de la élite nacional?
- ¿En qué medida se puede hablar de crisis y decadencia en el escenario nacional?
- ¿Qué costumbres adopta la élite criolla ante la influencia del modelo cultural francés?
- ¿Qué tan extensivas fueron estas nuevas costumbres en la élite nacional?
- ¿Cuáles son las consecuencias inmediatas de este estilo de vida basado en patrones de sociabilidad hedonista?
- ¿Cuáles son los cuestionamientos que acarrea la presencia de agentes culturales externos?

4. Hipótesis de Trabajo.

Frente al despliegue de licenciosos patrones de comportamiento, y la posterior sustitución de aspectos tradicionales por elementos externos, surgieron anomalías que potenciaron un sentimiento de incertidumbre en la trama de la vida del novecientos.

En definitiva, la hipótesis establece que:

- La oligarquía nacional, en su afán por emular costumbres europeas sin concentrarse en la justificación intelectual que las envolvía, termina por crear un tipo de cultura distorsionada. Se procede, por tanto, a la reproducción indiscriminada de hábitos incompatibles con el contexto de la época. A la vista, la gradual declinación de las formas de sociabilidad aristocrática señala cambios atingentes a su condición de clase acomodada, determinante en la sensación de crisis y decadencia que comenzaba a materializarse en la sociedad chilena.

En relación a lo preliminar se indica que:

- La crisis finisecular también se entiende como producto del afán desesperado de la élite nacional por imitar costumbres modernas, esencialmente francesas. Con ese ímpetu, individuos de diferente procedencia social intentaron plegarse a esos márgenes de acción, alimentados por las fantasías del estilo de vida oligárquico.
- La crisis de fin de siglo fue un cambio cultural que afectó directamente la identidad nacional, o como ésta era representada; dando paso a ideas y expresiones que no iban acorde a las transformaciones del país (por ello se le confiere el carácter de decadente).

- El comportamiento de la élite se relaciona directamente con la figura más superficial de la corriente modernista, producto de aquello, adoptaron y reprodujeron solamente costumbres frívolas.

5. Objetivos generales y específicos.

Objetivo General:

Analizar las costumbres desplegadas por la élite nacional en su paso hacia el siglo XX, considerando la exaltación de un espíritu ligado al modernismo europeo.

Objetivos Específicos:

- Analizar el contexto de la época a través del estudio de los procesos que articularon el sentimiento generalizado de crisis.
- Examinar las costumbre de la élite de fin de siglo ante la manifestación de una conciencia imitativa, particularmente francesa.
- Detallar los niveles de penetración de la cultura afrancesada, considerando el desplazamiento de las costumbres tradicionales.
- Identificar y caracterizar la belle époque criolla, explicando en qué medida su estética adhiere a una concepción de crisis y decadencia.
- Examinar los patrones de asociación y exclusión compenetrados en la trama de la vida cotidiana de la élite.

- Analizar la realidad de las mujeres de la élite frente a la entronización de principios de sociabilidad modernos.
- Examinar el discurso contestatario ante la carga cultural francesa que irrumpe en el Chile finisecular.

6. Metodología.

Como primer aspecto se identificarán y seleccionarán nociones relativas a acercar términos tan amplios como el binomio crisis-decadencia y el trinomio modernización-modernidad-modernismo. Se hará hincapié en el dandismo como expresión necesaria de estudio en este caso, por ser elemento crucial para analizar las costumbres de la élite afrancesada.

En seguida se incurrirá en la observación y análisis contextual del contenido, para determinar las variables que influyen en el sentimiento de crisis generalizado que surge. Se incidirá en el análisis de fuentes bibliográficas relativas a los procesos de Chile en el fin de siglo.

Finalmente, se procederá en la búsqueda y selección de un cuerpo representativo de experiencias y actitudes que, ligadas a la cultura del ocio y el consumo conspicuo, serán el foco esencial para ligar crisis con una moral decadente. Para ello se analizarán las costumbres de la oligarquía en su círculo interno y sus transformaciones en el cambio de siglo. Recurriendo a textos de ficción (novelas), y principalmente fuentes de corte memorialista, por ser un interlocutor válido para hablar de actitudes, creencias y prácticas generadas en el pasado reciente.

Desde la perspectiva inscrita en el reclamo ante costumbres afrancesadas, se pretende diferenciar los niveles del discurso contestatario. Dicho análisis se realizará en torno a supuestos que insisten en retomar referentes valóricos tradicionales.

Anhelamos que este estudio sirva para complementarse con los ya elaborados, apoyando con elementos nuevos y ayudando a los ya existentes.

Capítulo II

Marco Teórico.

1. Algo sobre la noción de crisis y decadencia.

1.2 Enfoque preliminar.

Cuando se comienza a trabajar con algún concepto, adentrarse en su definición establecida es esencial. Dicho esto, existen instancias en las cuales el concepto y su significado no articulan, no hay consenso claro, o no es utilizado en el contexto correcto, por tanto, el concepto se transforma en noción.

Nociones sobre el concepto de crisis histórica abundan e imprecisiones también, debido a que dicho término tiene una carga subjetiva enorme. Por tanto, el objetivo en este apartado recae en encontrar primeramente un punto medio que satisfaga la mayoría de las posturas encontradas, y si aquello no es suficiente, construir un cuerpo coherente que satisfaga esta inquietud inicial.

Por estos motivos, el texto de Cristán Gazmuri "*El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*" es tomado como foco central para hablar de crisis, obtener una noción básica, y por supuesto, apreciar si es viable de utilizar sus notas para este apartado de la investigación.

Sin embargo, en sus notas no es posible vislumbrar seguridad, todo momento es incertidumbre, no alcanza a definir de forma clara el concepto; va sumando características que son imposibles de aunar, terminando en una estructura incompleta e indefinida. Al respecto, plantea las siguientes observaciones:

“La idea de crisis referida a la historia es utilizada ampliamente en el lenguaje diario; pero ni en historiografía, ni en filosofía de la historia, ni en ciencias sociales (y tampoco naturales), existe una definición precisa, ampliamente aceptada, de lo que significa crisis”.¹

“Hoy, la única ciencia social que tiene un concepto definido y aceptado de crisis es la economía”.²

“De definir el fenómeno de la crisis histórica, tal como nos interesa, se han preocupado fundamentalmente tres áreas disciplinarias: la filosofía (de la historia); la historiografía (incluyendo el ensayo histórico) y las ciencias sociales”.³

Lo expuesto describe la problemática central del asunto, referente a una inexistencia de consenso cuando se habla de crisis. Por otra parte, quedan enunciadas las áreas en las cuales el concepto trata de ser bosquejado formalmente. A continuación y en función de lo expresado por el autor, se sintetizará el enfoque y perspectiva de cada campo.

1.3 Perspectivas disciplinares de crisis.

Al tornar la mirada en función de la filosofía de la historia, se esboza la semejanza entre crisis y decadencia, tendiendo a considerar ambos conceptos como sinónimos. Para diferenciarlos es clave la figura de Arnold Toynbee, quien incorpora su distinción considerando crisis en analogía con desafío y decadencia como una crisis no superada, o situación en la cual aún prevalecen síntomas de aquella. El autor llega a la conclusión que cada concepto posee características que los separa, y que si bien existe una delgada línea entre ambos, es posible desvincularlos.

Enseguida Gazmuri coincide con el binomio crisis–decadencia establecida por Toynbee, considerando decadencia como producto de una crisis no superada, e

¹ Cristián Gazmuri, *El Chile del Centenario: Los Ensayistas de la Crisis* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), 7.

² Gazmuri, “*El Chile del Centenario*”, 8.

³ Gazmuri, “*El Chile del Centenario*”, 8.

inscribiendo también el concepto de desafío. En este punto, cada noción depende de los resultados obtenidos al afrontar la crisis misma, siendo positivo el superarla, pero negativo fallar en dicha resolución, trayendo en consecuencia la sensación de decadencia.

A la par, Karl Jasper revela una perspectiva diferente para la comprensión del binomio, estableciendo una relación positiva entre crisis y decadencia, entendida como "crisis para mejor". De acuerdo a esto, toda transformación es vista a nivel de superación y cambio beneficioso respecto a un estado anterior de cosas, lo que a su vez propone, como se ha explicado, lo negativo de no superar la crisis.

Ahora bien, al enfocar la visión en la historiografía y el ensayo histórico, se trabaja de cerca con el concepto, pero existe confusión en su empleo al tener influencia sobre múltiples esferas de la sociedad con diferentes miradas entre sí. Ese es el motivo de sus definiciones poco claras y engorrosas.

Un término interesante que emplea Gazmuri en esta sección es el de obsolescencia, ofreciendo posibilidades para un análisis distinto, será descrito como un instante en el cual se pierde la referencia y donde las necesidades pretéritas no se ajustan a las incertidumbres del presente. Al respecto, Hilarie Belloc detalla los límites de esta propuesta:

"Una crisis es, por su naturaleza masiva, una presión; ella implica equilibrio inestable. En el ajuste de una crisis, en la recuperación de condiciones inmutables. La presión es provocada por el equilibrio inestable entre las partes constitutivas (de un sistema social) y las circunstancias de cualquier índole que actúan sobre aquéllas".⁴

A través de este extracto, Gazmuri manifiesta que el concepto de crisis en la historiografía se relaciona con el desequilibrio que se produce en las partes que conforman un sistema social, apoyado por las circunstancias que se presentan en el mismo momento. Finalmente concluye que en esta área tampoco hay consenso en

⁴ Hilarie Belloc, *La Crisis de Nuestra Civilización* (Buenos Aires, Ed. Latinoamericana, 1961), 14.

cuanto a su manejo, debido a la multiplicidad de factores que inciden y a las variadas áreas de la sociedad que atañe.

Siguiendo estos lineamientos, se agregan más perspectivas de las ciencias sociales. El problema, nuevamente radica en que ha sido estudiado en diferentes campos, situación que ha impedido una comprensión cabal del fenómeno. El propio Gazmuri se refiere a esto de la siguiente manera:

“Crisis es un término vulgar que aspira a alcanzar significado científico. Algunos tratadistas lo emplean como sinónimo de tensión, pánico, catástrofe, desastre, violencia o violencia latente. Otros autores, más próximos a su significado médico, emplean el término en el sentido de “punto crucial”, es decir, el punto en que la salud de un organismo inicia un proceso de signo contrario a su estado anterior. En el análisis del proceso de adopción de decisiones, con el término “crisis” se alude a un tipo específico de su situación o un acontecimiento. El concepto es utilizado por historiadores, sociólogos, politólogos y psicólogos, debido a sus múltiples significados, el termino crisis no ha aportado gran cosa en la elaboración de un conocimiento sistemático de los fenómenos sociales”.⁵

En suma, estas consideraciones por parte del autor resumen y alinean una idea del concepto de crisis, que al menos en el campo de las ciencias sociales y para Gazmuri aglutinan los siguientes caracteres:

- a)** Diferenciación entre anomalía y crisis.
- b)** Crisis sinónimo de decisión.
- c)** Libertad del concepto para erigir un modelo de este.⁶

No obstante, plantea que en ciencias sociales se presentan nociones desviadas del acontecer histórico, por tanto, asume un carácter como menciona a través de Robinson “vulgar”.

⁵ Cristián Gazmuri, *El Chile del Centenario: Los Ensayistas de la Crisis* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), 8.

⁶ Gazmuri, “*El Chile del Centenario*”, 14.

Lo explicado se refiere a la dificultad de un consenso, porque cada disciplina lo asimila en función de sus propias categorías de análisis, que no siempre están en concordancia con las demás ciencias sociales. Por ello crisis se puede sintetizar en palabras como; decadencia, desequilibrio, anomalía, alteración, desafío, obsolescencia, decisión. Ahora bien, el concepto no posee un significado formal, aspecto reforzado por la subjetividad de quienes lo interpretan.

En este despliegue inicial, crisis, asoma como un momento dentro de una sucesión de elementos donde, por acumulación de tensión (o tensiones), se presenta la posibilidad cierta de un cambio rotundo.

Indudablemente, cuando se habla de cambio, sobre todo dentro de un momento de inestabilidad y más allá de la consideración que se le otorgue, sea esta positiva o negativa, se abre un abanico de posibilidades que simultáneamente, en favor o en contra, producen el movimiento y apertura hacia una nueva mentalidad.

Por lo tanto, cruces y enredos encontraremos en todas las encrucijadas. Ahora el problema está en objetivar quienes son aquellos que deciden; en algunas manos reside la voluntad del resto, pero allí existe otro inconveniente, optar por una decisión que conserve condiciones inalterables del pasado, o una que construya tradiciones alejadas de su origen.

1.4 Hacia las nociones de crisis y decadencia.

Sin lugar a dudas, es clara la curiosidad en caracterizar la dependencia existente entre crisis y decadencia, considerando sus supuestos elementales. Lo importante es enfatizar la mirada de ambos y el objetivo que persiguen, así como también la causa de sus construcciones.

Si se entiende una crisis desde una perspectiva por decir "optimista", esta asumiría una posición encaminada hacia la superación de las condiciones adversas que se están viviendo, esto es, aventurarse a algo insólito, ir más allá y romper con el legado histórico impuesto (o crear algo nuevo sobre bases antiguas). En el caso de las personas que han decidido escoger el sendero opuesto, se identifican con un análisis de la realidad que rechaza lo diferente, planeando regresar a un estado preliminar, inclusive anterior al que viven. Es una especie de cliché de la edad de oro, en la cual se vislumbra que todo pasado es mejor, razón por la que se abandona la idea de un futuro distinto y posiblemente superior.

Crisis y decadencia tratan de representar los cambios de una realidad que por momentos parece imposible de conciliar, y en ocasiones se reduce a fenómenos que marchan a contracorriente o que eventualmente pierden su nexos. Es claro que las transiciones y cambios traen aparejado desconcierto y contradicciones, porque impactan directamente sobre las herencias del pasado y provocan lo que se conoce como obsolescencia.

Ahora bien, la no resolución de una crisis, no provee de inmediato una sensación de decadencia. Hay que desistir en especular que trata de una fórmula matemática de correlaciones exactas; es un fenómeno que adopta un perfil acumulativo. Concretamente, para describir la relación crisis-decadencia se debe hablar de subordinación; esto implica, que el segundo elemento es originando a partir de una acumulación de presiones transcurridas sobre el primero, donde además dichas presiones no se disipan.

Decadencia, en un sentido amplio es percibida como la etapa final de un proceso que en algún momento alcanzó su plenitud, y ahora prepara el incesante pero largo camino hacia la reconstrucción. Ese es el instante que la representa, cuando las valoraciones pasadas ya no sirven para afrontar el presente.

Volviendo con la crisis, se enuncian también nuevas orientaciones, en la que destaca el trabajo de Jacob Burckhardt, quien desprende las siguientes apreciaciones:

“Las crisis sirven para barrer, en primer lugar, toda una serie de formas de vida de las que la vida ha huido hace ya mucho tiempo y que de otro modo, consagradas como están por un derecho histórico, jamás habrían podido borrarse del mundo. Y barren también, en segundo lugar, verdaderos pseudo-organismos que jamás han tenido derecho a la existencia y que sin embargo con el transcurso del tiempo han conseguido arraigar en medio de las manifestaciones generales de la vida, engendrando además, en gran parte, la predilección por todo lo mediocre y el odio a lo extraordinario. Finalmente, las crisis acaban con ese miedo desproporcionado a las “perturbaciones” y hacen surgir individuos optimistas y fuertes”.⁷

La implicación de estas palabras sugiere una reacción positiva generalizada ante experiencias sociales transformadoras, moldeando el nacimiento de modos de pensar con sentido renovador. Por lo mismo, cada crisis acordaría ser la posibilidad de quiebre y rechazo con un pasado atestado de implacable negatividad, donde además la sensación de decadencia está a la vuelta de la esquina. El problema aquí es el enfoque, que subordina crisis a una dialéctica que no tolera la esclavitud a antiguas prácticas, puesto que no es necesariamente cierto que la resolución de una crisis barra de plano con el pasado.

Considerando este punto, es realmente difícil que la totalidad de los estratos de una sociedad se unan para avanzar y superar una crisis, evidenciando que, por lo general, la subjetividad de un sector que se aventure a resolver dicha crisis solo lo hará para sí mismo. Por lo tanto, no se puede establecer una homogeneidad ni en el diagnóstico y tampoco en la resolución. Al respecto, José Ferrater Mora define que la crisis:

“(…) designa un conjunto concreto de fenómenos de naturaleza vital, social, política, económica y espiritual en virtud de los cuales lo que hasta un momento determinado apareció como notorio –hasta el punto de no necesitarse ni siquiera pensar en ello –, se manifestó al poco tiempo como problemático; o en virtud de los cuales lo que un grupo de hombres había pensado como “solución” resultó ser insuficiente para otros grupos”.⁸

⁷ Jacob Burckhardt, *Reflexiones Sobre la Historia Universal* (México, F.C.E, 1961), 244.

⁸ José Ferrater Mora, *El Hombre en la Encrucijada* (Buenos Aires, Sudamericana, 1952), 164 – 165.

En términos generales plantea algo interesante: la doble visión de los sucesos por parte de los diferentes sectores que conforman la sociedad. Históricamente los cambios que importan y se validan, son aquellos que provienen de las clases mejor posicionadas, que además de tener riqueza material, destacan a nivel intelectual.

Estamos ante la mirada de un sector que es incapaz de juzgar y comprender a la sociedad en su conjunto; pero hay que reconocer que el porvenir está irremediabilmente ligado al suyo, su conciencia alimenta la del resto, constituyéndose alrededor de tal pensamiento la identidad social.

Subyacente a este argumento, se presenta la preocupación que se inclina hacia un ámbito en particular, consistente en que una crisis suele afectar sobre la totalidad de una colectividad determinada. En lo que respecta al término, reafirmar que este es absolutamente subjetivo. En palabras de Cristian Gazmuri:

“Épocas de crisis para unos no lo son para otros y quizá no exista ningún momento histórico, por feliz y exitoso que pueda ser que no sea de crisis para personas o grupos, por pocos que sean (...) toda persona que vive una depresión tiende a proyectar su mal al mundo que lo rodea al que considerará, casi seguramente, en crisis”.⁹

Entonces, una concepción acertada de crisis supone que somos de tanto en tanto testigos y también protagonistas de desequilibrios sociales; lo que a algunos estremece en otros inspira esperanza. Los vacíos de una época son sustituidos por unos nuevos, igualmente sus necesidades, articulando y sostienen las relaciones entre los grupos de una sociedad.

Asimismo, se considerará que una crisis (o muchas) tienen como génesis épocas de tensión social, que se acumula y genera una especie de nudo en que todo se vuelve complejo y decisivo, dando pie a una realidad de acuerdo a si dicha tensión termina por disiparse o se mantiene en el tiempo.

⁹ Cristián Gazmuri, *El Chile del Centenario: Los Ensayistas de la Crisis* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), 15.

Con esto, la perspectiva que se demarcará para tratar el tema considerará que la noción de crisis estará enfocada, más que todo, en el carácter neutral del concepto, considerando que la subjetividad de sus actores o partícipes son lo que le proveerán de moralidad. Para dar muestra de aquello, Antonio Gramsci explica que: "*La crisis consiste justamente en que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer, y en este terreno se verifican los fenómenos morbosos más diversos*".¹⁰ Dicho esto, son los propios actores quienes otorgarán el carácter a la crisis y a lo que venga después, considerando la posibilidad de un cambio favorable o un presente decadente.

Ahora bien, cuando nos referimos a decadencia, no se puede establecer esta definición de neutralidad asociada a la definición de crisis. Por tanto, la decadencia es en sí misma negativa, considerando por sobre todo que se trata de una crisis que no se ha logrado superar; la tensión no se ha aliviado, y, consecuentemente, no pueden surgir nuevas perspectivas sociales, quedando el lúgubre enfoque que se resiste a desaparecer, obsoleto pero vigente a la vez, puesto que no se ajusta a la realidad.

Igualmente, decadencia posee una dimensión mental, creciendo de manera equivalente a una bola de nieve, se aferra al paso del tiempo y al cuestionamiento social. Su rastro es permanente, en tanto la desbordante acumulación representa la subsistencia de casos pendientes, de presiones que perviven y la seguidilla de fracasos, las malas decisiones y la escasa o nula resolución de esas, trae consigo un sentimiento de pesar que es demoledor en quienes no han logrado dar el salto hacia un presente más optimista.

2. Modernización, Modernidad y Modernismo.

Para poder analizar al Chile finisecular, examinar el panorama mundial en la dimensión de las ideas es imprescindible, abordando los aspectos fundamentales para comprender este proceso. El punto aquí, es ofrecer un breve análisis en torno a las

¹⁰ Antonio Gramsci, *Pasado y presente* (Barcelona, España, Granica Editor S.A, 1977), 56.

concepciones de modernización, modernidad y modernismo (esta última en términos de estética). Como punto inicial, Bernardo Subercaseaux argumenta que:

“(…) se habla de modernización societal para connotar transformaciones objetivas en el nivel económico, social y político; mientras que se reserva el concepto de modernidad para referirse a una gran época histórica o a la experiencia vital contradictoria de quienes experimentan esas transformaciones; y modernismo a las visiones e ideas que acompañan a dichas transformaciones”.¹¹

Según este extracto, los conceptos se perciben tres niveles distintos, formando un todo. En un nivel inicial se ubica cuerpo, constituido por toda esa estructura física que permite el desarrollo material de una sociedad; en segundo término asoma la mente, como aspecto que da forma intelectual a las experiencias materiales descritas; finalmente se encuentra el corazón, compuesto por un conjunto de fórmulas abstractas que generan sentimientos de aceptación u antagonismo devenido de la interacción de estas relaciones.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, es oportuno reflexionar brevemente sobre el papel que desempeña cada elemento descrito aisladamente.

2.1 Modernización.

Es difícil escribir de modernización cuando se aprecia el predominio de dicho término en una multitud de escenarios, en ámbitos tan diversos, y bajo perspectivas relativamente fragmentadas. A juzgar por la naturaleza de la expresión, ésta presenta una lectura que se maneja la mayor parte del tiempo en binomios, apuntando al empleo de categorías conceptuales dialécticamente opuestas.

¹¹ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 90.

Por un lado se exhibe aquella imagen de progreso y desarrollo que ilustra la potencialidad del proceso de modernización (rupturista); y en su antípoda una tradición concebida como resistencia ante el avance de un proyecto orientado hacia la renovación (continuista).

Por tanto, cualquier definición de modernización propone interpretaciones donde cada significado procura unir las visiones de un proceso que brinda, para cada ser humano, una experiencia de vida diferente. Bernardo Subercaseaux aúna posturas mediante *los tres supuestos básicos del proyecto y del discurso de modernización*, planteándolos de la siguiente manera:

“1) El supuesto teleológico: Responde a la idea de que la humanidad se inscribe en un curso indefinido de progreso.

2) El supuesto de la racionalidad científico - técnica: Responde a la convicción de que la ciencia y la técnica son las vías fundamentales para lograr la plenitud del hombre y la sociedad.

3) El supuesto de la modernización social más adecuada: Responde a la convicción de que el orden capitalista representa una organización económico – social superior a todas as precedentes y, por ende, la más adecuada para potenciar la racionalidad científico – técnica y el progreso. Conlleva también una glorificación de la industria como punto de encuentro del capital y la ciencia”.¹²

En tal medida, puede distinguirse a grandes rasgos lo siguiente: la modernización se refiere a un proceso lineal que es posible mediante la ciencia, tecnología y cierta organización económica (capitalismo). Dispone entonces, de un conjunto heterogéneo de agentes que se despliegan en orientaciones específicas con el fin de llevar a cabo la industrialización. Por consiguiente, destaca la correspondencia entre los términos industrialización, desarrollo y progreso. En concordancia, Omar Aguilar ofrece un acercamiento sobre estas tres fuerzas:

“(…) el concepto de industrialización resulta más restrictivo que el de modernización pues alude a los procesos de transformación en la estructura

¹² Subercaseaux; *“Historia de las Ideas”*, 103 – 104.

económica caracterizados por el predominio de la producción industrial y sus consecuentes efectos en términos de empleo y ocupación”.¹³

“(…) el concepto de desarrollo también implica la idea de crecimiento económico pero no necesariamente bajo la forma del paso de una producción centrada en productos primarios a una centrada en la producción de manufacturas (…) siempre tras el concepto de desarrollo se oculta una determinada concepción ideológica o teórica que busca legitimarse a través de la identificación con una de las ideas centrales de la modernidad: la idea de progreso”.¹⁴

Se establece entonces un punto de encuentro para la vida social, que comienza a modelar el futuro con un propósito en común, la progresión, que persigue las convicciones optimistas del proceso modernizador, aquel que habla de evolución, de crecimiento sostenido, de una sociedad en fase superior, teniendo a la industrialización como piedra angular.

Este tipo de transición registra conflictos con las tradiciones sociales, sobre todo por la velocidad de transformación, que excede por mucho la capacidad de asimilar o absorber el dinamismo propio del proceso modernizador.

En Claudio Vásquez se encuentra material para examinar y describir el concepto de modernización a partir de sus aspectos más característicos. Sin embargo, es muy importante subrayar la interacción existente entre áreas disciplinares que constituyen un campo de trabajo más amplio, o en palabras de Vásquez *la convergencia multidisciplinaria alrededor del tema de modernización*¹⁵; cuestión que opera como fundamento, y se corresponde en gran medida con las múltiples posiciones que circulan del fenómeno. Su posición, tomada desde la sociología, asume que:

¹³ Omar Aguilar Novoa, “Sociología y Modernización”, *Revista de Ciencias Sociales* ISSN 0718-2740, no. 1(2005 [citado el 15 de enero 2017] Escuela de Postgrado Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile): disponible en:

http://sociologia.uahurtado.cl/wpcontent/uploads/2012/01/Omar_Aguilar__Sociologia_y_modernizacion.pdf.

¹⁴ Aguilar, “Sociología y Modernización”.

¹⁵ Claudio Rafael Vásquez, “Modernización”, *Estudios Sociales/Corporación de promoción Universitaria* ISSN0716 - 0321, no. 83 (Trimestre 1, 1995), 234.

“(…) por modernización se entiende, en su concepción clásica, el proceso de cambio social por medio del cual la sociedad se transforma, alejándose de su estructura tradicional y acercándose hacia la forma moderna, más desarrollada y caracterizada por “el progreso”, esta transformación social llega a tener implicaciones (hacia y desde) el cambio que se opere a nivel institucional e individual”.¹⁶

En este marco, la noción de cambio social corresponde a los primeros e incesantes intentos de pensar la modernización; ahora bien, con la irrupción de otras disciplinas y con múltiples terrenos para la interpretación, el desarrollo del asunto ha ampliado exponencialmente sus campos de análisis, en gran medida gracias a *la interrelación de éste (cambio social) con los componentes de la estructura social, el foco de atención se amplió, así como los análisis metodológicos.*¹⁷ Sobreviene entonces una interacción que anima a diversidad de juicios, pero que finalmente convergen en un mismo proceso.

Continuando con el autor, cardinal es su crítica en relación a este apartado. Plantea que cuando los enfoques están demasiado arraigados a un campo en particular tienden a encapsularse y validarse *como generadores de modernidad*¹⁸, haciendo a un lado la multiplicidad de enfoques elaborados. Expresado en otras palabras:

“Vale la pena mencionar, por ejemplo, la importancia selectiva que se le ha dado en algunos estudios sobre la modernización, al rol de la fábrica, de la educación formal, de las elites educadas, de los empresarios, de determinados valores y de ciertas actitudes, de oficios técnicos y de trabajos urbanos, como generadores de modernidad”.¹⁹

Dicho esto, se añade que el concepto de modernización parte con una imagen dinámica, donde comienza a figurar un espíritu modelado por rasgos de un proyecto particularmente reestructurador; tales fisonomías generan diferentes tendencias que confluyen, incluyendo alguna de las siguientes denominaciones: desarrollo, progreso,

¹⁶ Vásquez, “Modernización”, 235.

¹⁷ Vásquez, “Modernización”, 236.

¹⁸ Vásquez, “Modernización”, 237.

¹⁹ Vásquez, “Modernización”, 237.

industrialización, occidentalización, cambio social, diferenciación social, modernidad y otros. De este modo:

“La modernización es el proceso de cambio social profundo por el cual las aldeas limitadas por la tradición, o las sociedades tribales, son forzadas a reaccionar a las presiones y demandas del mundo moderno, industrializado y urbano. Este proceso puede denominarse occidentalización o, simplemente, avance y progreso, o proceso de difusión de la cultura mundial, basada en la tecnología avanzada y el espíritu científico, una visión racional de la vida y un enfoque secular de las relaciones sociales”.²⁰

El trabajo es bastante claro respecto a los elementos que dan forma al concepto de modernización; por ejemplo, cuando se alude a características objetivas, se trabaja con la certeza que lo importante pareciera ser el progreso material, aspecto que salta a la vista dentro de un contexto de sociedades reducidas a la determinación del capitalismo. Luego, hay una tendencia que trabaja con una noción frecuentemente subordinada a la categoría de la comparación; acercamiento mecánico que responde en beneficio de una ideología que enaltece la competencia.

Lo que expone Vázquez en su modernización, sin duda va más allá de la simple conceptualización; es también la acumulación de otras perspectivas, en el marco de un proceso que genera y redefine a cada paso su significado, dado que apunta desde prácticas materiales (revolución industrial), hasta elementos más enriquecedores, como el propio comportamiento (psicología).

²⁰ Luis Bouza–Brey Villar, “La modernización y el cambio político en la teoría de David Apter”, *Cuadernos de Economía* ISSN 0210-0266 (1980 [citado el 2 de marzo 2017] CSIC. Centro de Estudios Económicos y Sociales; Universidad de Barcelona. Departamento de Teoría Económica): disponible en <https://repositorio.uam.es/handle/10486/5796>.

2.1.1 Perspectivas conceptuales de Modernización.

Ya enunciados los caracteres que permiten acercamientos hacia una noción de modernización, la idea es interiorizar sobre las vistas que se tienen con respecto a aquello y qué representan.

En primer lugar destaca la "perspectiva clásica" de modernización, que guarda relación con un examen del concepto saturado por la relación dada entre sociedad tradicional y sociedad moderna, donde los aspectos que caracterizan este análisis del problema son inherentes al contexto de la teoría evolucionista; tratan el fenómeno de la transformación de la sociedad y su constante contraposición en cuanto a sus pautas de cambio.

El contenido de Jacques Le Goff identifica y recoge lo esencial de la oposición entre la dupla antiguo/moderno, desde su inicio hasta el desarrollo de su posterior ambivalencia, originalmente *generalizada y vinculada a la historia de occidente*.²¹

En lo concerniente al análisis comparativo, el florecimiento de dicha lectura surge en un periodo susceptible de variabilidad; en primer lugar, los términos en sus fases iniciales *no siempre se opusieron uno a otro, en otro orden de cosas, uno y otro se vieron cargados de connotaciones laudatorias, peyorativas o neutrales*²²; esto último guarda relación, y se puede atribuir a las condiciones históricas que presenta cada época.

Esta situación genera, como bien menciona Le Goff una ruptura, que implica el posterior enfrentamiento entre dos perspectivas de la realidad, medidas desde categorías temporales que pretenden dar sentido y referencia a los fenómenos de naturaleza humana, pero que también significan el condicionamiento arbitrario de los

²¹ Jacques Le Goff, *Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso* (Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A, 2005), 117.

²² Le Goff, "Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso", 147.

hombres a unidades cronológicas fijadas por ellos mismos, por ejemplo, la separación de la Historia en épocas (Antigua, Medieval, Moderna...).

Es sabido que el reconocimiento de lo antiguo pasa porque en determinado momento se busca adoptar condiciones de permanencia en vestigios ya legitimados por la tradición, por tanto, el primer término de la dupla se corresponde con una identidad cultural cristalizada, y que *participa de la ambigüedad de un concepto atrapado entre la sabiduría y la senilidad*.²³

Esto enaltece la idea de lo moderno, que de acuerdo al autor, es *lo que genera la dupla y su juego dialectico: en efecto, la conciencia de la modernidad nace precisamente del sentido de ruptura con el pasado*.²⁴ Es un término que tiende a estancarse en una pauta que legitima la predisposición a creer en la consideración, lo nuevo siempre es mejor; frente a esto *<<nuevo>> significa más que una ruptura con el pasado, un olvido, una cancelación, una ausencia del pasado*.²⁵ Como se sostiene, lo moderno niega el pasado como fuente de experiencia, y al hacerlo, olvida que lo moderno, hasta hoy, funciona bajo lógicas antiguas.

La interacción de categorías opuestas es un rasgo sobresaliente en esta interpretación clásica del concepto de modernización. Sin embargo, en este mismo análisis se puede profundizar en la convergencia de otros aspectos que salen a la luz de mano de otras rutas de investigación. Al interior de la misma interpretación:

“(...) autores como Spencer y Durkheim entendieron el proceso de transformación social en el sentido de crecimiento y diferenciación (...) Se producen, así; sociedades complejas y sociedades simples, diferenciadas por las características que en cada una tienen los procesos de cooperación que mantienen unidas a la sociedad por vínculos morales y por la conciencia colectiva. A medida que la sociedad se hace más compleja, con la división, por ejemplo, disminuye la conciencia colectiva y la sociedad se va diferenciando, incrementándose las diferencias individuales”.²⁶

²³ Le Goff, *“Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso”*, 149.

²⁴ Le Goff, *“Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso”*, 149.

²⁵ Le Goff, *“Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso”*, 152.

²⁶ Claudio Rafael Vásquez, *“Modernización”*, *Estudios Sociales/Corporación de promoción Universitaria ISSN0716 - 0321*, no. 83 (Trimestre 1, 1995), 246.

De este modo, se reitera el estudio comparado de sociedades distintas, aunque ahora por parte de la sociología clásica, que pone en evidencia *la concepción dicotómica de las sociedades*²⁷; y por supuesto añade nuevos patrones de desarrollo en el estudio del cambio social. Durkheim mueve la discusión sociedad tradicional y sociedad moderna, así como la de modernización a un plano diferente; apunta hacia una lectura de la realidad que no es directa ni dinámica, más bien acotada en cuanto a sus mediciones, dado que anula las particularidades de cada contexto (los separa en dos); además, su concepción abre nuevas aristas:

“(...) el proceso de modernización es el proceso mediante el cual las normas tradicionales, cuya eficacia emana de su carácter sacro, son paulatinamente desacralizadas y su base de simbolización cambia desde la religión a la moral”.²⁸

En Durkheim un rasgo para leer los signos de los nuevos tiempos es la moral; entendiéndose como el principio que permite la regulación interna en un sistema social determinado. El dilema generado a raíz de la religión es reducido, fracturando esa continuidad y normalizando la sociedad. En concordancia, Simmel proporciona argumentos en relación a las diferencias entre los dos tipos de sociedad explicados:

“Asociación, intimidad, familiaridad, círculos sociales pequeños, son características de la mentalidad medieval (tradicional) de Simmel, mientras que la racionalidad, el cálculo, legislación, opinión pública, impersonalidad, indiferencia, individualismo, serían rasgos de la vida moderna (...)”.²⁹

Como se ha dicho, las relaciones sociales resultan como factor decisivo al momento de evidenciar la apariencia de determinada realidad; por ejemplo, un rasgo presente en las sociedades llamadas tradicionales, es la estructura cohesionada en términos de asociación, basadas en la permanencia de valores propios arraigados en

²⁷ Vásquez, “Modernización”, 246.

²⁸ Omar Aguilar Novoa, “Sociología y Modernización”, *Revista de Ciencias Sociales* ISSN 0718-2740, no. 1(2005 [citado el 15 de enero 2017] Escuela de Postgrado Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile): disponible en: http://sociologia.uahurtado.cl/wpcontent/uploads/2012/01/Omar_Aguilar__Sociologia_y_modernizacion.pdf

²⁹ Vásquez, “Modernización”, 246.

su origen. Por el contrario, una sociedad moderna se acerca en la naturaleza de las necesidades; por tanto concentra un elevado índice de autonomía como de represión, ello reitera la inconsistencia que presentan las relaciones sociales desarrolladas bajo principios que reproducen desigualdad.

La segunda perspectiva en análisis (que difiere de la versión clásica) es la que se conoce como funcionalista, y participa dando forma y reflexionando sobre el proceso de modernización de la siguiente manera:

“La modernización aquí es vista como un proceso relativo a un conjunto de variables y circunstancias por las que atraviesa una sociedad en su transformación y cambios de una sociedad tradicional a una moderna. Puede, entonces, una sociedad en un momento dado, encontrarse en alguna parte del continuum y ubicarse como “en vías de modernización” o como “semi-moderna”.³⁰

Esta orientación implica que las condiciones para aproximarse al horizonte moderno se presentan en forma menos mecánica o directa de lo que pareciera; ahora bien, la premisa subyacente es que existen “variables” y “circunstancias” que operan en muchas de las sociedades que intentan dar el salto a la transformación cultural.

Esta visión relativiza a la versión clásica de modernización, en tanto que propone puntos medios entre lo tradicional y lo nuevo, acabando con su carácter mecánico.

Siguiendo esta cita, se trata entonces de explicar otra faceta de la modernización; que se refiere a *la naturaleza del cambio socio-cultural*, donde la naturaleza del *cambio puede ser de origen interno o externo*.³¹ Así, Vásquez por medio de Solé capta dos modelos de modernización que dan origen al cambio socio cultural; en el primero, de carácter endógeno, señala que:

“1) Una sociedad es un sistema cerrado (en el sentido de autosuficiente).

³⁰ Vásquez, “Modernización”, 247-248.

³¹ Vásquez, “Modernización”, 248.

- 2) El proceso de industrialización, requisito de la modernización, tiene condicionamientos y consecuencias parecidas, sea cual sea el lugar donde se presente.
- 3) La modernización es debida a la transformación interna (endógena) de las sociedades.
- 4) El estado-final de modernidad es inevitable, una vez que existan las condiciones necesarias para el comienzo y puesta en marcha del proceso de modernización.
- 5) Tradición y modernidad, como categorías universales, se autoexcluyen”.³²

Este discurso centra su atención en describir la modernización como un proceso automatizado, donde una vez puesto en marcha es imposible revertirla. Desde esta perspectiva, es posible comprobar que la sociedad queda subordinada al ímpetu y circunstancias de la fórmula modernizadora, donde además se llegará a la modernidad como elemento final.

La segunda apreciación, referida a las características exógenas de cambio, se refiere principalmente a que:

- “1) Los estímulos para el cambio social pueden ser endógenos; pero en general, son de naturaleza exógena.
- 2) Las sociedades, por lo tanto, no son sistemas cerrados, sino abiertos.
- 3) Hay un elemento de continuidad desde la tradición hasta la modernidad, constituyendo cada una de estas dos categorías extremos de un “continuum”.
- 4) Existe un elemento de incertidumbre en este “continuum”, pues, no siempre ni necesariamente, la modernización termina en modernidad.
- 5) La existencia de “agentes modernizantes” es crucial para la comprensión del proceso de Modernización”.³³

En la esfera del modelo exógeno, interesante es el discurso modernizante que se origina fuera de su centro; por lo demás, articula una capacidad de cambio que anula los extremos y adquiere un perfil menos vertiginoso.

³² Vázquez, “Modernización”, 249.

³³ Vázquez, “Modernización”, 250.

Si la perspectiva aboga por la incertidumbre de este "continuum", en su mayor parte la modernización es un desplazamiento no-lineal, pues este tránsito esfuma la cualidad mecánica del modelo previo; lo libera de la conciencia evolutiva del proceso de transformación cultural. No solo eso, tanto que en su ambivalencia conserva valores internos mientras recibe la influencia de orientaciones modernizantes que exceden sus posibilidades preliminares.

El problema ahora, es que dicho "continuum", distribuye su proyecto sin fe de entregar seguridad alguna; esta acción involucra un movimiento que modifica la relación antes descrita, donde las prácticas de oposición revelan la ausencia de una identificación social, diluyendo la idea de un referente histórico.

Con ello, el papel de los "agentes modernizadores" se convierte en materia prima, producto de la conducta activa de grupos que interaccionan en búsqueda de un mismo objetivo. La participación de intelectuales y ante todo de las elites modernizantes generan las condiciones que aseguran la integración de estructuras modernas, puesto que poseen el liderazgo necesario para orientar y efectuar tanto el desarrollo como las transformaciones sobre grupos sociales más amplios.

2.1.2 En síntesis.

Expresado como posición final, tradición y modernidad no se pueden separar, la sociedad se funda bajo creencias que se acomodan, resisten y se refuerzan con el paso del tiempo; no son categorías que están siendo reemplazadas. La modernidad se refugia sin querer en lo antiguo, y esto significa que cada proceso aparece con su propia tradición. Subercaseaux recapitula y capta la esencia del proceso de modernización en esta postura:

"La modernización corresponde a un fenómeno complejo al que concurren distintos y variados componentes, los que pueden agruparse en la esfera de lo económico, lo social y lo político. Conviene distinguir en ella –si la entendemos

como un proceso continuo— momentos de aceleración y desaceleración. En uno u otro caso inciden variables externas (la irrupción europea en América, la expansión mundial del mercado capitalista, etc.) e internas (contextos y particularidades locales). Desde este punto de vista, la modernización no es un proceso homogéneo o universal, sino que afecta de manera diferenciada a los distintos pueblos y culturas. Asumiendo esta perspectiva, lo cultural también es un componente de la modernización”.³⁴

De este modo, existen parámetros transversales a la hora de hablar de modernización: son los referidos al punto en que dicha sociedad se encuentra respecto de los factores o agentes de cambio y su complejidad, tales como la industria, la cultura y la sociedad en sí misma. Siempre destacando que tanto lo interno como lo externo influye a la vez en el transcurso del proceso modernizador.

En este punto es preciso señalar que nuestro análisis convergerá tomando en cuenta la postura funcionalista y sus características que explican la modernización desde lo exógeno, considerando las coyunturas mediante las cuales la sociedad chilena en el paso del siglo XIX al XX se empapó de la cultura europea. Más que todo coinciden tanto las condiciones del continuum como de los agentes modernizadores.

2.2 Modernidad.

Evidenciados los caracteres pertenecientes al concepto de modernización, corresponde en este apartado abordar aquellos que aparejan a la modernidad, entendida como un elemento directamente unido al ya descrito. Son concebidos como partes constitutivas de un mismo cuerpo, de la manera en que ya se ha sostenido al inicio de este capítulo.

De acuerdo con algunos autores, lo que se pueda interpretar o definir como “Modernidad” solamente se concibe al interior del pensamiento occidental y

³⁴ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 89.

específicamente bajo una concepción de tiempo de carácter lineal. Dicho esto, Matei Calinescu señala: "*La modernidad como noción carecería completamente de sentido en una sociedad que no utilizara el concepto de historia temporal y secuencial (...)*".³⁵

Por tanto, se sirve de categorías de análisis y definiciones conceptuales procedentes del mundo occidental, particularmente europeo (industrializado). La naturaleza de esta terminología propone una mirada de las cosas de manera lineal y ascendente, traduciendo el curso de la humanidad inexorablemente como un avance, del mismo modo que su término hermanado, independientemente si el cambio es radical o pausado.

Por ello, es necesario esbozar un rasgo que opera en esta cuestión, que exige precisar que modernidad también tiene relación con los actos realizados en tiempo presente, "justo ahora", de forma innovadora y en ocasiones rupturista, conllevando a veces luchas encarnizadas contra la tradición vigente. Este elemento, el de la oposición a costumbres dentro de un sistema homogéneamente constituido, es de una preponderancia cardinal y aparece como ente dominante en sí mismo dentro de la modernidad.

Al respecto, se han proporcionado ciertos datos de interés para configurar a la modernidad como noción de manera general. Consecuentemente el trabajo de Marshall Berman establece que:

"Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos".³⁶

Sobre esta base, para ser modernos no basta con vivir siendo consciente del presente, más bien se relaciona directamente con los actos, que consiguen insertarse y ser imbuidos de modernidad cuando son realizados. Es el punto de inflexión con las

³⁵ Matei Calinescu, *Cinco caras de la modernidad: Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo* (Madrid, Editorial Tecnos, 2003), 27.

³⁶ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad* (México, D.F., Siglo veintiuno editores, 2003), 1.

nociones pretéritas o tradiciones y el inicio de su cuestionamiento, para su posterior reemplazo por caracteres nuevos más acordes con la realidad inmediata.

Volviendo al tema, es interesante considerar que el autor, más que hacer una simple valoración en si misma de la modernidad reduciéndola a un acto vinculado al presente, se orienta a manifestarla como un conjunto de posibilidades, conteniendo propiedades positivas o negativas. La pregunta es, si en un momento de división, será nuestra más grande debilidad, o una bisagra que soportará las transformaciones asentadas en una determinada época. Piensa y describe la modernidad como:

“(…) la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida – que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy”.³⁷

Tal acepción tiene estrecha relación con las perspectivas registradas previamente, donde se manifiestan los alcances de ciertas conductas, que si bien son efectuadas por una minoría, adquieren forma en el momento que generan contradicciones sobre un espectro mucho más amplio de personas; pudiendo incidir a nivel político, económico o cultural. Con esto, los seres humanos compartirán sus resultados, independientemente de sus consecuencias para el diario vivir.

Estos actores guiarán las nuevas costumbres al resto de una sociedad. Fueron descritos anteriormente como intelectuales o elites modernizantes, quienes ya sea por iniciativa propia o por influencia externa incidirán en su entorno social, atribuyéndole el nombre de modernidad a la interpretación de sus acciones.

2.2.1 Evolución del concepto.

Como cualquier otro término, el de modernidad obedece a cambios operados en el transcurso del tiempo. Esto es particularmente importante ya que permite comprar

³⁷ Berman, “Todo lo solido se desvanece en el aire”, 1.

las distintas acepciones desde su génesis, dando cuenta de sus orígenes y justificaciones tanto antiguas como recientes.

De acuerdo con algunos teóricos, la ubicación temporal de los orígenes del concepto u idea de modernidad surge en la Edad Media, aproximadamente entre los siglos XIV a XVI. En este sentido, Calinescu estipula que:

“(…) la hipótesis del origen medieval de la modernidad se confirma lingüísticamente. La palabra *modernus*, adjetivo y nombre, se inventó durante la Edad Media a partir del adverbio *modo* (cuyo significado era << recientemente, justo ahora >>), igual que *hodiernus* se habría derivado de *hodie* (<< hoy >>).³⁸

Como bien consigna esta información, la presencia y formación de esta noción en una época predominada por el discurso emanado desde la Iglesia Católica es interesante, porque la valoración del presente en sí mismo es algo que no está muy en concordancia con sus preceptos.

Dentro de todo, se puede entender la situación considerando los cambios que sucedían por aquellos años; en sus contornos es una época de grandes avances científicos y descubrimientos geográficos, que enmarcan a la sociedad como distinta a otras más cercanas en el tiempo y, por lo mismo, los hace conscientes de que viven y son parte de un presente distintos al de sus ancestros, donde además surge lentamente la idea de que la libertad presupone la adquisición de algún tipo nuevo de conocimiento.

Se trata, por tanto, de señalar que por aquellos años no revistió importancia la fricción existente entre la idea de considerarse moderno y cristiano a la vez, dado que el fundamento de que el alma humana es imperecedera y el ideal del tiempo como constructo lineal e irreplicable aún no estaba en cuestionamiento. Ayuda también que el capitalismo no adquiría todavía el cariz de épocas posteriores, voraz y propenso al individualismo del ser humano. Marshall Berman lo explica de la siguiente forma:

³⁸ Calinescu, *“Cinco caras de la modernidad”*, 27.

“(…) las personas comienzan a experimentar la vida moderna; apenas si saben con qué han tropezado. Buscan desesperadamente, pero medio a ciegas, un vocabulario adecuado; tienen poca o nula sensación de pertenecer a un público o comunidad moderna en el seno de la cual pudieran compartir sus esfuerzos y esperanzas”.³⁹

Para este periodo aun no son definidas las condiciones que sostienen el significado del mundo de las personas; en otras palabras, no son conscientes de lo que ocurre, y tampoco saben cómo definir su entorno. Además, no se han remecido de manera potente y/o constante las estructuras erigidas por medio de la tradición, que por definición permanecen inmutables y revisten el ordenamiento mismo de la sociedad.

En una segunda etapa, la noción de modernidad adquiere otro matiz, específicamente desde el siglo XVIII, durante la Revolución Francesa. Aunque cabe agregar que las transformaciones que propiciaron este acontecimiento se pueden rastrear un poco antes, en el momento en que comienza a tensionarse el término modernidad, a modo de comparación entre antiguos versus “modernos”.

Es el tiempo en el cual aparece por vez primera la expresión de “época oscura”, haciendo referencia a la Edad Media y el tiempo de denostar a los “modernos” que en esa época eran comparados con los “modernos” del Renacimiento. Respecto a esta segunda etapa, cabe establecer que entrado el siglo XVII el debate entre lo antiguo y lo moderno alcanzó su punto álgido, porque los valores y legado de la Edad Media experimentaron un retroceso, que respondía a su inherente perspectiva estática de la sociedad. En tono con lo expuesto, Calinescu detalla que:

“La querelle des anciens et des Modernes en sus aspectos estéticos se originó en gran parte en la discusión filosófica y científica entablada en los siglos XVI y XVII, que terminó liberando a la razón no sólo de la tiranía de la escolástica

³⁹ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad* (México, D.F., Siglo veintiuno editores, 2003), 2.

medieval, sino también de los grilletes igualmente restrictivos que le había impuesto la idolatría que el Renacimiento hacía de la antigüedad clásica”.⁴⁰

Con este antecedente, era de esperar que la segunda etapa tuviera como gran hito a la Revolución francesa en conjunto con el avance de la técnica, estructurando las categorías de modernización y modernismo, entendidas como expresiones dicotómicas encontradas en un mismo contexto, y en un tipo de sociedad que comprendió el significado de ser revolucionaria, a diferencia de la primera etapa.

En este punto, el capitalismo significaba modernización y a la larga algún grado de modernidad, aspecto que fue impulsado por los procesos industrializadores. El cristianismo en particular comenzó a ser cuestionado y dejado en un segundo plano, para ser reemplazado por propuestas más acordes con la realidad inmediata de las sociedades modernas.

De inmediato surgen visiones que descalifican y menosprecian totalmente el aporte efectuado desde el tiempo pasado a uno presente, considerándose a sí mismos absolutamente superiores a sus predecesores; en el otro extremo un sector que propone, y considera que somos lo que somos gracias a las fuerzas mediadoras del pasado. Esta posición se incorpora y queda ejemplificada en ese pensamiento que indica que los modernos son “enanos parados sobre hombros de gigantes”, y que pueden ver más lejos que ellos porque los levantan a través de sus obras, como si los levantaran sobre sus hombros.

Producto de este ordenamiento ideológico, es que ya entrado al siglo XIX surgen como herederas de la modernidad dos representantes de dicho pensamiento; el primero de justificación burguesa, y la otra enteramente antiburguesa o romántica; ambas enemigas y orientadas en invalidar a su contraparte. Es preciso añadir que estos movimientos carecen de premeditación, siendo en muchas ocasiones fruto de un acto de renovación espontánea, como respuesta inconsciente o simple reflejo más que como iniciativa premeditada, y por lo mismo, tienden a confundirse.

⁴⁰ Matei Calinescu, *Cinco caras de la modernidad: Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo* (Madrid, Editorial Tecnos, 2003), 27.

Ambas modernidades también se ven enfrentadas en los asuntos concernientes a la producción deshumanizante, que siempre acompaña y es baluarte de la modernización, como los procesos de industrialización que por lo general acentúan precarias condiciones de vida de gran parte de los sujetos implicados, pero que para unos pocos es la posibilidad de adherirse a nuevas oportunidades, particularmente económicas.

Ahora bien, respecto de las variantes del concepto, se procederá a abordar la versión estética, en consideración que es la que interesa para realizar el estudio.

2.2.2 Modernidad Estética (Romántica).

Este tipo de modernidad fuerza la aparición de una nueva categoría de análisis, enfocada en cuestionar la forma más rígida de modernidad, esto es, el tiempo objetivado. Se trata de un esfuerzo por ir más allá, sellando la afinidad de la modernidad con el tiempo presente, con la conciencia fugaz y la transitoriedad, pero también con la eternidad.

Al respecto, Jacques Le Goff propone que el concepto de modernidad concede una mirada amplia de los conflictos y la contingencia asentada en sus formas. De acuerdo a esto, destaca que:

“La modernidad es el resultado ideológico del modernismo. Pero –ideología de lo no cumplido, de la duda, de la crítica– la modernidad es también impulso hacia la creación, en una ruptura explícita con todas las ideologías y las teorías de la imitación basadas en las referencias a lo antiguo y las tendencias al academicismo”.⁴¹

⁴¹ Jacques Le Goff, *Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso* (Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A, 2005), 168.

Le Goff establece que la modernidad reviste en uno de sus tantos frentes, una dimensión predominantemente crítica, que le da su carácter especial, un marco de incertidumbre impuesto desde el modernismo, sobre todo respecto de los aspectos negativos que se producen.

La otra parte de esta visión reside en la exploración de posibilidades dentro de un contexto incierto. La innovación es la herramienta a considerar en esta orientación que busca alinearse con el mundo moderno. El interés particular es el de la necesidad de romper con esquemas preestablecidos, separarse de las disposiciones atribuidas al pasado que limitan la conciencia a la cual se encuentra atada la modernidad. El impulso y la posterior ruptura, son signos de una orientación hacia el futuro, del ensanchamiento del horizonte actual, que lleva sin lugar a dudas a una aceleración del presente.

La modernidad antes definida revela las múltiples facetas incrustadas en ella, aunque en la mayoría de las ocasiones en términos polares; respecto a esta afirmación, la modernidad no solamente es oposición, también es creación y progreso.

En un tono diferente, Charles Baudelaire propone abarcar un terreno diferente, uno particularmente importante, que pone acento en la experiencia estética. Su perspectiva se encarga:

“(…) de separar de la moda lo que puede contener de poético en lo histórico, de extraer lo eterno de lo transitorio (…). La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable”.⁴²

He aquí el horizonte introducido por Baudelaire consistente en la prevalencia del tiempo presente como experiencia cardinal de la modernidad. La fugacidad y la turbulencia de la realidad en sus aspectos más cotidianos, en su calidad de actualidad, exige la presciencia y la capacidad de extraer lo original y lo bello de cada expresión u capricho. Absorber en la medida de volver eterno un instante del presente, contiene la

⁴² Balzac, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, *El gran libro del dandismo* (Buenos Aires: Mardulce, 2013), 218.

intensidad que identifica la belleza verdadera, canaliza a través de un acto el problema de relegar al olvido una experiencia entrañable.

2.2.3 En síntesis.

La modernidad, un fenómeno tan vasto como complejo, y con tantos niveles de representación, involucra en su centro las dos unidades que terminan de cerrar el círculo, modernización y modernismo.

“El pensamiento moderno sobre la modernidad está dividido en dos compartimentos diferentes, herméticamente cerrados y separados entre sí: la <<modernización>> en economía y política; el <<modernismo>> en el arte, la cultura y la sensibilidad”.⁴³

La interpretación de ambos bloques representa la dialéctica entre modernización y modernismo; el asunto no es si son compatibles, la disyuntiva está dada como manifestación generalizada de elementos contrarios coherentes, que definen la realidad de la vida social y cultural de la época en cuestión. Cada esfera se preocupa de lo que le atañe, pero es imposible ignorar la necesidad compensatoria del otro.

La asimetría de la modernidad consiste en el desajuste entre lo material y lo espiritual, donde se busca asimilar al otro olvidando la diversidad que lo caracteriza. La turbulencia, impulsos y posibilidades contradictorias son propios de la modernización, e igualmente el sinfín de procesos sociales involucrados en su dinámica siempre fluctuante.

Ahora bien, establecidas las cualidades de los procesos de modernización y la modernidad, se procederá a especificar los detalles del segmento que termina por articular este conjunto, el modernismo.

⁴³ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad* (México, D.F., Siglo veintiuno editores, 2003), 82.

2.3 Modernismo.

Como se ha establecido en el capítulo en curso, este semblante desarrolla con mayor intensidad valores y actitudes que penetran las bases morales de la sociedad, sirviéndose y a la vez criticando al sustento que le da vida. Desde luego, el concepto de modernismo encuentra sentido expresándolo del siguiente modo:

“Entendemos por tal un conjunto de ideas, visiones, sensibilidades y actitudes vitales nuevas generadas en Europa en las últimas décadas del siglo XIX. Cabe hablar de movimiento, en la medida que este conjunto de ideas y sensibilidades acompañó al proceso de modernización europeo y pulsó sus energías de los efectos y supuestos de éste. El modernismo fue en este sentido una respuesta cultural a la modernización; una formación discursiva que si bien se nutrió de ella, puso también en entredicho los paradigmas que la venían legitimando. Una respuesta (y una propuesta) que se expresó fundamentalmente en el plano de las ideas, el arte y las actitudes vitales”.⁴⁴

Estas críticas se formulan principalmente por los aspectos negativos que trae consigo el proceso de modernización, específicamente los referidos al área de la producción industrial. De este modo, se configura en un movimiento que por sobre todo será contrario al estilo de vida de la fábrica y lo que la rodea. En este sentido, algunos autores dan cuenta de la manera en que se dividen estas sociedades al momento de hablar de modernidad.

En primer término, la percepción de la sociedad de Georg Simmel queda plasmada en su trabajo "*el conflicto de la cultura moderna*", donde hace referencia a una serie de valores que comparte la sociedad en su tiempo. Su obra brinda testimonio de una lucha que conforma la mencionada cultura moderna:

⁴⁴ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 107.

“Vivimos ahora en esta nueva fase de la vieja lucha, que no es la lucha de la actual forma exuberante de vida frente a la vieja carente de vida, sino la lucha de la vida contra la forma, contra el principio de la forma”.⁴⁵

Esta época tiene un carácter específico, que dice relación con la evidente diferenciación entre dos conceptos: “*vida*” y “*forma*”; de acuerdo a *Simmel* esta continua tensión entre dos aspectos de una misma cultura no solo es propio de esta nueva forma de conciencia, llamada moderna:

“En cada gran época cultural, se puede percibir un concepto central del que se originan los movimientos espirituales y por el que éstos parecen estar orientados. Cada concepto central es modificado, oscurecido y cuestionado de innumerables modos, pero en cualquier caso se mantienen como el <<ser oculto>> de la época”.⁴⁶

Esta orientación revela que hay remembranzas históricas que avalan una escisión particular bajo distintos contextos sociales; el autor capta este desarrollo desde el clasicismo griego y el eje del *Ser*, pasando por el sitio de *Dios* en el centro del Medioevo, llegando al Renacimiento y su reencuentro con la *naturaleza* y así a medida que se avanza en el tiempo.

Por consiguiente, uno de los atributos a reconocer de esta cultura es que detenta una identidad que no es heredera de un proceso anterior, es decir, el valor asociado a la continuidad de transformaciones que siempre busca la superación a determinados desafíos, esa impronta, acá simplemente naufraga. Es innegable entonces la sincronía respecto al contenido e influencia del proceso de modernización, que acompañado de un individualismo exacerbado ejerce esa fuerza negativa que nutre, aísla y doblega la experiencia humana bajo sus designios, resaltando las divisiones.

⁴⁵ Georg Simmel, “El conflicto de la cultura moderna”, REIS, no. 89 ([citado el 11 de mayo 2017] Textos clásicos): disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/250170.pdf>

⁴⁶ Simmel, “El conflicto de la cultura moderna”.

Ciertamente, una sociedad heterogénea presenta una variedad de manifestaciones culturales, esto reside y se explica dentro de la premisa que construye Simmel alrededor de los conceptos de vida y forma:

“Es sólo el hecho originario de la vida el que suministra significado y medida, valor positivo o negativo. El concepto de vida es el punto de intersección de sendas líneas opuestas de pensamiento que establecen el marco para las decisiones fundamentales de la vida moderna”.⁴⁷

La vida se insinúa como la fuerza natural de creación y progreso del ser humano, que despliega su potencial dormido aunque siempre latente; ella es el espíritu de lo moderno, el origen de toda cultura y de toda forma. Respecto de las formas sugiere que:

“Muestran una lógica y regularidad propias, un sentido y una fuerza de resistencia específicos, una cierta rigidez e independencia muy alejadas de la dinámica espiritual que los creó. En el momento de esta creación corresponden a la vida pero, a medida que tiene lugar su desarrollo continuado, se mantienen en una exterioridad consolidada, algo que los hace independientes”.⁴⁸

Entonces la vida crea a la forma, pero ese juego da paso a la diferenciación de la última tomando conciencia de su constitución, se separa e impone, quedando la vida subsumida dentro de los límites de las formas.

En la naturaleza de esta oposición se encuentra un ataque hacia el proceso de modernización, y por ende una expresión del modernismo. Este dilema, como lo plantea Simmel, entre lo espiritual (vida) y lo material (forma) es el conflicto de la cultura moderna; el progreso motiva el crecimiento de nuevas formas culturales como etapa natural de la vida, el problema está en concebir y permitir que esta imagen diluya una sensibilidad específica, u el abandono de características inherentes al ser humano.

⁴⁷ Simmel, “El conflicto de la cultura moderna”.

⁴⁸ Simmel, “El conflicto de la cultura moderna”.

Como segundo punto se presentan las perspectivas de Henri Bergson, quien plantea de manera similar el fenómeno de la diferenciación entre el cuerpo y el espíritu. En relación a la obra que aborda este tema, la conceptualización presentada da cuenta de los movimientos que forman parte de su análisis, y en dichos movimientos opera y se encuentra involucrada una categoría de gran relevancia: la intuición.

Sin embargo, para captar y llegar a ese momento, Bergson define la dirección del conocimiento científico y metafísico; así pues, la discusión gira en torno a encontrar un punto en común, dada la problemática ya bastante prolongada entre el materialismo (cuerpo) y el idealismo (espíritu); ambas categorías son criticadas fuertemente en cuanto a las contradicciones y dualismos que reducen el problema a una interpretación que lo único que intenta es invalidar al otro, en lo que Bergson llama *dualismo vulgar*.⁴⁹

“Hemos repudiado el materialismo, que pretende hacer derivar el primer término del segundo; pero no aceptamos tampoco el idealismo, que pretende que el segundo sea simplemente una construcción del primero. Sostenemos contra el materialismo que la percepción traspasa infinitamente el estado cerebral; pero hemos intentado establecer contra el idealismo que la materia desborda por todos los costados la representación que el espíritu, por así decirlo, ha arrancado a través de una elección inteligente. De esas dos doctrinas opuestas una atribuye al cuerpo y la otra al espíritu un verdadero don de creación, la primera pretendiendo que nuestro entendimiento dibuje el plan de la naturaleza. Y contra esas dos doctrinas invocamos el mismo testimonio, el de la conciencia, la cual nos permite ver en nuestro cuerpo una imagen como las otras, y en nuestro entendimiento una cierta facultad de disociar, de distinguir y de oponer lógicamente, pero no de crear o de construir”.⁵⁰

La obra de Bergson invita a la distinción de dos teorías adversas, pero la cuestión es precisamente entender que las cualidades invocadas por el espíritu son superiores a las del cuerpo; de este modo, define el problema en términos de cooperación.

⁴⁹ Henri Bergson, *MATERIA Y MEMORIA: Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu* (Buenos Aires, Cactus, 2006), 191.

⁵⁰ Bergson, “*MATERIA Y MEMORIA: Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*”, 191.

En este punto, la mediación entre el cuerpo y el espíritu es solo el inicio; el fundamento del enfoque de Bergson reside en la distinción que hace de cada elemento, donde toda perspectiva señalada es un eslabón para comprender que la realidad va de la mano con el plano espiritual, y solo a través del cuerpo es posible expresar ese impulso vital en el mundo material. El carácter de cada elemento queda plasmado de la siguiente forma:

“(…) el cuerpo, siempre orientado hacia la acción, tiene por función esencial limitar, en vista de la acción, la vida del espíritu. Constituye en relación a las representaciones un instrumento de selección, y solo de selección. No sabría ni engendrar ni ocasionar un estado intelectual. ¿Se habla de la percepción? Por el lugar que ocupa en todo instante en el universo, nuestro cuerpo señala las partes y los aspectos de la materia sobre los que tendríamos potestad: nuestra percepción, que mide justamente nuestra acción virtual sobre las cosas, se limita de este modo a los objetos que influyen actualmente en nuestros órganos y preparan nuestros movimientos. ¿Consideramos la memoria? El papel del cuerpo no es el de almacenar los recuerdos, sino simplemente el de escoger, para llevarlo a la conciencia distinta por la eficacia real que confiere, el recuerdo útil, aquel que completara y esclarecerá la situación presente en vista de la acción final”.⁵¹

En primer lugar, para Bergson el papel del cuerpo es fundamental y el punto de partida de cualquier relación con el entorno, en segundo lugar, la percepción revela el límite entre la conciencia y la acción del individuo, significa el posible paso del pensamiento hacia el movimiento.

Tercero, este enfoque de la percepción se encuentra asociado a la memoria, esto es, que el valor de la percepción deriva del espíritu; aunque Bergson aclara que la naturaleza de ambas difiere. La memoria culmina el ciclo de proyección de la acción real; el proceso subjetivo de la memoria se efectúa con un movimiento entre pasado y presente, de ahí el sentido de Bergson en explicar que *la distinción del cuerpo y del espíritu no debe establecerse en función del espacio, sino del tiempo*⁵², donde el

⁵¹ Bergson, “MATERIA Y MEMORIA: Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu”, 189.

⁵² Bergson, “MATERIA Y MEMORIA: Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu”, 229.

recuerdo invita a mantener un contacto con la vida más concreta, seleccionando intereses, y dentro de ellos la opción más útil; después de todo, y atendiendo a lo brindado por Bergson, percibimos la materia en nuestra memoria.

Como última perspectiva se presenta Benedetto Croce. El autor entiende que el conflicto de su tiempo se encierra en no reconocer un tipo particular de conocimiento que el progreso y la ciencia ignoran.

“El conocimiento tiene dos formas. Es, o conocimiento intuitivo o conocimiento lógico; conocimiento por la fantasía o conocimiento por el intelecto; conocimiento de lo individual o conocimiento de lo universal, de las cosas particulares o de sus relaciones. Es, en síntesis, o productor de imágenes, o productor de conceptos”.⁵³

La afirmación de que la realidad posee dos fuentes de conocimiento moldea la relación entre los fenómenos que la contienen; la imagen entonces plasmada cuenta la diferencia de un movimiento que varía en función del origen del conocimiento, o su posterior visualización. El sentido fundamental de Croce es mostrar una orientación que se afana en exponer a la intuición como producto elaborado a partir de lo percibido, pero su fuente siempre es individual e interna “(...) *el hombre practico, finalmente, profesa vivir de intuiciones más que de razonamientos*”.⁵⁴

Esto también sugiere un divorcio del conocimiento intuitivo respecto del lógico, que desemboca en la idea de autonomía parcial y subordinación entre uno y otro. Resalta aquello en los siguientes términos:

“(...) el conocimiento intuitivo no necesita de otros; no tiene necesidad de apoyarse sobre ninguno; no debe acudir a los ojos de otro, porque tiene los suyos propios bajo su frente, muy eficaces. Y es indudable que en muchas intuiciones se encuentran mezclados conceptos, en muchas no hay huellas de semejante mezcolanza, lo que prueba que esa mezcolanza no es necesaria (...) Los conceptos que se encuentran mezclados y confundidos en las intuiciones, en cuanto están confundidos y mezclados, no pueden llamarse conceptos,

⁵³ Benedetto Croce, *Estética* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1969), 85.

⁵⁴ Croce, “*Estética*”, 85.

porque han perdido toda independencia y autonomía. Fueron conceptos, pero se han convertido ahora en simples elementos de intuición”.⁵⁵

Ciertamente lo intuitivo no tiene resistencia ni se encuentra doblegado. Pareciera que el interés por la intuición viene en situarla por encima de las cosas. Esta postura, no hace más insistir, en que son mundos que crecen separados, pero que en el fondo tienen la misma envoltura.

Los conceptos reflejan la transformación que atraviesa la intuición en su camino para ser parte del mundo material, la intuición debe objetivarse, es decir, expresarse. De hecho, *lo que no se objetiva en una expresión no es intuición o representación, sino sensación y naturalidad*⁵⁶; la serie plasma la comparecencia del concepto, que como objeto tiene la necesidad de defender su identidad como tal.

En este punto Croce expresa su postura en relación al conocimiento intuitivo o expresivo, reconociéndolo como estético o artístico; esta connotación eleva el dominio de la percepción, que se refleja con nitidez en un comentario:

“Hemos visto que la intuición es conocimiento libre de conceptos, por más simple que sea la percepción de lo real; por eso el arte es conocimiento, es forma, no pertenece al sentimiento y a la materia psíquica”.⁵⁷

He aquí la importancia de Croce: entendió la intuición como arte, como categoría expresiva que refleja un movimiento interno, que a su vez se nutre del mundo exterior. En otras palabras, una mezcla no solamente de expresiones, sino que también de impresiones. De esta manera es que las imágenes contenidas en el espíritu brotan a la superficie.

En este marco, Croce argumenta la hegemonía del conocimiento estético (intuitivo- arte), por sobre el práctico y universal (ciencia-progreso), aunque sobre la marcha fija su dependencia:

⁵⁵ Croce, “Estética”, 86.

⁵⁶ Croce, “Estética”, 92.

⁵⁷ Croce, “Estética”, 102.

“La relación entre el conocimiento intuitivo o expresión y conocimiento intelectual o concepto entre arte y ciencia, entre poesía y prosa, no puede expresarse de otro modo sino diciendo que es de doble grado. El primer grado es la expresión, y el concepto el segundo: el uno puede estar sin el otro, pero el segundo no puede existir sin el primero. Hay poesía sin prosa, pero no prosa sin poesía. La expresión es en efecto, la primera afirmación de la actividad humana”.⁵⁸

El repliegue de la ciencia en favor del arte, es la respuesta de Croce a un modelo que ignora la intuición misma; demostrando igualmente la independencia de cada conocimiento como su indisolubilidad; esta indisolubilidad funciona solo en un sentido, en el cual el fluir del conocimiento expresivo revele el conocimiento intelectual, ajustándose así al ritmo natural de la vida, que surge en las profundidades del ser humano.

De este modo, Croce viene a enfatizar aún más las posturas de los autores revisados anteriormente, puesto que no solo ubica dos posturas antagónicas en función de las necesidades, sino que además jerarquiza dichas propuestas en favor de la estética y el arte, reduciendo al conocimiento científico en importancia respecto de los semblantes que presenta la vida misma en la interioridad del ser humano.

2.3.1 Una mirada más local del Modernismo.

Dicho lo anterior, recalcar que estos valores representan la cultura moderna europea, y como esta era cosmopolita, también llegó en cierta medida a nuestro continente. Al respecto, vale la pena mencionar que la modernidad construida en Latinoamérica fue propiciando la conformación de un modernismo que distó de su variante europea, pero que en principio se sirvió de sus formas.

⁵⁸ Croce, “*Estética*”, 111.

La versión de nuestro continente referida al modernismo se convierte en algo distinto, porque las condiciones en las que nace son diferentes; recordar que en la variante europea el modernismo surge como crítica del modo de vida de las fábricas impulsadas por el proceso de modernización, aspecto que no vale en un ciento por ciento para nuestra región, porque dicha modernización acá no fue igual. De hecho, las condiciones se asemejaron más a "*Modernización con expansión restringida del mercado, democratización para minorías, renovación de ideas pero con baja eficacia en los procesos sociales*",⁵⁹ teniendo consigo características que no permiten que se repitan fielmente las condicionantes de las dinámicas modernización-modernidad-modernismo como cuerpo completo.

En América latina se produce un modernismo sin modernización, que igualmente viene a poner en entredicho a la concepción de modernidad, con todos los elementos que apareja sin distinción; solamente avanzado el siglo XX se convierte en una crítica potente hacia la influencia europea en general, incluyendo a su versión del modernismo, con sus sensibilidades y modos de ser. Es un modernismo que se coloca en contraposición del otro modernismo foráneo e incompatible con la realidad material del grueso de Latinoamérica.

En este sentido, destaca que las condiciones de esta modernidad, que es distinta de la europea, genera entonces un modernismo que también es diferente. Este, a la vez se irá tornando más antagónico que su predecesor, en un proceso gradual en donde por momentos ambas propuestas logran convivir.

2.3.2 Manifestación vital del modernismo (Dandismo).

Para comenzar, es preciso señalar que el dandismo como actitud se despliega en Europa, particularmente Francia, donde coincide con el periodo conocido como "belle époque". En la explicación que entregan los intelectuales respecto de su

⁵⁹Néstor García, *Culturas Híbridas, Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México, D.F, Grijalbo, 1990), 67.

realidad, manifiestan claramente la rudeza y escisión de su época. Desde este punto de vista, el esquema de polaridad predomina como característica fundamental, a consecuencia de una sociedad que estrecha su relación con el progreso y la ciencia.

Sin embargo, no hay mejor criterio que defina la convicción e ideales del modernismo que aquel plasmado en el modelo de comportamiento de finales del siglo XIX, que en seguida se convirtió en la representación vital de un modo de ser.

Al respecto, Charles Baudelaire plantea que en el pintor de la vida moderna son retratadas costumbres asociadas a la vida burguesa, pero ante todo que la relevancia dada a las costumbres corresponde a un elemento que conforma su red de pensamiento, la categoría del tiempo presente:

“(…) es a la pintura de costumbres del presente a la que quiero dedicarme hoy. El pasado es interesante no solo por la belleza que han sabido extraerle los artistas para quienes era el presente sino también como pasado, por su valor histórico. Lo mismo pasa con el presente. El placer que obtenemos de la representación del presente se debe no solamente a la belleza de la que puede estar revestido, sino también a su cualidad esencial de presente”.⁶⁰

Con arreglo a lo expresado, la facultad esencial de la vida moderna es vincular al hombre con lo bello, pero esta belleza solo es apreciable y alcanza su máximo esplendor en calidad del tiempo presente. La intencionalidad del pintor es plasmar en la circunstancia lo eterno, resaltando al presente como lo verdaderamente bello. Por lo mismo, el dandi se identifica con el artista y pretende serlo, justamente tratando de alcanzar lo bello en tiempo presente.

Ahora bien, el tratamiento de la dimensión artística se expande como expresión arrancada del pensamiento humano individual, recreando un comportamiento que fija sus límites de acuerdo a sus propios intereses. Una de las tantas manifestaciones del dandismo es aquella conducta. Baudelaire lo define como aquel que evoca los síntomas más exacerbados de una actitud determinada por la dualidad del hombre. Lo ejemplifica de la siguiente manera:

⁶⁰ Balzac, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, *El gran libro del dandismo* (Buenos Aires: Mardulce, 2013), 204.

“(…) la palabra dandi implica una quintaescencia de carácter y una inteligencia sutil de todo el mecanismo moral de este mundo; pero, por otra parte, el dandi aspira a la insensibilidad (…) El dandi está hastiado, o finge estarlo, de política y razón de casta”.⁶¹

El término dandi en Baudelaire, permite considerar que el énfasis es colocado en la actitud que fluye al interior de un tipo de hombre capaz de expresar hasta lo impropio mediante la voluntad de sus actos. Involucra un carácter que acepta la realidad, pero se abstrae de ella, como si no le bastara, le planta cara evadiéndola y desbordándola a través de sus emociones instintivas.

Impregnado de vida moderna, el dandi es insensible debido a la cantidad de sentimientos negados, de ahí su tedio; el nuevo entorno deforma la realidad y anula la relación consigo mismo, reprimiendo su verdadero ser. El dandi se rebela ante la trivialidad, se emancipa del conformismo de la sociedad, y articula su propia especificidad. Tomando en cuenta al propio dandi y las novelas que explican su fisionomía, Baudelaire plantea:

“(…) han tomado primero la precaución, muy juiciosamente, de dotar a sus personajes de fortunas lo bastante grandes para pagar sin vacilación todas sus fantasías; a continuación los han dispensado de toda profesión. Estos seres no tienen otra profesión que la de cultivar la idea de lo bello en su persona, satisfacer sus pasiones, sentir y pensar. Poseen así, a su antojo y en gran medida, el tiempo y el dinero, sin los cuales la fantasía, reducida al estado de sueño pasajero, apenas puede traducirse en acción.” Es desgraciadamente muy cierto que, sin el ocio y el dinero, el amor no puede ser más que una orgía de plebeyo o el cumplimiento de un deber conyugal”.⁶²

Entonces, tanto el comportamiento como la actitud del dandi poseen dos condiciones, tiempo y dinero. La actividad del dandi está restringida a individuos con alto poder adquisitivo; dicho en otras palabras, el dandismo tiene un carácter esencialmente aristocrático. Ambos elementos, en un movimiento compensatorio,

⁶¹ Balzac, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, "El gran libro del dandismo", 213-214.

⁶² Balzac, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, "El gran libro del dandismo", 237.

permiten comprender la virtud de lo bello en su totalidad. Realizar los mismos actos, pero con otra actitud, con distinta presteza, representa un modo de ser en la vida diferente a los anteriores.

Lo mismo ocurre con el entramado material, el dandi busca en las cosas más simples la belleza, no por su valor, sino porque logra dotar de elegancia lo ordinario. La virtud humana es la virtud de lo bello, y la grandeza humana proviene de la apropiación de esa belleza. Dicho esto, el origen del dandismo obedece a la relación del contexto con sus cualidades particulares:

“El dandismo aparece sobre todo en las épocas transitorias en las que la democracia no es todavía todopoderosa, en las que la aristocracia solo está parcialmente vacilante y envilecida. En la confusión de esas épocas algunos hombres desclasados, hastiados, desocupados, pero todos ricos en fuerza natural, pueden concebir el proyecto de fundar una especie nueva de aristocracia, tanto más difícil de romper cuanto que estará basada en las facultades más preciosas, las más indestructibles, y en los dones celestes que el trabajo y el dinero no pueden conferir. El dandismo es el último destello de heroísmo en las decadencias (...)”.⁶³

En definitiva, las condiciones del mundo físico en su continua oposición, parecieran alimentar desde el vacío las raíces del dandismo. En la inestabilidad misma, apreciar lo transitorio hace la diferencia de fondo entre hombres ya cansados de la pereza espiritual. Frente a una sociedad siempre estática, el dandi no se conforma, busca con su actitud desligarse de las condicionantes con los que la sociedad lo recibe. Esta brusca ruptura lo vuelca hacia el mundo, a trascender el ambiente de su tiempo.

2.3.3 En síntesis.

Tanto modernidad, modernización y modernismo son categorías que no se superponen, debido a que conviven agrupadas y enfrentadas. Dicho enfrentamiento es

⁶³ Balzac, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, *“El gran libro del dandismo”*, 239.

producido por el desajuste de los caracteres correspondientes a las continuidades y cambios a través de la historia de las sociedades, destacando la industrialización y el capitalismo como elementos impulsores. Esta lucha, a su vez, propicia las rupturas y posteriores expresiones tanto artísticas como científicas a modo de explicación de la realidad inmediata de quienes las viven.

En esta búsqueda, la figura arquetípica de la belle époque es el dandi, que con una inconfundible rebeldía logra despojarse de la moral que rige a la sociedad. Pero más interesante, es la actitud sobria y elegante que acompaña dicho acto. Un ser tan plástico, llevado por el flujo de su postura inactiva, domina y se deja dominar por reglas que él mismo antepone, siendo esclavo de sus propias costumbres.

En el siguiente segmento, corresponde evidenciar la medida en que los aspectos señalados fueron apropiados o copiados por parte de la oligarquía chilena, en su paso hacia el siglo XX. Se analizarán sus actitudes y maneras de ser, el contexto y las decisiones escogidas frente a dichos procesos, tomando en cuenta por un lado bibliografía general, como memorias de los propios actores sociales y medios informativos respecto de su vida y costumbres.

CAPITULO III

El contexto Chileno a fines del siglo XIX.

El apartado anterior se ha enfocado en describir nociones tendientes a reconocer el trinomio "modernización-modernidad-modernismo" como un cuerpo completo. Estas partes tienen igual importancia individual, aunque el proceso de modernización se ubica como punto de partida, al contener el desarrollo industrial. Del mismo modo, se describen los ambientes generados por esas relaciones, que pueden ser descritos como parte de una crisis o de algún sentir decadente dependiendo de cómo se miren.

Lo concerniente para este punto consistirá en esclarecer el contexto mediante el cual estas prerrogativas pudieron ingresar y a la vez incidir en la vida de la llamada "aristocracia chilena" cuando se pasa desde el siglo XIX al XX, teniendo en cuenta que a grandes rasgos no hubo gran modernización o modernidad al estilo europeo.

En conjunto, se evidenciarán las influencias exógenas que incidirán en la elite nacional a fines de siglo XIX, para de ese modo dilucidar copias o apropiaciones de costumbres y hasta qué punto se pueden hallar los conceptos enunciados; también se hará hincapié en el clima social, respecto de la manera en que crisis y decadencia se presentan en la vida de la elite.

Este punto es esencial, considerando que nuestro país corresponde al grupo de naciones que se abre a la cultura extranjera y se sirve de esas costumbres para esbozar un intento de modernización. Dicho proceso construirá puntos medios entre tradición y modernidad, estableciendo más semejanzas con aquella visión funcionalista del proceso y no tan lineal en su desarrollo, como se ha establecido en el capítulo anterior.

1. El escenario y telón de fondo.

Es de conocimiento generalizado que al recorrer los últimos años del siglo XIX, suceden procesos de forma paralela. En ellos se fueron compartiendo aspectos tan importantes como las transformaciones internas propiciadas por el mayor acercamiento cultural de nuestro país con Europa.

Por este tipo de detalles se puede entender la situación nacional en equivalencia como una amalgama de circunstancias entrecruzadas más que como una linealidad, porque la homogeneidad no era factor en cuanto al desarrollo empírico o normativa, aunque se intentara componer algo más estructurado social e institucionalmente.

Respecto de las nociones expuestas en los capítulos anteriores, tales como las de modernidad o crisis, estas pudieron no tener las características por las que son reconocidas, y eso se debe a la relación de dichas perspectivas con las circunstancias y variables de la sociedad que encontraron y del que se sirvieron como receptores.

Esta correspondencia tuvo la suerte de encontrar en parte de la sociedad a los intérpretes adecuados para la expansión de las perspectivas europeas, pero no pudo ir más allá, en parte porque el conjunto de la sociedad no estaba preparado, del mismo modo en que la propia elite afrancesada no estaba lo suficientemente especializada en el conjunto de la cultura que pretendía emular.

2. Chile durante la segunda mitad del siglo XIX.

Las características distintivas de nuestro país hacia la segunda mitad del siglo XIX están enmarcadas en variados sucesos que a nivel país alteran las condiciones de la sociedad en particular, y del país en general.

Aspectos de diversa índole, pero agrupados dan cuenta de la modificación del contexto en que se desenvolverá la sociedad desde ese momento hacia adelante. Algunos de ellos, los considerados más trascendentales, serán enunciados a continuación.

2.1 Aspecto Económico.

Para el caso de la relación de las personas con la economía, se fue implementando, a mediados del siglo XIX, la inserción de nuestro país en la economía mundial. Dicho suceso fue potenciado por la necesidad de los países poderosos (sobre todo Inglaterra) en cuanto a la adquisición de materias primas. Justamente Chile cumplía con las condiciones requeridas.

Desde esta óptica, si bien el país se involucra en la apertura hacia el capitalismo mundial por la venta de materias primas, la verdad es que los productores nacionales no estaban preparados para modernizar a cabalidad sus áreas productivas.

Dichas labores se enfocaron principalmente en la producción agrícola y minera, actividades que traerían aparejados una serie de cambios tendientes a modernizar, aunque no extensivamente, la economía nacional. Entre estos adelantos destaca el ferrocarril asociado a la actividad minera (la extracción salitrera en su expresión interna no se modernizó).

Otros aspectos a considerar son el crecimiento y perfeccionamiento de las actividades comerciales relacionadas con la actividad bancaria, así como también el desarrollo del aparato estatal, principalmente en su burocracia.

Estos elementos señalados provocaron un verdadero quiebre en la manera en que se desenvolvía la economía en sus niveles centrales. Se debe recordar que

anteriormente la forma en que se desplegaba la economía rozaba con un tipo de producción servil, condición adoptada desde tiempos coloniales.

Cabe destacar que esta transformación sólo se llevó a cabo en los centros urbanos como Santiago, Valparaíso o Concepción. Salvo estas grandes ciudades, dicho cambio fue prácticamente inexistente. Ernesto Laclau da cuenta de este detalle y destaca que:

“El caso chileno se inscribe así en la vasta lista de las zonas periféricas cuya incorporación al mercado mundial no determinó –en razón de la peculiar organización social de las áreas rurales y del monopolio latifundista de la tierra– la disolución de los lazos serviles sino, al contrario, el robustecimiento de la coacción extraeconómica con vistas a la obtención de un mayor excedente que ingresa en los círculos de comercialización”.⁶⁴

El autor señala que en el caso del campo, la inserción al mercado mundial no resultó en la necesidad de transformar la manera en que se realizaban las actividades económicas, razón por la que esa zona se mantuvo incólume ante la arremetida de lo nuevo.

Siguiendo la misma línea propone como causa de la no modernización del campo a “(...) *la estructura feudal del campo chileno, unida a la abundancia y, por consiguiente, a la baratura de la mano de obra.*”⁶⁵ De este modo, el campo no tuvo la necesidad de especializar sus labores productivas, favoreciendo con ello a las elites urbanas.

Como las condiciones en las que se desarrollaban las actividades productivas permitían obtener ingresos sin modernizar mucho, se generaron hábitos en la elite tendientes a mantener las formas productivas porque las ganancias eran suficientes para mantener sus estilos de vida. Al respecto, Gonzalo Vial expone que:

⁶⁴ Ernesto Laclau, *Modos de producción, sistemas económicos y población excedente, aproximación histórica a los casos chilenos y argentino* (Revista Latinoamericana de Sociología, Vol. 5, 1969), 305.

⁶⁵ Laclau, “Modos de producción”, 304.

“Es posible debiéramos afinar el análisis y concluir que no nos faltó durante esta época **todo** espíritu de empresa, sino el necesario para formar una tradición industrial. Exige ella el método, la constancia, la parsimonia en el gasto, la habilidad técnica, el orden, la puntualidad, la paciencia para aguardar resultados sólo una vez transcurridos largos años de esfuerzos perseverantes, etc.”.⁶⁶

Como bien detalla Vial, la elite se sintió muy cómoda con el modo de desarrollar su economía, aspecto que, en conjunto con las nuevas costumbres traídas desde Europa, decantaron en ideales alejados de la innovación o perfeccionamiento de labores que hubieran sido esenciales para industrializar. La pereza se tornó en norma, porque incluso así las ganancias eran sustanciosas.

2.2 El orden legal.

El conjunto de cambios mencionados tendió a forzar una serie de transformaciones que se revelaron en esferas distintas a la económica, y, para ser más específicos, la trascendieron. Con las transformaciones en el sistema productivo correspondió adecuar las normativas a las características y necesidades de la época, modificándose la manera en que los chilenos eran apreciados desde la legalidad.

En primer término se encuentra la promulgación del código civil y, de ahí en más, el comienzo de cambios desde el Estado hacia lo que conocemos como laicización.

Se modificó la manera en que se establecían las leyes desde sus aspectos más fundamentales, recordando que anteriormente tanto economía servil como Iglesia fueron parte del mismo sistema, por lo que al resentirse uno, el otro también terminaría afectado.⁶⁷

⁶⁶ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I (Santiago, Santillana, 1981), 491.

⁶⁷ El proceso orientado hacia la separación de Iglesia y Estado se consolidó finalmente en 1925, sellado con la constitución promulgada ese mismo año.

En concordancia, Julio Heise postula que *"Es interesante rastrear el esfuerzo desplegado por nuestra burguesía intelectual para adaptar el liberalismo a las condiciones peculiares del país"*.⁶⁸ Este aspecto resalta el cambio de orientación desde la elite nacional, con el fin de establecer modificaciones en las principales ciudades y especialmente la capital, separando atributos entre los estratos dirigentes tanto del centro como de las periferias. Siguiendo el punto, complementa lo dicho con lo siguiente:

"En la segunda mitad del siglo, junto al agro tradicional, emerge un grupo minero y mercantil que transforma la mentalidad de la clase dirigente que se industrializa y llena de un contenido utilitario y burgués".⁶⁹

En consecuencia, se produce una acentuada dispersión de los ya tradicionales partidos políticos, donde la clásica división instaurada desde los albores de la república se convierte en un abanico mucho más grande. Ya la clásica disputa entre pipiolos y pelucones pasa a formar parte del pasado, porque sus modos de vida se ven transformados, al igual que la cultura que los envuelve.

Producto de estas modificaciones, la elite chilena pasó a ampliarse. Con la incorporación de nuevos integrantes, quienes no tenían necesariamente los mismos intereses que sus predecesores, terminaron por modificar al antiguo grupo de procedencia terrateniente y colonial. Toda esta nueva amalgama entre nuevos ricos y antiguos señores, es lo que conformó la oligarquía.

En cuanto a las posibles diferencias internas que pudieran tener los antiguos señores versus los nuevos integrantes, estas fueron solventadas rápidamente. Dicho aspecto se puede exponer de la siguiente manera:

"En tales condiciones, debido a que entre los círculos oligárquicos había consenso en el plano económico –esto es, en un esquema basado en la economía primario exportadora–, y en lo político, –es decir, en la existencia de

⁶⁸ Julio Heise, *El periodo Parlamentario 1861-1925* (Santiago, Editorial Universitaria, 1982), 23.

⁶⁹ Heise, "El periodo Parlamentario 1861-1925", 23.

un régimen de partidos expresivo de un liberalismo oligárquico– en la medida que avanzaba la segunda mitad del siglo las diferencias al interior del sistema institucional, es decir, al interior de la oligarquía, se minimizaron...”⁷⁰

Uno de los resultados palpables de este conjunto de intereses, en materia económica, es el surgimiento de iniciativas emanadas desde el mismo sistema de partidos, que de a poco exhibió las diferencias de poder al interior de la propia clase dirigente. Ahora bien, esta nueva forma de autoridad no tensionó sobre la base de las relaciones intra-oligárquicas, producto justamente de la bonanza económica que los beneficiaba. Jorge Pinto lo resume de la siguiente manera:

“La elite, cuyos debates políticos alcanzaron cierto grado de aspereza, pudo así soslayar el sostenimiento del Estado, viviendo de los ingresos que generaban los productos que exportaba, sin pagar impuestos y sin modernizar sus faenas agrícolas y mineras (...)”.⁷¹

Con ello, quedan asentadas las bases mediante las cuales se desenvolverían los actores principales de este nuevo Chile, cuyas condicionantes y cambios desencadenados terminarán por favorecerlos notoriamente. Como se ha dicho ya un poco antes, la manera de producir riqueza no se tensionaba en los centros productivos, motivo por el que las modificaciones de la capital en materia cultural tenían poca resistencia, debido a que no afectaba en las ganancias de dinero.

2.3 Momentos que marcaron cambios duraderos.

Como se mencionó, hubo un proceso de cambio originado desde el exterior del país, donde la matriz del aparato estatal se modificó y comenzaron a producirse modernizaciones en aspectos específicos del quehacer de la República. El grupo dirigente también cambia, volviéndose más amplio y complejo.

⁷⁰ Luis Corvalán, *Centenario y Bicentenario los textos críticos* (Santiago, Editorial USACH, 2012), 46.

⁷¹ Jorge Pinto, *Proyectos de la elite chilena del siglo XIX* (II) (Alpha N° 27, diciembre 2008), 138.

Este proceso de cambio tendrá otro salto de proporciones, enmarcado en lo que hoy en día se conoce como "Guerra del Salitre" (anteriormente conocida como "Guerra del Pacífico"), conflicto del cual la elite resultaría muy favorecida.

Dichos beneficios trajeron posibilidades de cambio evidentes, comenzando por la integración al territorio nacional de un área de gran notoriedad en materia económica (norte salitrero). Con ello, en términos de crecimiento, la economía de nuestro país no tenía techo.

Tales circunstancias orientaron al sector dirigente a establecer relaciones tanto productivas como políticas, no solo con integrantes de su círculo de poder, sino que también con los nuevos enriquecidos. Dichas condicionantes se presentaron de una forma que si bien permitiera la renovación, no alterara las relaciones de poder, prestigio o privilegios.

Para graficar dichas conductas, sirve de ejemplo lo que le ocurrió al presidente Balmaceda en cuanto a sus ideas y las trabas con las que se encontró, provenientes desde sus cercanos. Destaca el cambio de actitud hacia ese presidente, por no favorecer los intereses de la elite. Bernardo Subercaseaux lo describe de la siguiente manera:

"Desde 1886, fecha en que fue elegido, Balmaceda se propuso como tarea "reconciliar a la gran familia liberal". En el liberalismo debía primar el espíritu de partido y no de círculo; la doctrina común y no los intereses de grupos y personas. Se necesitaba "un gran partido de gobierno". Balmaceda, sin embargo, no logró jamás este objetivo. Peor aún: un grupo de líderes y periodistas liberales que habían sido impulsores de su candidatura, se distanciaron de él y dese 1889 fueron los verdaderos artífices de la oposición".⁷²

Como se plantea, el cambio de actitud se vio enfocado en mantener los privilegios obtenidos por medio de la nueva cara del país, sumado a los beneficios que ya tenían muchas de estas familias desde la independencia o tiempos coloniales.

⁷² Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 284.

En cuanto al presidente, a juicio de la elite se acercó demasiado a los nuevos ricos, volviéndose en un elemento peligroso. Por esta razón la tendencia en boga entre los sectores más acomodados de la elite era formar parte del bloque opositor. El mismo autor señala que lo realizaron de la siguiente manera:

“Hegemonizaron el movimiento con banderas de lucha como la de la independencia de los partidos respecto del gobierno, el régimen parlamentario, la libertad electoral o la libertad en un sentido de valor absoluto. Pero por sobre todo le dieron rango social al antibalmacedismo, articulando una postura que connotaba como de “buen tono” ser opositor”.⁷³

Lo que señala el autor es la antesala del quiebre tácito que se producirá en términos políticos, enmarcados en el suicidio del presidente en el año 1891, como consecuencia de las trabas impuestas desde la oposición. Este incidente vino a sellar el triunfo del antibalmacedismo y el cambio de sistema.

Este acontecimiento se caracteriza, además de lo simbólico, como un cambio profundo en términos políticos, o si se desea, como el reforzamiento de las ventajas que ya poseían las más altas esferas tanto políticas como económicas desde antes del conflicto. Respecto a este tema, Gonzalo Vial expone lo siguiente:

“Y es que se repite el fenómeno pre-Portales. La aristocracia de la anarquía, perdido el contrapeso que le significaba el poder monárquico, quiere gobernar por sí y para sí, como clase, o sea, convertirse en oligarquía. Lo mismo pretende la aristocracia después de 1891, perdido –ahora– ese segundo contrapeso, el poder presidencial. Y nuevamente fracasa –en los años parlamentaristas como durante los anárquicos– y por la misma razón: el faccionalismo personalista”.⁷⁴

Este extracto señala que la disputa no es de clases sino que de grupos dentro de la misma clase, aspecto que no viene a marcar grandes diferencias en el ya establecido régimen parlamentario. En cuanto al fracaso de este sistema (que ocurrirá adentrado en siglo XX), será por la falta de visión de conjunto aglutinante de toda la

⁷³ Subercaseaux, *“Historia de las Ideas”*, 284.

⁷⁴ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I (Santiago, Santillana, 1981), 585.

sociedad. Ése será el mal endémico de la oligarquía nacional, que se encierra en sí misma y excluye al resto.

Los miembros de la elite nacional terminaron por adueñarse del país cuando eliminan de competencia al presidente de la república y sus potentes atribuciones. Modifican el sistema político y las facultades correspondientes hacia el mandatario, disminuyéndolas y debilitándolas. Pero con ello les surgirá una nueva problemática ya enunciada, referida a que las divisiones que los separaban casi no existen en este punto. Al respecto, el mismo autor relata:

“(…) la Revolución había hecho realidad el ideario parlamentarista y la “libertad electoral”. El ejecutivo ya no manipulaba los comicios y se había convertido en dócil instrumento del Congreso. Conservadores, radicales, liberales, nacionales y democráticos pensaban en política exactamente lo mismo y, además, ese pensamiento común ya no era aspiración: era un hecho. De tal modo, no se sabía a ciencia cierta para qué existían los partidos, ni menos la razón por la cual una persona debiese ser, (...) liberal y no radical o nacional... o viceversa”.⁷⁵

De este modo, la oligarquía pudo gobernar sin tener que pugnar por el poder, porque la lucha ocurría internamente en ese grupo. Si bien existieron sectores antagónicos al interior de este bloque, la hegemonía de la coalición no estaba en peligro; si llegaban a despotricar contra él (como algunos antiguos Balmacedistas) era solo para aparentar, porque la verdad era que la elite en general se sentía muy cómoda, con su anhelo hecho realidad.

3. Chile en la última década del siglo XIX.

Es relevante mencionar que, si bien había consenso económico entre los integrantes de la clase dirigente, la unión parece no haber sido todo lo fuerte hacia otros ámbitos. Tales prerrogativas se enfocaron en temáticas referentes hacia la

⁷⁵ Vial, *Historia de Chile*, 581.

cultura, principalmente en la cuestión de la identidad, aparejada con las sensaciones de crisis y decadencia emanadas hacia el Centenario. Respecto de ello, Bernardo Subercaseaux destaca que:

“(…) la sensación de crisis y la presencia de nuevas capas sociales se tradujo en intentos por readecuar el concepto liberal de nación. Algunos, buscando dar cabida en él a las capas medias y populares, o al componente étnico y al mestizaje; otros, auspiciando el reemplazo de la tradición francesa por la anglosajona, o de la educación humanista y liberal por una de énfasis técnico-industrial”.⁷⁶

Si bien Chile pasó a transformarse en un periodo corto de tiempo, la realidad es que cambios de esta naturaleza no se producen de una manera tan parsimoniosa, y esto es parte de lo que evidencia la cita del autor. Debido a las condiciones del país, dichos cambios no se provocan de manera lineal y son más comunes las dinámicas de aceleración y desaceleración, porque choca lo tradicional con las nuevas propuestas.

Surgirán con el tiempo iniciativas distintas incluso del afrancesamiento, ya que no contempla a los estratos menores. Éstas no poseían la fuerza de la influencia francesa, pero se estaban haciendo un lugar en el país, arraigándose justamente en estos grupos emergentes, que además veían con hastío el actuar de la elite nacional. Cabe destacar que las propuestas alternativas son de procedencia británica y alemana.

Siguiendo la misma línea, una fuerte disputa planteada por intelectuales cobra fuerza hacia la segunda mitad del siglo XIX; esta consistió en si se debía hacer una copia fiel de las doctrinas y manifestaciones provenientes desde Europa o si correspondía ser original en la copia, apropiándose de dichas manifestaciones y convirtiéndolas en algo nuevo.

Se pueden diferenciar dos posturas, una cosmopolita o de vanguardia que copia fielmente a los intelectuales europeos, y otra que es una apropiación nacional, que por cierto también vale para América latina. Para el caso nacional se adelanta que ambas

⁷⁶ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 10.

propuestas se utilizan, salvo que en momentos distintos y por agentes también disímiles; he ahí la diferencia entre lo que será la belle époque nacional versus el modernismo latinoamericano que se presentará como antípoda del afrancesamiento al llegar al siglo XX.

Siguiendo el punto, Bernardo Subercaseaux expone otro tema relacionado con los ya mencionados, que sirve como preparación para nuestro país y el continente; tiene relación con la manera que lo europeo es aceptado y transforma la realidad nacional. Establece que:

“(…) las máscaras e idearios, sin piso orgánico, pasan por ende a ocupar (a modo de respuestas avant la lettre) el lugar que deberían ocupar los procesos de elaboración de ideas o de creación de símbolos propios. De allí entonces el desequilibrio latinoamericano entre una carencia de producción teórica y una abundancia de reproducción teórica; o la tendencia a buscar herramientas conceptuales y estéticas no a partir de las realidades o procesos sociales que vivimos sino desde un afán casi compulsivo por estar actualizados y ser modernos. Se trata, en síntesis, de una perspectiva que da pie a la hipótesis de la importación constante e indiscriminada de ideas y estilos artísticos”.⁷⁷

Queda demostrado que la norma consistió en copiar modos y actitudes europeas, aunque eso los hiciera parecer una caricatura de la moda de ese continente. Las visiones estaban orientadas a reproducir más que a crear, sin analizar o apropiarse de aspectos que eran ajenos a la realidad nacional.

Las nuevas condicionantes fueron impulsadas por un proceso modernizador que no ocurre transversalmente, salvo en aspectos muy específicos de la actividad económica nacional. Este aspecto beneficia a unos pocos miembros de la elite; los demás quedarán desplazados y relegados. Lo mismo para los grupos sociales por debajo de la elite, quienes, salvo que se enriquezcan no adquieren mayor preponderancia.

⁷⁷ Subercaseaux, “Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile”, 21.

Se presenta una realidad en donde la oligarquía considera al Estado como una propiedad personal y poco hace para con el resto de la sociedad, porque estar en política para ellos es un simple deporte, una virtud ligada a su posición, y no un deber con el que tuvieran que responder a ante las demandas y necesidades del resto de la sociedad. Enrique Fernández plantea que esta dinámica se realizaba de la siguiente manera:

“La producción de la legalidad era el mecanismo que cerraba el círculo de la exclusión. De las situaciones de privilegio económico y social se saltaba a la práctica política, de ahí a la administrativa y de ella a la producción de la ley. Esta, a su vez, sancionaba las prácticas anteriores dándoles una base institucional y generando las condiciones de su propia reproducción”.⁷⁸

Estas nuevas variantes son las que confirman y aseguran el cambio, separando integrantes antiguos y añadiendo otros nuevos, pero manteniendo como núcleo unos pocos que mutan para mantenerse en posición de elite y dictar las normas en costumbres, a modo de círculo vicioso. En la misma línea, Gonzalo Vial destaca que:

“(…) el grupo arrastrado a la nueva postura –el grupo víctima de la propia ostentación, ociosidad frivolidad, desmoralización; el grupo sumido en la riqueza fácil y casi siempre falsa; el grupo que se extranjerizó y abandonó sus deberes sociales; el grupo que perdió la voluntad de poder– marcaba el tono. Le obedecía el país como conjunto, sino quizás la aristocracia tradicional. Por lo demás, esa aristocracia “antigua” tampoco mostró una adaptación razonable a los nuevos tiempos. Las virtudes necesarias podían ser las mismas durante los gobiernos de Manuel Montt y Pedro Montt, pero empezando el siglo XX, ellas requerían formas distintas de las que se habían revestido media centuria atrás”.⁷⁹

Entonces, todo comienza y termina con la elite y sus decisiones; la relación se vuelve extremadamente excluyente, cayendo tanto los que no podían acceder a este grupo por riqueza o por cultura. Las nuevas costumbres sumadas a los nuevos líderes y sus ideales distintos desplazan incluso a parte de la antigua aristocracia, porque no se adaptan a las nuevas dinámicas sociales.

⁷⁸ Enrique Fernández, *Estado y sociedad en Chile, 1891-1930* (Santiago, LOM Ediciones, 2003), 49.

⁷⁹ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I (Santiago, Santillana, 1981), 635.

De este modo se establece el punto de partida de la decadencia de la elite, al entregarse por completo en un compendio de costumbres, que además de no comprender ni asimilar, tampoco desean entender ni analizar, salvo en sus formas. Se acaba la voluntad por crear algo propio y acorde con la realidad nacional, manteniéndose en una penumbra que no desean abandonar.

3.1 Los grupos subalternos.

No estaban en los planes de las elites como parte importante de las decisiones o como elemento para discutir y disputar los espacios económicos, políticos o culturales, pero se les tenía en cuenta porque sus labores eran necesarias y de alguna manera se debían adaptar (dentro de unos marginales límites educativos), a la cara más burguesa del país. En cuanto a este lineamiento, María Loreto Egaña establece lo siguiente:

“Si el modelo liberal durante el siglo XIX protegía los intereses de la elite y dejaba espacios para la inserción de los emergentes sectores medios, era claramente excluyente para la gran mayoría del pueblo. Este último perdió progresivamente la posibilidad de desarrollar su propia economía productiva, acelerándose su proceso de pauperización y exclusión que hizo crisis a fines de siglo”.⁸⁰

Dicho esto, lo que se aprecia como heterogéneo en algunos aspectos está vinculado a un segmento (la elite), que en sí misma intenta homogeneizar al resto de la población bajo sus parámetros. Se utilizan todos los medios posibles para sacar de competencia cualquier tipo de amenaza a la primacía que posee este sector, incluso si todavía no tiene la fuerza para convertirse en amenaza.

⁸⁰ María Loreto Egaña: *La Educación Primaria Popular En el Siglo XIX en Chile: una práctica de política estatal*, (Santiago, LOM Ediciones, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2000), 13.

Podría decirse que actitudes de este tipo son algo así como parte del A.D.N. de la Historia de Chile, y repetidas son las escenas en donde quien no acepta las reglas del juego y se adapta (o convierte) queda excluido de la sociedad.

Respecto de la educación y sus fines, la misma autora afirma que: *"La educación primaria para el pueblo implementada durante el siglo pasado constituyó una respuesta desde las elites, para enfrentar los problemas de marginalidad que el propio proceso de modernización implementada por éstas iba generando".*⁸¹

Hace mucho sentido esta frase si se compara la visión que se tiene desde las altas esferas de la sociedad y lo que piensan de quienes no son como ellos, además del recelo con que cuidan sus posiciones de privilegio, porque, como se ha dicho, más que enseñar se enfocan en instruir con el fin utilitarista de crear sirvientes, de ahí que el sistema tenga falencias en materias básicas del desarrollo, partiendo por la cobertura, no importando que el conjunto acceda, porque con unos pocos les basta.

Incluso es posible comparar estas iniciativas con lo que hicieron cerca de mediados del siglo XIX los llamados "girondinos chilenos", quienes, a pesar de ser un movimiento mucho más reducido, se preocuparon de adentrar capas sociales más bajas en la cultura en boga, aunque la motivación de la elite afrancesada difiere de lo que pretendieron personajes como Francisco Bilbao años antes (las motivaciones eran prácticamente opuestas).

Siguiendo el mismo lineamiento, la política estatal encabezada por la elite no estaba interesada en los grupos subalternos más que como medio para un fin, que era hacer todo el trabajo que ellos no deseaban ejecutar; además, se utilizaban los puestos públicos en estas áreas con fines políticos de partidos o de particulares, pauperizando aún más la situación. Alejandro Venegas expone la situación de la siguiente manera:

"La organización de la instrucción primaria es pésima y peca por su base; toda ella gravita sobre una sola columna, el Inspector General de Instrucción

⁸¹ Egaña, "La Educación Primaria Popular En el Siglo XIX", 15.

primaria, y siempre ha desempeñado este puesto una persona inútil para el objeto, porque se ha hecho de él un empleo político. Hoy mismo, señor, vos veis colocado en ese puesto de tanta responsabilidad a un abogado, muy distinguido, muy honorable, muy inteligente, muy lo que vos queráis, menos capaz de desempeñar tan grave cargo”.⁸²

En consecuencia, no están las personas adecuadas siquiera en los puestos de importancia, porque para la elite la educación de los estratos inferiores no es tema esencial; solo les interesan las prebendas otorgadas por el cargo público.

Ahora bien, respecto de los grupos subalternos hay indicios que evidencian un proceso de toma de conciencia, al menos en lo que respecta a los sectores medios, quienes lucharon por no dejarse llevar por las costumbres afrancesadas. En palabras de Bernardo Subercaseaux:

“(…) se percibe a la clase media no como un lugar de tránsito, sino como un punto de llegada. Se fustiga así, por una parte, la actitud arribista o de encandilamiento con la aristocracia, con sus modas y costumbres y, por otra, la disolución de los sectores medios en el pueblo, tal como de alguna manera lo planteaban, en la época, los idearios socialistas y anarquistas”.⁸³

Las capas medias ya tenían noción de lo que ocurría hacia el fin de siglo, y poseían una mirada distinta; estaban adquiriendo importancia por las labores que desempeñaron, desde actividades técnicas hasta las de empleados públicos, denotando el avance que supone el acceso a la educación (logrando surgir a pesar de lo deficiente que es en ese momento).

Son un conjunto de individuos que hacia el final del siglo ya están realizando un análisis de la realidad que se está construyendo, y de las falencias de la oligarquía para con el Estado y el país. De paso obligan a la élite a modificar su actuar, sobre todo en política, donde deberán necesariamente incluirlos y negociar con ellos.

⁸² Alejandro Venegas, *Chile Íntimo en 1910* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ PUC/Cámara Chilena de la Construcción, 2009), 65.

⁸³ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 324.

3.2 El centralismo como norma.

Características como las señaladas dan cuenta de una tendencia marcada hacia lo que hoy conocemos como "centralismo", excesivo en la figura de ciertos grupos elitistas pertenecientes a la capital del país, quienes terminaron por aglutinar poderes provenientes de distintas áreas en sus manos, como el político, legal y económico.

Dicho centralismo pudo tener como contraparte otras zonas urbanas importantes como Valparaíso y Concepción, pero la capital se benefició de la disminuida preeminencia de los enclaves mencionados. Jugó un papel decisivo la construcción del canal de Panamá, porque la ruta comercial marítima cambió, alejando a las zonas costeras nacionales del resto del mundo.

Ahora bien, hay diferencias marcadas al referirse a Santiago y Valparaíso en cuanto a influencias europeas, siendo Gran Bretaña el modelo para el caso de Valparaíso; en cuanto a la capital el modelo es Francia y específicamente, París.

El afrancesamiento se impuso, tanto en la capital de nuestro país como en el resto del mundo occidental; condición que potenció aún más la actitud y conciencia del sector dominante de la oligarquía santiaguina. En nuestro caso se beneficia de la construcción del canal de Panamá, porque de ahí en más ya no será necesario el paso de todas las embarcaciones por Valparaíso, elemento que termina por relegarlo a un segundo plano. Este punto es bien descrito por Luis Orrego Luco, quien relataba:

"Llegado a Valparaíso, con el corazón palpitante de júbilo, puede contemplar a nuestro hermoso puerto de noche, como inmenso anfiteatro, constelado de luces que trepaban por los cerros, desde el plano. Al día no se había construido el canal de Panamá, y todos los barcos destinados al Perú, Ecuador, México, California, Japón, China Australia y Nueva Zelanda, hacían escala en su rada, procurándole animación y vida extraordinaria que habrían de perderse en breve, gracias a la obra del Canal de Panamá que acertaba inmensamente sus distancias".⁸⁴

⁸⁴ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 546.

El tema fue simple y brutal, Valparaíso pasó de ser el enclave obligado y por ello punto central de la llegada de las costumbres más en boga en el mundo a un lugar casi olvidado, oculto en un espacio recóndito de un país austral. Golpe fatal a la hora de poder confrontar la cultura de la elite santiaguina o intentar imponerse a sus estilos.

Se tendió a concentrar todo lo relativo a la riqueza, poder y hegemonía en la figura de los más acomodados personajes de Santiago, trasladando muchas de las actividades administrativas a la capital, aspecto que termina por sellar la primacía de la capital como centro administrativo y social de nuestro país.

Estas cualidades se vieron reforzadas por las modernizaciones que se llevaron a cabo en la propia ciudad, convirtiéndola en el espacio ideal para mantener residencia. Se consideró como sinónimo de "moderno" el habitar en la capital. Respecto de lo anterior, Manuel Vicuña explica que:

"Las guerras civiles de 1851 y 1859 serían las últimas revueltas regionalistas contra la hegemonía de la capital, en ambos casos victoriosa. Santiago, por añadidura, sacó partido de su cercanía con el puerto de Valparaíso, aliado comercial y financiero de la capital".⁸⁵

Queda de manifiesto que luego de estos sucesos, la preponderancia de Santiago por sobre las demás ciudades es indiscutible, expresando la elite capitalina todos los argumentos a favor para controlar espacios tanto públicos como privados, y atrayendo a todos quienes quisieran ser parte de su grupo (imponiéndose incluso por la fuerza, de ser necesario).

⁸⁵Manuel Vicuña: *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, (Santiago, Ed. Sudamericana, 2001), 28.

4. Una sociedad en transición: el Centenario.

El contenido del Centenario es muy diverso al igual que sus intérpretes, tanto desde el interior de la fiesta (oligarquía), como aquellos que quedaron en posiciones periféricas (Sectores medios y bajos).

Sin duda, las condiciones para realizar dicha celebración no eran las óptimas, pero el enajenamiento de la elite omite realidades extrañas a la propia. Esta condición era el reflejo de varios años de vicios de la oligarquía chilena.

Existe una completa negligencia en los ámbitos trascendentales del quehacer del país, siendo prioridad aquellos relativos a la celebración del Centenario, tales como modificaciones arquitectónicas y un sinfín de retoques de carácter estético. La preferencia era parecer europeos, independiente del sentimiento de malestar desarrollado en gran parte de la población.

Dichas modificaciones fueron realizadas de manera igualmente negligente, razón por la que varias construcciones emblemáticas estuvieron terminadas después del Centenario. En consideración de este punto, Soledad Reyes expone lo siguiente:

“Sería una constante durante los meses previos a los festejos la incertidumbre respecto a la concreción de los edificios, la que se generaba por falta de tiempo, por escasez de recursos y por diversos problemas de último minuto. Los presupuestos debieron estar en constante reelaboración, a medida que los proyectos de la fiesta iban constantemente cambiando”.⁸⁶

El extracto detalla que el país no estaba en condiciones de albergar una fiesta, no había motivos para tal celebración en el grueso de la población y al parecer no estaban las circunstancias suficientes para llevar a cabo tales efectos. Claro está, dicha celebración se llevó a cabo de manera extravagante, con altos costos

⁸⁶ Soledad Reyes, *Chile en 1910, Una mirada cultural de su Centenario* (Santiago, Ed. Sudamericana), 264.

monetarios, e ignorando la precariedad del resto de la población. En complemento, Gonzalo Vial detalla:

“Poco ha quedado del Centenario, una vez marchadas las visitas, extinguidas las mortecinas luces de colores, cerradas las fondas y recogidos los borrachos de las calles...Primeras piedras de edificios públicos (...) y monumentos (...) que nunca nadie verá erigirse, o que demorarán decenios. (...) Han sido días de locura los del Centenario, dejando un regusto extraño, inquietante... y casi nada más”.⁸⁷

Con estos antecedentes el Centenario se ve como algo raro y solamente cosmético, innecesario si se quiere. Muestra los resabios de un grupo social que sueña con ser europeo y que se esmera en resaltar a toda costa, sin importar que en el camino perjudique al resto de la sociedad. En este punto, el actuar de la oligarquía empapa de negatividad las vidas del resto de la población, quienes producto del abandono estatal comenzarán a extender conductas que se transformarán en vicios, poniéndose a la par del sentir decadente que la propia elite manifiesta.

Como se ha dicho, los vicios aparejados tanto al parlamentarismo como a la propia oligarquía fueron evidentes y pronunciados. El más extendido fue el alcoholismo, mayormente entre los estratos bajos y consiste en la prueba empírica de incertidumbre hacia el futuro, además de convertirse en expresión tácita de la decadencia del momento, porque las consecuencias eran inmediatas y evidentes; El pesar estaba a la vista.

Respecto del alcoholismo, se evidencia que hacia 1900 el problema está fuera de control, teniendo como principal aliciente el fácil acceso y su gran oferta. Por ello, el número de personas con esta afección era bastante elevado. En este aspecto, Bernardo Subercaseaux acompaña con los siguientes datos:

“En 1895, por motivo de embriaguez pasaron por la policía 126.682 personas, casi el 5% del total de la población. Solo en Santiago existían 3.183

⁸⁷ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen II (Santiago, Editorial Santillana del Pacífico S.A, 1983), 509.

establecimientos que expendían licor y bebidas alcohólicas, y en una sola calle, Nataniel, 227 bodegas y despachos de vino”.⁸⁸

Como se expresa, el alcoholismo siguió siendo un problema realmente grande, amparado por la realidad de sus víctimas, quienes beben con la simple tarea de evadir la dura y triste realidad que tienen ante sus ojos y de la que no pueden huir. Como anexo destaca que el alcohol estaba reconocido como elemento no dañino para la salud de las personas, siendo, por lo mismo, ampliamente aceptado. Considerando un autor de la época, Pedro Subercaseaux relata que:

“La borrachera parecía ser general los sábados en la tarde. Me parece aún ver, en la calle San Diego, a una mujer andrajosa con un niño pequeño en brazos. Iba borracha y a cada bamboleo de sus inseguros pasos, estrellaba la cabeza de la criatura contra el muro”.⁸⁹

Qué ejemplo más directo que el expuesto de primera mano. A Pedro Subercaseaux le bastaba dar una vuelta por los sectores populares de la capital para evidenciar la decadencia social.

Respecto de la escena, el vicio se conecta directamente con la vía de escape de una sociedad que está enferma desde los estratos más altos, con el despilfarro, hasta las clases populares, quienes ven en el alcoholismo una forma de anestesiar su complicada existencia. Era eso lo que se veía hasta el hastío, lo que rodeaba el ambiente nacional.

5. Los ensayistas de la crisis.

Ante consideraciones de este tipo y la situación en la que se encontraba el país, surgieron miembros ilustrados, tanto de clase alta como algunos de estratos medios

⁸⁸ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 – 2004), 422.

⁸⁹ Pedro Subercaseaux, *Memorias* (Santiago, Editorial del Pacifico, 1962), 19.

que hacen ver esta realidad y realizan diversas críticas a las consideraciones que se están tomando por parte de la elite afrancesada.

Si bien estos personajes critican el actuar de la oligarquía, no son un bloque que actúe al unísono, sino más bien personajes que de forma individual y aislada resaltan los elementos concernientes a los males que aquejan al país. Como dice Cristián Gazmuri: "*El común denominador que los une es, frecuentemente, sólo la denuncia de la crisis*".⁹⁰

Se vinculan las causas de los males de la nación a la oligarquía desde diversas áreas, impulsadas por la sensación de crisis. En sintonía estaban las apreciaciones hacia el régimen parlamentario, que se ve en franco declive, debido a que no logra encantar a nadie y sus vicios producidos están a la vista. Respecto del declive de este sistema, Gonzalo Vial detalla que:

"El régimen político-social ya no funcionaba; nadie esperaba cosa alguna de él, ni él de sí mismo... Inmóvil, perduraría aún, en estado catatónico, otros diez años, pero únicamente esperando el colapso inevitable; rodeado y abrumado por la crisis popular, y sin hacer nada –no obstante– para salvarla".⁹¹

El cambio o su posibilidad (la crisis) estaba en ciernes hacia 1900, las condiciones se comenzaban a establecer y los ensayistas de la crisis lo hacían notar; el parlamentarismo perdió fuerza por la situación del país y las actitudes de la oligarquía, que en su burbuja poco se interesaba por lo que no los afectaba directamente.

En cuanto a los ensayistas de la crisis, critican al modelo a partir de la materia en la que son doctos (economía, política, educación, moralidad) y desde esa tribuna se manifiestan, de forma aislada. Cristián Gazmuri lo menciona de la siguiente manera:

"(...) para algunos es una crisis de decadencia (Mac-Iver, Alberto Edwards)
para otros es una crisis social y de desarrollo (Recabarren, Alejandro

⁹⁰ Cristián Gazmuri, *El Chile del Centenario: Los Ensayistas de la Crisis* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001), 18.

⁹¹ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen II (Santiago, Editorial Santillana del Pacífico S.A, 1983), 496.

Venegas). Algunos piensan que el centro del problema radica en algún elemento de la sociedad o cultura chilena, por ejemplo, la raza (Palacios, Encina). Otros enfatizan la esterilidad del estilo y la problemática política (Guillermo Subercaseaux); las tendencias de la educación (Pinochet, Encina) o los problemas económicos monetarios (Ross, Subercaseaux, etcétera)".⁹²

Se ataca a la oligarquía desde distintas áreas, disímiles si se quiere, pero no por eso equivocadas unas respecto de las otras. Todos ellos son testigos conscientes de una realidad que es profundamente injusta y que está trayendo la ruina al país. Todas sus propuestas, si bien aisladas de las demás en su concepción, se van sumando en torno del problema en común: la mala dirección que la elite está tomando en el desarrollo de la nación y el bienestar de su gente.

Siguiendo este punto, se enumeraron ciertos males específicos como elementos característicos del descalabro que tiene la oligarquía en el país. Son dos los más mencionados:

En primer lugar se encuentra el cohecho, práctica generalizada y ejercida en un tono de normalidad en la actividad parlamentaria, se trata como si esta fuera parte de la propia actividad política de un diputado o senador; o dicho de otra forma, como si ésta fuera un bien o retribución hacia ellos.

Con respecto al cohecho, Bernardo Subercaseaux explica que: "*después de 1891 se hizo tan habitual que llegó a tasarse el precio de una diputación en \$50.000 y el de una senaduría en \$150.000*".⁹³

Este tipo de prácticas exaltan aquellas voces disidentes, que cada vez tuvieron más fuerza desde el cambio de siglo. Son enfáticos en culpar a la oligarquía por los males provenientes de su mala o nula administración, además de su escasa voluntad en materia de servicio público.

⁹² Gazmuri, "El Chile del centenario, los ensayistas de la crisis", 18.

⁹³ Subercaseaux, "Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile", 311.

Otro tema trascendente en cuanto a mala práctica de la oligarquía es lo que se conoce como parasitismo, practicado como complemento del cohecho.

Específicamente se refiere a aquellos sujetos que ingresaron al parlamento o a alguna función del Estado y viven de sus beneficios monetarios, pero no realizan labor alguna, ni siquiera las que se supone deberían ejecutar en el cargo que les fue asignado, razón por la que se asemeja su figura a la de un parásito, que sin realizar ningún beneficio, aprovecha las utilidades que le entrega el servicio público.

Para enmarcar esta crítica, el fragmento del célebre discurso emitido por Enrique Mac-Iver entrega información adicional sobre estos individuos, esgrimiendo lo siguiente:

“Sin verdadero interés político o partidista, sin pasión, sin error, por mero apego a una persona o a un grupo, o por antipatía a otra persona o a otro grupo, por tener un voto más o por no tener un voto menos, por adquirir un adherente para otra injusticia o por no degradar a alguien, por una pequeña venganza o por pagar un pequeño servicio, fría y tranquilamente, sin acordarse por un momento siquiera de los intereses públicos y del derecho, se quita al elegido de su asiento y se da asiento al no elegido y se falsifica la representación nacional”.⁹⁴

Como se expresa, acá no hay tintes políticos en cuanto a propuestas de partidos, debido a que la corrupción es generalizada al interior de la oligarquía; operan los acuerdos para que algún personaje sin méritos obtenga un cargo al interior del Estado o un escaño en el parlamento y, como se expuso más arriba, esta operación era tan común que incluso tenía asignado valor monetario.

Razones como las destacadas son las que despertaban la furia de los intelectuales, aunque no con la fuerza suficiente para haber obtenido resultados significativos en un inicio; fue un ejercicio que con el tiempo fue obteniendo adherentes de manera progresiva. Considerando este último aspecto, Alejandro San Francisco destaca la trascendencia de los ensayistas de la crisis:

⁹⁴ Enrique Mac-Iver: “Discurso sobre la crisis moral de la República”, presente en: “El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis”, C. Gazmuri, (Santiago, Chile, PUC, 2001): 38.

“En cualquier caso, lo importante es destacar un aspecto clave: crisis ha habido muchas veces en la historia de Chile. Lo que hace esta generación del Centenario es pasar del problema a la denuncia, es decir, explicita la crisis, la hace pública y por ello pasa a ser un tema ciudadano sensible. De hecho, fue esta situación la que hizo que el sentimiento de crisis no fuera una situación aislada dentro del país, sino que se desarrollara con más fuerza y difusión en diversos ámbitos”.⁹⁵

Importancia y trascendencia evocan los ensayistas de la crisis en cuanto a la resonancia de sus proclamas, sobre todo por la envergadura que alcanzó su denuncia. Aunque no lograron que la oligarquía frenara de inmediato sus actividades, pudieron sumar nuevos actores paulatinamente a la denuncia, como ya se ha explicado.

5.1 Nacionalismo.

Conformemente con lo expuesto, los inicios de este movimiento se supeditan a las condicionantes exhibidas por la oligarquía hacia el cambio de siglo. Estos actores conllevan a una revisión de mano de los intelectuales de la época tanto en los aspectos inmediatos como en las proyecciones a futuro.

El análisis que se lleva a cabo dilucida la considerable influencia desde fuera y poca trascendencia de lo que se produce culturalmente desde el interior de nuestro país, por ello surgen voces que rechazan todas las vertientes foráneas que vengan a normar actividades humanas, especialmente las doctrinas de pensamiento transferidas desde Europa.⁹⁶

En un segundo punto queda el tema del Centenario, como periodo de evaluación inmediata y proyección a futuro. Obviamente el resultado es negativo,

⁹⁵ Alejandro San Francisco, *“El Chile del Centenario, Historia, Problemas, Posibilidades”*, Vol. 8, N° 1, (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, Revista de Historia de Chile y América, 2009), 111.

⁹⁶ En este punto destaca que los nacionalistas rechazan doctrinas orientadas a los estratos altos de igual modo que aquellas destinadas a los grupos subalternos, como el anarquismo.

debido a que se muestran todos los vicios de la oligarquía; y en conjunto con el punto anterior, se llega a la conclusión que se deben incorporar elementos nacionales (existentes o inventados) para subsanar las carencias que se están produciendo.

Se intenta crear una nueva mentalidad arraigada en lo nacional, que no necesite de una copia desesperada de cánones extranjeros o cosmopolitas. En este orden de cosas, trasciende un sentimiento de menoscabo, que permea toda la discusión en torno a las visiones del suceso.

Se ve, por lo tanto, al sentir nacionalista como una salida a la crisis, evocada como la manifestación de la corrupción de un grupo que no se conmueve con la producción cultural nacional, y que al querer parecer extranjero se desprendió de sus raíces.

Por ello, *"El nacionalismo se sitúa como una fuerza que actúa cohesionando – artificial o genuinamente– las sociedades fragmentadas en épocas de crisis"*⁹⁷, vislumbrándose como una posibilidad de subsanar el problema del abandono de la sociedad. En este punto son relevantes los medios de comunicación y educadores, quienes levantan estas consignas.

Siguiendo el mismo punto, se puede decir que *"En forma de crítica, el nacionalismo como solución se acentúa en presencia de regímenes políticos visualizados como incompetentes para solucionar las demandas de la sociedad."*⁹⁸ Claramente estamos frente al caso que describe la cita, basta tomar algunos de los aspectos que caracterizan a la oligarquía y su actuar.

Los escritores de esta tendencia no sienten apego ni con lo europeo ni con la oligarquía, razón por la que intentan adherirse a los grupos subalternos. Es tema común que aparezcan imágenes construidas del campo o personajes urbanos de baja alcurnia, porque los sienten más auténticamente nacionales y quieren identificarse con

⁹⁷ Gabriel Cid, *"A la Nación por la Fe. El nacionalismo católico chileno en un periodo de cambio y crisis, 1910-1940"*, presente en: *"Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX"* (Santiago, Centro de estudios Bicentenario, Vol. 1, 2010), 37.

⁹⁸ Gabriel Cid, *"A la Nación"*, 37.

ellos en una especie de confrontación con lo extranjero. En esta necesidad de acercamiento con los sectores bajos, Jean Franco expone que:

“Los escritores sentían, más que la urgencia de enseñar y guiar a sus connacionales, la necesidad de identificarse con los pobres y derribar las barreras que los separan de ellos”.⁹⁹

Estos nuevos actores, más allá de su origen, sienten que las costumbres deben cambiar hacia algo más genuinamente propio. Se apoyan también en la baja del modelo francés en el mundo hacia el Centenario, lo que ayuda a hacer un ejercicio de introspección con una carga extranjera menos legitimada que años antes.

6. Entre la modernización y el modernismo.

Son variados los elementos persistentes desde Europa y que permearon hacia cierta parte de la sociedad, aunque en momentos distintos. Por ello, es de importancia mencionar como dimensiones significativas tanto al proceso de modernización ocurrido en nuestro país como el movimiento conocido como “modernismo”.

Respecto de la manera de recibir la cultura, primeramente se copia o imita todo lo llegado desde Europa, construyendo la cultura del afrancesamiento, como ya se ha dicho. Posteriormente surgirá una versión más latinoamericana o propia, enfocada en resaltar aspectos internos y evitar justamente la copia de lo europeo.

A esta versión modernista no le basta la justificación de la belle époque nacional y ve con fastidio la importación de caracteres exógenos en la cultura de la elite, por ello, opta por contraponerse a ello, apropiándose y creando algo más legítimo y menos forzado, también más transversal.

⁹⁹ Jean Franco, *La Cultura Moderna en América Latina* (México D.F., Editorial Grijalbo S.A., 1985), 76.

Ahora bien, al remitirse al contexto específicamente cultural, la modernidad presentada como copia de lo europeo (belle époque nacional) se presentó en forma de máscaras. En este punto Ángel Rama postula que cualquiera que cumpla con ciertas condiciones puede, por así decirlo, ponerse esa máscara o de plano un disfraz de modernidad. Lo expone de la siguiente manera:

“Del mismo modo que se disfrazaron los interiores de las casas y se disfrazaron las ciudades, también se disfrazaron las mujeres en la apoteosis de la “toilette” que conoció la época y también se disfrazaron los hombres adoptando extremas exquisiteces del vestir, desde los señoritos de familias bien a los “cafishios” de barrio”.¹⁰⁰

Se explica entonces esta actitud desmesurada de copia de lo externo (en este caso francés), que si bien se proyecta en un principio como un espacio para segmentar a la población, pasará a convertirse en un medio de aceptación social para quienes están adquiriendo notoriedad en nuestro país; quienes deseen ingresar a este mundo deben dominar este estilo cultural antes que todo. También explica por qué para la elite era tan necesario aparentar la riqueza; constituía parte de la máscara.

En este punto hubo gente de estratos bajos que se benefició y, más adelante se interesará en sumarse a la modernidad, formando parte de los sectores medios; este grupo entiende dichos estilos culturales y por lo mismo, tiene las condiciones intelectuales necesarias para criticarlos y contraponérseles.

Estos personajes sobreviven al sistema educacional y ante todo pronóstico logran surgir; apoyan al ala nacionalista que se aburrió de las formas francesas trasplantadas a nuestro país y se suman a las propuestas nuevas que coinciden con ellos, formando movimientos culturales que adquirirán fuerza con posterioridad al Centenario.

¹⁰⁰ Ángel Rama, *Las Máscaras Democráticas del Modernismo* (Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985), 88.

6.1 Modernización y modernismo chileno.

La modernización se exteriorizó en los ámbitos concernientes a la minería en el norte, así como también en la modificación de tecnologías en la capital, destacando la incorporación de la electricidad en distintas labores y también hizo énfasis en la arquitectura. El problema radica en que la industrialización, establecida como punto de partida para poder hablar de modernización no alcanza los ribetes necesarios para afirmar que en Chile existía tal cosa en niveles sociales amplios.

Por lo mismo, los elementos propios de la modernización no producían a gran escala aquéllos males contra los cuales se luchaba férreamente desde el modernismo en Europa, razón por la que no se puede hablar de modernidad en la realidad nacional, debido a que carece de las causas empíricas a gran escala (modernización como industrialización extendida) y las justificaciones intelectuales, porque a la elite solo le interesó copiar las formas europeas y no la razón que las envolvía.

Lo más cercano como ejemplo de un aspecto negativo de la modernización será la cuestión social, que paradójicamente surgirá como consecuencia de los males de la elite (que imita las costumbres del modernismo europeo). El movimiento que lo pondrá en la palestra es justamente modernista (al estilo latinoamericano) y crítico de la oligarquía.

6.2 Las áreas del modernismo chileno.

Inicialmente se exhibe en el arte, sobre todo en la literatura, cerrado en selectos grupos que disfrutaban de él más como una expresión artística. Posteriormente adquirieron rasgos modernistas en un sentido más estricto, pero eso es considerado una nueva etapa, que tuvo su apogeo después del Centenario y en este punto solamente muestra sus primeras luces.

Con todo lo desfasado y descolocado que resultó el modernismo chileno (sin modernización), no estaba tan errado, considerando el modo de vida que se adquirió en la oligarquía. En este aspecto, el modernismo nacional se apropió de las voces disidentes, que con el cambio de siglo adquirieron mayor fuerza e identidad.

Al remitirse en lo puramente modernista, se considera su espacio de desenvolvimiento, y en esto las revistas sirvieron como medio de manifestación y difusión de la cultura. Marina Alvarado Cornejo lo explica así:

“(…) las revistas resignifican al modernismo como potencialidad productiva, posibilidad de rebelarse frente a los cánones decimonónicos uniformadores de la producción literaria, por lo cual las revistas y los autores/as involucrados en ellas buscan y pugnan por la originalidad y la ruptura de las reglas”.¹⁰¹

Entonces, estos medios sirven de base para el desarrollo de esta cultura desde momentos tempranos, donde sus exponentes trabajan el estilo a modo europeo. El problema, como ya se ha dicho, es que no tiene cabida en nuestra sociedad por la justificación que se le confiere por antonomasia y en principio se remiten a criticar las formas artísticas existentes, rompiendo reglas en ese sentido y sin mayor trascendencia social. Ahora bien, con este movimiento más asentado el panorama comienza a cambiar; la misma autora hace referencia a este punto:

“Las revistas literarias aglutinan, agrupan, exhortan y materializan, en sí mismas, las contradicciones del período, reflejando el espíritu de crisis que propició las transformaciones posteriores en la producción literaria chilena”.¹⁰²

Como destaca, el modernismo chileno va sufriendo mutaciones hacia 1900, pasando desde una copia burda de la estética del modernismo europeo hacia una versión más correctamente modernista, si se considera el fin que persigue esa doctrina, además de las actitudes de sus exponentes y la crítica hacia la modernización.

¹⁰¹ Marina Alvarado, *Discusiones en torno al modernismo de las revistas literarias chilenas (1895-1901)* (Universidad Católica Silva Henríquez, Anales de literatura chilena, número 17, junio 2012), 101.

¹⁰² Alvarado, “Discusiones en torno al modernismo”, 101.

Incide también la gran participación que tendrá en este proceso la prensa como forma de potenciar transformaciones sociales. Serán los que aglutinarán tanto las denuncias como las críticas hacia oligarquía, así como también las manifestaciones de un nuevo tipo de modernidad, que regirá con parámetros menos cerrados después de 1900, aglutinando un espectro social mucho más amplio y menos excluyente. Respecto de esta parte Juan José Brunner y Carlos Catalán plantean que:

“Solo con el crecimiento de la prensa la interacción social ya no fue el requisito más importante para la participación cultural. Recién entonces fueron constituyéndose los **públicos** en sentido moderno”.¹⁰³

Como exponen, la prensa se tornó en actor fundamental para la expansión de la cultura modernista, porque abrió el abanico social en cuanto al acceso. Ya no era la única forma de acceder el contacto directo, antigua dimensión guardada por la elite y para la elite, con el tiempo los medios se tornarán más importantes en proporción de la cobertura. Sobre este apartado los mismos autores complementan:

“(…) la prensa tardó en extenderse debido al estrecho mercado existente. A comienzos de los años 30 del siglo pasado no circulaban más de tres periódicos irregularmente, salvo el del partido dominante que aparecía semanalmente. (...) Al finalizar el siglo, existían en Santiago 2 ó 3 diarios del partido de gobierno y otros cuatro ligados a los demás partidos. (...) A comienzos de siglo algunos alcanzaban ya las tiradas masas y se multiplicaban asimismo los diarios de la prensa obrera. El mercado cultural se va ampliando”.¹⁰⁴

La cobertura presenta un aumento significativo en su paso al siglo XX. Se amplía el acceso y también las posibilidades de crear algo propio, por la variedad de miradas que irán convergiendo, y las circunstancias del cambio de siglo, de un malestar social generalizado y con un enemigo en común: la oligarquía.

Se va a ir generando un sentimiento de rechazo hacia los parámetros que proponen las modas y costumbres desde Europa y, si se quiere, la copia e introducción

¹⁰³ Juan José Bruner y Carlos Catalán, *Cinco Estudios Sobre Cultura y Sociedad* (Santiago, Flacso, 1984), 31.

¹⁰⁴ Brunner y Catalán, “Cinco Estudios Sobre Cultura y Sociedad”, 31.

indiscriminada de caracteres europeos se comienza a poner en entredicho. Rosalba Campra lo plantea de la siguiente manera:

“La necesidad de reconocer la propia identidad parece obsesionar al latinoamericano. Este interrogante sobre el ser o no ser no se lo plantea, por cierto, un francés, in inglés o un español: otra herencia del coloniaje y de un peculiar desarrollo que no ha logrado fusionar totalmente el sustrato indígena, el colonizador y el inmigrante. Por tanto, el primer modo de ser es “ser en contra” ”.¹⁰⁵

Ella da cuenta de la manera en que esta escisión entre lo francés y lo que será el estilo propio nacional comenzará desde quienes pretenden la originalidad. El punto es que al no tener referencias en un principio se procede, más que otra cosa a contraponerse a lo que propone la cultura ubicada en el sector antagónico, de ahí que se busque la antítesis del afrancesamiento en todos los sentidos posibles.

Siguiendo este lineamiento es que paulatinamente se conformarán estilos más propios y cada vez más separados de la cultura de la elite, tanto en sus exponentes como en sus ideales. Se practica un ejercicio de introspección que conlleva a la generación de una nueva cultura, que se presenta de una forma renovada y propia, estableciendo una modernidad que no tiene por qué ser una nueva importación europea.

Se puede y se logra crear algo distinto y genuino, por este grupo que se antepone a la oligarquía afrancesada. Ahora bien, volviendo al punto referente al cambio de los intelectuales y los medios de producción literarios e informativos, se destaca que:

“(…) el dominio de lo cultural va a ir experimentando un constante proceso de diferenciación en cuanto a la naturaleza de sus creaciones, proceso que se prolongará, a su vez, al interior mismo de cada campo, diversificando aún más a los productores. De este modo, los hombres de letras no sólo se alzan con una fisonomía propia frente al político sino que entre ellos el educador comienza a

¹⁰⁵Rosalba Campra, *América Latina: La Identidad y la Máscara* (México D.F., Siglo XXI Editores, 1998), 19.

distinguirse del periodista; el periodista del crítico literario, el crítico literario del narrador y del poeta".¹⁰⁶

Como se ha expresado, el proceso transmite y potencia un nuevo tipo de modernidad, aprovechando la fuerza de personas que por distintos motivos no podían dedicarse a las letras; tampoco existía inicialmente un público que estuviera acorde con sus propósitos, cosa distinta luego de la apertura de publicaciones como *Zig-zag*, que en conjunto con otros medios, más la literatura, inician las transformaciones intelectuales en nuestro país, aprovechando las nuevas circunstancias sociales, como a la mayor cantidad de público o receptores.

Estos medios aunque fueron concebidos inicialmente para la oligarquía, sirvieron como base para quienes comenzaron a ser críticos del parlamentarismo y de la hegemonía de lo extranjero. Del mismo modo, los intelectuales que iniciaron las publicaciones contestatarias eran en su mayoría parte del sector que atacaron, pero con el tiempo cambiaron de bando. Algunos de los novelistas son ejemplo de aquello.

7. La vida de las mujeres de la elite.

No puede quedar atrás la vida de las mujeres de la elite, quienes merecen un punto aparte en el análisis considerando sus condiciones específicas de características especiales, tanto por su género como por su condición social. En ellas se retratan de manera más fuerte el choque y conflicto entre lo nuevo y lo tradicional, ofreciendo detalles que suman nuevas perspectivas.

¹⁰⁶ Juan José Bruner y Carlos Catalán, *Cinco Estudios Sobre Cultura y Sociedad* (Santiago, Flacso, 1984), 73.

7.1 Religiosidad marcada.

Las mujeres de la elite, a diferencia de los hombres del mismo estrato social, poseían en principio cargas culturales muy pesadas y difíciles de deshacer. La mayor de ellas consistía en el catolicismo practicante, ritual que siempre fue bien visto como parte cotidiana de la oligarquía, tanto antes como durante el periodo de afrancesamiento.

Por ello, el paso hacia costumbres nuevas era más lento, debido a que la doctrina religiosa frenaba cualquier intento por acelerar dichas transformaciones; entonces, el cambio se reducía a ciertas actitudes y vestimentas utilizadas en escenarios específicos, porque el campo de acción era reducido.

La mujer, por tanto, se presenta en un momento inicial con marcado apego a la vida privada, preservando costumbres evocadas desde tiempos coloniales, donde si bien está recibiendo elementos culturales nuevos, los adecúa. Con ello, su vida se centra en el hogar, espacio donde se realizaban los eventos sociales antes de la construcción de los espacios para la vida pública, y en esporádicas salidas al mercado o a la iglesia, y no mucho más. Este punto es bien descrito por doña Martina Barros de Orrego, en sus palabras:

“Los grandes bailes, las tertulias más íntimas y las frecuentes visitas familiares constituían, casi por completo, la vida social, pues había poco teatro y casi ninguna otra distracción”.¹⁰⁷

Como platea doña Martina, el contexto a la llegada del afrancesamiento era de una elite muy cerrada y alejada del resto de la sociedad. Esto se debía a que por esos años no habían sido construidos ni el Teatro Municipal de Santiago y tampoco el Club de la Unión, aunque claro, este último estaba reservado sólo para hombres y ninguna mujer de la elite podría disfrutar de ese establecimiento.

¹⁰⁷ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi Vida* (Santiago, Orbe editores, 1942), 92.

Este punto de inicio, por tanto, refleja la convivencia, a veces forzada, entre caracteres del mundo antiguo con sus vestigios coloniales y lo nuevo, en la figura de las costumbres afrancesadas que se están imponiendo. Ahora bien, la importancia de las mujeres de la elite radica en que son el ente articulador de estas dos realidades, convirtiéndose en el barómetro entre continuidad y cambio social.

7.2 Asimetría y relegación.

Como se ha establecido, las mujeres de la elite abrazaron los nuevos elementos culturales de una manera mucho más lenta que los hombres, al ser frenadas por las antiguas costumbres necesarias para mantener sus herencias familiares y de clase. Este elemento específico es el punto central en la progresiva separación e influencia del afrancesamiento entre hombres y mujeres de la elite.

Dicho nodo en las costumbres se presentará como barrera insalvable, a tal punto que ni siquiera las modernizaciones que transforman la vida en la capital logran cerrar la brecha. El peso con el que cargan las mujeres las obliga a remitirse a un segundo plano, donde si bien participan de la vida social con los hombres no lo hacen en igualdad de condiciones; son espectadoras de su propio mundo, nunca transformadoras.

Estas características traen consigo el desarrollo de actitudes opuestas en las mujeres respecto de los hombres; el ser retraídas y recatadas se transformó en norma por mucho tiempo, eso es lo que envolvía al buen tono en las señoras de la elite. La mujer que no era opinante, poco instruida y enclaustrada en su hogar o en la iglesia era el arquetipo de las mujeres durante gran parte de la belle epoque nacional.

Ahora bien, en conjunto con los elementos de la vida privada que frenaban a las mujeres se sumaban las iniciativas de la vida pública cerrando las posibilidades para

que las mujeres pudieran acceder a ese mundo cada vez más reservado para los hombres.

Tanto los aspectos educacionales como los laborales estaban orientados a potenciar a los varones; las mujeres fueron excluidas casi por antonomasia, difícil era ver a alguna mujer como profesional antes del Centenario, prácticamente imposible que se instruyeran, porque eso, además era mal visto. El relato de Blanca Subercaseaux describe la situación de la siguiente manera:

“El círculo tranquilo en que debían actuar no les pedía conocimientos científicos, ni para cumplir su misión –la que en cambio adornaban con todo lo que podía embellecer el fino trato social que se hacía en el hogar– (...)”.¹⁰⁸

Este tipo de iniciativas, por tanto, crearon un ambiente de normalización de la asimetría entre hombres y mujeres al punto que por mucho tiempo se mantuvo un ambiente poco friccionado, donde la mujer, quizás por costumbre, no era tan extrovertida en sus demandas al modo en que lo fue desde el Centenario en adelante. En palabras de la misma autora:

“(...) una mirada hacia el tiempo de nuestras madres y abuelas nos dirá que era, antaño, más armoniosa la mujer en el concierto de la sociedad y su personalidad se destacaba más fascinadora al espíritu”.¹⁰⁹

La realidad, por tanto, señala que la mujer estaba orientada hacia ámbitos que poco tienen que ver con el conocimiento científico; se mantenían con el foco puesto en labores relacionadas con la espiritualidad, de ahí también que las descripciones recurrentes las ubicaran con un halo de parsimonia, pero no necesariamente de sumisión, como se describirá en el capítulo siguiente.

¹⁰⁸ Blanca Subercaseaux, *Amalia Errázuriz de Subercaseaux* (Padre las casas, Editorial San Francisco, 1934), 32-33.

¹⁰⁹ Subercaseaux, “*Amalia Errázuriz*”, 32-33.

8. Algunas consideraciones.

Respecto de la segunda mitad del siglo XIX, los acontecimientos proporcionan las condiciones para que la imitación de caracteres extranjeros se consolide en nuestro país. Por un lado la riqueza salitrera permite tener grandes caudales de dinero; en cuanto al suicidio de Balmaceda, facilita que dicha riqueza sea concentrada en unas pocas manos, las de la elite.

Estas formas culturales castigan las costumbres nacionales, produciendo un tipo de modernidad que por no tener asidero fracasa. Este aspecto provocará la crisis que ya conocemos, cuando su modelo y estilo de vida comiencen a perder fuerza y a ponerse en entredicho.

Hacia el Centenario se presentan al menos dos versiones de Chile, una donde la elite habita en su burbuja, viviendo en un mundo urbano casi al estilo europeo; la otra, donde el resto del país debe arreglárselas donde pueda: en el campo como peón, hacia el norte en las salitreras, o viviendo en conventillos y cites en las zonas urbanas más grandes, vendiendo su fuerza de trabajo día a día y cayendo en vicios provocados por esa difícil existencia.

Considerando a los críticos del parlamentarismo y de la oligarquía, se diferencian a los conocidos "ensayistas de la crisis" en yuxtaposición con aquellos productores de intelectualidad a través de medios literarios. Ambos grupos, en conjunto, aportan a los cuestionamientos del estilo tanto de vida promovido por la oligarquía, pasando a ser la antípoda de la elite en todos los sentidos posibles.

Se evidencia un cierto sentir de características nacionalistas, asociado al resquemor latente hacia el Centenario y su incertidumbre por el futuro que se avecina, de características lúgubres. Se critica la adhesión de representaciones exógenas, proponiendo soluciones más introspectivas, pero no menos modernas que las de la elite.

No se puede hablar del trinomio modernidad-modernización-modernismo en existencia plena, quizás sólo insipiente, porque no se cumplen las condiciones mínimas para su desarrollo; cosa similar si se establecen relaciones a nivel de costumbres, donde el compendio de modos de ser tendrá problemas para ser asimilado porque solo son considerados sus caracteres externos y no las justificaciones de dichos actuares.

En este punto, si bien se puede considerar a la sociedad nacional como abierta a la intromisión de elementos externos para desarrollarse a usanza europea, la verdad es que falla, producto del egoísmo de los agentes modernizantes, que en este caso son los miembros de la elite afrancesada, quienes desean estas costumbres solo para ellos, imitándola además de manera errónea.

Por esta razón se conforma un tipo de cultura que pretende ser como la europea, pero está distorsionada en la realidad, además, genera características internas que distan de los cánones esperados por sus practicantes. Respecto a este punto se realizará un análisis de las costumbres de la elite nacional en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV

La Belle Époque Chilena.

Las circunstancias históricas del Chile finisecular señalan la trayectoria y comportamiento de una sociedad culturalmente sumisa, condición nada venerable para un estado que alcanzó o mantuvo parámetros de progreso superior a los ojos de sus vecinos. En este punto, la confluencia de esos síntomas contribuye a esa sensación de crisis, que resalta la figura de la vida aristocrática como principal elemento en discordia.

El desarrollo de esta crisis valórica está ligada a una sensibilidad que hace suyo lo mejor de la imaginación del hombre, pero excreta individuos que emulan lógicas exógenas y reproducen la exquisitez de placeres que solo en sueños es posible acceder; por entonces, se consolida una realidad suscrita y encapsulada a un modelo que depende de las necesidades de los grupos sociales más influyentes.

En este marco, el rol relevante de la élite no pasa por el despliegue ideológico inherente a su clase, sino por el cambio y la ruptura de aquella continuidad tradicional que siempre ha cohesionado a los miembros de esta camarilla privilegiada, como aquel carácter que mantiene el poder recluso en formas de asociación intra-oligárquica. Frente a esta situación, al interior de la misma élite el dilema se dio a modo de reajuste, en efecto, el correspondiente proceso de modernización entraña toda una estructura de normas y valores remozados, de ahí por ejemplo, que las necesidades individuales cristalizaran en una diferenciación en cuanto a un comportamiento relacionado íntimamente con el interés particular.

El influjo francés, apoyado en el modernismo europeo se tradujo en un modo de ser, en una expresión, en una identidad que disolvió la unidad tradicional asociada a esa particular clase social, emergiendo entonces la nostalgia por la raíces y por un pasado que hasta ese momento era ignorado. No menos importante, cabe mencionar

que inclusive las oligarquías de provincia, excluidas de los clanes dirigentes de la época, intentaron plegarse a un estilo de vida que aprovechaba los beneficios del enclave minero, que en la mayoría de los casos correspondía a centros urbanos más poblados, donde claramente el despliegue de la cultura moderna evidenció mayor personalidad. En tales circunstancias, la mentalidad asociada a la reproducción de una actitud inscrita a gustos estéticos foráneos engulló a gran parte de los sectores acomodados de la sociedad chilena.

Frente a lo dicho hasta aquí, cabe señalar que este capítulo final explora cómo las costumbres de la élite de fin de siglo pueden inscribirse en un factor que encabeza este sentimiento de crisis y decadencia al interior de la sociedad del novecientos. En cualquier caso, explicaremos la fisionomía de esa influencia marcadamente francesa que iba dilapidando poco a poco la identidad de quienes fueran los custodios de las formas sociales de cuño tradicional.

A continuación se enfatizará en los intereses, visión y conducta de aquella élite de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

1. Latinoamericanos en París.

A medida que se afianza el modo de ser de la oligarquía, y todo lo perteneciente a su vasta gama de significados, en el país surge simultáneamente, una mayor predisposición a agentes culturales exógenos. La variedad y cantidad de utilería que alimenta la tentación de la clase dominante es algo totalmente ajeno a nuestro continente, más bien, es una extensión de patrones de comportamientos forjados en Europa, particularmente Francia.

Atendiendo a esta situación, conviene señalar que esta transformación en el ámbito de las costumbres ocurre en el periodo denominado Belle époque, que comprende el último cuarto de siglo. Este cambio, se produce como respuesta a los desafíos asumidos desde el proceso de modernización, y como malestar ante los esquemas y valores planteados por los sectores dominantes de la sociedad europea. Quienes presenciaron esta etapa (bajo el influjo de la cultura europea), la vida en un sentido atemporal se congeló, para dar paso a los beneficios de una cultura que canalizaba su ideario en el goce inmediato.

Con lo dicho hasta aquí, conviene emitir una breve reseña del panorama de la capital parisina en cuanto a sus hábitos de sociabilidad:

“París se transformó en la encrucijada de Europa, el gran albergue donde todos los pueblos acudían; la ciudad más brillante, alegre y animada que se pueda soñar; la ciudad de las artes, las ciencias; la ciudad de las más altas especulaciones del espíritu, como de los más envidiables entretenimientos y los raros placeres”.¹¹⁰

El papel que asume Francia como polo de atracción cultural, despierta la atención del resto del mundo, capital símbolo de progreso, proyecta los logros de la humanidad y rápidamente inspira los sueños de todo individuo que desee estar bajo condiciones de vida moderna.

¹¹⁰ Francisco Javier González Errázuriz, *Aquellos Años Franceses 1870 – 1900, Chile en la Huella de Paris* (Santiago, Taurus Ediciones, 2003), 274.

La energía del desarrollo ilumina hasta la necesidad más prístina, aunque del mismo modo, los deseos de adoptar la forma fluida de las costumbres en boga. La experiencia de vida moderna expondrá la persecución de actitudes que consagren una conducta frívola, y un consumo material que fluya acorde al imaginario de esta gran urbe europea.

Aunque el París de la belle époque sólo estaba al alcance de los más afortunados, era un espacio restringido con normas impuestas desde el dinero, el prestigio y el mérito. En cierto modo, la expansión del consumo y su vuelco hacia placeres mundanos, desarrolla en el hombre deseos insaciables por estar a la vanguardia de la moda, en una vida dedicada enteramente a las apariencias. Así, París, se ajusta en función de los avatares de la moda:

“A la par de la prosperidad económica estaba el consumo. París también se había transformado en la capital del gasto. Y en ello ocupaban un papel importante las grandes tiendas fundadas a partir de la década de 1870. Convertidas, entre otras cosas, en centros de la moda, sus primorosos catálogos circularán por el mundo entero, estableciendo lo que se usa y lo que no se usa”.¹¹¹

Por su parte, el viaje desde Latinoamérica a Francia estará sujeto a las exigencias de las élites locales; este desplazamiento, desde muchos puntos de vista significaba la ascensión hacia pautas culturales europeas, pero antes había una razón íntima, un sueño que representaba el cumplimiento de los anhelos más profundos, tanto por lo que representaba a nivel del buen gusto, como el sentimiento de alcanzar lo que era en ese tiempo la culminación del espíritu humano. La comprobación de esta ilusión profesada por París, queda retratada en el siguiente escrito:

“Si, después de haber pasado una noche y un día en París, como vengo de contarlo, me hubiese vuelto a América, a esa América tan joven y solitaria, débil reflejo de los países de Europa, habría creído despertar de un sueño, de un viaje

¹¹¹ González, “*Aquellos Años Franceses*”, 276.

a otro mundo, a otro planeta, en el cual se elaboran las bellezas que nos fascinan y las ideas que nos guían”.¹¹²

Esta idea expresa además de un ideal cumplido, una comparación respecto al alcance de realidades sumamente diferentes. Un efecto, que sin entrar en mayores justificaciones marcaba para siempre la vida del visitante. Bajo este influjo de cuño casi poético, los hombres dan testimonio de lo que evoca la capital del mundo, grabando en ellos una imagen imborrable acerca de todo aquello aceptado como moderno:

“En París, la ciudad donde todo llama la atención con profundidad, uno ha podido simular inclusive la grandeza. El culto de París por el americano del Sur responde a un anhelo profundo y obscuro. Somos tal vez los seres de la tierra que amamos a París con mayor ilusión y candidez. Desde la vida material e interesada de nuestros pueblos y ciudades amamos casi místicamente la ciudad en la que todavía podemos ser misteriosos y nuevos... Había en París un trato, unas maneras, una ilusión de gloria de vivir que jamás, en ninguna parte de la tierra, se podría ni siquiera presentir. Eso no se podrá imitar ni trasplantar; es como el foyer del teatro francés. Se puede hacer viajar a la compañía teatral, pero no al ambiente”.¹¹³

La obsesión por París conviértanse en el símbolo que domina la tradición latinoamericana, pues encarna la posibilidad de un nuevo inicio, que además de plantear una forma de despegue social, entrega una voluptuosidad incontenible, imposible de suplantar y recrear en otro contexto. Con todo, la realidad derivada de la capital del mundo persuade con fantasías a quien la observa, especialmente a países tan alejados de los estilos de vida modernos, asoma entonces como un crisol donde deben asociarse, la ya registrada literalidad de los sucesos que acompaña la propia tradición, y el lienzo en blanco utilizado para retratar algún eterno durmiente ensueño. Ante esta ciudad, la realidad experimenta una inversión, la experiencia de vivir en un paranoico delirio de formas deslumbrantes afecta la fisionomía de la propia existencia, y desenmascara los acontecimientos ulteriores acerca de estas formas del mundo

¹¹² González, *“Aquellos Años Franceses”*, 283.

¹¹³ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del tiempo viejo* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 123 – 124.

civilizado. En esta perspectiva, el latinoamericano funda su identidad en torno a los deseos de visitar esta gran ciudad, y por supuesto, gozar del prestigio que concede a quienes se invisten de sus preceptos; lo cierto es que, lo que inspira París ha de ser concebido como una reacción de admiración ante los detalles más insignificantes, lo que pasaba por ordinario en América en Francia adquiriría un perfil virtuoso.

Lamentablemente, este es un planteamiento lleno de matices y posibilidades. Bien, por el surgimiento de un interés, o una consecuencia lógica de la red que ya estaba montada en el inconsciente de la élite, respecto a la actitud de indiferencia para con el resto de América. La sociedad Latinoamericana no fue apreciada como un universo cultural a tener en consideración, era una realidad demasiado ignorada, repleta de vaivenes coyunturales. En consecuencia, los prejuicios que surgieron sobre sus propias naciones llevaron a coartar cualquier sentimiento de pertenencia. De este desconocimiento por otras culturas, destaca la experiencia de un pequeño Pedro Subercaseaux:

“Es verdad que nuestro patriotismo debía pasar por duras pruebas. Pero también es en la prueba donde se fortalece el ánimo. Por entonces, en el Jardín de Aclimatación de París, que es algo como la Quinta Normal para los santiaguinos, se exhibía una tribu de negros africanos. Fuimos a verlos y un rato nos entretuvimos viendo a los negros con sus cuerpos de azabache pintados de varios colores, bailando y golpeando sus tamtams. Entre los espectadores, uno preguntó a su vecino:

-¿De dónde son estos salvajes?

A lo que contestó el otro:

-Son chilenos.

¡Honda fue nuestra indignación!”.¹¹⁴

Este diálogo tiene una combinación de propósitos, queriendo, por un lado exponer el hecho de que pertenecemos a una cultura subordinada, y, por otro, revela que quien habla, no conoce otras realidades sociales, en general, esta tendencia era aplicada a varias poblaciones del mundo, muy poco conocidas para entrar al radar de un ya consolidado mundo moderno. París, proveía un punto de partida para otras culturas, pero además las encasillaba como lugar anómalo, en un sentido

¹¹⁴ Pedro Subercaseaux, *Memorias* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1962), 72.

distorsionado, pues separadas del progreso, la cultura latinoamericana adquirió la connotación de periférica; para aclarar, la indignación de Subercaseaux tiene dos fuentes, la primera afincada en la superioridad de Europa para con el resto del mundo, dejando en evidencia la angustia del atraso y el subdesarrollo, y la segunda, un trasfondo racial, debida a la confusión de chilenos por hombres que poseen otro color de piel. Sobre el conocimiento de los franceses de otras geografías, asoma para complementar:

“Me saludan algunos antiguos compañeros.

-Tiens! ¿De dónde vienes tú?

-De Chile.

-Pero hace mucho calor allá. ¿Cómo soportas el frío que hace ahora en París?

-Pero si también hace frío en Chile, a veces...

-¿Cómo es posible eso? Aquí hay ahora dos brasileños que lo pasan con frío todo el tiempo y son del mismo país que tú...”.¹¹⁵

Esto plantea la cuestión que más allá de las fronteras de Francia poco y nada se conocía del “Nuevo Mundo”, acaso la propia singularidad de la capital del mundo le condujo a ensimismarse en sus ideales, opacando dicho sea de paso la capacidad expresiva de otras naciones. La actitud egocéntrica, implica la obstinación por mantenerse en un orden superior, y con razón, el aspecto europeo no marca sólo una diferencia en el rigor intelectual, sino que también se erige como una autoridad a nivel social. En términos generales, la plática, literalmente aborda la ignorancia geográfica, y si sumamos el testimonio anterior, la uniformidad física (a sus ojos todos somos iguales), pero figurativamente, alude a una discriminación intencional, sesgada, para mantener aprisionada la supuesta bestialidad acentuada en varios países fuera de Europa, y solamente exhibirla en forma de entretenimiento, dejando la idea de fraternidad universal a medio camino.

En estas circunstancias, las facciones de algunos viajeros, sin desmerecer u enaltecer unos semblantes sobre otros, implementó una serie de ideas deliberadas acerca esta materia, abriendo paso a hondas disensiones entre los observadores:

¹¹⁵ Subercaseaux, “Memorias”, 119.

“Las señoras no querían creerme que yo fuera chileno de nacimiento e hijo de chileno, siendo yo blanco y rubio. “¿Pero los chilenos no son cobrizos?” me observaban. Probablemente habían oído hablar de los araucanos y de los pieles rojas”.¹¹⁶

Nuevamente, la vocación de los franceses exhibe un desconocimiento con la situación de otras latitudes, según refiere el testimonio, a sus ojos, los chilenos poseen las características físicas consagradas durante la época pre colonial, apariencia araucana, por lo cual, no es de extrañar que sean confundidos con alguna tribu africana, o con brasileños, como apuntábamos previamente. Digámoslo, la sociedad francesa, no vislumbra y, tampoco tienen la obligación de estar al tanto del contexto perfilado más allá de sus fronteras, su cultura es el canon, es el resto, los individuos interesados, quienes deben aprender de ellos.

En el curso de estas extensas experiencias, nos encontramos con un personaje que representó mejor que nadie el periodo del cual hablamos, que al igual que muchos, quedo sujeto al escrutinio encabezado por sus contemporáneos, sin importar cuales fuesen sus creencias de vida:

“Oscar Wilde, sonrosado, gordo y afeitado, el pelo un poco largo, no era buenmozo, pero atrayente, conversador, admirable y divertido, con una voz melodiosa como las de voix d’or de Sara Bernhardt; además no sabía decir sino cosas agradables. “Ud. no parece sudamericano –me dijo cuando me vio-. Parece tan inglés como Douglas”. Le repliqué que aquello no era raro porque mi padre era descendiente de francés y corría sangre inglesa por las venas de mi madre”.¹¹⁷

Haciendo a un lado la mención a Oscar Wilde, el arquetipo de dandi, la descripción nos facilita un par de elementos para profundizar lo analizado preliminarmente. El primero de ellos, existen una relación inmediata, directa, entre el individuo y su belleza, la apariencia abre una vía para entrar en el ambiente en boga y, codearse con la élite europea, sobre todo para los extranjeros; Wilde, si bien, su

¹¹⁶ Abdón Cifuentes, *Memorias*, Tomo I (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 250.

¹¹⁷ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 174.

aspecto no lo acompañaba, poseía aquella intensa actitud trascendental que lo distingue de unas determinadas circunstancias sociales y, por supuesto, era europeo. La segunda cuestión, comentada en párrafos superiores, es la concepción que tenían de los extranjeros, particularmente de los sudamericanos; la sorpresa por los rasgos físicos de Julio Subercaseaux, parece coincidir con esta idea, es decir, los chilenos que lograron integrarse y mimetizarse con la élite europea, exhibían un aspecto físico aceptable para los parámetros requeridos, después de todo, mantenían el apellido de algún distinguido antepasado europeo. Respecto a esto, la interrogante aparece, ¿Qué hubiera sucedido, con Subercaseaux sino gozara de los caracteres físicos europeos?, seguramente Wilde, ignoraría su presencia.

De la misma manera, esta imagen alcanza a los extranjeros residentes en París, pues, habiendo experimentado las bondades del mundo moderno, al momento de encontrarse con algún rasgo de su cultura, esta les parece insuficiente. En vísperas de la Exposición Universal de París, tenemos el siguiente registro:

“Chile tenía un pabellón bastante discreto, con interesantes secciones del salitre, de la minería y de la agricultura; también había una sección artística con bastante buenos cuadros al lado de algunas grotescas concepciones. Recuerdo la de una aspirante a impresionista, subvencionado por el Estado, que quiso pintar un paisaje al estilo de Ziem. En sus tonos rosados y amarillos, pero con tal ausencia de concepción y de ejecución, que parecía una tortilla de verdura con salsa de camarones”.¹¹⁸

Como resulta evidente, el stand chileno, en vísperas de la Exposición Universal de París, cuando fue visitado por Julio Subercaseaux, este coincidía con una imagen de atraso, acaso por la presencia de elementos propios de naciones con actividades económicas aun en desarrollo y cualidades que están lejos de atraer a sociedades mejor encumbradas. Incluso en el aspecto más elevadamente artístico, buena parte de la energía creativa asoma como deficiente y mediocre, en general, las diferencias son acusadas y estriban en ese sentir verdaderamente extraño, ajeno a las tendencias nacionales, después de todo, Subercaseaux es un alma ya identificada con los diversos

¹¹⁸ Subercaseaux, *“Reminiscencias”*, 177.

signos de empuje universal, entonces, cualquier actividad aunque rebosante de riqueza y originalidad, queda limitada por una síntesis cultural confinada en sus propios significados.

Desde luego, acontece que la atracción inicial por París, sujeta a una actividad destinada a regocijar el espíritu, en seguida encuentra un sentido diferente, y mucho más concreta. A saber, el afán original se desplaza hacia la posibilidad de codearse con la élite burguesa del viejo continente, identificándose totalmente con ella. Precisamente el encuentro con una familia amiga, retrata la atención desarrollada por las oligarquías latinoamericanas respecto a su par europeo, muy superiores en rango y linaje:

“Volvímos ese año a Plombières, cuyas aguas habían sido provechosas para mi mamá, y encontramos de nuevo a las Díaz, que con las tareas del colegio poco habíamos visto en el año, pues ellas comenzaban a salir a sociedad y nosotros no. Gran alboroto hubo, sin embargo, al volvernos a encontrar, pero en ese año noté un gran cambio en la familia. Ya no era la gente sencilla y llana del año anterior, aunque siempre nos demostraban el mismo cariño. Vivían con más lujo, pues los negocios en Colombia habían prosperado mucho y habían traído a Francia cuantiosas sumas de dinero, que ya estaban invirtiendo en una suntuosa casa Luis XV en la rue Bassano, teniendo la intención de establecerse de firme en Europa. Ya hablaban de sus relaciones y convites; se habían puesto “snobs” sobre todo el padre, que no hablaba sino de gente de alta alcurnia”.¹¹⁹

De lo señalado en el párrafo anterior, la estadía de una temporada en Europa se ha convertido en un punto de inflexión en los miembros de una familia latinoamericana; posiblemente remite al poder de las circunstancias, a individuos invadidos lentamente por esa plenitud existencial tan considerada en la sociedad parisiense y que adquiere especial revuelo como experiencia en el caso del extranjero que la visita. Sin duda, el clan de los Díaz ambiciona ingresar al mundo elegante, les despierta el deseo de participar y afirmarse en los círculos de la alta sociedad europea, con la posibilidad de que formasen un acoplamiento formal para rebasar los límites

¹¹⁹ Subercaseaux, “*Reminiscencias*”, 138 – 139.

culturales establecidos por sus raíces asumidas como semibárbaras. En el mismo cuadro puede apreciarse que la realización del ser estriba en ganar posiciones y en complementarse con el otro, mecánica que otorga trascendentes virtudes; desgraciadamente y considerando la apreciación, la modestia inicial es sustituida por las frivolidades de la vida disipada, inmensa distorsión del reconocimiento, que sirve de instrumento para relacionarse con los parisinos de buen nivel, y en la misma línea, el verdadero soporte que borra parcialmente la línea del tradicional status, el dinero, que funciona como la medida y herramienta que sustenta la ilusión de comenzar algo nuevo. De ahí la tendencia precipite en emparejar a individuos para, cuanto menos en términos ideales, confundirse con miembros del panorama europeo:

“María Luisa estuvo muy cariñosa, me dio toda clase de explicaciones, diciéndome que nuestros ideales habían sido siempre una quimera, por la diferencia de edad; que se le presentaba un buen partido rico y bien cotizado en la sociedad, donde iba a figurar con brillo, y que me agregó: “Debías casarte con Ana Rosa, que fue tu primer amor, pero ahora es más difícil, a pesar de que mis padres te quieren, pero a mi papá le ha entrado la manía de los títulos nobiliarios”; muy a la moda entonces en Europa y Norteamérica, para cimentar la situación social, consiguiendo así que les abrieran las puertas de las casas más encopetadas”.¹²⁰

El carácter operatorio plasmado, despliega su potencial en una sola orientación, ascender en la escena social europea, y el mecanismo, los títulos nobiliarios, es dable decir, entonces, que la oportunidad de acortar distancias tenía una base común, unir en vínculo matrimonial a hijas de adinerados latinoamericanos con varones de un distinguido pasado aristocrático:

“Las norteamericanas dieron el ejemplo al casarse con nobles y lores arruinados, que ofrecían sus títulos en quiebra, a cambio de millones. Entre las sudamericanas, María Luisa Mc-Clure de Edwards, conquistó más tarde el título del Marqués de Cars para su encantadora hija Teresa. La perdió para siempre y alejada de mundo de sus mayores entró a convivir con el de su nueva familia”.¹²¹

¹²⁰ Subercaseaux, *“Reminiscencias”*, 179.

¹²¹ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 424 – 425.

Llevar a cabo nupcias por conveniencia, abría un nuevo horizonte, pero además diluía rápidamente el origen extranjero que intentaban dejar atrás, para mutar su pequeño yo en uno que permitiese codearse con la alta sociedad de París. Con respecto a este material, Julio Subercaseaux, en el trazado de sus vivencias expone los anhelos de un padre por ser parte de la vida íntima de aquellas élites, viéndose en esta situación de perder a su primer amor, y con singular valor, se atrevió a proponer una solución equivalente a la demanda del padre de Ana Rosa. Fue el inicio de la búsqueda en su genealogía de antepasados de noble esplendor, los cuales logro hallar, pero de inmediato debió renunciar a semejante pretensión, en efecto, la maniobra fue objeto de recriminación por parte de su progenitor, dado que de acuerdo a este último pasaría a convertirse en el hazmerreír de todos los chilenos, y con razón, puesto que el título elegido a parte de denostar el apellido consagrado en tierras nacionales, proyectaba reemplazarlo por uno de origen peruano, en relación a la estirpe de naturaleza materna; así culminaron las aventuras del malogrado Márquez de Celada de la Fuente. Transcurridos algunos años, refiérase con nostalgia a ese particular recuerdo:

“Con esto se acabó el marquesado y con él Ana Rosa; ella se casó algunos años después con un grande de España, el Conde Castilleja de Guzmán, que le dilapidó su dote y su herencia, de más de diecisiete millones de francos oro. Vi a Ana Rosa unos treinta años después en París, arruinada y muy enferma del corazón; tuve una pena inmensa y nuestros ojos se llenaron de lágrimas”.¹²²

La entonación simbólica de todo este asunto de títulos nobiliarios persiguen nuevamente las reminiscencias de Julio Subercaseaux, que atrapado en las garras del amor, fija su interés en una dama de la alta sociedad europea ya comprometida. En aquel marco, la relación es imposible, pues la muchacha es persuadida en la continuidad de una unión pactada con un varón de buen abolengo. Ahora bien, esta abigarrada situación esboza algunos trazos de atractivo contenido:

“Una mañana subimos en un bote y nos fuimos a bogar solos; le dije “a brule pourpoint” que, si necesitaba dinero; ¿por qué no se casaba conmigo? Que yo tal vez, con menos años, le podría dar más plata. Me replicó que desgraciadamente no había para qué pensarlo, pues su madre aborrecía a los

¹²² Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 181.

americanos que consideraba unos pavanus. Me propuso que nos arrancáramos, para obligarla a dar su consentimiento; pero en ese terreno, ya que estábamos lejos de ser mayores de edad, no me pareció la cosa clara, y, desconsolados, nos separamos. Dos días después, con un sol radiante, me llamó y acudí a su cita. Estaba más bonita que nunca, vestida toda de blanco, pero con los nervios casi sin control; llevaba una cuerda gruesa y una cinta larga de moiré blanca. Me hizo subir a un bote y cuando habíamos llegado a una ensenada preciosa, me dijo: "Aquí vamos a sepultar nuestro amor". Ya que la tierra niega a hacernos felices el cielo se encargará de darnos beatitud. Quería que nos ahogáramos en el lago amarrados de la cuerda".¹²³

De este modo, podemos sustraer algunos perfiles orientadores fundamentales, después de todo en el drama que participa Julio Subercaseaux advienen simultáneamente referencias ya detalladas, vemos por ejemplo que por mucho dinero que cargaran los americanos a tierras extranjeras esto no aseguraba la integración a la sociedad europea, ni siquiera la riqueza podía unir a estos jóvenes, al tiempo que la madre de toda esta novelesca situación mantiene al igual que la gran parte del mundo civilizado animadversión por los propios latinoamericanos. Desde el punto de vista de la joven, es el acto de un alma confinada, el hecho convertido en algo cuasi cómico, precedido por las circunstancias que determinan la desgracia, es la vida reclamando lo que es sino su propio destino escrito. El papel de la mujer como moneda de cambio es un problema serio, al igual que las tempestades de las pasiones, costumbre ya típica que consiste en limitar y reprimir la libertad sin controlar las posibles consecuencias detrás de la formación de estos vínculos unilaterales.

Gran parte de las anécdotas relativas a relaciones amorosas, finalizaban de manera similar, el título nobiliario junto al dinero, eran dos grandes surcos que los simples sentimientos no podían aunar. Nada importaba, aun cuando la admiración y los afectos profesados por aquellas damas estuvieran bajo un deslumbrante velo de honestidad, los padres de estas señoritas de ilustrísimo apellido, se adjudicaban el derecho de encaminar a sus hijas al altar con algún pretendiente que lograra sostener a una esposa noble y que defendiera el status generacional de su familia. Mientras la unión de matrimonios europeos solía basarse en exterioridades, el amor del extranjero solía ser un poco más sincero, aunque en ocasiones alentado por maniobras pérfidas.

¹²³ Subercaseaux, *"Reminiscencias"*, 191.

Muchas memorias retratan la intensidad de estos fugaces amores, con chilenos que les arrollaba la dureza de las condiciones que impone la sociedad y las circunstancias propias, el único consuelo para ellos, era recluírse en sus habitaciones e intentar apaciguar la angustia y el dolor. De estas características, es el triste recuerdo que ofrece Luis Orrego Luco, en que habla de esa enfermedad que consume su corazón, y de lo difícil que es mantener una existencia placentera cuando se está desprovisto de los recursos que el contexto demanda:

“¡Ay, cómo me sentía enamorado de ella en esos instantes! Me fascino su belleza y su gracia, su clara inteligencia, su ingenuidad y su candor simultáneos... Pero esta felicidad terminó bruscamente una tarde en que al despertarnos me comunicó, entre sollozos, que había llegado su hermano desde Bruselas para llevársela. Partirían al día siguiente.

Le prometí ir a Bruselas para hacerme presentar a sus padres y formalizar nuestro matrimonio, tan pronto como me fuera posible... Pero al mismo tiempo, comprendía que eso exigía un buen tiempo... Además, ¿quién me presentaría en Bruselas y proporcionaría a sus padres informes sobre mi persona, su padre que era un alto funcionario? No teníamos Ministro en Bélgica. Yo era un simple Secretario, un muchacho de veinte años, sin fortuna ni recursos fijos. Y esto era lo más grave; tenía miedo al porvenir; me avergonzaba no tener recursos para sostener a una familia...

Yo ganaba sesenta libras mensuales, unos trescientos dólares, con los cuales apenas podía pagar mi hotel de lujo y vestir conforme a mi rango.

Esa renta no podía alcanzarme para mantener una mujer elegante conforme a la categoría social que reclamaba y a mi posición de diplomático. Y era natural que sus padres me preguntaran al formular mi petición:

-¿Con qué recursos cuenta Ud. para casarse con nuestra hija?

La verdad es que me faltó valor para dar el paso, y como eso acusaba mi cobardía, sufrí profundamente.

Mis últimos días en París, fueron por eso muy amargos. Me sentía desesperado y obsesionado por el recuerdo del amor”.¹²⁴

En el marco de la constante relevancia de los títulos nobiliarios, Orrego Luco endosa material adicional a fin de establecer y prestar apoyo al desenvolvimiento de este conflicto de jerarquías experimentada en la sociedad francesa:

¹²⁴ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 436 – 437.

“La colonia hispanoamericana de París tenía una admiración religiosa por los títulos como si fueran dones del cielo, gracias divinas de que solo disfrutaban algunos privilegiados y seres superiores planeando su vuelo sobre la esfera de los demás mortales. Las familias chilenas perdían el seso al oír de títulos y blasones. Los Concha Subercaseaux, los Errázuriz, Eugenia Huici y muchas otras, no hacían más que hablar de sus amistades tituladas, dándose, con esto, ínfulas de grandeza

Se hacían verdaderos sacrificios, se derrochaban fortunas. Hubo maridos que toleraban amantes nobles de sus mujeres, y padres que hacían lo mismo con sus hijas, a trueque de recibir invitaciones de familias aristocráticas de Francia. El nimbo dorado de ese mundo parisiense inaccesible, que pinta Bourget en sus novelas, mareaba a los sudamericanos.

Los sudamericanos y, en especial los chilenos, gastaron fortunas en París: los Cousiño, los Errázuriz, los Urmeneta, los Ossa, y muchos otros, vivían en palacios y daban grandes comidas. Paseaban en elegantes carruajes (...) Derrochaban torpe y estérilmente sus millones, sin lograr nunca conocer la verdadera vida del gran mundo, ni menos la vida intelectual de Europa. Desempeñaban, por esto, un papel menguado, pues la inteligencia, los desconocía y, en la alta sociedad, se les menospreciaba, ¡sale mèteque!, como advenedizos”.¹²⁵

A partir de esta evidencia, muy gráfica por lo demás, los títulos nobiliarios conviértanse en el fin último de la estadía en París; requisito necesario antes de suscitar la adhesión a los círculos aristocráticos europeos. En este contexto, cabe suponer que la vida en Francia abrió un cauce para detentar roles de liderazgo por medio de iniciativas de dudosa naturaleza, alguna sugerida en párrafos antes aludidos; en otros términos, la incorporación a las arterias de un nuevo sistema circulatorio social, hizo necesario ciertos sacrificios, lo que a su entender hizo posible inaugurar un horizonte condicionado por identidades culturales extranjeras.

Sin ir más lejos, las actitudes y posiciones adoptadas por los chilenos residentes intentaban demarcar tajantemente una distinción con sus compatriotas, en conformidad con estas consideraciones, la atención a estándares internacionales de comportamiento dilapidó la fortuna de muchas familias chilenas, probando ser una constante de las élites latinoamericanas, al extremo de incidir en las costumbres de sus naciones de origen y, en simultáneo, rindiéndose al carácter intrínsecamente

¹²⁵ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 417.

mundano de un contexto que brindaba muchas más posibilidades que solamente esa frívola forma de vida.

La fascinación de tantos chilenos frente a las expresiones vanguardistas, como dijimos, también le valió a sus receptores empaparse de una de las tantas aristas que ofrecía el escenario europeo, desaprovechando la oportunidad de formar parte de un proceso de sensibilidad vital con mucho más que ofrecer que únicamente apariencias:

“El latinoamericano buscó en la imitación la forma para acceder socialmente a un medio privilegiado. Pero por buscar una imitación de algo que no les era propio y que desconocían en el fondo –de ahí que ese aire falso que daban muchos latinoamericanos se hizo merecedor del apodo de rastaquouére- , bastantes extranjeros llegados del Nuevo Mundo confundieron lo esencial con lo accidental, lo culto con lo frívolo. Sin tener conciencia de ello o más bien creyendo mimetizarse como uno más de los elegantes de la gran ciudad cayeron en la exageración, en la falta de medida y no dieron el bueno tono. Algo tal esencial en ese mundo –también un poco de apariencias –de la alta sociedad parisina. En el fondo, quizás mostraban con su comportamiento algo tan propio del carácter de Latinoamérica: superficialidad”.¹²⁶

De esta información podemos inferir que junto al viaje a París, miembros de las élites latinoamericanas, efectivamente acceden a un tipo de cultura más elevada, encontramos que estos hombres al moldearse con aquella experiencia, ingresan al país una serie de costumbres viciosas, que solamente expresa la docilidad del conglomerado oligárquico al momento de adoptar costumbres sin un piso ideológico que lo ampare.

Cuanto más vehemente el individuo incline sus pasiones a perseguir la posición de otros, más probable es, que no pueda contrarrestar las formas que su nueva vida le obliga a adoptar. El anhelo de ostentar dotes que no tiene en su imaginario y que su realidad no soporta, deviene en que aquel reflejo que mira y pretende canalizar, está custodiado por expresiones que perturban y trastornan el bienestar de toda la

¹²⁶ Francisco Javier González Errázuriz, *Aquellos Años Franceses 1870 – 1900, Chile en la Huella de Paris* (Santiago, Taurus Ediciones, 2003), 320.

sociedad. Allí donde los deseos degeneran y sigue formas sociales triviales, las virtudes morales se derrumban de cara a usos tradicionales.

En paralelo, los intereses y peculiaridades del ambiente europeo fueron llegando a territorio Latinoamericano, mediante individuos que eran investidos por valores y actitudes concebidas en Francia, y con el deseo de reproducir el nivel de vida apreciado en aquella realidad tan lejana a la propia. Cabe reiterar, que el acceso a una estadía en París, beneficiaba enormemente la imagen al interior de las élites locales:

“El orden de las motivaciones que incitaban a emprender un viaje, la posibilidad de elevar el estatus o, simplemente, el hacer presente que se pertenecía a un determinado medio social, era muy importante. Una estadía en Europa podía tener positivas consecuencias en una carrera política o podía aumentar el prestigio y la influencia dentro de la sociedad. La división que se producía entre los que habían podido conocer el Viejo Continente, ese mundo de cultura y esplendor, y los que no, producía una suerte de jerarquización dentro de las mismas élites. Aquellos que tenían la suerte de pasar a engrosar las filas de los <<viajados>>, se hacían merecedores a la consideración, imitación, envidia y, por qué no, lisonja, de aquellos cuya suerte había sido más pobre”.¹²⁷

Por medio de esta condición, los miembros de los sectores privilegiados asumieron la tarea de difundir el modo de vida parisino, imitando la peculiar mentalidad y actuar desarrollado al otro lado del Atlántico. Si pudiéramos decirlo, la naturalización de estas formas de sociabilidad, modificaron la fisonomía en distintas áreas de la cultura, y la relación al interior de la misma élite, que ahora bosqueja virtudes de gentilhomme.

1.1 Rastaquouére o rastacuero.

En diferentes escritos, encontramos una descripción bastante particular refiriéndose a los extranjeros y especialmente a latinoamericanos que merodeaban por

¹²⁷ González, “*Aquello Años Franceses*”, 292-293.

las calles de París, rastaquouére; este individuo, con unos patrones de interacción comunicativa y simbólica a menudo calumniados, representó a grandes rasgos la textura de la vida cotidiana de esa esplendorosa ciudad. Atendiendo a lo mencionado, creemos que contribuye para nuestra comprensión, examinar el significado de estas formas asumidas por estos actores sociales:

“Rastacueros llamaron en Francia, y especialmente en París, a los ricachos extranjeros que hacían ostentación de riqueza: al que repartía propinas fuera de medida, al que se ponía brillantes en los dedos y en la corbata, al que llamaba la atención por su vestimenta y por sus acciones alejadas de los tonos corrientes y admitidos dentro del concierto del buen tono. Así, por ejemplo, el torero que encendió un habano con el billete de a mil en el café del bulevar, delante de los camareros, fue un rastacuero. Se cree que la palabra es de origen argentino y proviene del nombre despectivo de “raspacueros” que éstos dieron a los nuevos ricos de las pampas, que se elevaban a la categoría de príncipes boulevarderos después de raspar cueros en las estancias del Nuevo Mundo.

Rastacuero es el señor que se viste a la moda con jactancia, agregando un tanto por ciento de su cuenta. Si está de moda usar el sombrero alón, el rastacuero pondrá una pulgada más de ala, y si se usa el pantalón abombillado, el rastacuero lo usará como cota de malla”.¹²⁸

Joaquín Edwards nos ofrece el arquetipo del aclamado personaje que pululaba en la sociedad francesa, el rastacuero; esta imagen, como todas las grandes imágenes de sujetos con características exclusivas, contiene los preceptos que define la naturaleza en la cual ha cimentado su accionar. A fin de acentuar las diferencias con el mundo, los esfuerzos del rastacuero van dirigidos a organizarse en torno a la necesidad de resaltar, lo cierto es que su elaborada apariencia evoca un ideal que combate la normalidad, impulsando el deseo de alterar la tradicional homogeneidad. Podemos entonces suponer, que la atención en la exageración es una cualidad con que el rastacuero espera lograr adentrarse en el popularizado mundo de las apariencias; el error y la inexactitud de aquel ejercicio salta a la vista, asimilar derechamente las costumbre del buen tono requiere seguir un modelo normativo, en este caso, el rito mundano es un elemento de gravitación social de primer orden, de allí que el

¹²⁸ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del tiempo viejo* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 121 -122.

rastacuero en su versátil expresión de elegancia sea examinado irónicamente y luego con desprecio, su ridículo resulta no porque aparezca pasado de moda, sino que en su caprichosa rebeldía intenta impresionar con maneras novedosas y deslumbrantes. Vemos entonces, como ir un paso más allá crea una distinción que a ojos de quienes exhiben los estilos y actitudes del gran mundo aparecen como estafalarios, la pésima recepción de estas formas, ajenas al menú francés, introduce una discriminación que percibe aquello que poco o nada tiene que ver con los auténticos usos de la moda.

Detengamos en esto último, nuestro personaje que participa en el espectáculo de la vida mundana, olvidándose de sí mismo y la vida en su natal hogar, elige como asilo el mundo exterior, dado que el propio, repleto de sencillez, plenitud y sosiego, y que por muchas generaciones ha dedicado a venerar, no atiende la creciente y genuina necesidad de sus fantasías. Frente a esta situación, el autor entrega más información al respecto:

“En París el visitante extranjero y el extranjero que se arraiga se exaltan y se extreman. Personas que no saben cuánto pueden dar de sí antes de vivir en París. El rastacuero por eso no es un fruto en su tierra de origen sino en París. De vuelta en su hogar o en su negocio volverá a ser el gaucho, el minero y el pater familias. Por eso los verdaderos parisienses no le miran mal y le llaman sonriendo con el diminutivo de rigor: rastá. Es otro article de París.

Del hecho de que uno pueda ser rastacuero en París y no en su tierra de origen se deduce algo más. En general llegamos a París procedentes de ciudades pequeñas, cuya vida social carece de ficción. No podemos aparentar lo que no somos. París se ofrece por eso mismo a nosotros como la ciudad en que podemos parecer lo que hubiéramos deseado ser”.¹²⁹

Siguiendo la misma línea, y parafraseando a Balmaceda Valdés encontramos otro acercamiento a esta conducta, ahora desde una perspectiva nacional:

“Muchas veces se ha tildado de rastacueros a nuestros adinerados compatriotas que vivieron con gran tren en el Viejo Mundo y nada más injusto; derrocharon en general su dinero como grandes señores, como lo habría hecho un Grande de España o u Par de Inglaterra. Pero, es claro que, de todo hay en la Viña del Señor y no faltaron algunos que por sus excesos justificaran el odioso apodo. No

¹²⁹ Edwards Bello, “*Crónicas del tiempo viejo*”, 123.

sé si podrá llamarse rastacuerismo el que el Señor Cousiño visitando al famoso joyero Boucheron, se entusiasmara con un collar de perlas que habían sido enfiladas para una soberana y que al siguiente día lucía en el gracioso busto de su esposa, o si el que doña Isidora Goyenechea, visitando justamente los muebles que ella deseaba para el salón de honor de su palacio de Santiago y que mediante un sobreprecio fueron embalados no para una Alteza Real que estaban destinados, sino para la residencia de la calle del Dieciocho. ¡Lujos que podía darse un millonario del Chile de cuarenta y ocho peniques!'.¹³⁰

La actitud del rastacuero por tanto, y en palabras de Balmaceda, no debe llevarnos a aducir que sus insaciables inquietudes y necesidades mundanas producen en el personaje señalado las características tan reprobatorias unidas a su imagen; la connotación del derroche separa dos tipos de identidades atrapadas en estas ambigüedades, por un parte, las fortunas despilfarradas sin la debida mística que cobran los signos de aristocracia, esto es, sin plantearse la existencia de normas y demandas que parecen supeditadas a la forma en que el dinero es usado inspira en el espectador rechazo, en el otro arquetipo, los elementos son similares, pero logra conjugar prosapia y derroche, lo que le permite discurrir sobre una base totalmente diferente, despojando al gasto injustificado y ostentoso del significado reprobatorio. En esta atmosfera descrita, por tanto, prosperar e igualar, inclusive superar la pretendida dinámica europea, a juicio de Balmaceda, impulsa a la persona criticada a erigirse por sobre este genérico rótulo. Así, las formas enfatizan la percepción que se tiene del rastacuero, peculiaridades aunque superficiales, comunican un patrón, que luego es plasmado en un modo de ser.

Al mismo tiempo, llama la atención la gran capacidad económica de los chilenos, inclusive si son comparados con los miembros de casta superior europea, podemos apreciar un desarrollo superior, claramente en términos de consumo conspicuo. El lujo sirve de herramienta para evocar y captar la experiencia moderna, no pasa a ser un mero accidente, las exigencias de la propia identidad aristocrática supone realzar las diferencias en poder adquisitivo, para distanciarse de sus semejantes y no ser sometidos a una voluntad más fuerte que la suya, y por lo demás

¹³⁰ Eduardo Balmaceda Valdés, *Del presente y del Pasado...* (Santiago, Editorial Ercilla, 1941), 115.

producir un tipo superior, pero también, para alimentar un desarrollo todavía mayor, más allá de los límites locales, y de forma complementaria, reclamar un lugar para sí en la sociedad.

Este enfoque, sin embargo no completa la explicación a esta actitud profundamente asentada en el contexto parisino, dado que incluye una visión en la que el desenvolvimiento del *rastaquouére* no es responsabilidad del ambiente que le rodea, sino que es producto del entorno social del cual proviene y los fines personales que persigue:

“Había entonces, como siempre, muchos chilenos en París, lo más de paso, y un buen número establecido allí de manera más o menos permanente; pero poco teníamos que ver con ese flujo y reflujo de latinoamericanos, a quienes en París llaman “rastacueros” o “meteques”, y que, en general, ponen a nuestros países en ridículo ante el pueblo europeo. De esas son las familias ingenuas y de carteras bien guarnecidas que llenan los hoteles, las boites y otros lugares de diversión, y después vuelven a sus respectivas patrias indignadas por la corrupción que han visto en París, sin darse cuenta de que son ellas mismas las que con su dinero mantienen ese estado de cosas”.¹³¹

Subercaseaux trae a relucir la cuestión de los latinoamericanos en París, que contagiados con el espectáculo de la escena citadina, observa con desilusión el lamentable comportamiento de varios de sus compatriotas, que además de asumir una existencia banal producto de la usurpación de un estilo de vida ostentoso, osaban a desacreditar al país. Aquí también aparece una situación digna de hacer mención, los países latinoamericanos, al margen de ciertas diferencias específicas, de acuerdo a Subercaseaux eran los responsables de alimentar este ambiente de suntuosidad, dado que el circular de su dinero proveía el andamiaje para desplegar los hábitos mencionados. Este hecho muestra, que el interés por viajar a Europa también pasaba por demostrar que las familias sudamericanas no eran esos indios embrutecidos e incultos como muchos franceses les describían, sino que individuos instruidos y, con la solvencia económica necesaria para trascender y codearse en la actualidad

¹³¹ Pedro Subercaseaux, *Memorias* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1962), 114.

parisiense, aunque del otro lado, la percepción que tenían los franceses, nunca escapó del ámbito peyorativo, la élites extranjeras después de todo eran sus benefactoras, una herramienta que permitió salvarlos en más de algún obstáculo:

“Pero tienen otra compensación los extranjeros enamorados de París. Su candorosa constancia y obstinación vienen a ser resarcidas con el menosprecio. Los llaman rastacouéres y los explotan, los burlan y los ponen en ridículo en cualquiera ocasión propicia. Han parado en ver en cada extranjero de estos una especie de alcancía, de esas que tienen una hendidja, un resorte o un secreto para abrirlas y sacar el dinero. Las consideran, si son pesadas; pero con el ojo siempre puesto en el resorte”.¹³²

1.2 Chilenos en París.

La difusión de los ideales parisinos marca un antes y un después en la mentalidad y actitud de la oligarquía nacional; tópicos que en seguida fueron reproducidos a modo de imitación. La curiosidad inicial afincada en los chilenos que cumplen el sueño de viajar hacia la ciudad de las luces, cambia por metas objetivas. En general, la amplitud de formas de sociabilidad, costumbres y modas, fue consagrando, una red de significados asociados a un modo de ser, que rinde irrestrictamente culto a la elegancia.

Si nuestro objetivo es vislumbrar el horizonte existencial presentado en dominios extranjeros, resulta pertinente ante todo, encarar los desafíos que envuelven al viaje, las características que asume la prolongada estadía en navíos; cabe recordar que por entonces los viajes requerían de grandes esfuerzos, ya sea por los costos monetarios (preparativos) o, los derivados de la toma de conciencia en relación a las grandes distancias que dividían al mundo. En conjunto con los esfuerzos individuales, también debieron sobrellevar los obstáculos análogos a la convivencia con los sujetos congregados en las cubiertas de aquellos barcos y, por supuesto, abastecerse apropiadamente en caso de alguna eventualidad:

¹³² Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 435.

“El almacenamiento de provisiones para el viaje era otro asunto importante. Se juntaron muchos tarros de charqui, substancia de Chillán y chuño; galletas no llevábamos porque las inglesas de a bordo de Huntley y Palmers eran excelentes. En un momento se pensó llevar una vaca, para tener leche diariamente, como hacían algunas familias, pero después se abandonó la idea”.¹³³

La concreta situación del viaje, exigía la preparación para un trayecto de varios días, por lo que no es de extrañar encontrarnos con la escena de una vaca, incluso, dentro de la misma trama existe una anécdota similar, que involucra hacerse de una burra para alimentar a unos recién nacidos, alternativa propuesta para complementar la tarea de un ama de leche que además sufría de vértigo:

“Por precaución los médicos habían aconsejado que para la alimentación del chico no nos contentáramos con llevar solamente el ama y se recomendó como medida de prudencia viajar con una burra, para lo cual compré a mi cuñado Rafael Fernández una burra española de Moncloa, que daba tanta leche como una vaca. Para este animal hubo que llevar cincuenta fardos de pasto aprensado; y en bodega, para el consumo del niño y de mi mujer, docenas de gallinas y pollos para las dietas. Por suerte el ama no se mareó; al contrario, fué muy festejada por la marinería y los empleados del vapor, gracias a su tipo de chilena neta del campo”.¹³⁴

Por de pronto, la travesía a lejanas localizaciones requería abastecerse de insumos alimenticios propios del país, si bien, las galletas mencionadas anteriormente eran deliciosas, los navíos, mayormente ingleses y, de acuerdo a otras remembranzas, no proporcionan un menú apto para todos los paladares, siendo indispensable contar con respaldo doméstico, primordialmente femenino, para cumplir con las exigencias alimenticias de algunas familias, donde solía aparecer uno que otro tripulante forastero para saborear y gozar con las ricas cazuelas chilenas, empanadas de horno y guisos.¹³⁵

¹³³ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 85.

¹³⁴ Francisco R. Undurraga V, *Recuerdos de 80 años (1855 – 1943)* (Santiago, Imprenta El Imparcial, 1943), 86 – 87.

¹³⁵ Undurraga, *“Recuerdos de 80 años”* (1855 – 1943), 87.

Pero además de esto, en el curso del mencionado viaje, tendía a desarrollarse una vida aparte, un pequeño ecosistema, que en algunos casos constituirán un grupo de referencia o, muy a menudo, intensas relaciones concretas entre estas amistades que fructificaban en Francia, incluso de regreso a Chile, mientras otras, quedaban olvidadas en los pasillos del barco luego de tan dilatado trayecto.

Diremos, entonces, que las extensas distancias dificultaban la conectividad entre las naciones, haciendo de los navíos el único medio para llegar a regiones dinámicas, que emanaban gran entusiasmo y una fuerte originalidad, con visiones modernas que convocan a hombres desde los rincones más alejados del mundo.

Ciertamente, las situaciones contenidas en estos viajes en el curso de los años perdieron la singularidad inicial; los destinos cambiaban, los medios de transporte progresaban reduciendo los periodos del trayecto, pero, habría que añadir un elemento adicional, a saber, un proceso de concentración y de integración funcional a lo ancho del mundo, fomentando nuevos tipos de actividades, las cuales van más allá de las originales, es decir, al producirse el desplazamiento, las viejas costumbres eran reemplazadas, transformando a su vez la realidad social criolla y, abriendo paso a las propias contradicciones asociadas al consumo conspicuo, elemento fundamental para referirnos a esta decadencia del orden jerárquico.

Desde luego, debemos destacar para nuestro interés, la labor desempeñada por los tripulantes una vez descendían del navío, con arreglo a este criterio, la experiencia del viaje a la ciudad de la luces, o en palabras de Manuel Vicuña el *Grand Tour* europeo, revestía un significado muy particular. La sensación de estar dentro de un contexto cultural de mayor envergadura, desempeñó como ya dijimos, un papel preponderante al interior de los círculos aristocráticos de la época. Junto a la meta educativa original, los individuos del país se encontraron con una realidad que embujaba, provocando el fomento de actitudes frívolas. Admirados por tales costumbres, arremolinadas una tras otras, aquellas mentes se vieron seducidas por placeres, en una vorágine incesante de estímulos, no sorprende por ende, que la estadía en Europa presentara diferentes críticas:

“A los viajeros chilenos de la época se les condenó, y aún ridiculizó, debido a dos razones principalmente. Por una parte, se les retrataba como meros esnobs que dilapidaban sus capitales ostentosamente, en el intento por vencer las resistencias de los círculos privilegiados de la sociedad europea a los cuales aspiraban a incorporarse... Por otra parte, se les presentaba como groseros hedonistas que, en lugar de gozar del vasto patrimonio artístico y de la amplia gama de actividades culturales en oferta en París, se ocupaban de los pasatiempos de su vida mundana; así desaprovechaban la oportunidad de profundizar en su educación y, de paso, contribuir al progreso de la sociedad chilena mediante la importación y adaptación de ideas y proyectos innovadores”.¹³⁶

Queda claro, que gran parte de los chilenos de familias acomodadas que efectuaron el *Grand Tour*, olvidaron el propósito de su visita a la capital del mundo moderno, que era expandir su horizonte cultural. En pocas palabras, renunciaron a la búsqueda en favor del crecimiento y el progreso, adhiriéndose a una refinada conciencia estética. El compromiso inicial, quedó dilapidado en buena medida por individuos influyentes que al regresar buscaron retratar en Chile las manifestaciones culturales observadas (vicios).

En efecto, la conducta del chileno avecindado en tierras extranjeras, era eminentemente frívola, sólo sabían apreciar los bienes de fortuna, sumisos ante el poder del dinero y ante un buen nombre de familia, considerándose algunos emparentados con grandes de España, lo que no pasaba de ser un ridículo engaño¹³⁷; otras expresiones de esta situación, como ya mencionáramos previamente, decantaba en la profunda indiferencia con la potencia vital de un ambiente maravillosamente rico y complejo, por ejemplo, la pintura, para nuestros compatriotas, sólo valía en cuanto permitía colgar cuadros con grandes firmas y retratos de sus esposas en sus salones de América¹³⁸, es decir, la vida es coartada bruscamente de su esencia, el objeto es concebido racionalmente, dejando atrás un examen de conciencia y propósito, el valor está en sí mismo, no en el carácter emotivo que fácilmente pudiera trasladarnos desde las carcajadas a los lamentos, de hecho, muchos habían visitado, a la carrera, el Louvre, mirando, sin ver ni comprender, la maravillosa e inagotable belleza de las

¹³⁶ Manuel Vicuña, *La belle époque chilena, Alta sociedad y mujeres de élite* (Santiago, Catalonia, 2010), 94.

¹³⁷ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 432.

¹³⁸ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 432.

grandes obras, para poder decir, a la vuelta al terruño, que habían visto sus ojos todo aquello¹³⁹. La admiración estética, seguía una línea dispuesta a combatir los logros de gente realmente distinguida, la fuerte neurosis de vanidad, enseñoreaba más y más los esfuerzos para destacar en estas circunstancias, el interés entonces motivaba el exhibicionismo en los teatros y en las carreras, como las de Auteuil y las de Longchamps, donde las grandes señoras sudamericanas aprendían la biblia de la elegancia mundana, frente al desfile de las cocottes y en las rumbosa vida de los restaurantes de lujo o los cabarets de media noche¹⁴⁰. Naturalmente, las consecuencias de este irresponsable estilo de vida, despojó de valores y de sus millones a un sin número de chilenos:

“Los jóvenes derrochaban el dinero en el juego del chemin-defer o en mantener queridas costosas que les arruinaban rápidamente. Así se arruinaron los millonarios herederos de minas, como los Ossa; y recuerdo haber visto, en sus últimos tiempos, a Ramón como empleado de mínima cuantía en los ferrocarriles, ganando un sueldo de trescientos pesos al mes”.¹⁴¹

Hay injertadas, en las líneas de Orrego Luco, el descubrimiento de un mundo en éxtasis, una existencia de felicidad encontrada en un lugar lejano, lo vemos en los grandes apellidos, la frivolidad los arrastra, hallándose formando sus experiencias, anécdotas, recuerdos, fiestas, sátiras, sobre la riqueza nacional. Imaginémonos entonces al igual que Luis, aquellas cosas vistas y oídas, que eran cubiertas por un Chile atrevidamente insensible al mal vivir de sus coterráneos, sin duda, sobre esa roca fue edificada muchas de las penurias y miserias, bajo aristócratas, burócratas y tenorios que intentaban desprenderse de su caricaturesca pequeñez:

“Las grandes fortunas chilenas adquiridas en las minas por los Urmeneta y los Ossa y las que venían del carbón de Lota por los Cousiño, estaban representadas en París por la belleza de algunas señoras de extraordinario encanto y elegancia: entre ellas la de Errázuriz Urmeneta, de Santiago y Ramón Ossa, de Arturo Cousiño, en tanto que Carlos, su hermano, se paseaba en un espléndida victoria al lado de su querida oficial, bella actriz de un teatro

¹³⁹ Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo*, 432.

¹⁴⁰ Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo*, 432.

¹⁴¹ Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo*, 432 - 433.

boulevard, y no desdeñaba los amores simultáneos con una interesantísima y distinguida dama. El rastacuerismo sudamericano llegaba hasta el punto que un riquísimo boliviano compraba el flamante título de Príncipe de la Glorieta, que hacía sonreír hasta los camareros del Maxim's.”.¹⁴²

En materia doméstica los residentes chilenos gozaron de una vida bastante resuelta, por supuesto, el nada despreciable respaldo económico definió una fuerza laboral subordinada a los caprichosos gustos de sus empleadores, en conformidad, los personajes que desfilan en las anécdotas de Julio Subercaseaux hablan de una mucama española, llamada Manuela, un cochero semi yanqui, Prosper; un valet de pied francés, un maitre d'hotel alsaciano, un cocinero italiano muy bueno y su ayudante¹⁴³; la cantidad y las propias particularidades de la servidumbre invita a comprender la dirección que emprendieron extranjeros con enormes fortunas, sumidos en un espectáculo de figuración personificado en la elegancia, debieron acatar correctamente determinados patrones , para alcanzar el estándar de vida ideal para los marcos de la época, por lo mismo, convinieron en encontrar un lugar revestido con un aura de esplendor material:

“(…) la casa, que era preciosa, estilo Luis XVI, muy sobrio, y de todo lujo. La escalera era monumental, con sus muros de piedra blanca, su rampla de fierro forjado y bronce, con vitrales enormes y hermosísimos. Para la recepción había tres magníficos salones, con panneaux cubiertos de sedería y dorados a profusión. El comedor era inmenso, cubierto de boiserías de ébano; daba a una gran terraza, sobre un vastísimo patio. En el segundo piso había un espléndido escritorio, varios dormitorios y cabinets de toilette, pero sólo dos baños; igual distribución en el tercer piso. En el cuarto, tenía un atelier o sala de billar, y seis piezas de empleados. El subsuelo era muy amplio. La cocina medía diez metros por seis, con todos los adelantos modernos, pues daba el agua caliente a toda la casa y tenía hasta una “broche” para asar las aves con su movimiento de relojería. El departamento del portero estaba a la entrada; era espacioso con su salón para recibir a las visitas que se anunciaban por citófono; al fondo del patio donde se llegaba por una amplia voute y por tecochére, estaba el segundo cuerpo del edificio, conteniendo las caballerizas para ocho caballos, una

¹⁴² Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo*, 432.

¹⁴³ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 104.

cochera para diez coches, cuadro arneses, seis piezas de empleados y un espléndido departamento de duchas”.¹⁴⁴

La transformación exterior que sacudía a miembros de la comunidad chilena, iba sucedido de un pleito interno, ámbitos cultivados a la par y a veces con igual énfasis, pero siempre con intencionalidades diferentes. Asomaba por entonces en París un personaje que comienza a ceder antes las prescripciones del entorno, es el caso de Florián, amigo y antiguo condiscípulo de Ramón Subercaseaux, que había llegado derecho a encerrarse en un tercer piso, en el barrio latino¹⁴⁵, movido por ordenanzas de sus padres para olvidar un antiguo amor, aislado Florián sufría, dándole vueltas y revueltas a su destrozado corazón:

“Ahí le encontré en su pieza, con un libro en la mano a pesar de lo poco letrado por temperamento, sentando frente a una mesa, sobre la cual estaba puesta en marco nuevo la fotografía del bello y adorado tormento, iluminada por coloretos que demostraban eran rojizos sus cabello. No tardó en hacerme confidencia de lo que ya me sabía, añadiendo con aire resignado y firme, que nadie le haría cambiar. Como le viera, en realidad, poseído de dolor interior, me despedí ofreciéndole nuevas visitas para confortarle, e instándole, aunque inútilmente, a que me prometiera ir al otro lado, y a salir a pasear conmigo. El otro lado era el barrio de París donde estaba el hotel del Louvre, con los principales teatros y entretenimientos”.¹⁴⁶

El empujón anímico, arranca del abatimiento a Florián, antes maniatado y reprimiéndose para alcanzar el disfrute de escenas exteriores profundamente seductoras, a fin de cuentas, y como afirma en seguida, finalmente cede ante la parafernalia de la capital parisina, convirtiéndose ahora en un aliado de las formas ostentosas. Reconocido el imperativo que embarga las diversas dimensiones de la sociedad europea, Florián interpretaba el papel de varios chilenos residentes movidos por la corriente moderna, sentíase como en metamorfosis, pues París había obrado¹⁴⁷, ya no extrañaba verlo enfiestado, con ademanes refinados y una vestimenta acorde a los rigores de la moda, mezclados con salidas y viajes por temporadas que

¹⁴⁴ Subercaseaux, *“Reminiscencias”*, 121 – 122.

¹⁴⁵ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 276.

¹⁴⁶ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 277.

¹⁴⁷ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 277.

acostumbran a realizar los hombres de sus características. Pues bien, de pronto, para Florián la bella fórmula del mundo moderno trasluce un cambio respecto a su estado anterior, contento con el mundo, cosa que no ocultaba, recibió la visita meses después de Ramón Subercaseaux :

“Pero Florián, que antes era nada más que perezoso para levantarse, se había puesto de tal modo noctámbulo, que al llegar a buscarle me replicó desde la cama que volviera a las cuatro; a esta hora se levantaba ya habitualmente, de suerte que no había que contar con él ni para viajes ni para otra cosa que no fuera divertirse en la noche, y ésto no me convenía porque a mí, por el contrario, me daba sueño temprano”.¹⁴⁸

El pobre cayó víctima del ambiente, fijándose en él conductas de semblantes frívolos, el ritmo de vida lo envuelve, normalizando un estilo acaso atrevido, con seguridad ocioso, al punto de movilizarse solamente durante altas horas de la noche, donde estaba el verdadero aliciente de la experiencia europea, Florián, perdió moderación, y el goce y la algarabía vino a pervertirle, apareciendo con un semblante desequilibrado, sin darse importancia, tomando las cosas por encima, habían semanas que inclusive era imposible ubicarlo, comportamiento que finalmente le costó la vida:

“¡Pobre Florián! Se había inveterado en el noctambulismo. Cuando después volvió a Chile siguió lo mismo, hasta perdió la salud y la vida. Sentí mucho su muerte porque era buen amigo, era generoso y era caballero. A París le habían mandado a olvidar amores. Pero con olvidarlos olvidó otras cosas que también hace olvidar París, el cual es un famoso remolino para disolver las buenas nociones o transformarlas en otras, a veces opuestas a las primeramente adquiridas”.¹⁴⁹

Avecindado en París, su espíritu ligero y gentil se desmorona, mientras brota un perfil soberbio y excéntrico, más diverso, pero en términos de identidad, despojado de las buenas cualidades que los distinguieron entre sus amistades. El divorcio cultural, provoca en los individuos, emociones antes desconocidas, como si el nuevo contexto disipara el carácter y las creencias heredadas, en una suerte de invalidación de los

¹⁴⁸ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 286.

¹⁴⁹ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 292 – 293.

argumentos esgrimidos durante toda una vida, y cediendo a la fuerza que representan las costumbres en boga.

Si el objeto es referirse al desenvolvimiento de los visitantes extranjeros, existe un grupo, cuando menos en lo que concierne a sus costumbres, quedaron al debe. Acaso, las convenciones sociales recogidas, no eran lo suficientemente auténticas como para alcanzar los requerimientos propios del carácter francés, una parodia, incluso de propensión hacia lo grotesco, banalidad bastante frecuente al interior de la colonia chilena. Por entonces, las situaciones a las que se exponían los chilenos fuera de tono en ocasiones eran motivo de burla por parte de sus compatriotas, ahora bien, muchas veces sin malicia alguna, servían para poner en su lugar a individuos de carácter pretencioso, que habiendo experimentado la efervescencia social un tanto pagana, buscaban decididamente probar que tenían lo necesario para avanzar en la vida que propone el ambiente parisino. Pues bien, las ambiciones alcanzaron a moldear personajes violentamente conmovidos por la idea de figurar, aunque carentes de las condiciones y herramientas como para retratar el cuadro que el contexto exige, el resultado, un estilo de mosaico abigarrado, discordante y algo vergonzoso. De las tantas anécdotas, Iris pinta de cuerpo entero a esos hombres con la costumbre de ponerse en ridículo. A propósito de las veladas sobrevenidas en París, la autora nos comenta de la presencia de algunos religiosos que acudían en respuesta de sus invitaciones, asomando con ropas de civil y, cómodamente instalados en ese círculo de intimidad, unos, sin arrogancia, y que con el regocijo de sus admiradores acentuaban un perfil atrayente, otros, como Don Luis Antonio, repetían la operación advertida en forasteros marginados de la vida elegante:

“Don Luis Antonio también dejó la sotana y se veía simplemente siútico y, más aún ordinario. Su figura de futre era mi constante diversión, y su francés, una fiesta.

Miraba a la empleada que nos servía, y con enfática gravedad le pedía: <<En pé de pen>>. No entendía la muchacha. Trataba de adivinar; imposible... e incómodo alzaba la voz y goleaba las sílabas: <<En pé de pen>>. Nada, hasta que íbamos en su auxilio para que le sirvieran pan.

-Hablo tan claro y tan despacio –protestaba-, y ni aun así logro que esta mujer me entienda. Claro, yo no soy cerrado como la Inés, que echa las palabras por la nariz; pero esta mujer, acostumbrada a esas pronunciaciones forzadas para que

parezca que son gabachos, ya no entiende cuando se le habla claro como yo...”¹⁵⁰

En otro lugar de Europa, el señor Ricardo Puelma enfrentaba los avatares del mundo elegante, individuo aficionado, que sintió en carne propia el temple refinado de las costumbres urbanas, y la vergüenza de sus transgresiones:

“Yo noté que (los ingleses) me miraban mucho en la calle y con cara poco amable. Me consulté con un italiano de un bar y me dijo que era seguramente porque llevaba una barba de tres días. Me la afeité y cesaron de mirarme. En sus restaurantes populares se exige una corrección en el comer que esté a la altura del ambiente, con sus manteles de hilo, su cubierto de plaqué, sus cristales y porcelanas. Yo noté que mis vecinos me miraban mucho, sobre todo las mujeres ya maduras, y no acerté a explicarme el motivo sino cuando quité los codos de la mesa y puse más corrección mi cubierto.

Otra vez asistí a un teatro de revista llamado Alhambra. El espectáculo era más o menos igual al que puede cualquier vecino en el Casino de Buenos Aires. Por ignorancia, sin conocer la etiqueta, la segunda noche de mi llegada me metí en platea que costaba media libra la butaca. Llevaba un terno plumizo de una libra que acababa de comprarme como una ganga, zapatos amarillos cubiertos de polvo por haber trajinado todo el día sin lustrármelos.

Yo he sido siempre en estas cosas muy despreocupado, pero aquí se me pasó la mano y recibí un justo castigo. Desde luego, me llevaron a un lujoso guardarropa donde tuve que dejar mi modesto calañes en manos de unas señoritas muy elegantes. Ahí vi colgados sombreros de alta copa, soberbios bastones, bufandas de seda y abrigos impecables. Comencé a entender, aunque tarde, que había metido la pata. Luego otra damita, de uniforme de seda, me condujo, linterna en mano, hasta mi asiento, pues la sala estaba oscurecida y sólo había luz en el escenario. Por eso no me di cuenta inmediatamente de mi tremenda plancha, pero ya la presentía desde que crucé la sala cubierta con una gruesa alfombra afelpada. Luego mi asiento era un gran sillón de terciopelo y frente a él corría a lo largo de la hilera una barra de bronce para descansar cómodamente los pies. Terminando el acto, se hizo una violenta luz en la sala, en espera del número siguiente. Esos minutos me parecieron siglo de bochorno y vergüenza. Desde luego, quité los pies de la barra como si hubiera recibido un choque eléctrico, pues a lo largo de los doce sillones de esa fila se ostentaban las zapatillas charoladas de los hombres y las de raso y cueros dorados adornados con alhajas de las mujeres. Los hombres vestían de gran etiqueta, smoking o frac, alba pechera con colleras de perlas, y ellas trajes de recepción

¹⁵⁰ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición S.A, 2005), 123 – 124.

en las sedas más finas. Petrificado y encogido como un miserable gusano, pasé sudando las dos horas y media que duró el espectáculo hasta que el “God Save the King” del final de la función puso fin a mi tormento”.¹⁵¹

El acontecimiento advierte nuevamente, esas desagradables instancias, inoportunas, que rompen con la geometría de las costumbres, y retratan el vacío que domina a quienes se aventuran al otro lado del atlántico. Si la sociedad chilena ya poseía un sistema mínimo de corrección en las maneras elegantes, el mundo moderno duplicaba el espíritu de dominación, y ahogaba e incomodaba por fuerza de personalidad a quien no se adaptara, es una mano marcial, que incluye miradas sarcásticas y la suficiente bufa para producir en un hombre de carácter humilde, como el señor Ricardo Puelma, un estado de constante neurosis.

Había graves disidencias de tacto, y no menos de atención, en cuestiones que seducen más que nunca, los modales al momento de comer, la presentación personal y la adecuada vestimenta para determinados eventos sociales, van pasando a un orden superior, se diría que Puelma en cada incidente con el que tropieza va un cuarto de hora atrasado, y así, alternativa y humorísticamente cada momento es propicio para colocarse una aureola de lejana y concentrada modestia, cogiendo harapos, ha marchado por el bullicio formado en torno suyo, aunque no entienda sino hasta haber percibido la variedad de gustos, no puede escapar del banal marco, que entre los entendidos, el europeo, sin ninguna duda, era uno de los más exigentes.

Las leyes profanas, toman dimensiones, dimensiones gigantes, sin que nada pueda hacerse, el ojo mundano registra asuntos, que para otros son tan diferentes, es decir, las miradas clavadas en Ricardo Puelma, un hombre rígido de modales y con algo de vello facial, desata unas escenas de real vergüenza, algunos espíritus superiores, aplacan las fuerzas de Puelma, que carece del ímpetu para mantener sus propósitos, sintiendo en cada cosa que percibe y en cada experiencia, ese ridículo que lo mantiene intranquilo, que le lleva a replegarse en la oscuridad del teatro, donde el mundo por un instante es ciego y afín para todos, en el cual, vestimentas y demás aderezos no podrán competir con las suyas .

¹⁵¹ Hernán Díaz Arrieta (Alone), *Memorialistas Chilenos* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1960), 180 – 181.

En términos de experiencia, el círculo del mundo que visita el chileno le devora, viéndose irrevocablemente atrapado en las extraordinarias posibilidades que aquella cultura ofrece. Un pasaje como el siguiente, expresa los sentimientos latentes y manifiestos donde es abordada la dinámica de ese contexto al que hacemos alusión:

“Cuando yo he querido analizar el encanto que París me produce, encuentro que se refiere a tantas cosas diferentes que es difícil explicar. Primero, todo es un placer allá, la alegría de lo que nos rodea, el carácter del pueblo francés, ingenioso, de chispa burbujeante, seduciendo con maneras graciosas, nobles; la belleza de la ciudad con sus monumentales construcciones de piedra, formando la línea recta que se destaca grandiosa en el cielo, lo imprevisto, la variedad de todo lo que los ojos encuentran al pasearlos por las calles: joyas, ropa, pinturas, bronce, fantasías... Cuando uno vive en Francia su encanto lo atrae tanto que usted se enorgullece de sus grandezas, de sus bellezas, como de algo que le pertenece. Francia es el único país en el mundo donde uno no se siente extranjero”.¹⁵²

No por casualidad París fue el destino obligado de tantos chilenos, la capital de mundo moderno siguió un camino totalmente opuesto, con diferencias que en otros lugares fueron reprimidas o traicionadas; los viajeros llegaban desde sus propios abismos a contemplar un ambiente reaccionario, con la capacidad de imaginar y expresar las relaciones entre las posibilidades a su disposición, después de todo, la fusión radical de tantas formas le ha otorgado ese sello distintivo. Y no por casualidad es prolongada la estadía de sus numerosos visitantes, la ciudad luz, logró que hombres y mujeres se plegaran a esa realidad, sintiéndola propia, haciéndolos renunciar a la existencia contenida en su memoria; vivir allí era revivir, identificarse con el dinamismo específico de aquella urbe sin importar la procedencia, ciertamente, para convertirse en ciudadanos del mundo. En idénticas condiciones hallamos a Orrego Luco, que actuando en conformidad de sus propias sensaciones, logro forjar un valioso testimonio fundado en la siguiente apreciación:

“El París maravilloso de mi infancia surgía ahora convertido en otro París desconocido. Pero bien sabía que era yo el que había cambiado; ahora era un

¹⁵² Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición S.A, 2005), 31 - 31.

hombre; antes, un niño. Mi mirada era solo un toque objetivo sobre las cosas, algo inanimado. Hombre ahora, mis sentidos se proyectaban sobre la vida misma, sobre las gentes, el arte que se respira en París. Me sumía en la dulzura de vivir que veía en todas partes: en el barrio latino de los estudiantes, en los barrios populares, en el boulevard de Saint-Germain entonces asilo de la aristocracia. El refinamiento de la vida artística, social y galante de París y que haya su más notable expresión en el último decenio del siglo XIX, en la belle époque, que muere con la guerra mundial de 1914”.¹⁵³

Las circunstancias del narrador son particularmente interesantes en este recuerdo, realiza el éxodo a París en distintos puntos de su vida, pero a diferencia de muchos, se ha detenido justo delante, un poco conmovido, gozando de un atractivo sin convertirse en el proceso en una caricatura, llamada ofensivamente: rastaquouére. Al ceñirse a estos criterios, Orrego Luco, logra dilucidar argumentos genuinos, esgrimidos desde perspectivas diametralmente opuestas, y es que la reformulación del carácter deja pasar aspectos que son presentados como antecedentes de eventos y evoluciones posteriores. Estamos frente a un autor que captura como ninguno el espíritu de la belle époque, semejante panorámica, reporta grandes beneficios, a saber, una visión integrada donde es posible nutrirse de la vida, energía e historia que fluye por París, sin la necesidad de caer en la tentación de un espectáculo singularmente seductor:

“Yo pensaba con deleite que estaba por segunda vez en París. Había conocido la gran ciudad siendo aún un niño. Ahora podía apreciar en profundidad aquellos monumentos y edificios en los cuales leía su historia. La plaza de la concordia donde fueron decapitados tres mil nobles, en 1793, era entonces la más bella del mundo; los boulevares con sus aceras anchas y sombreadas; la rue Royale con sus vitrinas reverberantes de pedrerías... Me fascinaban los Campos Elíseos con la maravillosa perspectiva que se configura entre Louvre y el Arco de Triunfo...

El monumental edificio del Hotel de Ville, el Palacio Borbón, el Elíseo, la Tour del l'Horloge y la conserjería. La hermosísima y laboreada torre de la Santa Capilla. En la Consejería había visto de niño la habitación donde vivió sus últimos días María Antonieta. La fachada al boulevard, de grandes columnas, la soberbia reja de hierro del tiempo de Luis XVI, Saint-Germain de Auxerrois, el Arco del Triunfo del Saint-Germain-de-Prés que dio con su campaña la señal de la matanza de los hugotones en la noche de San Bartolomé. La Ópera, la plaza

¹⁵³ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 410.

de Vendôme con la columna erigida a Napoleón 1º, con los cañones arrebatados en las batallas con sus enemigos”.¹⁵⁴

Bajo la misma premisa, Orrego Luco naufragaba en la preciosa herencia de la cultura parisina, probablemente su juicio durante el primer viaje le hizo desconocer el mérito de aquellas magníficas edificaciones, que un Luis más adulto logró descifrar, es decir, el aspecto inanimado del panorama presentado a un joven Orrego Luco, contrasta con la lectura ceñida a un contexto histórico amenazado por la fatalidad, junto a los individuos eminentes que lo trascendieron. Por lo demás, la segunda aventura de Luis Orrego Luco, trasmite los dilatados horizontes encerrados en los densos muros de esas silenciosas fortalezas, acontecimientos tan vivos, y con un legado a disposición de quienes participan de esta dimensión, enterrada para los arribistas, pero un centro vital para los doctos.

Sin duda había individuos que superaron los dogmas superficiales, y las condiciones fluctuantes y erráticas que provocaban en los hombres sobrellevar una vida en el lugar común de la época. A menudo los relatos reclaman, con elocuencia la nómina de todas las posibilidades que advierte ese mundo fantástico; museos, pinturas, esculturas, callejuelas, teatros, paseos, música, el gentío que transitaba, siempre de espíritu perspicaz y preparado para el espectáculo intelectual y artístico que brindaba. Después de todo, la vida no se suscribía solo dentro de aquellos límites levantados por el mal de las vanidades, algunos dedicaban tiempo a la agitada bohemia nocturna, y otro puñado partía al dormitorio gozando con la nueva excursión decidida para la mañana siguiente¹⁵⁵, para deambular sobre las anchas aceras de los bulevares, o bajo las galerías de piedra del Palacio Real, mil y mil vidrieras, como otra exposición permanente, lucían los más preciados ejemplos de la industria y del arte¹⁵⁶.

Como aducimos, toda la vida exterior, atraía a un cumulo de individuos que daban un alto a la bohemia, para aprovechar de estudiar ese interesantísimo rincón de

¹⁵⁴ Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo*, 409 – 410.

¹⁵⁵ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 276.

¹⁵⁶ Subercaseaux, *Memorias de ochenta años*, 275.

Paris¹⁵⁷, poseedora de una arquitectura plagada de recuerdos históricos, que en cada recorrido formaba un relato solo posible de comprender sumergiéndose en sus encantos, visitar Versalles, recorrer sus melancólicos y silenciosos jardines, evocar esas sombras desaparecidas, hacer revivir el lustre, el esplendor de la anciana monarquía o, visitar la Conciergerie, entrar al calabozo de donde la reina mártir salió camino al cadalso¹⁵⁸. No obstante, la ciudad reunía un sinfín de otros soberbios paisajes dignos de ser admirados, como la plaza del Louvre, enorme con su bordado de piedra, el golpe de vista único que se ofrece hasta el arco de L´Etoile, es el más maravilloso conjunto que se puede encontrar en el mundo¹⁵⁹; en resumen, se presentaba ante los extranjeros, un mapeado cultural e intelectual tallado en cada esquina, con monumentales construcciones y espacios que reclamaban ojos para ser apreciados:

“Visité el Panteón, donde pude admirar los frescos de Puvis de Chavannes sobre la vida de Santa Genoveva; la iglesia del mismo nombre, la de Saint Pair du Mont, llena de recuerdos de Pascal y de Racine, y la de Saint Sulpice. Por ahí está el Lycée Luis le Grand, donde se educaron Molière, Robespierre y Víctor Hugo; la biblioteca Santa Genoveva, donde estaba el colegio Montaigne, que tuvo entre sus alumnos a San Ignacio, Erasmo y Calvino... También me gustaba pasearme por los vastos y bien tenidos jardines de Luxemburgo, y solía entrar a los títeres que había ahí y que eran muy buenos. Todo recordaba ahí a María de Médicis, que edificó el palacio. Hay en ese parque dos bonitos monumentos, el del pintor Delacroix, que decoró Saint Sulpice, y la fuente de Médicis. En el palacio de Luxemburgo hay de todo, pues ahí se encuentran el Senado y el Museo; fue durante la Revolución, prisión de Estado, y de ahí salieron a la muerte tres generaciones de los Noailles, Danton, Fabre d´Eglantine, Camille Desmoulins y otros”.¹⁶⁰

Pero aparte de esto, conviene destacar determinados semblantes, que plantean problemas y cuestionamientos en la experiencia de los chilenos. A este respecto tiene una importancia considerable, las condiciones impuestas por los nuevos centros modernos, que con sus características específicas, plantea trabas relativas al grado de compatibilidad o afinidad que pudiera haber entre dos culturas diferentes. El relato

¹⁵⁷ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 161.

¹⁵⁸ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición S.A, 2005), 32.

¹⁵⁹ Echeverría Bello, “*Memorias de Iris 1899 – 1925*”, 31.

¹⁶⁰ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 161 – 162.

presentado a continuación, evidencia el nuevo escenario que ha de enfrentar el extranjero:

“Una cosa que me comenzó a fastidiar, desde la misma llegada, fue la costumbre francesa de no fijar ni los precios de algunos servicios, ni la expresión de aquellos datos necesarios que, por su naturaleza, debía de ser la verdad misma. El extranjero que toma un coche sabe lo que vale el viaje, pero después viene el *pourboir* que es aleatorio, y que uno alarga a medida que es más amenazante el gesto del cochero; si uno coge un diario de la tarde, encuentra que trae la fecha del día siguiente, para engañar al comprador de provincia; si come en el restaurante, ponen en la cuenta al cubierto, que nadie se come, naturalmente; si va el teatro, no le dan el asiento comprado si no unta la mano a una vieja llamada *ouvreuse*, que en vez de servir estorba, y así muchas cosas”.¹⁶¹

Que podemos pensar del pasaje al cual hacemos alusión, para nosotros, cabe imaginar que la mecánica de los precios funciona a modo de diferenciación, después de todo, estar en París tenía un elevado costo monetario, y aparentemente, hombres y mujeres que pisaban la capital del mundo moderno poseían los recursos necesarios para disfrutar de la multitud de servicios que ofrecía. Pero vale la pena señalar el hecho de que, a pesar que París hiciera alarde de un grado relativamente alto de apertura y de accesibilidad, no es menos cierto que el parisiense desaprobaba acoger tal cantidad de extranjeros, que a su entender corrompía el flujo de la vida elegante.

La crítica pareciera indicar, una combinación contradictoria; la idea de fraternidad universal patrocinada desde París resulta ingenua, pues tiende a desarrollar un ambiente de estrechez y exclusivismo, construido especialmente para individuos de buena situación económica. Por tanto, la costumbre de los precios resulta ser un filtro, para mantener alejados a aquellos que no estén dotados de los nuevos símbolos de identidad colectiva, consumo y opulencia.

Tampoco carece de significación, que la identificación e incorporación a la corriente del mundo, a la larga fuese transformándose en agonía y obsesión.

¹⁶¹ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 272.

Precisamente el retorno, es la toma de conciencia, la revelación que entra en los individuos cuando notan su insignificancia y, la constatación de que forman parte de una totalidad inmensa. Desplazados de ese cuadro de costumbres, sus reacciones alcanzan espectros bien diferenciados, acongojarse o hacer algo al respecto:

“Esta partida de París me aflige. ¡Cuánto va a costarme la readaptación dentro de ese moldecito en que debo meterme y en que ya no puedo caber!...

Los segundos corren. Me late el corazón... Yo vengo recorriendo el vasto grupo y he abrazado casi a todos, como se oyó aquel fatídico llamado de estación:

- En voiture messieurs, s'il vous plait! (¡Arriba señores, por favor!)...

Trepo al vagón llorosa, desconcertada, mientras Joaquín da todavía abrazos sin apresuramientos. París y sólo París me embarga...el alma de la ciudad que dejó me tiene cogida en su tenaza de oro... Nunca hasta esta hora de la partida sentí con tanta hondura su hermosura de bella cortesana, su seducción intensa, su maternidad acogedora de las almas inadaptadas, de los vagabundos de todas las tierras que aspiran a tirar ancla en su suelo...

Bonuss comprende, me observa y calla... Joaquín sonrío.

-Parece que te llevan a la cárcel.

-¡Sin duda! Prisión de almas en que me voy a ahogar.

-¡Luego estarás aclimatada!

-Monsieur Larrain estaba enraizado mucho menos que usted

-observa el doctor.

-¡Naturalmente! ¡Tiene oficio y yo no!

Mis hijitas serán mi gran consuelo, pero la maternidad no es todo para mí, como para las otras mujeres... Me queda vacío un lugar grande, para hospedar la belleza del mundo... que no tiene circulación en mi país, ni clima que la incube”.¹⁶²

En ese testimonio, ciertamente, ha de reconocerse el inevitable deseo de nuestra protagonista por permanecer en tierras parisinas, sucumbiendo sin resistencia ante el reino de la novedad. Más allá de la seriedad y la burla, el alma de Iris muere, bucólica como pocas, desea continuar cautiva en un ambiente que celebra la heterogeneidad, y alberga una efervescencia social propia de los espacios urbanos modernos.

¹⁶² Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición S.A, 2005), 142 – 143.

El dilema principal de Iris, además del de emprender este éxodo, apunta a su regreso al lugar más aislado del mundo, privada del flujo de la vida elegante, retornar a un mundo tenebroso, signo de la otra cara de la realidad, una atada a los designios del pasado. Chile despierta tenaz oposición, en sus líneas figuran un inequívoco descredito; desespera al percibir que las condiciones materiales y de conciencia de donde es originaria jamás podrán acoger esos elementos de inconfundible tono europeo.

La presencia hegemónica de la tradición cultural francesa, adquiere en el complejo sentimental e ideológico de Iris una repercusión entrañable, transformación acaecida no meramente por el influjo de las realidades visibles, sino por profundos cambios en las sensaciones de su vida interior. Los nuevos requerimientos, ante el cambio de escenografía quedarán reducidos y habrán de plegarse a ese contexto relativamente inferior, que no posee las condiciones para albergar formas de vida sofisticadas.

Según parece, el lamento debido a la constatación de aquel indeseable retorno, basta para descubrir el destino que le espera: figuras fuertemente arraigadas a sus haciendas, tosquedad en los gestos, conciencia rudimentaria, condiciones materiales relativamente coloniales, en general, costumbres demasiado austeras para un personaje curtido en los placeres del mundo moderno.

Tenemos por otro lado, un perderse necesario para alcanzar una estadía perdurable en la gran ciudad:

“(…) se aparecieron dos chilenos a pedirme que les aceptara convite para ir a comer con ellos.

Los sujetos me inspiraron ciertos recelos y me excusé.

Al día siguiente se me aparece otro compatriota amigo, buen muchacho aunque escaso de espíritu y de carácter. Era divertido y le llamábamos Canturmeni. Venía pálido, desgredado, con la camisa arrugada y desabrochada.

-¿Qué le pasa, mi amigo?

-Es lo que vengo a preguntar a usted—me respondió. —Figúrese que C. y C. vinieron a llevarme a comer con ellos ayer por la tarde. Les acepté; fuimos al Café Riche, y no me acuerdo de nada más. Esta mañana me encontré en mi

pieza vestido, como recordando de una pesadilla inexplicable. Al incorporarme y tocar mi ropa me noté sin dinero, sin reloj y hasta sin los botones de la camisa, tal como usted me ve; y no he acertado más que a venir a contar a usted lo que ha oído. ¿Podré sospechar que C. y C. me han embriagado o narcotizado para robarme?

Mientras hablaba Canturmeni, daba en mis adentros gracias a Dios de la escapada que yo había hecho, pues los bellacos eran los mismos que se habían fijado primeramente en mí. Y la historia no sería tan sugeridora si no recordada aquí mismo que uno de ellos había sido diputado en Chile para ocupar todavía, después del caso, un puesto de cierta consideración en la representación extranjera”.¹⁶³

La anécdota recién señalada, representa la angustia que gravita sobre el hombre corriente; embrujado por el floreciente ambiente de la ciudad, termina siendo víctima de sus propios deseos, que enseguida derivan hacia esa sed de ambición. Ciertamente, los individuos retratados, cuando deben asumir el regreso a su respectiva realidad, parte crucial de su destino ha sido ligado al trayecto de la sociedad parisina, entonces, el flujo de vida los engulle y, hacen todo lo que sea necesario para continuar viviendo en el lugar que para ellos ofrece promesas alentadoras y una imagen de bienestar inobjetable.

El simbolismo de este recuerdo resulta obvio. Y es que, los perpetradores de infame acción, atados a las promesas alentadoras de París, ven relegada su estadía debido a la falta de recursos, después de todo, los hitos demarcatorios de estas prácticas están representadas en unas rutinas de onerosas características. Y es que los ritos de la sociedad elegante castigan las discrepancias, atando a los mortales que le rodean, a perseguir la supuesta superioridad cultural ahora reflejada en las formas del buen tono europeo. Por tanto, la necesidad de preservar un lugar en esta vanguardista ciudad, involucra muchas veces pasar a llevar la honra, inclusive de compatriotas; conviértanse en un acto contrario a la experiencia que lo alienta, y en un espíritu que sucumbe ante las ansias de especulación hedonista. Aquello cuestiona el autor cuando reflexiona ante tal situación:

¹⁶³ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 293.

“En el curso de mis otros viajes, he visto nuevas ocasiones en que algunos sudamericanos que llegan a París, cuando no tienen más recursos para vivir, en vez de volverse a su país tranquilamente, se echan por allí en busca de expedientes para dilatar sus permanencias. La capital de los placeres los subyuga, los marea, los hipnotiza; la parte sensual y regalona de la vida es la que ellos han adoptado, y cuando llega el momento de abandonarla para seguir la que siempre le ha correspondido, pierden el tino, pasan por todo”.¹⁶⁴

En el mismo ámbito, los chilenos empapados como nunca antes por el flujo de vida parisina, conformaron la existencia de personajes como la del Dr. Carrasco, merced de las prácticas mundanas, quédese sin recursos, pero continúa manifestando principios de tinte afrancesado. Agrava este cuadro, que producto de la desinhibida conducta, el Doctor, inicie viviendo cómodamente en una suite de un Hotel a, con el tiempo, dormir en un cuarto bajo una escala:

“Ahí se le dejó vivir gratuitamente, o casi, en consideración de su pasado. Y de ahí, de un lecho de periódicos más o menos atrasados, emergía cada mañana, afeitado cuidadosamente, enchisterado, enguantado, y encorsetado en una levita que cubría el desastre de sus pantalones; con cuello, pechera y puños recortados en cartulina, y con un programa atareadísimo, por cuanto el desayuno (de caridad), era en la caserna de Grenelle; el almuerzo lo servía la beneficencia en Courbevoie, y en Levallois-Perret la cena filantrópica, habiendo entre comida y comida más de una conferencia, un concierto o un espectáculo gratuito”.¹⁶⁵

Respecto de este extracto, se manifiesta la obsesión de la élite afrancesada chilena por no abandonar ese mundano ambiente. En este caso, el personaje en cuestión vive en la miseria, previa situación social favorable alcanzada en Chile, y reconocida posteriormente en París, tema poco común respecto del resto de los connacionales que arribaban a esas latitudes; el doctor, vive de la caridad y acepta su infortunio, de suerte que, consiga cubrirse de las apariencias del buen tono francés.

El caso de este médico, si bien es justificable por lo gráfico que sea en relación con la cultura afrancesada y el empobrecimiento al cual se ve enfrentado, es de

¹⁶⁴ Subercaseaux, *Memorias de ochenta años*, 293 – 294.

¹⁶⁵ Augusto D’Halmar, *Recuerdos Olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975), 379.

destacar que el caer en miseria para los chilenos y latinoamericanos avecindados en París era una posibilidad bastante recurrente. De cualquier manera, es evidente que el nivel de vida en la ciudad luz conlleva costos altísimos, incluso para los propios franceses, más aun, para individuos que acuden desde el último rincón del mundo, y en contadas ocasiones con el dinero suficiente para permitirse una temporada en aquel escenario.

Sin duda, las observaciones de Ramón Subercaseaux sobre la vida en París, dan crédito del proceder del pueblo sudamericano, particularmente era el extranjero quien luego de experimentar la energía del ambiente, pasa de un afecto sincero e incontrolado a sentimientos contradictorios de incertidumbre y aflicción, se desconsuela de antemano por la presunción fatal de tener que desprenderse, acaso pronto, de un bien tan grande¹⁶⁶.

He aquí el problema, ya mencionado con anterioridad, la entrada y disfrute de la sociedad francesa guarda ese doble crisol, donde ha surgido un personaje completamente distinto y, hasta cierto punto inescrupuloso, que intenta dilatar su permanencia empleando medidas que atentan contra los valores conquistados en su vida anterior, en gran medida, cediendo ante la presión ejercida por la gran ciudad, y por esos extranjeros poseídos que harían todo lo necesario para satisfacer sus apetencias:

“Quedaré, se dice, sin bienes, si es menester; volveré a trabajar, pues, en un empleo, o en un negocio cualquiera, o en alguna propiedad que siempre guardaré bajo mi nombre; pero entretanto iré mañana y tarde al bulevar, a los Campos Elíseos o al Bosque de Bolonia; tomaré café con leche de París, remojando los croissants que sólo aquí saben hacer; y parte de mi desayuno será la lectura del “Fígaro”, sin la cual apenas me atrevería a comenzar un nuevo día. Me vestiré con franelas o hilados de interior, de París, con calzado y sombrero ingleses, por seguir la moda; eso sí que mi ropa de paño será siempre de mis sastres francés. Saldré a pasear temprano y a gozar con el espectáculo más lindo del mundo: las calles y plazas de París. Mi almuerzo será donde me toque, con la seguridad de que por lo menos me darán una tortilla de verduras, que sólo en París saben hacerlas. Hasta la comida, el tiempo se me hará un

¹⁶⁶ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 434.

suspiro; y después iré al teatro donde se representa la pieza en boga, que no hay que ver. ¡Pobre gente, la que no vive en París!”.¹⁶⁷

Este elevado personaje, que constituye, desde el punto de vista contextual y, aun, novelesco, una de las piezas principales y casi eje de la vida parisina, intuye que mostrarse en una realidad visiblemente diferente, de la cual han acostumbrado a llevar con orgullo y aires de grandeza, lograra descollar, se creen ya saturados del espíritu de París, y gozan entonces con la indiscutible superioridad que los llena¹⁶⁸. Si bien, gran parte de con los hechos relatados, suscribe la ejecución forzada hasta plástica de cualidades formadas luego de retener una fracción de esa caprichosa naturaleza social, termina por imponer una línea de conducta que no le permite conquistar una simpatía unánime, pues repite un perfil falso, cuestión que revela la ausencia proverbial del sudamericano.

1.2.1 Los Trasplantados.

A pesar de las características identificadas en las observaciones sobrellevadas con anterioridad, conviene adjuntar una perspectiva que recoja algo que generalmente escapa a la realidad y, que simultáneamente exponga las intenciones subjetivas de las condiciones en desarrollo. Por lo demás, en Alberto Blest Gana y su novela los Trasplantados, es posible encontrar explicaciones para incluir y fortalecer, el contenido acerca de las consecuencias del contacto con la vida cultural parisina.

En cuanto al tema mismo de la novela, se refiere a personajes nacionales trasladados a Europa, y la manera en que son capaces de deshacerse o no de la totalidad de sus antiguas costumbres, describiendo la vida bohemia de la cual hacen alarde estos prospectos de jóvenes dandys.

¹⁶⁷ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 434.

¹⁶⁸ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 435.

Sus pasajes retratan las diferencias entre personas que comparten la misma experiencia mundana, pero todos sometidos al imperio de las convenciones sociales que impone el buen tono europeo. La norma fija e inalterable no distingue de naciones, pasa por alto los orígenes para concentrarse en las refinadas prácticas culturales, actuando a modo de filtro para permitir el acceso a los grupos más influyentes:

“(…) Todas las nacionalidades estaban ahí representadas con los rasgos característicos de la fisonomía de cada raza; pero todas con el traje nivelador de la moda reinante, la tirana igualitaria, que impone la ley de su capricho con la inflexible regularidad de los cambios de estación en el mundo físico”.¹⁶⁹

El buen tono conferirá en su matriz un componente cultural devenido desde linajes antiguos, razón por la cual la comunidad chilena vanguardista invalidara la presencia de acaudalados compatriotas pertenecientes a otra clase social. Sin duda, la disposición a responder a las extravagancias de la época, refleja claramente la inclinación a nuevos criterios de valoración social, donde el poseer fortunas importantes era necesario para cubrir las expectativas del círculo aristocrático. Así, el fenómeno que ha venido a ser definido como buen tono, está íntimamente ligado a esta dinámica del Grand Tour:

“Ser alguien para esos nobles de antigua o moderna alcurnia que, con sus medios dudosos de vivir, dan lo que se llama el tono, en el conjunto de elegancias, de celebridades, de hombres de club y de mujeres de galanteo aristocrático, de que en gran parte se compone lo que en lenguaje de periódico se llama el <<todo París!>>”.¹⁷⁰

De acuerdo al texto, el nivel de poder adquisitivo promueve la existencia de círculos singulares, algunos, desprovistos de una sólida conciencia estética, cuestión que revela qué gozar de un vasto patrimonio no era suficiente para ingresar a ajetreada vida social de las capas superiores. Frente a esto, la oportunidad de establecerse unas cuantas temporadas en París era la manera natural de utilizar las ingentes cantidades de dinero a su haber, después de todo, el viaje reducía

¹⁶⁹ Alberto Blest Gana, *Los Trasplantados* (París, Garnier Hermanos, 1904), 2.

¹⁷⁰ Blest Gana, “*Los transplantados*”, 3.

frívolamente la distancia con aquella minoría privilegiada. Ahora bien, aún luego de vencer las resistencias de personajes de ilustre categoría, asomaba otro elemento que ensanchaba el horizonte entre los que vivían la experiencia europea, el buen tono. Entonces, el menosprecio por el "siútico" u trasplantado se debe a la dificultad de identificarse con las refinadas formas exteriorizadas por ese exclusivo círculo. La imagen respecto de un personaje en particular, ejemplifica el desdén por estos individuos:

"(...) Termal tenía privilegio de atrevimiento. Aunque no pertenecía a la nobleza, sus cuantiosos medios de fortuna, allegados por sus abuelos y por sus padres en el comercio del aceite, en Cette, le daban gran posición entre los mozos elegantes, sobre todo de los que viven resolviendo el problema de gastar lo que no tienen".¹⁷¹

Los temas descritos son recurrentes en la novela, y se enfocan en remarcar el desfase de los viajeros con la ya cimentada autoridad mundana expresada entre aristócratas y burgueses franceses. A la luz de esta situación, gran número de extranjeros trataron de asegurar una relación más estrecha con encumbradas familias europeas, principalmente a través del vínculo matrimonial, donde los primeros entregan su dote a cambio de cumplir las nuevas aspiraciones de muchos latinoamericanos, conseguir el apellido de algún individuo perteneciente a la alta sociedad europea. Quienes sacaron provecho de esta motivación, fueron las empobrecidas familias nobles del viejo continente, que una vez establecido el lazo conyugal y habiéndose apropiado de los recursos heredados por la novia, se les veía deambulando por las calles sin marido y sin dinero, situación detallada en base a las memorias de Pedro Subercaseaux.

Los frutos de la novela, alientan para distinguir los desajustes de una clase social chilena que vive de las apariencias, que busca acercarse a un panorama cultural de su total predilección, agudizando una conciencia de retórica extravagante que rompe con el duro revestimiento del localismo, en este sentido, demuestra lo severamente restringidos y rígidos que son los hábitos de nuestros compatriotas,

¹⁷¹ Blest Gana, *"Los Trasplantados"*, 9.

exponiendo una clara diferencia en relación al contexto europeo, situación también retratada al regreso a nuestro país, después de todo, las condiciones tanto materiales como culturales son totalmente opuestas.

Desde luego, la experiencia de este peregrinaje al viejo continente, obliga al individuo a plegarse de las formalidades del contexto en cuestión, después de todo, incurrir en estas prácticas y participar de ciertos ritos es necesario para todo aquel que se considere respetable. Entre estos, destaca por ejemplo, el arte del flirteo, actividad de moda dentro de la dinámica del buen tono, que con complacencias de sus parejas, caían en este juego de encantos y desengaños, cimentando esa imagen femenina de colección de museo, esto es, una clase especial de trofeo para exhibir en sociedad.

Como complemento al refinamiento cultural definido por Blest Gana, las afinidades estéticas eran otro tipo de indicador al interior del mundo elegante, vale decir, rasgos físicos socialmente demandado por la sociedad, particularmente el perfil europeo. Para el caso de la novela, se detalla en varias oportunidades que la protagonista se asemeja mucho al ideal de belleza europea, rubia, alta y delgada, razón por la que es constantemente comparada con sus hermanas, de rasgos más comunes. Esto motiva el arribo de una gran cantidad de pretendientes para la protagonista, incluyendo a personajes extranjeros de buen linaje.

Finalmente, hemos de incluir en este análisis lo que supone contenido adicional, registro valioso para nuestras aspiraciones, pues además de complementar la novela recientemente detallada, tiende un puente entre la espléndida retórica de la obra con la vida del autor:

“En una de esas visitas a París, durante el año de 1900, el señor Blest Gana me invito a recorrer en su compañía la Exposición Universal...Entramos en el recinto enorme, cuya visita completa exigía varios días, cuando recorrían las avenidas de palacios blancos destinados a vivir unos pocos meses unas comparsas y carros alegóricos. Era la Fiesta de las Vendimias, dirigida por Jules Claretie, director de la Comédie Française, desfile maravilloso de carros que representaban el Borgoña y el Champaña, el vino de Burdeos y el Mosela, toda la rica gama de los jugos deliciosos que el sol engendra sobre el suelo fecundo de las diversas regiones de Francia. Tras los carros marchaban las figurantas y

bailarinas de los teatros de París, vestidas a la usanza griega, con tirsos coronados de pámpanos, gritando: ¡Evoé! ¡Evoe!, mientras se agitaban en danzas que celebraban la vendimia al son de las flautas y tamboriles de músicos provenzales...

Entonces me habló con más franqueza que otras veces y tuve la mayor sorpresa que me reservaba la observación de su carácter. El señor Blest Gana no se había aclimatado jamás en Francia, vivía espiritualmente tan extranjero en aquel país como el día que había llegado a él, treinta años antes; solo que lo conocía mejor. Su espíritu era esencialmente criollo, chileno, hijo de su tierra, de su tiempo, con una ligera modificación en las tonalidades del pensamiento y de los gustos producida por su sangre británica. Yo le oía escandalizado. Llevaba en el alma un entusiasmo por la Francia y cuanto a ella se refiere, que mis rápidas visitas a París no habían hecho más que acrecentar. El maestro estaba frío y juzgaba con severidad. Su admiración por Francia en conjunto, por su prodigioso sentido de la belleza y su instinto de la medida, del ritmo y las proporciones no le impedía descubrir defectos y señalarlos...

Blest Gana vivía en Chile con todos sus afectos patrióticos, con todas sus ternuras poéticas de artista, vivía dentro de su raza, con sus prejuicios, sus independencias, sus pasiones y sus sinceridades. Blest Gana no era, no fué nunca un trasplantado. Acaso fué un desterrado voluntario por las fuerza de circunstancias que no son raras en la vida de los diplomáticos que forman una familia fuera del suelo natal. Y si bien estuvo siempre libre de preocupaciones materiales, debió en lo moral sentir aquella amargura que el Dante describe en un canto del paraíso, cuando habla del sabor de sal del pan extranjero".¹⁷²

La descripción termina por agudizar los tintes más recurrentes de estas peregrinaciones culturales por el viejo continente, aunque en esta oportunidad el acercamiento es diferente, después de todo, nadie sabe lo pasa dentro de una persona una vez embarcado en la aventura de viajar hacia escena social europea, es decir, muchos cayeron enceguecidos ante tal encuentro, Blest Gana en cambio, intento descifrar el contenido de estas manifestaciones en su propia contradicción.

Desde el punto de vista de quien lo escribe, coge la imagen de un individuo que vive en dos mundos sin llegar a ser de ninguno, con cierta evidencia demostrada en su novela "Los Trasplantados", tal vez el autor se veía reflejado en el propio relato que estaba formando, intentaba alejarse de estas tendencias formulando desde sus miedos

¹⁷² Carlos Silva Vildósola, *Retratos y recuerdos* (Santiago, Editorial Zig – Zag, 1936), 75.

el patrón al cual la élite chilena habría de quedar asentado. En cuanto al panorama cultural parisino, supuso una experiencia digna de elogio, pero busco a través de aquella una realización de sí mismo que no se revirtiera contra él, poniendo en evidencia la enorme influencia de Francia en el proseguir de tantas vidas. El fasto de Europa no hacía eliminar de sus memorias el cariño para con su tierra, pero igualmente era consciente de la autoridad mundana que rápidamente iría asumiendo el Chile de fin de siglo; su gesto entraña la mesura para vencer ambos condicionamientos, y he aquí lo esencial, no fue doblegado en esas caídas y extravíos al cual sucumben tantos hombres, logró interpretar dos realidades, una que mezclaba las exigencias estéticas de la vida moderna y otra que respondía a unas formas reprimidas quedando a medio camino de la primera. Las líneas escritas declaran que no logro aclimatarse a Francia, en tanto suponemos que Blest Gana desde el fondo de su desconcierto, lee los actos de esas costumbres exteriorizando virtudes y vicios, resignándose a adoptar un rol lo bastante imparcial para así mantenerse en los umbrales de París y Chile.

Sin ir más lejos, y a la par que Alberto Blest Gana, su esposa, internalizo los refinados principios del buen tono europeo, para transformarse a su vez, en un carácter avasallador que evito los excesos de la vanidosa ostentación:

“A su lado había un espíritu fino, agudo, una mujer de mundo en el más alto y noble sentido de la expresión. La señora de Blest Gana hacía su labor a la luz de una lámpara, mirando de cuando en cuando a los visitantes por encima de sus gafas, hablando poco, discreta y reservada. Treinta años de vida europea, en medio de una sociedad cosmopolita, no le habían hecho perder uno solo de los rasgos de la dama chilena de su época, pero habían aguzado en ella su natural instinto de la psicología de los demás y le habían dado una experiencia del mundo un poco escéptica, sin dejar de ser benévola. Quien la haya conocido íntimamente, estoy en lo cierto de que hallaría en ella la observadora de caracteres y tipo que podía dar al novelista la clave de muchos movimientos de las almas, de esos que se escapan al hombre más hábil y que son como un libro familiar para los ojos agudo de una mujer inteligente”.¹⁷³

¹⁷³ Vildósola, “Retratos y recuerdos”, 73.

Probablemente esta es la imagen ideal de aquellas damas que proponían una existencia rebelde, destacando en un cuadro uniforme y entre tantas instituciones destinadas a promover el entretenimiento masculino. Según refiere Carlos Vildósola, la señora de Blest Gana, luego de una larga estadía en Europa, habíase impregnado de su febril cultura vanguardista, reuniendo en ella características de una dama de juicio independiente, de virtud transmutadora y altamente refinada, y al igual que su marido, la experiencia adquirida no hizo más que beneficiarla de una rigurosa lectura interpretativa, impulsando una forma de identidad original, despojada del mimetismo que tentaron a otros, para prestar atención a un modelo de edificación personal en materia de valores y costumbres. Sobre este punto, se llega a erigir un acontecimiento de suma importancia; mientras el común de los mortales no tenga acceso al conocimiento mundano, y destrezas y/o insumo sociales que solo una prolongada temporada en Europa pueda entregar, ellos estarán vetados de la vida civilizada, y como un barco ebrio, intentaran suplir ese déficit cultural aferrándose a cualquier caricaturesca y vistosa actividad.

1.2.2 El retorno a Chile.

Puesto en marcha el regreso, se muere por impulso propio, pero más de las veces por el complejo de estructuras y procesos materiales encontrados, el espíritu del chileno. La efervescencia social de la metrópoli, colisiona con formas de vida menos sofisticadas y más austeras, con paisajes que en sí mismo no tenían belleza; Chile, especialmente Santiago, contenía a una sociedad que ha permanecido al margen de las transformaciones experimentadas por el mundo moderno. En términos de entramado urbano, la capital presentaba a juicio de sus protagonistas, las siguientes características:

“La impresión que me hizo Santiago en tres años de ausencia fue espantosa. París a la llegada encanta menos con su belleza, de lo que horripila Santiago al regreso.

La Alameda, que yo creía hermosa, mostraba un trayecto miserable desde la Estación Central. Mi casa en Delicias esquina de Riquelme, que al partir me

parecía tan bonita, con su grandioso hall blanco y estatuas, me dio vergüenza a la llegada.

La cuidadora, en vez de encender la electricidad, siendo que había al centro del hall una pila, con una estatua, sosteniendo una preciosa lámpara de muchas luces, salió a recibirnos vela en mano. Fue un desastre. Yo quería dar una buena impresión al doctor y todo me salía mal, en medio de la rusticidad de aquella pobre gente”.¹⁷⁴

Ciertamente influida por París, el rudimentario tapiz urbano de Santiago infunde una atmosfera densa e inadecuada para alguien ya cargada con ciertos aires de modernidad. La casa habitada por la narradora, expresa el contraste entre el mundo que habitó y el que debe enfrentar ahora; vemos pues que la experiencia no puede extrapolarse sobre ciertos ámbitos de la realidad nacional, para Iris el regazo cultural implica constatar cuanto nos diferencia con ese otro trozo de la humanidad. Así, la analogía acaba relevando incluso el contraste proyectado en la cotidianeidad, su hogar como el Santiago de finales de siglo, tienen como denominador común que se le juzgan de aberrante. La primitiva realidad de la residencia no está articulada con las necesidades individuales de quien la habita, pues el lugar aloja un conjunto de rasgos materiales y simbólicos que han permanecido inalterables en su ausencia.

En la misma senda, Pedro Subercaseaux brinda testimonio que refrenda lo anterior, sin embargo, contrasta la imagen arquetípica de un niño con la lectura de un joven que ha formado parte de una realidad más compleja:

“(…) se entablo una animada discusión sobre los méritos relativos a París, comparados con los de otras ciudades que conocían aquellos chicos. Dominando por una vez mi habitual reserva, tomé la palabra.

-En París –dije –, todas las casas son grises e iguales. En Santiago las casas son de todos los colores, unas azules, otras rojas y otras verdes o amarillas. Para el dieciocho les ponen banderas chilenas casi tan grandes como las casas. Los trenes tienen máquinas de varios colores y van tocándola campana. Van por rieles bordeados de flores. Y en Chile los bomberos son lindos con sus chaquetas coloradas. Mientras que en París los trenes son negro y feos...

Me interrumpió el mayor de los alumnos exclamando:

¹⁷⁴ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición S.A, 2005), 155.

-¡Cuando esté acabada la Torre Eiffel, entonces Paris será más bonito que tu Santiago!

Con ese rudo golpe a mi patriotismo, se me entró en habla".¹⁷⁵

De este modo, Subercaseaux sin otro propósito que defender las especificidades de Santiago, habilita un contraste basado en las texturas del espacio urbano, construcciones y una lectura fundamentada en los colores que son exhibidos en una especie de idílico paraíso, este es el canon que para un infantil Pedro Subercaseaux funciona para evaluar a ambas ciudades.

Se extendían ante el muchacho dos panoramas distintos, la fresca nostalgia de una realidad variopinta, y la gris escena de un ambiente que se siente inclinado a la modernización. Cerniéndose sobre el chico un impulso de defender lo propio con una imagen encantadora pero impalpable, aparece la inseguridad en el narrador cuando su proyección es interrumpida por la prolongación de un futuro superior personificado en aquella Torre; abismado ante tal réplica, comprendió el valor del progreso, no obstante, sin negar las particularidades de su patria. Años posteriores la interpretación será otra:

"Me hallaba de nuevo en Santiago, de nuevo bajo la depresión de la fealdad y del atraso que me rodeaban. Es verdad que la pavimentación había mejorado. Gracias a piso de asfalto se podía, en las calles centrales, andar sin fijarse en cada paso para no caer en un hoyo. Pero esa facilidad para el andar me permitía de adornos de yeso, que pretendían remedar las arquitecturas de Versalles o del Triánón, sobre los edificios de abobe y de listones. Tuve que aceptar ese suplicio y confiar en que la costumbre atenuara en mí la penosa impresión".¹⁷⁶

Pareciera, a primera vista, que la madurez que llego con su juventud ha variado radicalmente el punto de vista, de manera que ahora coincide con el orden natural que impone el mundo civilizado. De su propia vida y experiencia, y con algo de perspectiva, aparece ante sus ojos la realidad del sueño anterior. En Santiago se disolvió el encanto, un momento más tarde surge el deterioro inevitable de las cosas, está bien, el nuevo sujeto ya no vive en la alucinación, en el arquetipo de la ciudad encantadora,

¹⁷⁵ Pedro Subercaseaux, *Memorias* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1962), 34.

¹⁷⁶ Subercaseaux, *"Memorias"*, 115 – 116.

después de este destello visionario, su interioridad tambalea, nacen las exigencias, ahora totalmente identificado con esas formas, porque ya cruzo el umbral del progreso, la sola idea de estar amenazado por alguna representación parodiada de Francia, vulnera el momento mágico en la ciudad del mundo. La trágica ironía del mundo moderno, que termina por demoler las ideas de un escenario que a Subercaseaux le resultaba apropiado y digno de ser defendido.

Si los espacios públicos captaban el aspecto y sentimiento de una vida con ropajes del pasado, en lo concerniente a los diferentes lugares de reunión de las élites, su contenido posee cualidades similares:

“Las casas en general eran suntuosas, y las comidas y vinos exquisitos; la conversación, amena, pero la servidumbre deplorable por su indumentaria y sus rostros bigotudos. Las calles se veían muy angostas y la ciudad me pareció fea y achatada. Los carruajes particulares eran de buena fábrica y tenían hermosos caballos Longchamps, pero los cocheros un verdadero desastre. Los coches de alquiler desastrosos; las carreras, poco frecuentadas. Algunos buenos teatros. El Club de la Unión y el restaurante “Gage”; excelentes”.¹⁷⁷

Es claro que los espacios abiertos considerados para la vasta concurrencia no eran de su completa simpatía, y para estos efectos, la vida acorde a sus expectativas transcurriría entre cuatro paredes, en sitios que imitaban el espectáculo de la cultura europea. Ahora, debemos recordar que las experiencias de Julio Subercaseaux tenían su centro de gravitación en la tradición francesa, que como se ha planteado, representa el interés de los diversos grupos oligárquicos, básicamente lo mimético otorga todas las potencialidades en una cultura provinciana como la nuestra. A su entender, la servidumbre respondía a la misma lógica, prosaica, padecían las inconsistencias de una mezcla de destreza poco refinada y una apariencia física objeto de reprobación, en una suerte de abandono por las buenas maneras.

A las impresiones de una ciudad estancada, como Estación Central, que aparecía poblada de casas pobres, bodegas, cafés chinos de horripilante aspectos,

¹⁷⁷ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 214.

edificios vetustos y coloniales sin carácter¹⁷⁸, se sumaron unas formas de sociabilidad que ya no representaban ese dramatismo del pasado, y es que la vida social de acuerdo a los individuos que volvían para enfrentarse a ella, para bien o para mal, era totalmente diferente, tanto por el punto de referencia que marcaba la ciudad europea al momento de realizar juicios, o porque devino en ellos gradualmente un cambio de entendimiento para con el contexto que encontraron al regresar. De ahí que la experiencia del retorno en este ámbito alcanzara patrones distintos, pero siempre con el mismo trasfondo, mimetizar el ceremonial mundano parisino:

“Regresando de mi primer viaje a Europa, la vida alegre de Santiago había cambiado y, a decir verdad, muy en beneficio de la generación que empezaba a disfrutar de ella. Encontré un sentido más elegante y fino entre las mujercitas afectadas a la vida galante; muchas modistillas, dependientas de tiendas y otras la que pudiera señalarse con el dedo, bien vestida y cuidada, como una excepción, en los paseos del centro. Por todas partes pululaba un nuevo contingente, que nada tenía que ver con el burdel, sino que podía ser llevado a los restaurantes de mayor categoría sin dar una nota extraña y que habían tomado el aire de “niñas bien”; muy parientas de la cocotte parisien”.¹⁷⁹

La distancia vino a advertirle las señales de una transformación en el país que había abandonado, la efusión vital percibida por Balmaceda figura como una peculiaridad que oscila entre lo elegante y lo sugerente, sobre el telón de fondo nuestro hombre intento comparar dos situaciones que se desenvolvían por una misma circunstancia, la conmoción social fruto de los ritos mundanos procedentes en su inmensa mayoría de París. Así quedan plasmadas actitudes susceptibles de ser abordadas bajo un par de distinciones algo injustas, de este modo, el dominio de las formas elegantes adquiere mayor transcendencia. En nuestro caso se trata obviamente de una posición derivada de su naturaleza demasiado personal y contradictoria, en cambio, las prácticas un tanto provocativas son censurables, a sabiendas que ambos signos remiten a partes de un mismo flujo cultural. La novedad es una ilusión, advertir algo tanto a nivel de los hechos, como a nivel de la conciencia fuera del país no es lo mismo que observarlo en su contexto de origen, cuestión que visiblemente propone la alteración en el seno de una sociedad que niega la tradición como lo moderno.

¹⁷⁸ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 546.

¹⁷⁹ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969), 156.

Ante la imagen recientemente comentada sobre la absorción concertada y oportuna de las apariencias del buen tono, convendría añadir el reverso de esas prácticas:

“En cambio la juventud, era menos culta. En un baile, un muchacho le decía a una jovencita al pedirle una botella de champagne: “Compañera, espánteme ese frasco de licor, para que me baje la plática”. Era una juventud, que cifraba su orgullo más en los puños que en el cerebro. En cuanto a las jóvenes, seguían en su casa una conventual; no se les permitía leer ciertos libros y en las funciones Opera, cuando salía el ballet se las obligaba volver las sillas hacia la pared”.¹⁸⁰

Esta crítica, revela a una juventud fuera de tono, incluso dentro de la cual se instala y crece la conciencia patriarcal, por supuesto la peculiaridad ha de mostrar el ceremonial aristocrático desde la posición de un individuo que ha pasado mayor parte de su vida devorando los usos y hábitos del mundo moderno. Podríamos concluir entonces, sobre la presencia de un atraso cultural, de allí que le llame la atención los modos del flirteo criollo, la prohibición de ciertas lecturas, tanto como en la amplia gama de actividades que pudieran asistir las jóvenes de gran posición. Pero fundamentalmente, obliga a reconsiderar los patrones de los jóvenes, y principalmente la disparidad social entre hombres y mujeres. Los significados provenientes de estas vivencias, estima que la divergencia cultural en parte remite a la habilidad para absorber la mayoría de las nuevas orientaciones predominante en occidente, que finalmente constituían el ingrediente imprescindible para salir de ese aislamiento intelectual.

Nos encontramos frente a un contexto, que aun siendo influenciado por estilos de vida más audaces, estos, coexisten con usos antiguos, evocando la crisis que produce la entrada de unas formas de sociabilidad que no son asimiladas al ritmo actual sus costumbres:

¹⁸⁰ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 215.

“Observo en los desfiles mundanos curiosos aspectos sociales, me sorprende la carencia de encanto femenino en las mujeres. Señoras jóvenes están afectadas, deformadas, con la espalda encorvada y modales ordinarios de provincianas endomingadas. Los caballeros son asimismo sosos. Van a Europa y toman a la vuelta un tonito endiablado diciendo galanterías mal escogidas, de dudoso gusto, a las mujeres elegantes. No son por cierto los gozadores refinados del gran mundo, ni siquiera vividores, sino ingenuos aprendices amantes de quienes las mujeres se burlan”.¹⁸¹

En regla, las mujeres carecían de flexibilidad, pues sus costumbres estaban encauzadas a cumplir deberes domésticos, conservando la naturaleza particular de sus formas, esa que la distingue de los varones. El resultado, damas que acusan el paso del tiempo enfrentando la severidad de un estilo de vida estéril, lo que a su manera, revela el abandono de expresiones regidas por el buen tono.

Volviendo del pequeño paréntesis, el descredito por la función masculina era similar, el grueso que viaja a Europa regresaba bajo la envoltura falsa y presuntuosa de haber percibido las prácticas sociales extranjeras conforme al refinamiento avizorado durante su estadía, intentando sintetizar comportamientos tan valorados socialmente, pero que surgieron desprovistos de armonía, sin un atisbo de carácter, desarrollados absolutamente al margen de la situación que se alzaba, es decir, solamente una copia defectuosa dispuesta a ser la expresión pública de una pésima agudeza estética.

En virtud de este cuadro presentado por Iris, la figura del Doctor caído en desgracia detallado en secciones anteriores complementa esta idea, donde el simple retorno del personaje le vale para conquistar una imagen de renombre, pero que por dentro, es una mezcla de estímulos de una fuerte carga ególatra:

“Ya en Santiago de Chile se instaló en la calle Teatinos y puso plancha: “Doctor Washington Carrasco. Prolongados estudios en Europa”. Se formó una clientela de lujo, (...) tuvo su “coupé”; llegó a hacer un casorio de conveniencia, un “mariage de raison”, según dicen pintoresca y filosóficamente los franceses; y, a

¹⁸¹ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición S.A, 2005), 278.

los treinta meses justos de su regreso, se murió de un resfrío contraído no al salir de la ópera, sino en la ópera (...)"¹⁸²

Como era previsible, el deseo de rodearse y ajustarse a los elementos de procedencia europea, alentó a tipos como el Doctor Carrasco a adjudicarse un rol de liderazgo en la cruzada de reproducir alguna de las conductas evidenciadas en París; convirtiéndose para bien o para mal en el mayor mérito de su existencia.

Características como las señaladas son más comunes de lo que se pudiera pensar, y en el caso de quienes regresan desde París, se les considera de estatus superior, un ejemplo para quienes aspiran a llegar a vivir alguna temporada en Europa, como si llegar a Francia los convirtiera en objeto de veneración. De ahí, la facilidad para el médico de captar la atención de las élite criolla, que a pesar de una estancia miserable e inspirando la compasión de algunos ciudadanos franceses, llega a Chile con los pergaminos de un privilegiado profundamente compenetrado con la trama de la sociedad parisina. Por tanto, tampoco es de sorprender que fuese perfilándose como un miembro más de un medio social bastante excluyente, llegando inclusive a formar parte de alguna que otra obra cultural.

En resumen, la colectividad chilena, iluminada de un elevado tono extranjero, regresa desconectada, olvidando que hay costumbres impenetrables a los cambios que viene trayendo el tiempo, están ahí incrustadas, pegadas a la letra de los dogmas, abriendo paso a episodios tan variados, como el de Delia Matte de Izquierdo, de regreso de Francia, apareció en un recinto religioso con hermoso y nuevo sombrero de Doucer. En el acto se acercó a ella un sacristán a pedirle que se retirara porque profanaba el templo con tal sombrero. Y como se negara se le acercó un clérigo a pedirle que por lo menos se lo quitara dentro del sagrado recinto¹⁸³. La atmosfera alrededor de estas personas, versaba acerca la admiración que provocaban sus nuevos ropajes; las modas, producen fuerte atracción, discordantes de aquel ritmo reposado, de orden cronológico, que caracteriza al mundo de viejas costumbres patriarcales, es más, el bullicio que acompañaba la presencia de material mundano, era producto de la

¹⁸² Augusto D'Halmar, *Recuerdos Olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975), 380.

¹⁸³ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 567.

gente rica que volvía con cargamentos de sombreros y de trajes de Patou, Lafarriére, Whorth y demás afamados modistos de París. Tales trajes eran comentados y detalladamente estudiados en la sociedad de viso, tratando de copiarlos o de imitarlos¹⁸⁴.

De este análisis, en que se ha intentado sucintamente relacionar el viaje a Francia con la llegada de actitudes propias de la capital del mundo moderno, nos permite aseverar que:

“...confluyeron simultáneamente dos factores: mayor rapidez y facilidad para viajar, y el enriquecimiento, que permitía lo hiciese un número creciente de personas. Pero esto mismo aumentó la superficialidad en el contacto foráneo”.¹⁸⁵

Adicionalmente, surgió al alero de las repercusiones, en forma más o menos directa, de la idea de progreso que rápidamente fue transmitido en Chile, es decir, nació como respuesta al contexto mundial, estando íntimamente asociado con los objetivos de la élite de educarse en torno al beneficio del país. El viaje entonces se fundaba sobre fines prácticos, su objetivo debía ser envolver al país bajo un velo de modernidad.

Poco tiempo iba a transcurrir antes que el entusiasmo inicial se viera opacado por la adopción de tendencias de naturaleza frívola, así, Francia impuso sus gustos a sectores que construyeron sus valores por la vía del mimetismo. Estamos frente a un contenido, con potencia disolvente e interruptora, que se adentra en un contexto de actores sociales que vertiginosamente comienzan a darle la espalda a sus raíces y a otros miembros de la sociedad.

En buena medida, este canon cultural mixto explica las condiciones que oficiaron un tipo de sociabilidad sometida a la arbitrariedad de su homólogo europeo. La pertenencia a estos dos mundos fue una experiencia que debido a sus formas quedó reservada exclusivamente a las élites, comenzando a cimentar la preeminencia

¹⁸⁴ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 567.

¹⁸⁵ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I (Santiago, Santillana, 1981), 652.

de costumbres que dividían, a la par que surgían maneras de ser y estilos de vida que consolidaba al buen tono como signo de virtud oligárquica.

Hemos nombrado ya en varias ocasiones de este apartado, que la identidad de la oligarquía responde a una modalidad bien llamada buen tono, que a nuestro parecer estructura gran parte del modo de ser y la actitud característica de la élite de fin de siglo. Con ello intentaremos dirigir gran parte del progreso de esta investigación. Sin ir más lejos quisiéramos organizar nuestro contenido alrededor de esta propuesta. Bastaría ahora, conocer este aspecto del mundo oligárquico.

2. Modo de ser.

Hasta aquí, ha sido caracterizado el contexto histórico enfocado en la lectura de signos que remiten al sentimiento de crisis y decadencia; sin embargo, todas estas expresiones se manifiestan como un comportamiento que demuestra un tipo de relación que por sí misma remite a lo extranjero y a lo material, ámbitos que determinan y se inscriben en la producción de códigos consistente en un modo de ser de corte oligárquico.

En la búsqueda de una perspectiva acertada de este contenido, Luis Barros y Ximena Vergara captan la esencia del modo de ser:

“Con este término queremos apuntar a los diversos significados que comparte y hace suyo un conjunto de individuos. Los individuos actúan entonces dando por conocidos ciertos ámbitos de la realidad e imbuyen de un mismo sentido a los objetos allí incluidos. De suerte que su relación con dichos objetos guarda ya una intención predeterminada. Esta última se manifiesta en el comportamiento organizado que los individuos desarrollan frente al medio, exteriorizando así el modo de ser que los anima”.¹⁸⁶

¹⁸⁶ Luis Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 18.

Es necesario destacar de lo propuesto algunos elementos: el modo de ser en esta perspectiva, se sitúa alrededor de individuos que comparten una forma y contenidos que representan intereses legitimados y transmitidos, en el sentido de una producción continúa de significados que subyacen sobre una clase en particular. Esto, sin embargo, no alcanza solamente a individuos, atraviesa mediante una recontextualización a objetos y distintos ámbitos, en una suerte de depuración. Las implicaciones son variadas, se podría decir que la principal, es la diferenciación de objetos, vinculados en base al dominio y uso exclusivo que ejercen sobre ellos las distintas esferas sociales.

Lo paradójico es que la realidad adquiere personalidad y características propias a medida que las formas naturales y sociales son cobijadas bajo valores y criterios que los individuos construyen en esta relación.

Ocurre entonces, que este proceso de interacción entre individuos y entorno, que como una bóveda, encierra a una organización social específica y por debajo comienza a dar muestras de signos característicos que ahora son proyectados hacia el exterior, en vez de integrar, marca un límite que ratifica la exclusión. De esta manera, y en un proceso de cierre y apertura se han marcado las pautas esenciales de un modo de ser.

De acuerdo a la definición antes expuesta, y para complementar, se identifica lo siguiente:

“En primer lugar, y desde el punto de la experiencia, un modo de ser implica una suerte de clausura frente a la realidad. Un comportamiento típico repite fórmulas ya consagradas y tiende a prejuzgar o a ignorar cualquier novedad... Un modo de ser tiende así a reducir la realidad, confinándola a sus propios límites. En segundo lugar, y esta vez desde el punto de vista de la psicología de los actores, un modo de ser no implica necesariamente una conciencia alerta... El comportamiento que encarna un modo de ser tiene mucho de ritual...”¹⁸⁷

¹⁸⁷ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 19 – 20.

En resumen, una vez constituido un modo de ser, este conscientemente adquiere pautas que definen su organización social y de inmediato da cuenta de las relaciones existentes entre dicha organización, es decir, los significados antes aislados, son traducidos y sistematizados, generándose una estructura según prácticas simbólicas encuadradas ahora dentro de los límites de una mentalidad dada.

Finalmente, en el marco de esta conciencia ya adecuada hacia criterios de acción específicos, un modo de ser también esgrime actos automatizados ya radicados en el inconsciente, describiendo así, una mentalidad presa ante principios y valores ya objetivados como práctica social.

2.1 La Oligarquía en torno al Ocio.

Por cierto, el modo en que Luis Barros y Ximena Vergara abarcan su propuesta revela un estado de cosas propio de la oligarquía del 1900, cuyas características son explicadas mediante la intersección de una serie de factores que luego dan vida a un modo de ser.

Se trata en general de una aristocracia que de alguna manera comparte valores y creencias que se estructuran en torno a la deseabilidad del dinero y la apariencia, legitimando su status mediante la adopción de costumbres provenientes del viejo continente, particularmente Francia. Todos los valores confluyen en encarnar un tipo de individuo que poco o nada tiene que ver con sus hábitos tradicionales, que en general se desentiende de su participación en el poder político, del despliegue de la actividad económica, del desarrollo de la actividad intelectual...etc. Su personalidad en tanto, pendiente de una cultura estética que intentan imitar, articula una realidad difusa, que encarna precisamente el espíritu propio de esta época:

“La oligarquía se presenta absorbida por el consumo de ocio. Parecería que nada la perturba en éste que sería su gran cometido. Su retrato corresponde al de una clase que vive una situación perfectamente dicotómica: se agota en

llenar su ocio, entreteniéndose a sí misma, y descansa para recuperar su capacidad de consumir para entretenerse”.¹⁸⁸

Por encima de esta nueva condición de la oligarquía, se encuentra presente un modelo que hace posible que esta clase haga goce de su situación, y se vuelque totalmente hacia el ocio.

Si bien, en el capítulo anterior es mencionado el contexto del Chile de fin de siglo, requiere de una breve explicación adyacente u colindante al escenario que se presenta ante la oligarquía. En general, la condición de Chile hacia el 1900 se resume en que:

“La hacienda sigue siendo la unidad productiva por excelencia. La propiedad de la tierra es el recurso económico de que dispone el grueso de la oligarquía. Chile posee entonces una economía fundamentalmente agraria...
A la condición de Chile de país esencialmente agrícola se añade la existencia en su territorio de un enclave minero”.¹⁸⁹

En ese marco, la estructura económica en función del patrimonio de la tierra sigue siendo tradicional, y junto a esto, los elementos más interesantes se encuentran presente por un lado, en el afianzamiento del inquilinaje como mecanismo de producción agrícola, bajo la relación propietario – inquilino, por otro, en el ámbito financiero; los efectos de la competencia internacional y la nula modernización en ámbito de la producción, estructuran una economía de autoabastecimiento y otra que satisface las necesidades de un limitado comercio interno.

Finalmente, a estas condiciones se agrega una organización de la hacienda, en la cual, el propietario encomienda el control de los campos a un administrador de confianza, aunque siempre sujeto al poder, control, e intereses del patrón.

¹⁸⁸Barros y Vergara, “*El Modo de Ser Aristocrático*”, 34.

¹⁸⁹Barros y Vergara, “*El Modo de Ser Aristocrático*”, 36 - 37.

En el fondo, las actividades de los individuos situados en los roles de esta organización, tienden a adecuarse a las contingencias del mercado, por ende, las posibilidades de un rendimiento óptimo de las actividades económicas vinculadas a la hacienda son reducidas. Por último, la misma fisonomía y mentalidad de la aristocracia terrateniente impone un umbral imposible de traspasar.

Simultáneamente, el Chile del 1900 se ha incorporado a un modelo económico y a un entorno que acentúa las posibilidades de realización, al abrirse a un sistema internacional que permite el intercambio libre de bienes, principalmente material y cultural.

El ciclo mono exportador chileno ahora asociado a la nueva minería del salitre, permite el aumento de las rentas del Estado, el problema es la presencia de la élite al interior de este, dado que lo concibe como extensión de su patrimonio, captando muchas de las entradas provenientes del enclave. Pero existe un aspecto que ofrece especial interés, la industria del salitre se encuentra controlada por capital extranjero, por tanto, la entrada neta de recursos asociados al enclave en comparación a lo percibido por el Estado es mínima; de manera similar, esta pequeña fortuna a ojos del Estado cristaliza en una riqueza que esta fuera de los límites establecidos por las instituciones de la época; en la práctica, podríamos sintetizar las cuestiones planteadas recientemente en la siguiente instantánea:

“¡Dichosos tiempos! ... Para viajar no se requerían pasaportes ni gabelas de ninguna especie. El salitre pagaba con creces los gastos del Estado, y el Fisco no se preocupaba ni metía en la vida privada de las gentes, en una palabra, “vivíamos en Jauja””.¹⁹⁰

La evidencia histórica desnuda estas vicisitudes, donde ya despuntaba un estado de cosas, desde luego, condicionada a la distribución de las riquezas, al tiempo que sedimentaba una estratificación elitista. Desde esta perspectiva, estamos frente a un contexto en virtud del cual las pautas de socialización y de comportamientos son

¹⁹⁰ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 219.

impuestas por parte de una élite que muestra un elevado grado de cohesión, en términos de ambiciones personales, y que vía control del Estado es capaz de interpretar la realidad a su antojo, haciéndola una prolongación de sí mismos. El Estado fluye como el vínculo entre esta consideración de abundancia y libertad, ahora bien, la impronta de lo aristocrático señala este ideal, concediendo un valor complementario a las relaciones sociales, cuestión suficiente para ver reflejada una experiencia más satisfactoria que la de antaño.

De acuerdo a esta serie de cuestiones referentes a la oligarquía, y a su correspondencia con los procesos que operan en simultáneo a su alrededor, Luis Barros y Ximena Vergara mencionan:

Respecto a la hacienda:

“La racionalidad de la producción es tal que lo exime de asumir mayores responsabilidades de gestión empresarial. Su función no va más allá de la de usufructuario de cosechas conseguidas a través de una organización en la que no le cabe una presencia económica activa. De suerte que como hacendado logra para sí una situación de relativa ociosidad (...)

Es así como a la virtual ociosidad que le permite la hacienda, se añade su capacidad de usufructuar de parte de las riquezas generadas en el enclave. Nuevamente tiene la posibilidad de incrementar su peculio sin necesidad de una presencia económica activa”.¹⁹¹

En relación al enclave minero:

“(…) el enclave desincentiva a la oligarquía para asumir una función más activa en la producción económica. Al proveerla de una renta considerable, consagra su condición de clase ociosa, haciendo anacrónico el empuje empresarial y los hábitos de austeridad que caracterizan épocas anteriores”.¹⁹²

Sumando factores:

¹⁹¹ Luis Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 37 – 38.

¹⁹² Barros y Vergara, “*El Modo de Ser Aristocrático*”, 39.

“(…) el enclave salitrero es de constitución reciente. Si bien viene a reforzar la calidad de rentista de la oligarquía, altera esta condición al suministrarle una riqueza que la hacienda no pudo ni podría gestar. En otras palabras, a la situación tradicional de clase agraria ociosa, el enclave añade la condición de opulencia... He aquí una novedad: no se trata ya de una clase ociosa, pero modesta, sino que de una clase ociosa y afortunada”.¹⁹³

Dentro de este contexto, el aspecto más importante es el establecimiento del ocio como eje central de la oligarquía del novecientos. El desarrollo de esta situación se inicia a partir de la dependencia del mercado, fenómeno que interviene directamente en la trayectoria de las relaciones sociales; esto en un escenario local sin un mercado interno activo, que no asume ni declara una inclinación hacia el desarrollo de mecanismos de producción afín con los procesos que les rodean. Además, la acción del capital extranjero, que orienta un incesante flujo de recursos hacia el Estado, ante el cual la oligarquía sucumbe, inhibe metas inscritas hacia la innovación de técnicas de extracción y producción vinculadas a la industria minera.

En general, no hay circunstancias que permitan condiciones de productividad propias del mercado internacional. La economía de fin de siglo se encuentra ensimismada por una hacienda clausurada, que mantiene relaciones sociales de tipo tradicional, y por un enclave minero que entrega riqueza que la oligarquía retiene a través del Estado, dando paso a una situación donde simplemente se materializa la mentalidad de los sectores dominantes. En esta cúpula, se afianzan y reproducen relaciones sobre pautas repetitivas, generando en la oligarquía una suerte de inercia social¹⁹⁴ y también económica.

Con arreglo a lo anterior, se captan en un mejor sentido las implicaciones del contexto en la construcción de la oligarquía como clase ociosa. Pero no solo eso, la producción de significados alrededor de esta situación no hacen sino que acentuar la segregación, pero ahora entorno a otro espacio.

¹⁹³ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 38.

¹⁹⁴ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 41.

“(…) la oligarquía hacia el novecientos llegara a valorizar su situación de clase ociosa. El ocio se constituirá en un elemento para su propia identidad como clase, ocupando un lugar central en su mundo de significados (…)

La posibilidad de ocio y la obligación de trabajar definen quien es quien en la sociedad chilena del novecientos”.¹⁹⁵

“La oligarquía verá en la innecesidad de trabajar, propia de su situación social, una suerte de reflejo de su supuesta excelencia... Así, que la oligarquía disponga de tiempo libre, de tiempo no necesario de dedicar al trabajo, es prueba de su predestinación hacia algo superior”.¹⁹⁶

En citas como las expuestas, es donde es posible comprender la correspondencia entre el desarrollo de la sociedad como también el aglomerado que acepta y en seguida expone nuevas pautas de socialización y comportamiento. Contextualmente hablando, el proceso que atraviesa el Chile del 1900, hace viable este viraje cultural, que se corresponde simultáneamente con orientaciones que en suma confieren intencionalidad, a una conducta inoperante desde el punto de vista político y social.

En esta racionalidad el ocio no sólo es objetivado, sino que es elevado a la potestad exclusiva de la oligarquía. Bajo esta idea, este sector se halla sujeto a una actividad que recibe casi por derecho, contra otros estratos que normalmente luchan por la posibilidad de legitimar su existencia a través de un trabajo remunerado, que en este caso, es menospreciado.

Ello implica, que el tiempo libre y los recursos asociados a la gran minería trazan problemas de integración, por tanto, perfilan sectores sociales más diferenciados, relaciones sociales en diferentes niveles que dificultan la integración a un contexto con condiciones mucho más complejas.

De esta orientación, parece destacarse una nueva forma de valoración social, que se construye alrededor del ocio. La literatura respalda esta proposición,

¹⁹⁵ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 43.

¹⁹⁶ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 44.

destacando las características del hombre privilegiado, y la nueva actitud a la cual se encuentra adscrita:

“Max Blanco, nacido y educado en la capital, era un joven con todos los defectos de nuestro medio social llamado aristocrático. Titulado de bachiller y luego estudiante en la Universidad, sirviendo a la vez que estudiaba un empleo en uno de los ministerios, ni hizo bien sus estudios ni desempeño bien su empleo, ni llegó a graduarse de abogado como era el deseo de su padre, aunque fuera únicamente para obtener un título decorativo o por lo menos un certificado de recomendación para un empleo de gobierno, ni logró un ascenso que fuera una posición a su edad y carácter de joven bien nacido y de fortuna. Hubo al fin que dejar el empleo ministerial y después de perezosas tentativas para proseguir sus estudios de abogado, renunció al fin a todo trabajo estudiantil, quedando convertido en uno de los tantos jóvenes llenos de necesidades y apetitos y, lo que es peor, sin tener con qué satisfacerlos. Una de las tantas obras de nuestra educación con más tendencia de adorno que de utilidad; buena únicamente para formar excelentes camaradas, simpáticos vividores prontos al chiste, listo de goce, pero incapaces en el trabajo y desprovistos de las fuerzas y energías que dan el triunfo material y moral en la vida”.¹⁹⁷

En la descripción del protagonista efectuado por el autor, no podemos descuidar un hecho que habla por sí solo; el vicio insolente que exhibe por el ocio la clase alta. Junto a ello, una actitud que no se rige por los patrones asignados a través de la trascendencia social inherente a su pasado aristocrático. En cualquier caso, la lectura asociada a la persona de Max Blanco conduce a presenciar una élite plenamente desligada de alguna actividad productiva en particular, aparte de un incontrolable deseo de gozar de su tiempo libre y desprovisto de toda responsabilidad significativa, dados estos antecedentes, creemos que el denominador común es la incompetencia de la nueva generación, que además refuerza la típica y casi cliché escenificación de padres protectores deseosos de ampliar el horizonte cultural de sus hijos. Sin estos mecenas, tenemos individuos privados de alternativas donde cobijarse, y sin un respaldo para el desembolso económico descontrolado que provoca el desarrollo de costumbres de la vida fácil. En el fondo, esta situación no era cautelada en base al desarrollo de aptitudes que hiciera meritorio la llegada al poder en términos de roles e instituciones políticas específicas, estos organismos funcionaban más como agentes de

¹⁹⁷ Francisco Hederra Concha, *El Tapete Verde* (Talca, Editorial Universidad de Talca, 2004), 41.

movilidad dirigida, es decir, entorno al favoritismo, compadrazgo u nepotismo. Es indudable que el fenómeno tiene raíces más profundas, las que a juicio del autor y durante el análisis del joven protagonista, queda exhibida y hace referencia a la educación formal de los miembros de la élite. Hederra observa como son desaprovechadas las oportunidades que la educación brinda, basándose en el hecho de que las posibilidades de progreso de la sociedad pasan por la instrucción adecuada y responsable de los ciudadanos. Resulta entonces lógico y coherente reivindicar el rol de la educación para la formación de individuos que entreguen soluciones aceptables a los problemas y necesidades latentes en el seno de la sociedad. Ahora, el problema aparece cuando la clase llamada a emprender semejante tarea, exhibe una serie de valores que contrasta notoriamente con el afán relativo a salvaguardar el interés general de la población, es más, un sector que por lo demás frecuenta actitudes nocivas para la moralidad pública.

Con esto, la existencia ociosa de la élite, es censurable por Hederra no por el simple carácter abierto al consumo conspicuo, también lo es por la carencia de aptitudes hacia la vida útil, dado que los canales educativos en su mayor parte están orientados hacia la educación de la élite, para luego servir a intereses mayores, en cambio y de acuerdo a la apreciación del autor, hay un potencial desperdiciado en individuos (élite) que persiguen metas específicas sin perjuicio de lo que ocurra a su alrededor.

2.1.1 El consumo conspicuo y el buen tono.

La fisionomía de la élite en el fin de siglo, ofrece la posibilidad de comprender los principios que caracterizan su actividad, enfocada a gustos más sofisticados e ignorando su responsabilidad ideológica, que tradicionalmente se ha encargado de transmitir, apoyándose en un modelo de razonamiento inflexible, incapaz de aunar realidades disimiles.

Este enfoque que desvaloriza el trabajo, y que toma la conciencia y el consumo del ocio como centro de aprobación, rápidamente naturaliza un modo de ser afincado en el disfrute irrestricto del tiempo libre. El signo que inviste de superioridad a los sectores dominantes, en primera instancia, es el acceso al ocio, incorporando a ello el goce de ese tiempo libre; el hecho de manifestar esta característica, implica igualmente la presencia de un estrato inferior imitador que potencialmente alcanza la posición de clase ociosa, pero no necesariamente asegura la disposición de un tiempo libre para deleitarse; como sector dominado indudablemente está adscrito a obligaciones laborales que imposibilitan adherirse a dichas prácticas, al menos de momento.

Las condiciones sociales exhibidas encajan perfectamente con el desarrollo del buen tono como mecanismo de hacer ostensible la situación de la oligarquía, cualidad que por lo demás soporta los designios de clase superior. Como tipo humano privilegiado, perteneciente a esa gloriosa cofradía, ha de conservar una imagen ante el resto. Implica el cumplimiento de deberes asociados a su excelencia, y la adecuación a las particularidades preexistentes. Se encuentra en la obligación de desplegar una actitud que demuestre en todo momento, y de forma inequívoca, elegancia.

Finalmente el buen tono trata de:

“(...) una vasta gama de patrones de conducta cuyo denominador común es el estar regido por la moda, vale decir, por esa convención que define todo aquello que es tenido por elegante y refinado. De manera azas caprichosa y voluble, la moda erige usos y ademanes, lugares y cosas, formas de reunión y aficiones, en símbolos de suprema distinción”.¹⁹⁸

Asimismo:

“La moda instaure así una manera de consumir que prescinde del valor de uso, en otras palabras, de lo particular del objeto para la satisfacción de ciertas necesidades. Se omite la realidad del objeto en cuanto tal, reduciendo su

¹⁹⁸ Luis Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 49.

existencia a la mera calidad de designado por las convenciones del buen tono”.¹⁹⁹

El mensaje transmitido no expresa otra cosa que el papel, en extremo importante, que juega en los patrones de conducta de la oligarquía del novecientos, la moda. Ésta, implica la quintaescencia de lo sutil, concerniente a una lectura de los códigos que rigen la vida elegante.

Ahora bien, la diversidad de artículos que absorbe la oligarquía en su calidad de clase privilegiada, son igual de comunes que cualquier otro, pero la naturaleza de estos cambia, en cuanto son envueltos bajo las sublimes virtudes del buen tono. Un espejismo, un rayo divino, una transmutación del objeto, que lleva dentro de sí algo superior al mundo visible e igualmente brutal en el mundo de lo a que significados se refiere. Así pues, los bienes materiales adquiridos poseen carácter en la medida de como la clase dominante obra directamente sobre ellos.

El esfuerzo en consumir cantidades ingentes de objetos con propiedades atractivas, implica otra situación:

“El consumo prescrito por la moda debe efectuarse además de manera colectiva. Dado que el objeto a consumir interesa sólo como signo de distinción, el acto de consumirlo debe ser presenciado por otros. En la medida que este consumo prescinde de la utilidad del objeto en sí, cabe mal gozar de su apropiación en la intimidad... No se pretende pues poseer las cosas, sino cubrirse con ellas. Y este acto de unción cobra su sentido más pleno cuando logra desplegarse en público. La transmutación del sujeto en personaje a la moda es completa únicamente si cuenta con testigos y si su investidura con los signos del buen tono toma el cariz de un espectáculo. La moda es un mundo de apariencias, de exterioridades, construido para hacer visto”.²⁰⁰

Para entender el fenómeno completo, resulta indispensable atraer y cautivar las miradas. Tal pretensión sería absurda, sin la existencia de individuos dispuestos a elogiar e imitar los actos de una clase dominante entregada al consumo. De qué sirve la moda, sino para compararse, y mostrar cuanto hay en ella de injusto y trivial, con la

¹⁹⁹ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 49.

²⁰⁰ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 51.

única finalidad de dar testimonio de los límites, y la distancia social entre unos y otros. En cierto modo, el ceremonial del buen gusto implica la trascendencia por el efecto exterior y la admiración, convenciones sociales ambas, inundadas de gestos y lujos, simplemente derroche de vanidad. Si arropamos con un manto de realidad la lectura recién realizada, encontramos a nuestra disposición la siguiente escena:

“En Santiago no basta ser algo, ni hacer algo. Es menester divulgarlo. La indiscreción, o aviso de lo que hacemos, es indispensable. Es preciso demostrar las ideas y las posibilidades con actos de presencia. Mucha gente acude por eso al centro, para pasar lista, para demostrar cómo está, y probar que no han bajado los bonos personales. Nadie es nada si no lo prueba en la pista del centro. América sigue siendo objetiva. Hemos hablado de fiesta de ojos. Eso es el centro: la fiesta de lo más fuerte en el criollo: la mirada”.²⁰¹

Inicialmente, como debe ser estipulado, al igual como declara el extracto, acaparar las miradas advertía el reconocimiento y comentarios de gente que examinaba minuciosamente los cambios incorporados entre los miembros de la oligarquía. Vale la pena señalar que este desfile rápidamente devino en un ritual confinado a una minoría, en pos de exhibir artículos y el peculio de cada integrante en dicha competencia.

Un cierto impulso animaba la actividad en el centro de Santiago, una actividad encaminada a convertirse en lugar donde fluían los privilegios. El despliegue y paseo de moda frecuentado, obedecía claramente a cambios de hábitos, de una élite que comenzaba a exhibir tendencias de alto valor estético, contribuyendo a dar realce a las novedades del mercado.

Por cierto, mientras florecen las miradas, también se definen las críticas de los árbitros de la moda. La confrontación entre los individuos más prominentes representa el tema principal de esta nueva actitud, ya no se juega en el campo de la política o asuntos financieros, ahora está inclinada en la esfera de los gustos mundanos, procediendo a exhibirse en el espectáculo de los paseos públicos y respondiendo a la demanda de los ojos ajenos:

²⁰¹ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del centenario* (Santiago, Editorial Zig-zag, 1968), 79.

“¡La vida santiaguina! ¡Aquella aristocracia desdeñosa, altiva, impenetrable para los que no pertenecen a su círculo y no poseen la palabra cabalística que puede abrir las puertas de palacios y corazones!... Yo había conocido, de paso, algunos de sus representantes y quedábame suspenso ante aquellas gentes, por lo general hieráticas hasta dentro de la sencillez, que poseían un lenguaje propio, aun dentro de la ignorancia, y cuyos ceremoniales gestos y tono de voz creaban una especie de idioma francmasónico intraducible para el profano”.²⁰²

Existe, sin duda, un cierto lenguaje corporal, tanto descriptivo como referencial, que roba las miradas, produciendo éxtasis en los espectadores ajenos a estas actitudes. La conquista de aquella exquisitez y naturalidad, para expresar una acción tan fútil, impregna de buen tono hasta la forma en que las manos hacen a un lado el flequillo que cubre sus ojos. Esta unión perfecta entre valores pecuniarios y presteza a la hora poner en marcha una serie de modales, componen el inventario de cortesía que los más devotos deben seguir al pie de la letra. Los símbolos construidos para dar vida a esta imagen, permiten reunir individuos con similares características bajo estas convenciones.

En la práctica, los elementos de cohesión social, combinan un reglamento intrínseco apadrinado por sectores acaudalados. Esto demuestra, que de acuerdo al status social, se reservan ciertos espacios de entretenimiento, para un espectáculo excluyente, que comporta la consolidación de la posición social de las familias adineradas.

Un claro ejemplo de lo que hacemos alusión, recae en una experiencia especial reservada a las élites, cuyos rasgos culturales exhibían una dinámica ritual y edificada al margen de otras realidades, hablamos de la primera salida a sociedad, o la iniciación en la vida elegante. Era un acontecimiento que contaba por actividad aferrada a través de los años en la vida social de la élite. El ceremonial ante un público masivo recalca la preocupación por todo aquello que implique hábitos de connotación ritualista y atestigua ese momento donde se consagra la apertura a un mundo donde se forja la propia identidad de clase. Esta actitud tenía un marcado sesgo social, ya que solo

²⁰² Manuel Vicuña, *La belle époque chilena, Alta sociedad y mujeres de élite* (Santiago, Catalonia, 2010), 38.

accedían determinados individuos, haciendo de este paso, otro constructo de validación social de las familias patricias. La tarea de poner constancia el paso a la adultez de jóvenes aristócratas, institucionaliza una tradición que demanda la representación de la imagen hegemónica del hombre, construida con la tarea de demostrar las cualidades y el desplante de futuros miembros de la clase ilustrada. Este celebre episodio de la vida aristocrática es expuesto en las vivencias de Eduardo Balmaceda:

“La postura del primer frac impresionaba grandemente y los preparativos para el debut nos preocupaba muchos días. Y no sólo era la parte material de estos nuevos atuendos lo que nos llenaba de emoción; nos parecía, y era real que desde la primera vez que los llevábamos cambiaba nuestra vida, nos hacía sentir su peso y una responsabilidad antes imperceptibles; salíamos de hecho de la férula paternal y con ello adquiríamos la independencia necesaria para orientarnos, en adelante, por sí solos. Es por estos que el estreno del primer frac era inquietante; desde ese momento había un signo interrogante en el futuro de nuestras jóvenes existencias”.²⁰³

Podemos adentrarnos todavía más en las costumbres del mundo aristocrático, esto en circunstancias donde la figuración social despunta a fin de volverse condición necesaria y decidora para alcanzar los confines de este ambiente. En esta idea, es Alone, quien pudo asomarse a estas suntuosas y herméticas reuniones, experimentando unas muy particulares situaciones:

“Cada vez que paso por la calle Agustinas esquina de San Martín vuelve a levantarse en ese sitio la mansión de don José Florencio Valdés Cuevas y penetro en ella una noche de baile. Llovía. Me doblé hasta el tobillo los pantalones del frac, para no mojarlos y, dejando abajo el paraguas, el impermeable, las zapatillas de goma, subí una corta escalera de mármol. Tras el saludo ritual a los dueños de casa, un señor se me acercó muy grave para advertirme que me desdoblara la bastilla de los pantalones, que ya no era necesario precaverse contra la lluvia”.²⁰⁴

Y en seguida añade:

²⁰³ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un Mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello 1969), 141.

²⁰⁴ Alone, *Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 123.

“Detalles fútiles suelen operar como fijadores de la memoria, ese desconocido laboratorio, un mínimo episodio en la casa de la señora Pelagia Errázuriz de Aldunate, otra residencia que también ha desaparecido, aunque no su imagen en mi recuerdo ni la especie de vértigo que sentí cuando, después de saludar en un salón a la dueña de casa, viendo momentos después en otro, sentada con unas amigas, a una señora que me pareció simpática, pensando aún que me miraba, como si no le fuera desconocido, en el aturdimiento de aquellas estancias llenas de gentes, me acerqué a saludarla y al estrechar su mano, que me tendió con una sonrisa, reconocí, no sin deseos de que se abriera la tierra, a la misma dueña de casa que acababa de saludar. Reconociéndome sin aptitudes para la vida mundana, recuerdo haberme formado el propósito de renunciar a ella”.²⁰⁵

Es en estas circunstancias, donde se intenta fingir pertenecer a un lugar, descubrir que en realidad existen siglos de convenciones transcurridos entre nuestro invitado y sus anfitriones, tanto en apariencias como en las estéticamente refinadas costumbres conquistadas por la élite de la época. A estas alturas ya debemos entender estas vivencias más allá de las normas del buen tono, pues lo que hay en su base es una lectura de la función social de estos usos, representaciones ideológicas de quienes construyen y proyectan las ya históricas relaciones sociales y las consecuencias de este difundido estereotipo cultural.

La aproximación de Alone a este círculo aclara también el problema de ciertas diferencias, en relación a la naturalidad de cualquier acción, la moda y los códigos inherentes a la identidad aristocrática, entre otros. Alone no exagera cuando afirma ejercer un distanciamiento de la vida mundana, el texto es bastante expresivo al respecto, aparte de las manifestaciones exteriores observadas, surge luego a modo de suspiros y susurros la sensación de estar a la deriva, y preso en una personalidad hipertrofiada, que avanza deformando la espontaneidad de ciertas actitudes. Esto sugiere que al penetrar en esa rutina, brotó de inmediato un desfase, entre los principios que conformaron sus costumbres, y la tendencia fundada en la experiencia colectiva, dicho proceso influyó en la ejecución imperfecta de las formas culturales preestablecidas, mientras simultáneamente fue afirmándose un carácter

²⁰⁵ Alone, “*Pretérito Imperfecto <memorias>*”, 123 -124.

constitutivamente descentrado, con hábitos inadecuados para quienes pretenden ingresar en tal contexto, que vuelve ilegítima su desorientada exposición.

Habiendo dicho esto, existían, además de las mencionadas, otras costumbres relacionadas a los salones que favorecen la representación de un mundo gobernado por estrictos esquemas de sociabilidad. Destacan momentos que ilustran el cauce de la experiencia cotidiana, en concreto, el arte para circular en el ambiente del novecientos, donde los códigos y rituales capturados no obedecen tanto al talento sino a los momentos, a saber, acciones que deben marchar con un tempo ceñido a las dinámicas dispuestas por los asistentes, por ejemplo, el sonido del piano ejecutado por las damas para señalar el ingreso de los varones al salón. La atención a esos destellos de sofisticación, se erigen como norma de conducta en los espacios aristocráticos y, por supuesto, a la vista de sus protagonistas, en episodios que generaban un clima de alta expectación, pues adscribían a la imperiosa necesidad de satisfacer las aprensiones de un imaginario ampliamente difundido:

“Y existía un rito para visitar y para recibir. Apenas pasada la hora de la comida, que era de seis a siete y media, tocando la oración, digamos, sonaba la campanilla y las personas de la casa, ya prevenidas y servidas de prisa y corriendo para alcanzar a “arreglarse”, eran sorprendidas siempre en mitad de sus “composturas”; alguno, más diligente y menos prolijo, daba cara por los demás y salía el primero al salón donde habían sido introducido ya los visitantes y donde, entre sí, cambiaban impresiones en voz baja, o se “arrelingaban” unos a otros (...).

Una a una iban haciendo su teatral entrada las niñas, la señora y hasta los niños de casa. Y cada vez se ponían en pie los de afuera y cambiábanse presentaciones; besos y cumplidos, con mil ceremoniosidades antes de volver a sosegarse (...) y con un complicadísimo protocolo para los asientos, según fuera la edad y el rango y el sexo de cada cual....

Si había caballeros, lo cual no era usual, íbanse a su vez, a fumar al escritorio, a echar sus tragos de fuerte, hablar de política o contar chascarros sólo para hombres. Hasta que del salón venían las cadencias del piano y entonces, sin necesidad de ser llamados, todos se

presentaban al cuartel general y hacían acto de presencia, volviendo las hojas de la música y aplaudiendo a rabiar”.²⁰⁶

Los bailes en sociedad también apercibían una lógica ritualista, de etiqueta y buen tono, aspectos en especial atrayentes una vez acabada la ceremonia, de hecho, el momento de término pone en circulación el espectáculo estético de personas y cosas, con muchachos y chicas divinamente vestidas que pasean por el salón, bajo el fuego de las miradas inquisitoriales de las mamás²⁰⁷, luego, entrada la noche, se abrían de par en par las puertas del comedor, al cual entraban primero las mamás, en seguida las parejas jóvenes, y por último los hombres solos que se sentaban a la tercera mesa recubierta de platería y manteles bordados²⁰⁸. Acto aparte, a lo largo del salón ostentaban las utilerías más finas, acompañado de una espléndida cena con toda especie de manjares: pavo, gelatinas, espárragos, jugo de carne en tazas, frutas tropicales, vinos y champaña en abundancia²⁰⁹.

Desde luego, las exquisitas formas acusaban un refinamiento suscitado por los activos viajes efectuados al viejo mundo, poniendo en marcha iniciativas percibidas como innatas, cuando en realidad era un relieve, sin carácter, y mucha habladuría, cuentos y recuerdos que los señores repetían a media voz, para darse tono de hombres corridos²¹⁰. Al mismo tiempo, el papel de las madres, haciendo a un lado la permanente atención brindada para con sus hijas, tenía mucha relación con los elementos accesorios, por ende, contemplaban atentamente el baile de sus hijas y de los acompañantes, estudiaban y comparaban los trajes de los grandes modistos parisienses, para comentarlos más tarde en las veladas caseras.²¹¹

A pesar de las posibles dificultades de articulación que puedan suceder con nuestro planteo anterior, Alone a través de una figura ya conocida intenta situar una

²⁰⁶ Augusto D’Halmar, *Recuerdos Olvidados* (Santiago, Ed. Nascimento, 1975), 133 – 134 - 135.

²⁰⁷ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 569.

²⁰⁸ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 569.

²⁰⁹ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 569 - 570.

²¹⁰ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 570

²¹¹ Orrego Luco, “*Memorias del Tiempo Viejo*”, 570.

perspectiva que asuma el valor de la experiencia en términos de pautas de sociabilidad:

“Joaquin Edwards ha especulado mucho, ingeniosamente, sobre el problema, que es complicado: la política, la literatura y la religión intervienen, junto con los negocios y las finanzas, formando una red que exige un verdadero tacto psicológico para desenredarla. En el fondo, como ley general, lo que aparta allí los campos es un sentido de la medida, cierto equilibrio, matices y reglas de procedimiento que van desde la actitud ante el dolor, no demasiado expresiva, nunca dramática o teatral, hasta el modo de vestir y el estilo de saludar. Contando el suicidio de una pobre joven abandonada por su amor, he escuchado con mis oídos esta frase:

-Claro, la siútica, lo primero, tomar veneno”²¹².

En efecto, el panorama arriba sugerido devela la intrincada infraestructura que debe ser construida para llevar a cabo adecuadamente prácticas ya cargadas de significación en el sentido aristocrático. Por lo tanto, las posibilidades de realización variaran de acuerdo al nivel de los recursos económicos, organizativos (políticos, religiosos) y educativos, para luego condicionar el desenvolviendo efectivo de este particular modo de ser, convirtiéndose en unos patrones de conducta que definen y vinculan a esta minoría altamente posicionada. Ciertamente a partir de estas afinidades, las formas sociales de los sectores de alcurnia poseen la capacidad de transformación de un modo flexible y/o coercitivo, o sea, las élites alzan una situación por si misma atractiva, en la cual destina buena parte de sus esfuerzos a proyectar una imagen de supremacía entre sus semejantes para luego recibir la admiración del resto, es flexible porque entrega la posibilidad de actuar por mera diversión, pero es coercitivo en la medida que esta anudada por un núcleo en común, la validación cultural. Estas actitudes entonces dan lugar a la actividad mundana, por consiguiente, la figuración resulta en una de las exigencias para circular socialmente, cabe entonces señalar que actuar de determinada manera fija el lugar de las personas en los clanes de la época.

La enunciación de esa necesidad de trascender por medio de maneras refinadas, producen este carácter mesurado, por no decir, impasible ante los

²¹² Alone, *Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 118 – 119.

fenómenos de formas, colores y sonidos desplegado ante sus ojos. Sin duda es una disciplina de acción que compromete gran parte de su ser, tomando conciencia que el fin último pasa por mantener las apariencias y abstraerse de las experiencias de quien pueda considerarse inferior. Es decir, el buen tono, en este caso remite a un sentimiento de superioridad presidido por unos ya depurados modales.

En vista del retrato de Alone, para entender las características asociadas al buen tono, resulta necesario decir, que el comportamiento propio asociado a este, genera un par de derivación a asumir:

“En primer lugar, y desde el punto de vista de la mentalidad de sus protagonistas, el buen tono propende a una actitud marcadamente pasiva....

En segundo lugar, y esta vez desde el punto de vista de las relaciones sociales, el buen tono no sólo discrimina a los sectores populares, sino que los hace prácticamente desaparecer”.²¹³

Según parece, el valor real del buen tono, reside en su habilidad de mantener inalterables códigos de conducta fijados desde la moda, necesaria para llevar a cabo la práctica concreta alrededor de objetos con los cuales se cubren y adornan los individuos señalados (valor simbólico).

La especificidad de la práctica del buen tono tiene su propio centro, donde es reducida a un acto pasivo que no requiere de mediaciones, sino la subordinación a un conjunto de estímulos y estilos de los cuales apropiarse. La cualidad de ritual mundano posiciona al buen tono bajo una fórmula en términos de inercia y sometimiento, que delega sus posibilidades a las condiciones impuestas desde la experiencia europea; podemos discernir este primer punto en la reflexión y comentarios de Alejandro Vengas:

“Han contribuido grandemente al encarecimiento de la vida los magnates con sus prodigalidades, como que a ellos no les cuesta ganar el dinero. Su ejemplo ha arrastrado a todos los que quieren pasar por personas de importancia, y así es como han llegado a ser afrentosas la moderación, la frugalidad y la modestia.

²¹³ Luis Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 58.

Es de buen tono no regatear en los almacenes y aun no preguntar el precio; en el café o en la pastelería no debe pedirse explicación de la cuenta, hay que pagar callado, aunque el zarramplín del mozo haya pedido el doble; si en el hotel o en el restaurante, desde la primera vez no se piden vinos de los mejores, platos extraordinarios y no se le da al sirviente una propina que iguale a la mitad del gasto, es mejor no volver a presentarse por ahí, porque se le servirá a destiempo, de lo peor y se le hará pagar muy caro...

Una vez, viajando por el ferrocarril central, llamé a un muchacho que ofrecía refrescos, tomé una botella de kola y le pregunté el precio a pagarle “sesenta centavos me respondió, pero los caballeros pagan con un billete de a peso y no piden vuelto”. Por cierto que no quise ser caballero, escandalizado de ver cómo aquel granuja explotaba la tontería caballeresca, haciéndose pagar un peso por lo que a él le costaba diez centavos”.²¹⁴

Visto a la distancia, la cultura de élite tendió a centrarse en torno a ciertas conductas, que reemplazaron a antiguas actitudes patronales. La voz de la fuente, detalla unas situaciones que esfuma la frontera entre lo propio y lo ajeno, con actividades que aparecen teñidas de connotaciones mundanas, la valorización del derroche y del consumo conspicuo ofrece mayores posibilidades de desenvolvimiento, para tales efecto, la solvencia en ciertos ademanes asegura un lugar en el imaginario social de la época.

A despecho del tono con que avienen las prácticas sociales, Venegas está limitado por el carácter contingente, no natural, de las conductas y atributos creados por la cultura moderna, al menos las acogidas entre los sectores de mayor jerarquía. A fin de cuentas, el cultivo de una sociabilidad sofisticada, propone ritos y normas esgrimidas para transitar de un tipo de sociedad a otro, sin embargo, no todos compartieron sus premisas, extrañados percibieron que la sociedad señorial entraba en franco declive.

Venegas con esto, nos muestra algunas de las llamativas escenas que ya empiezan a reconocerse en círculos cada vez más extensos, circunstancias que demandaban una preparación especial, independientemente de su contenido específico y de la posición social de las personas que circulan en los alrededores, y es que al poco

²¹⁴ Alejandro Venegas (Dr. Valdés Canje), *Sinceridad Chile Íntimo en 1910* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ PUC/Cámara Chilena de la Construcción, 2009), 32.

andar, las nuevas formas rompían inadvertidamente una sociedad herméticamente sellada, como era la chilena, de ahí el desconcierto de un hombre que percibe las divisiones e ironías de la vida moderna, al menos, las sombras que surgen y se colocan en el centro de la escena social.

El segundo punto, ilustra una de las consecuencias cardinales y premisa del bueno tono. La necesidad de un complemento, que permita formas de experiencias antagónicas, encaminadas a asegurar la hegemonía de la oligarquía. De tal manera, la oligarquía genera a través de su disposición al ocio y capacidad de consumir, relaciones sociales basadas en su condición de clase superior. Para tal afirmación decir que:

“(…) pareciera ser que el consumo conspicuo, por hábito considerado como un tema meramente anecdótico, en su momento interpretó un importante papel político: resaltando en forma simbólica la diferencia de rango existente entre los detentadores del poder y los desposeídos, añadió otra dimensión a la supremacía de la elite”.²¹⁵

Cierto, la acumulación de riqueza vino a reforzar su identidad de clase superior, mientras inmoviliza al mundo con menor capital cultural. El consumo conspicuo, es el principio que mueve a la élite nacional, tensionando el transitar de la sociedad en general, en definitiva, discrimina en términos de logros materiales:

“Un amigo mío, muy espiritual, decía que los grandes deseos de los padres de familia santiaguinos consistían: primero, en tener casa de dos piso con frente estucado; segundo, palco en el Teatro Municipal y abono en la Ópera; y tercero, un coche arrastrado por caballos enormes para pasear a sus hijas por el parque en los días de moda. Daban un gran baile para casar a sus hijas y cuando esto conseguían se presentaban en quiebra”.²¹⁶

La singularidad de la vida aristocrática es condensada en las líneas precedentes; donde consumir y exhibir objetos de características socialmente valoradas constituye

²¹⁵ Manuel Vicuña, *La belle époque chilena, Alta sociedad y mujeres de élite* (Santiago, Catalonia, 2010), 36.

²¹⁶ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Editorial Universidad de Chile, 1984), 86.

un elemento central en el mundo del novecientos, aunque el ejercicio de vanagloriarse era una representación ciertamente peligrosa, por una parte, la vocación de hacer alarde de lujo y derroche, era una práctica que afectaba considerablemente las finanzas de quienes disfrutaban de estos ritos, por otra, dicho despliegue era meramente circunstancial, un momento que sin duda podía arruinar el futuro de muchas encumbradas familias. Un instante de privilegios y reconocimiento, apunta rápidamente a una vida de escases, el ciclo de la vida natural cambiaba por un ciclo de vida material, y es que la búsqueda de exclusividad y connotación social estaba imbuida de objetivos particulares, por ejemplo, emparejar a sus hijas para dar por finalizado el rol de padres, no obstante, en sí misma tal dispendiosa actividad, tornase en un elemento decisivo para alcanzar la ansiada legitimación social.

En realidad esta actitud de adaptación a formas externas fomentó considerablemente la desvalorización del trabajo, al impacto de las nuevas modalidades culturales le siguieron problemáticas asociadas a la anulación de estratos sociales inferiores, instancia que también aclara la situación y condiciones adversas que supone el trabajo remunerado. Por lo tanto, la identidad de clase se forja en la vida diaria, en la disposición de tiempo libre y los atributos que supone eximirse de la actividad económica; ambos signos legitiman la posición de la oligarquía, y su destino de encumbrarse por sobre el resto de la población.

El asentamiento de nuevas actitudes, inculca un comportamiento impuesto desde el exterior, y el buen tono se inclina ante formas modernas de interacción social y consumo, el buen tono nacional se inspira en los gustos de la aristocracia europea e importa del viejo continente todos los elementos de la utilería mundana.²¹⁷

El ambiente recargado de rasgos elegantísimos, ofrece instancias que nos invitan a captar un espectáculo contenido, hecho a la medida y equilibrado, que desgraciadamente coartaba comportamientos naturales. Curioso de verlo, pero, no era de buen gusto ni andar con discreta desenvoltura, ni hablar corrientemente, ni sentarse con comodidad. Comer con buen apetito habría sido todavía más grave; se

²¹⁷ Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 52.

miraban y se probaban apenas los bocados²¹⁸, esto ejecutaban las señoritas solteras, además de unos cuantos trucos para dar cierta impresión de belleza, que obedecía a los parámetros impuestos desde Europa, a fuerza que habían niñas conocidas que tomaban vinagre para empalidecer y adelgazarse²¹⁹.

Al margen de las complicaciones femeninas, la desenvoltura masculina también se acomodaba a las condiciones de existencia, según lo referido por Ramón Subercaseaux, los caballeros evidenciaban en sus vestimentas, aquella devoción material, ostentosa y mecánica tan presente en los ademanes y delicadeza femenina. Se habla de un tono lo suficientemente autoritario como para que asuma considerable importancia, pues los jóvenes de posición inspiraron unas modas que comenzaban a conquistar a entusiastas partidarios, todos bajo el empaque fabricado por el alfayate Mr. Caut, en cuyas manos estuvieron los hombres más prominentes de París. Dadas estas condiciones, no era difícil ver a hombres arropados con similares prendas, y estilos que rompen el marco en que se acostumbra a encerrarlos:

“El calzado era de botas que subían bajo el pantalón; las corbatas eran muy grandes y se ponían formando un gran bulto de seda, prendido con una alhaja bajo el cuello. Había elegantes que escogían colores de los más vistosos para la corbata. Los chalecos eran de fantasía, con grandes rayas, cuadros, estrellas o lunares de color.

Se usaba el pelo largo y ondeado y se llevaba así la mitad de la oreja cubierta. Cuando me llevaban a la peluquería para que me cortaran el pelo, veía siempre tres o cuatro caballeros muy serios, envueltos en lienzo blanco, apelotonados sobre un sillón antes un espejo, y dejándose hacer rizos con un fierro caliente.

Los que descollaban entre los buenos mozos y elegantes eran naturalmente, los que volvían de Europa y principalmente de París. También solían burlarse de ellos o de sus trajes que sacaban con la arruga y doblez del baúl”.²²⁰

Por de pronto, el despliegue ostentoso comenzaba a desplazar las adustas costumbres del pasado, posibilitando nuevas pautas de comportamientos, relativamente transformadoras, para una estructura hasta cierto punto inmutable:

²¹⁸ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 85 – 86.

²¹⁹ Subercaseaux, “*Memorias de ochenta años*”, 85.

²²⁰ Subercaseaux, “*Memorias de ochenta años*”, 86.

“Porque no sólo la transformación de la ciudad y el socorro diario de la política daban tema; sino que se ofrecían a la discreta consideración de la gente bien informada no poco asuntillos escabrosos y negociados incorrectos. Amoríos de un género nuevo en Santiago y especulaciones poco honestas o por lo menos fuera de la órbita conocida como lícita, andaban por ahí todos los días produciéndose, o dándose las apariencias de producirse por primera vez. Pero también la experiencia me ha hecho ver más tarde la mala inclinación de juzgar las cosas por su peor lado que todos tenemos; y quiero atribuir a ella, en gran parte, el caudal de suposiciones o de hechos admitidos de aquellos años, sin desconocer por eso que el sacudón de novedades y lujos trajo los ánimos a una cierta excitación, removedora de la antigua serenidad del chileno.

Que el placer y la fortuna fueron un aliciente más fuerte desde entonces, es innegable”.²²¹

En efecto, el afán por la ostentación, determino el establecimiento de nuevas costumbres dentro del esquema cotidiano, aconteciendo una disputa en cuanto al abandono de convenciones sujetas a exigencias tradicionales. El avance e integración a los ideales de la cultura dominante, consigno un desvarío, un relajo que sepulto la internalización de las cosas verdaderamente importantes, se pensaba más en los artilugios cosméticos de la apariencia, como en la divulgación de algún pormenor de la vida privada. Cayeron en la trampa de relegar responsabilidades sociales, con tal de imitar la flagrante frivolidad del gran mundo, de ese modo, las exigencias de la época implicaron un giro en el escenario de la autoafirmación social, al final el carácter avasallador de las transformaciones culturales ligadas a la estimulación mundana habilita, al menos en términos ideales, la disipación de la conciencia moral tradicional.

La inclinación a estas tendencias, al igual que el culto al lujo, supuso la reprobación de algunas autoridades que, no tardaron en señalar la inaudita atención prestada al consumo de bienes mundano y, más aun, reconocer que eran patrones financiados por rangos superiores de la sociedad chilena:

“Corría el año 1889 y cavaban de llegar a Santiago los magníficos coches de Gobierno encargados por el Presidente Balmaceda a la casa de Million Guet de París. Tan extraordinario fueron por aquel tiempo estos carruajes, que la casa constructora los exhibió en el Gran Palais y nuestro Ministro en Francia don Carlos Antúnez invitó a la exhibición al Cuerpo Diplomático y al “tout Paris”.

²²¹ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 241 – 242.

Pedrito, enamorado de todo lo francés, había insistido en su padre para este encargo y los diseños habían sido aprobados por don José Exequiel Balmaceda, hermano del Presidente, a la sazón nuestro Ministro ante la Santa Sede”.²²²

En esta aproximación testimonial de Balmaceda Valdés, podemos reconocer en términos de crítica, un tono algo burlesco, algo no menor en un lugar donde el interés por el caudal de contenido europeo comenzaba a adquirir un peso especial. Y en efecto, tenemos como resultado de ello, la situación descrita, donde la figura Pedro Balmaceda, reconocido actor social y uno de los gestores del modernismo en América Latina, es presentado como un joven berrinchudo, con un padre que accede a desembolsar considerables sumas de dinero a despecho de las conveniencias del país, con tal de brindar a su hijo, bienes procedentes desde París.

Más allá de la ya sabida conexión de Pedro Balmaceda con las cuestiones del mundo francés, nuestras consideraciones van dirigidas sobre el tipo de tendencias y discursos que se van instalando en el territorio, y al hecho de que la sociedad chilena afirma como referente cultural a Francia. Ahora bien, la evocación descrita eleva las querellas por la lógica del deseo material, que en nuestro caso, suele forjar instancias de una convivencia determinada, haciendo de la supuesta holgura económica y más precisamente del despilfarro una particular forma de vida. La referencia entonces, supone una alarma ante la posible existencia de un cambio, un viraje vinculado principalmente a la elevada cuota de influencia de la capital del mundo moderno, ciertamente este carácter queda ejemplificado en la satisfacción de los caprichos del hijo del presidente.

Claro que el sentimiento de Pedro Balmaceda es uno entre muchos, y de cualquier manera, el escenario urbano capitalino prontamente fue cubriéndose de un manto parisino, tanto en estilo de vida, como en el agitado comercio que comenzaba a atender estas nuevas necesidades:

²²² Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andres Bello, 1969), 28.

“El comercio santiaguino en tiempos de mi primera niñez era reducido y selecto. Los elegantes niños pequeños eran vestidos con preferencia en la tienda de Mne. Garnier (la Garnier); ella importaba unos famosos sombreros de anchas alas en fieltro muy peludo y finísimo, en tonos gris y crema, con que muchos estamos retratados; también eran famosos los zapatitos que traía esa misma tienda, de charol con elástico de seda y unos primorosos botoncitos de nácar.... Luego, de colegiales, nos vestían generalmente en la Casa Francesa, donde nos atendían dos caballerosos vendedores: el señor Aguilera y el señor Middleton. El traje más usual era el de marinero; también había una casa especialista en esta ropa, en el Pasaje Matte, llamada MacMannus. En este estilo el “dominguero” era muy completo, con el negro pañuelo de seda que los marineros llevan en homenaje a Nelson y un pito colgado de un lindo cordón trenzado en hilo blanco. Esa moda era simpática, varonil y elegante; la Casa Francesa nos vestías, por lo general, hasta que salíamos del colegio, en que exigíamos un ropero de buena sastrería....

La Casa Para era la tienda más suntuosa y de mejor calidad; todo era allí de primera clase; las exigencias femeninas hallaban en ella la última palabra del refinamiento parisiense...

“Las Novedades Parisienses” era también una tienda de selección, muy frecuentada por la aristocracia y donde Monsieur Levesque nos daba de “llapa” unos lápices largos como un bastón, por los que nos pirrábamos los colegiales.

“Coudeu y Camallez” en la calle de Ahumada, era la más lujosa talabartería de la ciudad. En un lindísimo caballos de madera lucía, en medio de la tienda, los más ricos y elegantes arneses, sillas de montar, etc....

El almacén de Depassier era también otra talabartería de lujo e importador de maquinarias agrícolas....

La Casa Muzard, fundada en 1848, ostentaba su elegante y extensa instalación y su magnífica y variada mercadería...

Las sastrerías de Pinaud y Bouzigue vestían, por lo general, a los elegantes que no recibían sus trajes de Pool o de Debacker, y Carlos Jardell en su peluquerías, perfumaba a los más exigente de los santiaguinos con los productos de Coty, de Guerlain, de Roger et Gallet, de Atkinson, etc. En resumen, lo más selecto del comercio santiaguino era francés (...).²²³

En resumen, estamos frente a un comercio capitalino que está totalmente bajo los dictámenes de la moda que impone París, una suerte de réplica en un tono menor de la gran ciudad europea, por cierto, edificar esta realidad tiene un sustrato importante, dedicarse al arrebató de la elegancia para concretar aspiraciones y

²²³ Eduardo Balmaceda Valdés, “Un mundo que se fue...”, 99 – 102.

necesidades, dinámica que toma prestado todo lo que tiene de exterior en sus distintos niveles el mundo moderno.

La instalación y funcionamiento de estas tiendas está inscrita en la capacidad expresiva de las vestimentas, donde el valor humano es directamente proporcional, ni más ni menos, al valor de las prendas del mercado, como a su demanda. El origen de esta predisposición es, paradójicamente, la connotación social atribuible al culto de las novedades, de allí que buena parte de la oligarquía quiera garantizar la obtención de nuevos productos, todo sea, para ingresar en los circuitos del buen tono Santiaguino. A su vez esto significa, que los chilenos inhabilitados para permitirse un desplazamiento al viejo continente, las tiendas mencionadas son el vínculo directo con las últimas tendencias de la moda, encarnando en último término la única conexión con Francia.

En profunda nostalgia, Balmaceda menciona que los infantes son arropados de acuerdo a patrones franceses, abastecerlos con este disfraz de marinero significa cumplir con el cometido de muchas de las familias acaudaladas, asumir plenamente los valores y costumbres tenidas por ejemplares. En consideración de lo anterior, los niños desde pequeños reciben y deben ejecutar los dictámenes previstos a partir de los modelos parisinos, que además de demostrar el cambio en las apariencias y en los estilos de vida, arraiga en los chilenos los contenidos esenciales a tener en cuenta, la legitimidad y prestigio descansa en reclamar para sí productos estéticos en este nutrido y aparatoso comercio.

Cuando se trataba de utilería mundana, sin lugar a dudas, eran las mujeres quienes tendieron a liderar todos aquellos manejos. En nuestro asunto, las costumbres sociales, en lo que respecta a la estética material causaba honda impresión en señoras y señoritas, quizás las más enamoradas de las distintas prendas que aprecian en algún escaparate francés. Tal inclinación, anima con toda seriedad a damas de alta posición social, tomaba pues, el mayor interés, incluso en aquellas que aún no se ponían bajo los umbrales y descargas de la moda parisina, así fue el caso de la esposa de Julio Subercaseaux, Marta, quien dubitativa a realizar un viaje de recién casados a Francia recibió un baúl en que venían dos preciosos modelos de "Rouff", uno azul y otro lacre,

aparte de una serie de fruslerías de esas que se llaman "articles de París". Aquel presente fue decisivo. Marta ya no pensó nada más que en París²²⁴. En similar situación, estaba Anita, cónyuge de Francisco Undurraga, que en un viaje realizado con fines eminentemente médicos, al transcurrir los días ya era otra mujer, sin dolencias, molestias al corazón, cansancios, etc., pero le vino otra enfermedad peor, la enfermedad de las tiendas, tan tentadoras en París²²⁵.

El gusto tan marcado por los elementos accesorios, naturalmente creó una sabiduría en torno a ella, hasta el punto de apreciar el valor de las cosas simplemente en su etapa inicial, como estreno o última moda, era esta la pauta seguida por Iris, ignorar la aflicción producida por poseer atuendos durante los lanzamientos, antes bien, solo la ilusión de conservarlos era suficiente para rápidamente perder interés:

"¡Qué salvación para las gentes irresolutas como yo! Después, en la casa, me pruebo las cosas, me hago la ilusión que son mías, las conservo un mes y después, cuando he perdido la novedad, las devuelvo, sin usarlas por cierto. Porque para perder lo que yo llamo la novedad, no se necesita usar los objetos, basta poseerlos. Así es el corazón humano".²²⁶

Desde este punto de vista, los acontecimientos que conducen a los diferentes procesos de cambio que afectan las relaciones sociales del país (el buen tono), tienen una influencia marcadamente europea. El condicionamiento material que se asienta en el territorio, implica necesariamente un esfuerzo por mantener un estilo de vida unido a las disposiciones internacionales. Los estímulos exteriores son replicados, cambiando la naturaleza interna de la oligarquía, especialmente sus costumbres:

"Los vínculos de todo orden desarrollados con Francia y la reducida pero influyente colonia francesa establecida en el país, dejaron su sello distintivo en la cultura de la élite chilena. Durante la mayor parte del siglo XIX, la versión criolla del Grand Tour ayudó a colocar a París en un supremo sitio de honor en la percepción de la élite nacional. A sus ojos, la capital francesa, encarnación

²²⁴ Julio Subercaseaux, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 217.

²²⁵ Francisco R. Undurraga V, *Recuerdos de 80 años (1855 – 1943)* (Santiago, Imprenta El Imparcial, 1943), 88.

²²⁶ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición s.a, 2005), 48 – 49.

cabal de la metrópolis moderna, hacia a un tiempo las veces de centro histórico y vanguardia de la civilización occidental; en París se daban cita su pasado, su presente y su futuro en ciernes”.²²⁷

Las connotaciones sociales atribuidas a lo francés, supusieron la estructuración de las élites dominantes bajo este nuevo signo de superioridad. Aspecto que marca el ritmo, y alimenta la dinámica del progreso en términos europeos. Vemos pues, cuán importante resulta la figura de París en el desarrollo futuro de sus condiciones vida, y la relación con sus semejantes. La élite nacional, absorbe el ideal de progreso parisino y adopta de forma no tan fluida ni original una personalidad que logra acomodarse a los moldes de la sociedad moderna:

“Para la oligarquía chilena, de hecho, las modas francesas e inglesas, y en general los estilos de vida privativos de las clases más encumbradas del Viejo Mundo, representaron las expresiones más legítimas de la civilización moderna. A semejanza de tantos latinoamericanos de la época, los miembros de la oligarquía intentaron asimilar a cabalidad esta cultura a un tiempo aristocrática y burguesa, de raigambre generalmente parisina. Mediante el expediente de la imitación buscaban parecerse a sus modelos, a la par que convertirse en otros sujetos. Dicho sucintamente: vivir como otros para ser, en definitiva, otro”.²²⁸

A la vista, surge un tipo extraño, con otros objetivos y motivaciones que guían sus formas de vida. El ambiente burgués europeo inspira la adhesión a maneras elegantes, con la pretensión de construir una realidad social que abandona viejos modelos, y que admite la preeminencia de un modo de vida alternativo. La dialéctica entre continuidad y cambio se da dentro de un mundo oligárquico plagado de contradicciones, pero la principal está a nivel de conciencia, entre valores y creencias que establecen un límite entre el hombre que se desea ser, y el hombre que realmente se es. Es evidente, desde luego, que muchas de estas variaciones tuvieron un lugar central entre las familias patricias, aún más, abunda en ellas el afán de estar a tono con las tendencias europeas, sin embargo, este núcleo parece haber estado en constante movimiento, en una dinámica de elasticidad y continuidad:

²²⁷ Manuel Vicuña, *La belle époque chilena, Alta sociedad y mujeres de élite* (Santiago, Catalonia, 2010), 40.

²²⁸ Vicuña, “*La belle époque chilena*”, 33.

“El marco social fue suntuoso, como he dicho, pero casi siempre copiado de Francia, a donde se dirigían las familias santiaguinas. Pero las modalidades, el alma, el espíritu, las costumbres continuaban siendo coloniales, o sea, españolas. Nuestra cultura en general fue de influencia francesa. Y no bastó para borrar esa pintura jaspeada del vulgarismo que parecía provenir también de la influencia constante del aborigen”.²²⁹

En esta línea, aunque en otro nivel, el sutil equilibrio entre lo viejo y lo nuevo, entre una experiencia europeizada esencialmente citadina, y otra, acompañada de ataduras aún tradicionales, presenta un par de estilos de vida que luchan, respecto a los instintos de la sociedad moderna, la cual reformula, especialmente en nuestra sociedad, los fundamentos culturales de la vida cotidiana de las élites. Desde otro punto de vista, se verá que el espíritu aparece ceñido en torno a la cuestión de las tradiciones, concretamente, del desentendimiento de las propias raíces, producto de la tentación ejercida por las intrépidas costumbres de naturaleza europea. Es curioso que, al mismo tiempo, sin embargo, esta combinación abriera niveles de comportamiento percibidos como insatisfactorios y francamente inadecuados, y que en diversos aspectos, no podían ser asimilados:

“Ante mis ojos muy abiertos al sentido de lo cómico, veía desfilar a graves caballeros de patilla o de luengos mostachos, vistiendo largas levitas y relucientes sombreros de pelo, que se inclinaban respetuosos y solemnes ante damas vestidas según la última moda de París, casi siempre con suma sobriedad y distinción, y que a cada paso hacían sentir el frou-frou de ricas sedas. No faltaban sin embargo algunas, pero pocas, que lucían atavíos de gusto chillón, que en el acto llamaban la atención de mi espíritu crítico y algo burlón. Era este un mundo realmente culto en que reinaba la auténtica distinción, en el sentido más estricto que suele dar el buen gusto francés a esa palabra. En efecto, la sociedad de Santiago vivía bajo la influencia directa de la literatura y de las artes de Francia. Es verdad que era Italia de donde nos llegaba la inspiración musical que nos traían anualmente las compañías de ópera y para nosotros no había más música que esa; pero la vida intelectual de nuestros abuelos era un reflejo directo del espíritu francés, y era París adonde todos los que podían disponer de los medios necesarios para emprender el viaje”.²³⁰

²²⁹ Domingo Melfi, *El viaje literario* (Santiago, Editorial Nascimento, 1945), 51.

²³⁰ Pedro Subercaseaux, *Memorias* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1962), 18 – 19.

Podemos discernir fácilmente dos movimientos inherentes a la creciente transformación de la identidad cultural: inicialmente se extiende a grupos y estratos más acotados, para luego ser cristalizados en una generación que duerme y sueña con captar el espíritu francés, dejando deliberadamente incorporarlo al centro organizativo estructural y simbólico de la sociedad. La exigencia de una literatura o expresiones artísticas típicamente europeas, era solo el inicio de una cultura que tendía a desarrollarse sobre el heroísmo de la vida moderna; quedan de este modo abierta las puertas para la imposición de una parafernalia estética no adecuada para un cuadro social que absorbe cambios absolutamente novedosos con respecto a las rígidas concepciones tradicionales. La risa de Pedro Subercaseaux, tiene relación precisamente en la manera que dichas modas no parecen ajustarse a los ámbitos requeridos, concerniente a los dictámenes de Francia o a los usos del mundo decente criollo, aunque, lo decisivo en este sentido, es que la gran mayoría intentó a su manera hacer alarde del buen tono, porque se percibió como el único medio, si bien artificial, de acortar las diferencias con las élites del novecientos. En Subercaseaux hallamos otra referencia importante a la invasión de estos designios en un mundo que aún supone ser tradicional:

“He mencionado varias veces la alegría que reinaba en el hogar de mi abuela. Quiero hacer notar que se trataba de una alegría puramente espontánea y sana, que no provenía de ningún estímulo artificial. No se habían inventado todavía los cocktails no se conocía en Chile el whiskey. Esas fiestas modernas que terminan poco menos que en orgías, eran completamente desconocidas de nuestros abuelos, para quienes la dignidad y la compostura eran partes esenciales de su existencia”.²³¹

Acaso el joven Subercaseaux nos permite tender un puente de comunicación entre generaciones, como aquella entregada a un recuerdo fugitivo de su bisabuela, que advierte sobre el brote de tan tenebrosas manifestaciones, refiriéndose al tono mundano de algunas actividades sociales:

²³¹ Subercaseaux, *“Memorias”*, 26.

“Mi bisabuela no aprobaba la introducción de costumbres modernas en su familia. Cuando alrededor suyo se oía chanzas o risas, decía: “Acuérdense, hijitos, lo que en estos momentos están sufriendo las almas del Purgatorio”.²³²

El tema central de los recuerdos ha de replegarse en una suerte de relación con el universo de significados que componen los modos de ser europeos, acompañados de una representación que pone al descubierto otra vez las contradicciones internas de la vida. Esto no es casual, de hecho, la mayor parte de nuestra historia reciente ha estado bajo el dominio de elementos externos, tal búsqueda nos ha llevado a combinar una serie de elementos aislados con la posibilidad de encarar con la misma fuerza los dictámenes de las naciones dominantes.

En el escenario descrito por un joven Pedro Subercaseaux, pronuncia como en las más altas expresiones culturales ha de manifestarse el patrón afrancesado, desde esta perspectiva quienes asumieron esta conciencia, adoptaron unos ritos refinados, reduciendo el quehacer cultural a un orden netamente material. La valorización de cualidades frívolas, hace del buen tono la vinculación de la realidad nacional con el mundo moderno, definiendo la relevancia de dichas actitudes vitales en el cultivo de nuevos comportamiento, obligaciones y el acceso a problemáticas con otros contenidos. En simultáneo otro integrante de la familia Subercaseaux presta atención a lo que constituía un tópico ya tradicional, este imaginario paradójico entraba de lleno, sin aun saberlo, en la experiencia cotidiana de su hogar:

“Daniel la acompañaba un tanto desabrido y atemorizado por esa esfera extranjera, tan opuesta a la de su medio familiar. El ambiente criollo había sido su pan cotidiano; este otro, no. Pero hay una dignidad en la actitud sajona afrente a cada situación; una voz de la sangre, sobre todo, que forjaban en el niño una costumbre inexistente, como si la abuela paterna hubiera sido la única verdadera y el resto, solamente un accidente transitorio. La grand’Maman triunfaba en la primera respuesta a las muchas interrogaciones que suelen hacer los niños, y que en el medio familiar de Daniel sólo recibían una atención distraída. Comprendía el niño que esta otra gente lo tomaba en cuenta”.²³³

²³² Subercaseaux, “Memorias”, 18.

²³³ Benjamín Subercaseaux, *Daniel niño de lluvia* (Santiago, Ercilla, 1945), 51.

Frente a esta escena, el sentimiento es ambiguo, quien la vive, está envuelto en una bruma de pesadumbre; y es que la imagen familiar, en vez de impulsar un bienestar íntimo, exalta unas características que favorecen el espectáculo de las apariencias y el lujo. En tal sentido, Daniel (Benjamín Subercaseaux), considera más sinceras las actitudes tanto de su abuela y de las empleadas de la casa, que asumen patrones auténticos, y coherentes con su estilo de vida.

En definitiva, los distintos movimientos que presencia Daniel dentro de su hogar, sugiere tendencias que enturbian e influyen decisivamente en la crianza del niño; mientras la abuela paterna exterioriza cualidades de distinción asociadas a las élites del viejo mundo, es decir, maneras que manan de forma natural, debido a que se ha moldeado bajo esas orientaciones desde su infancia; por otro lado, tenemos a unos parientes que recientemente se integran a estas experiencias en boga. En el centro Daniel, tratando de adaptarse a unas prácticas sociales de contenido similar, pero articuladas en direcciones opuestas, una de ellas, totalmente viciada.

En términos globales, las líneas expresadas por Benjamín Subercaseaux, describen las formas de vida de alta sociedad, rodeada por estas manifestaciones culturales de cuño francés reproducidas deficientemente. De algún modo, estos atributos, acaban transformándose en una simple caricatura de lo presenciado en Europa, una caprichosa moda que no entienden, y unos principios que son confundidos con ambiciones de clase.

Las ideas que subyacen en el perfil familiar de los Subercaseaux, son puntos de vistas válidos para adquirir un conocimiento más acabado de los rasgos que definían el cuadro de sociabilidad chileno, en la misma línea, de valiosa utilidad es incluir las determinantes que rodean a dos generaciones provenientes de un mismo linaje, Hernán Díaz Arrieta (Alone) percibe desde las enseñanzas de su padre la expresión cabal de otro tiempo y los nuevos, con unas prácticas que comenzaban a asemejarse a las formas europeas, ajenas y contradictorias en relación a costumbres ya bastante cultivadas:

“Sea un espíritu religioso casi monástico, sean las condiciones económicas, que aconsejaban austeridad, sostenía mi padre, con aire serio, que las ceremonias mundanas, los paseos, las fiestas, eran pura vanidad y abrazarse en público hombres y mujeres, al son de la música, una indecencia que suponía el estado de embriaguez, con el agregado de las espuelas y otras ordinarietas....No obstante, ahora lo veo, si yo me encontraba esa noche allí, disfrazado de frac, asistiendo a esa indecencia, debíase en gran parte, nueva paradoja, a la conveniencia de figurar entre “la gente decente”, único modo de evitar las diversiones dudosas de las clases bajas, que llevan a los jóvenes a la perdición. Y no sólo a la perdición moral: más amenazante aún para el mozo sin fortuna, acechaba el peligro de esa decadencia que define y envuelve el término “siuquitería””.²³⁴

Resulta difícil omitir y no señalar el desarrollo de este acontecimiento, los consejos de un padre absorbido por el letargo colonial en materia de costumbres, comenta a su hijo la manera propicia de enfrentar la intrincada vida social de la época, trazando una visión crítica sobre las absorbentes y frívolas prácticas que dominaban la existencia cotidiana. De ello nos interesa retener lo siguiente, la hostilidad relatada por la figura paterna, no tiene ni la misma importancia ni el mismo tono en los tiempos de *Alone*, al contrario, el cultivo de formas sociales mundanas es el vehículo idóneo para gozar de cierta reputación, al tiempo que permita alejarse de la compañía de personajes acaso indeseados a ojos de “la gente decente”.

Claramente, uno puede encontrar una correlación entre padre e hijo, que abrazan ciertos valores, prácticas e inquietudes, aunque del mismo modo expresan todo un rango en cuanto a experiencias vividas. Acá el vínculo entre la carencia de capital y la llamada “siutiquería”, dan forma a este cuasi mundo oculto, solo de apariencias, que aparece como fruto pensado para una realidad diferente; si nos concentramos en lo medular, lo que acontece es la estigmatización de determinados individuos que no poseen el vasto repertorio cultural para plegarse a estas superficiales prácticas.

Esto finalmente nos conduce a reiterar la propuesta discutida a través de toda nuestra exposición, la adopción de costumbres mundanas a costa de devaluar

²³⁴ *Alone, Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 117 – 118.

elementos que se exhiben dentro de la totalidad social, incluyendo el desprecio por sus congéneres, es decir, todo es nostalgia de lo perdido, la muerte de la inocencia pero el despunte del alma pagana.

La existencia de estos cauces legítimos, pero que contrastan deliberadamente con la posición actual de la sociedad, evidencia el sentir general asociado a las propuestas emitidas desde París. Pensando nuevamente en el valor de las apariencias y la moda parisina, Eduardo Balmaceda nos concede evidencia, pero formulada desde la vereda del frente, colocando otra vez la atención en el ritual de acceso a la vida elegante, subrayando ahora, la figura femenina:

“Para el estreno de las jóvenes participaba la familia entera; los trajes que se confeccionaban en Santiago era tema de consultas y de largo estudio, confiándose, muchas veces al estilo del que había recibido de París Fulanita de Tal, la última creación de Lanvin, el modisto predilecto de las debutantes. Las que lo habían encargado a Europa guardaban el incognito del modelo que a su llegada se escondía con llave sólo para mostrarse el día del estreno en que era desempaquetado ante la admiración de toda la casa. Lo elegante era dejarlo sin planchar para que las arrugas alardearan su procedencia, otras lo arrugaban expresamente para simular lo importado”.²³⁵

Estas distinciones han de ser concebidas en términos de vanidad, puesto que el poder añadido en las impresiones y los detalles instauran en las conciencias la devoción de objetos en conformidad de su procedencia. De modo que el mero acto de entrar en sociedad va seguido del estricto enfrentamiento visual, dada la atención que despierta la producción de elementos foráneos, en particular franceses. A su vez, cuando se señalan los signos de elegancia persuadidos desde Europa, denota el sello y la obligación de plegarse a pautas de vestimenta en consonancia con el mundo parisino, que representa el ejemplo de refinamiento en los espacios públicos, aumentando la circulación de un cautivante universo de significados atribuidos a detalles tan ínfimos, que ahora son patrimonio exclusivo de la élite nacional.

La generalizada afición por todo lo francés se pronunció a favor como se ha dicho hasta aquí, de la holgura desmedida de la aristocracia hacia maneras exquisitas,

²³⁵Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andres Bello, 1969), 141 – 142.

lo cierto es que el distanciamiento de aquel molde, para pertenecer a uno más grande, uno que lograra saciar su elegante gusto, dio a entender la vulnerabilidad de los principios convencionales de los miembros de la oligarquía, producto de la indolencia al momento de adoptar actitudes ostentosas:

“La sociedad de ese tiempo tenía una admiración ciega por todo lo francés y el pensamiento íntimo como las exterioridades brillantes de sus miembros estaban calcadas en las modas y en las costumbres parisienses”.²³⁶

El estilo y moda francesa fue el piso para el modo de ser aristocrático chileno del 1900. Alrededor de esta ya cimentada gamma de virtudes patricias, se congregaron los más altos dignatarios del sector criollo, absolutamente ajenos al quehacer nacional, contribuyendo a consolidar lo dones, que en buena medida circulaban en el mundo de las apariencias, al tiempo que se investían del buen tono europeo:

“Que el buen tono imite los diseños de la moda en Europa y que importe desde allí toda suerte de bienes suntuarios, significa que la oligarquía destina buena parte de sus rentas a una actividad sin incidencias desde el punto de vista del quehacer nacional”.²³⁷

Pareciese como si llegados a esta encrucijada, fuera posible aventurarnos con una pequeña recapitulación respecto a estas costumbres que demandaron una reacción desmedida al momento de ser representadas en nuestro territorio, como vemos, y con honda convicción podemos afirmar que, el despliegue de la élite del novecientos tiende a dar primacía a tendencias prefijadas en un ámbito externo, sin interesarse por las condiciones que imperan al interior del país. En base a las orientaciones predominantes e inherentes a los atributos de la oligarquía, esta funda su propio mundo de significados, desvinculando al resto y acrecentando el abismo entre unos y otros, pero sin cambiar necesariamente el estado de cosas vigente. El buen tono, viene a acoplarse con los intereses de la clase dominante, pero no le atañen los lazos tradicionales de sociabilidad. De todos los fragmentos citados, sería

²³⁶ Domingo Melfi, *El viaje literario* (Santiago, Editorial Nascimento, 1945), 76.

²³⁷ Luis Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 54.

correcto afirmar que los siguientes párrafos reúnen abreviadamente mucho de lo que hemos deseado expresar:

“(…) hubo costumbres que, por ajenas y no acordes con la idiosincrasia nacional, ya en la época, a varios les parecieron ridículas y exageradas. Jóvenes con aire de dandys que usaban un lenguaje rebuscado en el que forzosamente tenían que aparecer palabras y giros en francés podían ser considerados como extravagantes”.²³⁸

A lo que suma:

“La adquisición de nuevos patrones de conducta por parte de algunos miembros de la aristocracia les significó el debilitamiento de esa sobriedad que los había distinguido. La sugestión ejercida por lo francés los empujó hacia un mayor lujo y refinamiento que los distanció material y espiritualmente de los sectores populares”.²³⁹

No hace falta decir, que las implicaciones predispuestas en líneas anteriores, reconocen el sentimiento de rebeldía contra el ambiente nacional, en otras palabras, que la atmósfera en torno a patrones esencialmente parisinos, subraya que el grueso de la oligarquía este dedicada a captar al máximo la conducta europea.

Las nuevas formas de elegancia y distinción, como se señala, en muchas ocasiones rayaban en lo ridículo, lo que supone cierta pasividad al momento de enfrentarse a estos estímulos. Por otra parte, monopolizar la ingente cantidad de bienes suntuosos, significa un progresivo cambio de prioridades, y un rechazo hacia formas de sociabilidad en donde prime la estrechez económica. De allí, que las costumbres afrancesadas fueran un atributo excluyente, susceptibles de alterar el propio equilibrio de los sectores dominantes:

“En el pensamiento del pueblo de Chile, el buen vestir va unido a la idea de superioridad intelectual o por lo menos de mayor cultura literaria; por eso el roto que se viste por primera vez con elegancia, conociendo sus pocas o

²³⁸ Francisco Javier González Errázuriz, *Aquellos Años Franceses 1870 – 1900, Chile en la Huella de Paris* (Santiago, Taurus Ediciones, 2003), 178-179.

²³⁹ González, “*Aquellos Años Franceses*”, 179-180.

ninguna letras, teme que se le tome por pretenciosos, por farsante, cualidades que abomina. Son de oír las bromas que con ese motivo se dirijen unos a otros. Luego se acostumbran, i se les ve mudar de trajes, andar con desembarazo i jugar sus partidas de foot-ball vestidos con el elegante i vistoso uniforme de su team".²⁴⁰

La búsqueda por incorporarse en el mundo oligárquico, responde al afán de ambiciones que circundan sobre el medio social; gozar del ocio y unirse al ceremonial mundano del buen tono simboliza en términos muy simples el reconocimiento de todos y de cualquiera que adopte estas nuevas formas de superioridad moral. La creciente toma de conciencia entre los estratos inferiores de su posición respecto a las formas sociales imperantes de la oligarquía, les obliga aunque fuera a la fuerza, mimetizarse en el medio aristocrático, todo ello para lograr insertarse y participar activamente en la nueva cultura reproducida por las élites, y de paso emular torpemente su consumo y formas, al igual que ellos posaban costumbres importadas.

2.1.1 (2) Casa Grande.

A las condiciones ya descritas, comienza a despegar y consolidarse un modo de ser de peso en la sociedad santiaguina, el buen tono normaba el funcionamiento social interno de las élites. Ahora bien, la visión de Orrego Luco en la novela Casa Grande es una fiel adaptación narrativa de estas nuevas circunstancias de los sectores dominantes y de las distintas actitudes a su haber.

En primer lugar destacan los elementos que giran alrededor del mundo aristocrático, es decir, códigos, comportamientos, atuendos, entre otros, dando a entender que la los verdaderos desafíos estaban en una esfera de acción diferente. Atendiendo a estas razones, la legitimización de los individuos en la geografía social, ameritaba insertarse en los nuevos estilos de vida y formas de sociabilidad. Desde luego, las costumbres se encontraban bajo dominio de principios europeos, copiadas

²⁴⁰ Nicolás Palacios, *Raza Chilena, libro escrito por un chileno y para los chilenos* (Santiago de Chile, Ediciones Colchagua, 1987) ,576.

durante la permanencia en Francia o emuladas de personajes que han regresado desde Europa, socavando las adustas formas del pasado, entonces, para transitar en el ambiente de la época, se encomendaba el cuidado de estos hábitos. Por lo tanto, los adinerados grupos emergentes, entienden que para adquirir el reconocimiento que poseen las familias de alcurnia deben primeramente congraciarse con los miembros que la conforman, y el primer paso, es asumir resueltamente las directrices del buen tono, recalcando que estas formas valen más que el dinero para ingresar en los selectos círculos de la familia más influyente de Santiago.

Otro aspecto que merece mención, es la percepción por efectos del roce, entre aquellos personajes que tiene contacto directo y constante con la cultura europea, y quienes permanecen en el país. Lo llamativo de este asunto, es que por ambos lados se avizora una especie de valoración positiva de la condición que cada uno representa en desmedro del que pertenece al otro grupo.

Esta disputa novelesca corresponde a lo que ocurre en la oligarquía en la realidad, puesto que ubica a dos miembros participes del sector acomodado, pero identifica inmediatamente al que está inmerso en el mundo del buen tono, empapado de la elegante cultura francesa, regidora de las costumbres de moda en nuestro país. Por otra parte, el otro individuo ha quedado relegado, producto que no tuvo las mismas posibilidades que el primero, como hubiera sido viajar a París e imbuirse de la cultura francesa, él está en correspondencia con el pasado inmediato de nuestro país, orgulloso por la Guerra del Pacífico y su resultado, con un correspondiente nacionalismo. Este personaje es cercano a las antiguas costumbres patronales, que poco o nada tienen de cosmopolita.

La lectura también hace alarde de la desmedida pasión por el lujo y el entretenimiento nocturno, lo último, dispuesto en algún lugar de pomposa reputación, o en estancias familiares de algún adinerado personaje, ambiente donde se desenvuelve, exhibe y comunican los miembros más distinguidos de la sociedad. Gran parte de estos eventos y actividades, estaban dirigidos a jóvenes solteros, deseosos de desplegar el ansia hedonista de autogratificación, cualidad ajustada a los cánones del dandismo.

Otro aspecto notable descrito en el texto, lo compone la modernización arquitectónica producida en la vieja casa solariega ubicada en el campo, reproduciendo en muchos casos el patrón europeo. Como anexo, también se modifica el entorno, con variedad de flora extranjera, quizás para emular a cabalidad el cuadro paisajístico en boga. Del mismo modo, la renovación altera la producción agrícola, fórmula que alcanza a ciertas mercancías, como el trigo y lácteos, debido a sus posibilidades de comercialización.

La descripción también abarca la interiorización de las costumbres y modas foráneas, convertidas en un particular signo de legitimación social, privando de las bondades de ese mundo a aquellos que no sigan las pautas de ese rígido sistema normativo. Recordemos que la aprobación está adscrita a la reproducción de un determinado comportamiento para luego aparentarlo, respecto a este punto, el texto subraya lo siguiente:

“(…) es mentira que seamos libres: otros se encargan de darnos corte para los trajes y sus colores, con modas y hasta formas de sombreros. No será esta la que nos agrade sino la impuesta por los demás. Las ideas que abrigamos son recibidas por ciertos libros de colegio o impuestas por la familia, por amigos, por gente que nos rodea. El modo de considerar las cuestiones públicas nos las dan todas las mañanas impreso en diarios; las reglas de conducta generales, nuestros más graves intereses, y hasta nuestros sentimientos se rigen por el “qué dirán” ¿Y qué papel desempeña la libertad en todo esto? Absolutamente ninguno”.²⁴¹

Respecto a la cita, considerable es la relevancia delegada en los modelos de sociabilidad europeos, más aún, si consideramos que las conductas imitadas están a merced del desorden, la pereza y el hedonismo. Situación similar ocurre con el rol ejercido por el consumo conspicuo en las relaciones al interior de las elites nacionales, dado que la construcción de su identidad se realiza conforme a dichas prácticas. Cabe suponer, que existen ciertos parámetros, fuerzas constantes, que impiden evadir estos criterios de distinción, después de todo, la gradación en la jerarquía social estriba en aquello. Por ejemplo, el joven dandi no puede olvidar su naturaleza, ni desistir de

²⁴¹ Luis Orrego Luco, *Casa Grande* (Santiago, Zig-zag Editores, 1908), 44.

actuar como tal, es decir, proyectar constantemente una imagen de desaprensivo bienestar material, aunque la despilfarradora vida que tolera lo dirija a la ruina económica. Bajo estos parámetros, Orrego Luco describe al dandi, como:

“(…) un jovencito elegantemente vestido, de conversación agradable, á menudo brillante, de exterioridades atrayentes que sabe presentarse en un buen coche, propio ó ajeno, en el Parque de Santiago, ó en sillón de teatro, con orquídea en el hojal y guantes blancos. No le hace falta desplante, conoce el arte del empuje ó de la “pecha” hasta colocarse en primera fila. Habla al revés y al derecho de todas las cuestiones, de hombres, de cosas, de letras y de política, sin entenderlas, por cierto; lo critica todo, sin que deje de ser pasto de su maledicencia la honra de las mujeres, ni la integridad de los hombres”.²⁴²

Paralelamente, las costumbres asociadas al buen tono, estimulaban la crítica de otros hombres, caracterizados como víctimas de toda esta parafernalia cultural, hablamos del venido a menos. Respecto a ellos, podemos decir que sienten rechazo ante el comportamiento de carismáticos personajes, que brindan a lo menos una figura calamitosa, principalmente por el desapego a lo nacional, al trabajo y al esfuerzo. Del mismo modo, con el fin de satisfacer sus propias aspiraciones y reincorporarse a su original medio social, habrán de aceptar con pesar, compromisos ventajosos a expensas de sus hijos. En relación con la apreciación del venido a menos respecto al dandi, el texto señala:

“(…) Está careado hasta la médula, como diente viejo, por depravación, por cálculo, por deseo de surgir, de alcanzar honores y fortuna sin recurrir al trabajo; por brutal y egoísta anhelo de los parásitos sociales que se aferran á vestidos de mujeres, a la mesa de los ricos, al salón de los poderosos”.²⁴³

A la vista, el prospecto aparece como un verdadero oportunista, atestado de fórmulas superficiales y expresiones presuntuosas. La evidente ignorancia, constituía una faceta que condicionaba el desempeño en eventos mundanos, incluso casi prescindiendo del dominio de asuntos de alta notoriedad, la conformación de su identidad estaba ligado a la vida fácil, fiestas, apuestas y principalmente el derroche.

²⁴² Orrego Luco, “*Casa Grande*”, 46-47.

²⁴³ Orrego Luco, “*Casa Grande*”, 47.

De ahí, el desprecio por parte de quienes no exhiben estas costumbres, como los antiguos ricos, especialmente el padre de la protagonista de esta historia.

2.1.2 El Peculio.

El círculo de la excelencia oligárquica lo cierra la posesión de dinero. El dinero brinda, en un primer momento, la condición para acceder a la categoría de clase ociosa, y en seguida, los recursos para la realización del buen tono. El dinero entonces, adquiere un carácter dedicado a un fin específico, exterioriza las características de la actividad mundana. Cabe subrayar, que el sentido que tendría el dinero acaba una vez alcanzada la meta de ensalzar su identidad como clase virtuosa. El dinero en definitiva viene a afirmar la superioridad moral de la oligárquica, como signo último de dominación, aunque existen atenuantes:

“(…) para que el dinero se reconozca como signo de aristocracia debe adoptar la forma de rentas, en otras palabras, no puede aparecer como la consecuencia directa e inmediata de un trabajo productivo. Después de todo no es el dinero que ha hecho de la oligarquía una clase hegemónica (…).

(…) para que la oligarquía perciba el dinero como signo de aristocracia, de excelencia, éste no puede provenir de un trabajo productivo. Tal procedencia negaría la situación de clase ociosa, en la cual finca su conciencia de perfección”.²⁴⁴

Esta situación solo puede desarrollarse, si el dinero forma parte de las rentas que entrega la hacienda, o directamente y mediante la apropiación de la riqueza proveniente del enclave minero a través del fisco. Bajo ningún precepto, el dinero debe provenir de actividades productivas, la oligarquía prescinde del trabajo, porque allí consolida su superioridad social. Aún más, el trabajo remunerado se contrapone a su condición de clase ociosa, sin tiempo libre para dedicar al ocio, la oligarquía dilapida su legitimidad.

²⁴⁴ Luis Barros - Ximena Vergara, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007), 67.

Sin embargo, los medios empleados por la oligarquía para extender su patrimonio no son suficientes, el dinero debe ser naturalizado, es decir, atravesar un proceso de refinación; requiere recubrirse del consumo de la moda para completar el rito de lo aristocrático, en otras palabras, la valorización del dinero en términos de aristocracia exige disociarlo de la actividad productiva.²⁴⁵

El dinero, fuente de dominación y distinción, permite la aparición de miembros, que de acuerdo a sus recursos entran y salen de la dinámica de los sectores dirigentes. Este fenómeno, crea un conflicto en relación a la progresiva cantidad de individuos que penetran en la escena oligárquica. El dinero, rompe los límites sociales impuestos desde la tradición misma del ser aristocrático. El espectáculo, sigue las pautas impuestas desde el buen tono, a saber, la distinción social está sujeta a la privación de cualquier trabajo productivo y al consumo ostentoso de bienes materiales. La propiedad de dinero y la valorización que se haga de aquel, determinara la condición de superioridad entre sus poseedores.

Así, pues, la heterogeneidad que acompaña al dinero, introduce una subclase que aspira a hacerse un lugar dentro de la élite; aunque alguna de estas propuestas son señaladas en ciertos pasajes de memorias y novelas revisadas, en conformidad de aquello, conviene explicar separadamente cada elemento:

En cuanto al nuevo rico:

“El caso del nuevo rico, obligado a convertirse en rentista y a olvidar su pasado productivo, rubrica precisamente la idea que se ha forjado del ocio en tanto condiciones necesaria para la expresión de lo aristocrático. En este sentido el dinero aparece como un elemento accesorio que pone, pero no quita al ocio su carácter de signo esencial de superioridad”.²⁴⁶

El venido a menos:

²⁴⁵ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 69.

²⁴⁶ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 83.

“El personaje del venido a menos podría, sin embargo prestarse a equívocos. Después de todo no se trata de alguien originalmente modesto, sino de alguien que ha perdido su fortuna”.²⁴⁷

“(…) este último es alguien que ha hecho la experiencia del buen tono, al punto de haber interiorizado esa actitud versátil propia de quienes viven al ritmo de la moda. Habrá perdido su fortuna, pero conservara esa suerte de olfato que le permite ponerse rápidamente a tono con las circunstancias”.²⁴⁸

Respecto del siútico:

“Son quienes gozan plenamente de la vida mundana, es decir, de la opulencia, los que tildan otro de siútico. Es siútico aquél cuya falta de dinero le impida seguir los vaivenes de la moda y estar al corriente de las novedades en el vestir y en cuestiones de etiquetas. Es siútico aquél cuya modestia evita que frecuente los lugares donde se celebra el rito mundano, ignorando así los últimos giros y decires elegantes. En fin, es siútico aquél cuya estrechez le impide mudar de apariencia tantas veces como lo impongan las fantasías del buen tono. Si resulta ridículo es precisamente por el contraste entre lo anticuado y rígido de sus costumbres y la versatilidad de la moda”.²⁴⁹

Las consecuencias del dinero y su valorización, introducen cierta ambigüedad respecto al ordenamiento de la élite. Sucede, que el nuevo rico tiene las herramientas para establecerse en torno a la actividad mundana, sin embargo, podrá no aceptar las condiciones que imponen las virtudes de la oligarquía.

El venido a menos, revela que la opulencia, más bien la falta de esta, lo excluye del circuito del buen tono. Se trata de un personaje, que mantiene las formas de la vida elegante, pero no así el beneplácito de sus congéneres. Resulta significativo, que la pérdida de la riqueza incite el rechazo hacia su figura, una suerte de olvido, que da cuenta de la importancia de las apariencias.

La naturaleza del siútico, remite su identidad a la oligarquía tradicional de provincia. Lo cierto es que, se encuentra en un punto medio, tiende a sentirse

²⁴⁷ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 90.

²⁴⁸ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 94.

²⁴⁹ Barros y Vergara, *“El Modo de Ser Aristocrático”*, 93.

vinculado de una forma muy limitada a la oligarquía capitalina. Desde el punto de vista económico, exhibe austeridad, a causa del exiguo comercio interior en el que suele confinarse. Privado del consumo suntuario, demuestra el desfase entre individuos de una misma clase, y a nivel de sociabilidad, expone una modestia que converge en la carencia de ademanes y naturalidad en su actuar.

Detengamos aquí un momento. El siútico, es tal vez el individuo más vilipendiado de la época, por lo mismo, que su despliegue sea representativo al espíritu de los tiempos que corren; desde este punto de vista, quizá sea prudente extendernos respecto a las fuentes memorialistas que analizan sus condiciones. Comencemos con el posible origen de la palabra y sucesivas derivaciones:

“No creo que el siútico sea una persona perteneciente a una porción diferenciada de la sociedad ni que haya de ser forzosamente chilena. La siuquetería es una conducta y no siempre despreciable o ridícula. He conocido siúticos sublimes, aquí y en otras partes.

Hay parte de Chile en que el estilo de vida siútico se conservó. Así tuvimos ocasión de gozarlo en ciudades del Sur, cuyo encanto mayor consistía precisamente en cierto preciosismo verbal, muy vivo en la costumbre de brindar la copa de amistad con el forastero. Fórmula de brindis antiguo, con oferta, réplica y contrarrélicas, es el siguiente:

-Se la hago.

- Está en buena mano.

-De buena pasa a mejor.

-No se puede mejorar lo que mejorado está.

Esto es preciosismo. Aseguré en otras crónicas que la palabra siútico, o pisiútico, proviene de la manera engolosinada de decir precioso a un crío, a un objeto de arte, o a un amante. Imaginemos a la mujer enamorada, cuando aprieta los labios y pone la boca en forma de U para decir precioso. Poco a poco, a manera de alfeñique verbal, va saliendo el pichoso, picioso, pisiútico. Así, deslizándose salivosamente de la boca femenina, nació la expresión siútico y pisiútico”.²⁵⁰

Es muy significativo a este respecto, que la máxima del quehacer del siútico fluctuó entre algún tipo de conducta de doble juicio y una elocución malograda, esto

²⁵⁰ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del tiempo viejo* (Santiago, Editorial Nascimento, Santiago, 1976), 57 – 58.

equivale a la exoneración de la condición del siútico, Joaquín Edwards halla en la accidentada expresión verbal el origen verdadero de tal categoría. La capacidad expresiva confiere identidad, en cuyo contexto funciona como instrumento de diferenciación social, por lo tanto, trae a relucir la cuestión de la riqueza costumbrista, entregando distinción cuando se divulgan hábitos contrarios a la heroica pedantería, en el fondo, resulta en una situación muy ambigua, las exigencias legítimas que operan en los círculos tradicionales son removidas por las más curiosas extravagancias, donde la introducción de cierta ambivalencia con perfil irrisorio cobra fuerza pero que en seguida debe corregirse porque abre paso al desprecio, y luego a la estigmatización. Tal singularidad, atenta contra los significados centrales de la época, forjados para satisfacer los requisitos dedicados a la elevación social, insistiremos ahora sin reservas, el llamado preciosismo, corresponde a una situación que transita desde un campo verbal limitado a la imagen de un sujeto de condición humilde. Lo sorprendente en esta observación, es que la expresión fónica, viaja desde la carencia de una entonación apropiada a la degeneración del término, estableciendo junto a ello la adquisición de un rotulo, y con ello una significación que deriva en la existencia de un carácter que comunica lo peculiar de cierto contexto y/o persona determinada.

Sucesivamente, Alone desde un primer plano observa las características que involucra la categoría del siútico, identidad compleja, donde se arremolinan una serie de variantes. En pocas palabras, el siútico, ofrece una contribución importante para hacer ver algunos supuestos de la dinámica oligárquica, y como se ha mencionado merece algún comentario aclaratorio, desde impresiones sujetas a límites acotados. En esta instancia, la incidencia biográfica nos otorga tres agentes que sin duda componen la relación alrededor del personaje denominado siútico:

“Algunos creen hallar su antídoto en el árbol genealógico y se aferran con obstinado orgullo de sus ramas; pero la observación demuestra que no siempre los nietos del mismo abuelo ruedan en la misma esfera y hasta entre hermanos pueden crearse diferencias.

Otros lo reducen el dinero, poderoso sin duda, pues unas cuantas generaciones empobrecidas deslustran y vuelven discutibles los blasones pretéritos y se hace necesario redorarlos; pero tampoco es suficiente: sin cierta ambición o algunas habilidades, no pasan frecuentemente los ricos a convertirse en “nuevos ricos”; lo que no significa un éxito.

Hay, además, el talento, las maneras, el arte, la simpatía, un carácter dúctil, incluso cualidades misteriosas, desconcertantes que hacen a un individuo desprenderse solo unas filas y ser aceptado con armas y bagajes en la otra, como, también, fallas y defectos que lo llevan, entre comentarios, a bajar, sin saberlo, hacia los planos ridículos”.²⁵¹

Cada uno de estos componentes terminan por agruparse alrededor de la figura del siútico, que a juicio de Alone son indispensables para abordar a dicho personaje, diríamos que hay límites que el siútico no podrá cruzar, aun cuando tenga el apellido, dinero o las maneras. Condensando al máximo, podríamos decir que inicialmente sucede la pérdida del nexo establecido entre linaje y prestigio, esto significa desde ya, que los sujetos de alcurnia entre sus muchas ramificaciones biológicas, en ellos, no prevalecen los efectos determinantes de la otrora identidad aristocrática, y según se explica, para muchos parientes y descendientes de un núcleo familiar de antiguo abolengo emergen situaciones antagónicas. La vida ahora encierra dificultades que conspiran contra distintas generaciones de individuos de buen nombre. El parentesco, el peso existencial del parentesco, vuélvase prescindible, no basta portar un apellido glorioso, el linaje colocándolo en relación con el contexto particular aludido no recibe ponderación alguna.

En tanto, al plantear la situación del fin de la legitimidad atribuible al linaje, determina la aparición de un cuadro que desafía la identidad aristocrática. Vemos entonces que el dinero viene a desafiar las condiciones socioeconómicas impuestas desde la tradición, amenazando con dismantelar sus posibilidades de dominación, pudiendo disminuir el carácter exclusivo de ancestrales convenciones. Sin embargo, Alone indica que la cuestión no finaliza allí, que eventualmente el efecto del dinero doblegue la barrera levantada por la tradición tampoco significa que la persona se codeara con la gente decente, sobra decir que la fortuna no compra las sofisticadas costumbres adquiridas por antonomasia, tanto es así que en su intento de reproducir la riqueza gestual, el estilo del sujeto se torna rígido llegando a las cotas ridículas. Por lo demás, ya es un lugar común y de existencia diaria exaltar el valor en sí del buen

²⁵¹ Alone, *Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 118.

tono, en esencia, los patrones de conductas regidos por la moda conviértanse en aspectos de suprema distinción y claramente en signo de aprobación y/o exclusión.

Reanudando lo atingente al calificativo de siútico, este ostenta un cariz que hemos pasado por alto, y que el mismo Alone logra registrar:

“En aquel tiempo, en el círculo de la clase alta, de las viejas familias, de las “personas decentes” –(cuidado con la palabra “aristócrata”: es “siútica”)–, la línea divisoria entre los que “eran” y los que no “eran” la marcaba el umbral de los grandes bailes cuya lista de invitados aparecía en la “vida social””.²⁵²

A partir de esta premisa figura una versión del término siútico que asume la connotación de aristócrata, y es que esta tenue relación roza la verdadera evidencia del papel de las élites ilustradas frente a la realidad del siútico. Ni más ni menos, la participación en el espectáculo de la vida elegante es la condición necesaria para asomarse al umbral de esta realidad anhelada, y de paso escapar de los crecientes cuestionamientos que otorga estar fuera de actividades supremamente distinguidas. Los condicionamientos ya descritos forman parte de un supuesto orden natural unido a unas distinciones demasiado escrupulosas, que obliga a los no tan decentes a sumergirse en sus afanes culturales. A partir de estas implicancias, mantener criterios de status, acudir a determinada escena citadina, en otras cosas, eran elementos útiles para no caer bajo el rotulo de siútico, sin duda, un golpe dañino para futuras aspiraciones y, condenable entre el medio social de alcurnia:

“Constante cuidado de damas y de señoritas casaderas ha consistido en “no ensiuticarse”. La sociedad se define como cuadro estudiado de clases, de sitios, de jerarquías. En Viña del Mar el cuidado de no ensiuticarse dio vida a tres órdenes de paseos en las playas de Talca. Una playa llamada Zapallar pertenece al ancien régimen, o nobleza. No se permiten siúticos. Ensiuticarse es declinar. Se dice que el siútico es el más exigente para escoger amistades, barrios, colegios, restaurantes. Conozco damas de alto coturno que no pisan las calles de Huérfanos o de Ahumada. Son siúticos. No subirán en micro. Hace barato.

²⁵² Alone, “*Pretérito Imperfecto <memorias>*”, 119.

Típica fue la exclamación de la viuda doña Victoria Subercaseaux cuando el sacerdote fue a consolarla. Había fallecido el gran don Benjamín Vicuña Mackenna. El sacerdote fue a recordar mansamente a la viuda:

-La Virgen Santísima pasó por un trance parecido cuando perdió a San José.

Doña Victoria respondió, iracunda:

-¡Cómo puede comparar a ese carpintero siútico con mi Benjamín!

Siútico es, además en el criterio del gran mundo, la persona alambicada, toda prejuicios. No se les puede enviar un pésame por la muerte de su madre.

¡Nunca se sabe cómo lo tomarán!".²⁵³

Admitido y confirmado, el tratamiento de los espacios y de quien lo dispone, connota el desarrollo de un conjunto de significados elaborados desde un punto de vista colectivo y en función de las necesidades sociales de esas circunstancias. Que así sea no es otra cosa que la disposición a estigmatizar determinados lugares, usos, hábitos, y fundamentalmente relaciones, de modo que las capas sociales con sus singulares características incorporan y rechazan experiencias, donde cada lectura pretende ser el registro de una identidad digna de valorizar.

Mujeres y hombres de élite en su camaleónico comportamiento e intento de desvincularse del acento propio del siútico, insisten en cuestionar la naturaleza de aquello que en la práctica no solamente marca una diferencia espiritual sino que evidencie un tono arribista y de atributos materiales que lo distingan de los demás hombres. De acuerdo con la fórmula, estamos frente a categorías clasificadoras, las cuales señalan los atributos que constituyen el meollo de la vida elegante, arrancada esa figura, la condición de los individuos es inexorablemente aislada de las presiones que los animan.

Por consiguiente, ensiuticarse conviértase en el oprobio blanco de discriminación y mofa generalizada, haciendo de contenidos dotados de gran valor simbólico vean diezgadas sus condiciones iniciales, disminuyendo en este caso, el carácter exclusivo de algunos lugares u engrandeciendo otros. Mantenerse separado de otros sectores, por regla general, los más numerosos, ayuda a comprender aquella

²⁵³ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del tiempo viejo* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 61 – 62.

figura mimética que intenta reproducir esquemas nacidos de la conjunción de costumbres opuestas.

Acaso la viuda de Benjamín Vicuña Mackenna, ofendida por tal comparación, da cuenta que lo siútico prescinde de contextos y personalidades históricas; la aureola sagrada del padre mortal de Jesucristo pierde resplandor cuando sale a relucir tan profana profesión, al igual que las relaciones sociales, la distancia establecida entre sujetos que gozan en calidad de clase ociosa y siúticos, otorga a cada cual un particular lugar en el trazado de esta realidad.

Joaquín Edward invita a pensar, que el siútico es una construcción, un estereotipo cultural que viene con distintas etiquetas, pudiendo ser alguien modesto, con fortuna o buen apellido, es decir, que no importa la posición social, la calificación de siútico habla de un momento en que las expresiones de elegancia ya no son tales, donde un simple comentario puede alejarte de esos moldes, o constata simplemente la interpretación de un tercero a una situación particular.

Junto con el contenido de su trama, para el canon de la época, la imagen del siútico estaba afincada en las provincias. En la novela de época, *El Tapete Verde*, figura la idea de pequeñez e insignificancia que despiertan las provincias a ojos de los visitantes capitalinos, donde también es posible rastrear la connotación de las modas santiaguinas, quedando retratadas las impresiones del protagonista en los siguientes términos:

“Estaba en provincia, lejos de ese medio de distinción y elegancia que le era habitual, en una ciudad vieja, sucia y fea, sin amigos ni conocidos siquiera; y como no poseía ese espíritu de buen vivir que dan los viajes, convirtiendo en contentadizo y adaptable el ánimo más exigente, todo lo vio más chocante y desagradable que lo que era en realidad...”

No obstante, un largo rato estuvo al balcón observando a los transeúntes, fijando su atención en los trajes más que en todo, y siguiendo con sonrisa burlona el paso de algún petimetre, satisfecho y ufano de su traje verde, o el sombrero monstruoso, verdadero gallinero de alguna dama”.²⁵⁴

²⁵⁴ Francisco Hederra Concha, *El Tapete Verde* (Talca, Editorial Universidad de Talca, 2004), 45 – 47.

No cabe duda que la proyección realizada advierte las implicancias de la exposición a estímulos típicamente urbanos. La perspectiva descrita, pretende dar cuenta de las diferencias entre ambos contextos, pero de preferencia y con miras a reafirmar el inherente atraso cultural y material producto de la dificultad de entrar en contacto con el mundo exterior.

El impacto de nuestro protagonista que siente en este ambiente colonial también tiene relación con la versatilidad de la moda, su lectura autorizada, igualmente pudiendo ser tratada como irónica, resulta más que evidente para apreciar el abismo y superioridad en cuestiones de apariencias; penetra en sus ojos todo un espectáculo bien diferenciado de su símil santiaguino, respecto a formas de vestir, y la evidente falta de elegancia al momento de constatar su desenvolvimiento:

“Doña Enriqueta no lo podía creer; tenía la profunda convicción de que fuera de Santiago no había distinción ni elegancia y muchas veces había llamado siúticas a las provincianas aún sin conocerlas, obedeciendo a la idea preconcebida que casi todos los de la capital tiene respecto a la distinción y cultura provinciana”.²⁵⁵

Sin duda la atención prestada a las distintas zonas del país, fue un factor diferenciador, orientadas a negar o minimizar preferentemente al grueso de la población campesina. Los estilos de vida de las viejas oligarquías de provincia, eran muy contrarios al carácter controvertido y opulento de las élites santiaguinas, con rasgos culturales instituidos bajo una matriz europea, de las que esta clase se esforzó por imitar, causando el resquemor del tradicional hacendado aristócrata, y quedando enclaustrados en patrones culturales de antaño. Aun así, el escenario descrito invoca el cuestionamiento premeditado ante la realidad regional, tildada de rígida socialmente y limitada económicamente, plasmando desfavorablemente a quien se piensa que es inferior porque está al margen de los moldes de la vida elegante. Ramón Subercaseaux expone esta cuestión en unas breves pero imponentes líneas, siendo respaldas a partir de una visita realizada hacia la capital de Biobío:

²⁵⁵ Hederra, “*El Tapete Verde*”, 86.

“Era la capital del sur, extendida inertemente a orillas del Bio-bío; sin tráfico, sin movimiento, sin vida, parecía una ciudad recién fundada y abandonada por virtud de extraño maleficio. De sus pocos habitantes, la mitad se encontraba en el campo y la otra mitad no salía de casa”.²⁵⁶

En efecto, el mundo provinciano coincide con una imagen las más de las veces de clausura, imitando a menudo el espectro de la niebla del pasado, ahora bien, pudiera ser que los signos que dan forma a la trama cultural del campo criollo es un mensaje distorsionado. Digámoslo, el deliberado menosprecio del semblante regional carga de especial significación la vida del hombre campo, pero también, la proliferante diversidad capitalina permite la distinción entre ambos contextos, de manera que la experiencia de derroche y comodidad se convierte en el instrumento de diferenciación que regula aquel ideal moral admitido en la sociedad santiaguina. Sobre la base del reciente análisis, la ponderación de las provincias como un mundo que no entrega garantías concede otra experiencia igual de interesante y sólida que la anterior:

“Me esperan Julio Echeverría y mi tío Pancho. Siento a mi hermano muy atrasado. He preparado a las niñas para que me representen una comedia en versos por él. Yo celebro fingiendo, pues no encuentro gracia ni belleza y me duele que mis criaturas se estén moldeando en esta atmósfera provinciana acentuada por añeja religiosidad. Todo me huele a rancio y me desagrada... Aquí, en Ocoa, se sigue la embotadura rutina. El tiempo sólo marca estaciones: la vendimia, la siembra y las cosechas. Todo permanece igual: cada silla ocupa el mismo sitio que en el año en que yo partí”.²⁵⁷

En sus palabras acabamos de ver como se instala y refuerza una dinámica de vida acumulativa que tiende hacia un ritmo estacionario; ciertamente al regresar al mundo provinciano no puede escapar de los viejos moldes que dominaron gran parte de su niñez, lo que encuentra no satisface sus apetencias ni las exigencias que requiere alguien que está más allá de la mera voluntad del Creador. Los ritmos toscos y parcos, y los arbitrarios instintos heredados han dispuesto en una madre el temor de incluir en sus hijas los contenidos tradicionales que permean al mundo provincial. El

²⁵⁶ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 167.

²⁵⁷ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chilena de ediciones s.a, 2005), 153 - 154.

desencanto por la trama rural, la traba de la religiosidad, y esa disposición concertada de las cosas, inspira en Iris una sensación de retención, acaso en un espacio que vive el presente como el pasado y que permanece inmutable ante el paso del tiempo.

En lo tocante al panorama citadino, el proceso de cambio social que comenzó a vivirse en Santiago durante la segunda mitad del siglo pasado tiene estrecha relación con la trama de la clase alta urbana, el progreso de la capital dio a esta zona un carácter único, sus espacios de elegancia otorgaron a esta ciudad una identidad que miraba hacia Europa, usando como referencia a Francia, convirtiendo algunas cuadras del tejido urbano capitalino en un duplicado fiel de cierta esquina parisina. En síntesis, la capital se presentaba como un espacio de interacción social fundada en la unidad de los barrios elegantes, mediante un ordenamiento que seguía límites normativos excluyentes que se hizo legibles y distintivo al momento de darle sentido al desarrollo mismo de la ciudad. Pese a todo, resulta difícil omitir el panorama citadino anterior a la injerencia del lujo en la transformación operada en la ciudad de Santiago, por ejemplo, los hogares chilenos de las familias de alcurnia exteriorizaban en general una disposición monótona, acompañadas de interiores e instalaciones sujetas a moldes coloniales:

“(...) una estancia, a veces enorme, según fueran las proporciones de la vivienda, generalmente con vistas a la calle y entrada independiente por el pasadizo o pasillo de la entrada (...).

(...) “el amoblado”, como solía decirse, eran generalmente amplios y cómodos con capacidad, el solo sofá a medallones, para unas cinco personas; un “visa vis” o un “pouf” solían instalarse directamente debajo de la lámpara de colgar central, a veces a gas, a las veces con bujías y lágrimas de cristal de roca, cuyas barritas triangulares o cuyos adornos redondos y facetados eran solicitadísimos por los niños de cada hogar, pues les irisaban poéticamente los objetos vistos a través suyo...

Medallones, flores y estrellas, solían estamparse en los papeles con que se tapizaba las paredes, en los biombos, las cortinas y las alfombras, “el alfombrado”, como también se acostumbraba decir”.²⁵⁸

²⁵⁸ Augusto D’Halmar, *Recuerdos olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975), 132 - 133.

Pues bien, la homogeneidad era la norma en estas propiedades de estilo patrimonial, con un ordenamiento y decorado que obedecía estándares coloniales. Vemos, en consecuencia, residencias de similar fisonomía distribuidas por territorio capitalino, generalmente de una planta, y con un amplio espacio interior, donde destacan determinados muebles y objetos, que guardan las huellas tangibles de un pasado más bien humilde, mientras poco a poco comienza a asomarse en algún elemento accesorio el viraje hacia París. Respecto a esto mismo, destaca la solidaridad producida al interior de los miembros de la oligarquía, pues comparten mucho de los objetos importados, debido al reducido poder adquisitivo y acceso hacia el mercado internacional; podría pensarse que esta modalidad de distribuir mercancías entre sus pares, es la expresión cabal para no discriminar a sus integrantes, ya que en cuanto clase dominante, son todos iguales.

Sin perjuicio de lo anterior y, para especificar en los patrones arquitectónicos de las casas chilenas, Benjamín Subercaseaux nos transmite contenido digno de ser mencionado:

“Las viejas casonas chilenas –entre ellas la de Daniel– tenían, como las casas españolas, una disposición que recordaba al domus romano. El primer patio, un ceremonioso atrium, estaba destinado a los salones y a la recepción. El peristilum quedaba reservado para la familia; los dormitorios convergían ahí, sin ventanas, alumbrados solamente por los vidrios de las puertas que los comunicaban con el exterior. Entre el primero y el segundo patio se encontraba, habitualmente, un dormitorio grande: el de la dueña de casa (en este caso, el de la abuela). Entre el segundo y el tercero, se hallaba el comedor. Más allá, venía una especie de gineceo: el patio de las sirvientas; algo muy vedado, donde estaba la cocina, el gallinero, el cequión y los dormitorios de las empleadas”.²⁵⁹

En este sentido, notables serán los cambios impulsados por la riqueza salitrera, modificando una situación de modestia económica hacia un modo de vida a fines con el nuevo estilo europeo, condición que es expresada a través del consumo de utilería mundana, y con la alternativa de marcar una diferenciarse con el resto. Viene al caso señalar aquí, que las múltiples posibilidades de cambio impulsadas por una situación económica favorable, sumado a las influencias exteriores, moldeaban el paisaje

²⁵⁹ Benjamín Subercaseaux, *Daniel niño de lluvia* (Santiago, Ercilla, 1945), 57.

urbanístico de Santiago, pero también, el influjo de tales estímulos hieren profundamente la sensibilidad de individuos que abogaban por la clausura preventiva de la sociedad ante esta nuevas y renovadas instalaciones que surgen por la ciudad; una muestra de aquello, fue el cambio de apariencia que sufrió el Parque Cousiño, polo de atracción, que con el pasar de los años vino a responder a esa necesidad de imaginarse recorriendo una de las grandes ciudades europeas, en lo sustancial esto significaba dejar atrás la esencia de la vida cotidiana, ahora disuelta en una avalancha de condicionamientos exteriores:

“En aquel tiempo, como ahora, era infinitamente triste ese Parque Cousiño. Los guanacos de “la Isla”, las casitas de troncos, el viejo restaurante 1900, todo encerraba una nostalgia que no necesitaba del tiempo para transformarse en recuerdo y que podía estar presente en el instante en que se vivía”.²⁶⁰

Lo cierto es que, el panorama citadino se hallada calado de sensaciones de variada procedencia, particularmente europeas; el Parque Cousiño captaban esa actitud, tono y lenguaje entre líneas en que habría de expresarse la convergencia de las fuerzas externas e internas, que al repetirse producen la impresión de que el devenir constituía un desafío de naturaleza totalmente distinto en lo relativo a su impacto en el paisaje urbano chileno. También constituía sin cierta sorpresa, otro aspecto importante de la vida social de ese régimen ceremonioso, al Parque acudían, de tarde, millares de carruajes regiamente puestos. Muchos jóvenes, entre otros Ricardo Lyon, Santiago Pérez Eastman, Los Cousiño, Luis Matta Pérez y otros, aparecían manejando tandems arrastrados por caballos en fila²⁶¹. Así entendido, los paseos, conjugaban una invariable rutina con una imagen idealizada de la sociedad, que no era otra cosa, que la reinterpretación de una existencia de intereses y vanidades mundanas:

“Nada más hermoso que las tardes en el Parque de los días domingos y jueves, días de moda, con centenares de carruajes primorosamente adornados y arrastrados por troncos de raza. A veces creía encontrarme en París, al

²⁶⁰ Subercaseaux, “Daniel niño de la lluvia”, 55.

²⁶¹ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 567.

acompañado trotar de los caballos, manejados por cocheros y lacayos ataviados como los del segundo imperio en los tiempos del duque de Morny.”²⁶²

El Parque Cousiño, de acuerdo a Benjamín Subercaseaux, intentaba recrear una escena que incorporara elementos europeos, sin alcanzarlo; como se puede suponer, vislumbro la indeseada preeminencia, que comenzaba muy a pesar de él, a instalarse sobre la sociedad santiaguina. Los paseos frecuentados por estas avenidas, convirtiéndose en la rutina que pretende asentar la mutabilidad entre sus compatriotas, por ello es la tristeza que embarga al nuestro autor, le han arrebatado una instancia de tranquilidad, para elevarla a signo de prestigio, la concurrencia obligada instala esta condición que gradualmente eclipsa el significado verdadero de estas caminatas. Finalmente, y no menos importante, la protesta también tiene relación con el entorno físico; cuando lo novedoso, y no lo tradicional, constituye el prisma que refractara el sentido de estas formas contra el mundo de lo cotidiano:

“Muchas de las casas con fachada de palacio que ostenta la ciudad fueron edificadas entonces. Dos canchas de carreras se abrían los domingos: las de la Sociedad y del Club Hípico; se formó una sociedad del Teatro Chileno que iba a levantar un gran edificio para comedias en la calle de la Catedral, esquina de la de Bandera, y se proyectaban otras empresas no menos grandes... La Iglesia del Salvador, concebida en estilo gótico y para levantar un par de torres agudas que debían de punzar el cielo, comenzaba a ser trazada por el arquitecto Burchard; y por fin Lathoud dibujaba, siguiendo las líneas nada menos que el Palacio de París, el futuro palacio de la Quinta Normal para la Exposición de 1875.

El Club de la Unión que había llevado una vida modesta en los altos de la casa esquina, entre la calle Huérfanos y del Estado, donde después se instaló el de Septiembre, compró la casa de balcones en la Alameda, que había edificado el americano Mr. Haviland. Pidió a París un mobiliario de las mayores comodidades y de toda elegancia, se adornó con estatuas de bronce y se edificó, en terrenos del jardín interior un suntuoso templete para los billares”²⁶³

²⁶² Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo*, 568.

²⁶³ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 239.

2.1.2 (2) Un Idilio Nuevo - Krach!

En vista de lo anterior, sírvannos de la novela Un Idilio Nuevo, de Orrego Luco, para ilustrar el choque entre los viejos valores de la aristocracia provinciana y el mundo de elegancia que caracteriza el buen tono capitalino.

La obra a grandes rasgos, trata de un provinciano de cierto nivel social, que llega a Santiago a vivir en una pensión, él es recibido por un amigo de la infancia, proveniente también de provincia pero ya acostumbrado a las modas y estilos de la capital.

El protagonista pertenece a un antiguo linaje nacional que data desde tiempos coloniales, sin embargo, su padre cae en desgracia y debe regresar al campo para intentar recuperar la fortuna perdida. Perteneció, por lo tanto, a ese segmento de la población amante del buen tono y practicante de la cultura afrancesada, aspecto que lo hace persona orgullosa aunque haya perdido posición social. Su hijo en tanto, no comparte esos hábitos, pues siempre vivió en el campo.

Se denotan desde la llegada el choque cultural, estamos frente a una ciudad que vive a un ritmo distinto en comparación a las provincias, con sus frivolidades y sectores sociales segmentados, en este ámbito, las viviendas en cuanto a sus estilos, proporciones y ubicaciones hablaba mucho de la situación de sus propietarios. Cabe señalar igualmente, que en términos de novedad, las construcciones modernas de 2 a 3 pisos y escaso patio marcan un precedente, anteponiéndose a las antiguas e inmensas casas coloniales, que por de pronto son los vestigios de un pasado que no tiene relación con la actualidad que se expresa en la novela.

A la imagen de rejuvenecimiento de la ciudad, están las circunstancias que hacen inevitable la adopción de máscaras, metafóricamente hablando, para asumir un rol preponderante dentro de estas nuevas condiciones que impone la sociedad. Vemos

aquí situaciones adversas, que conforman un cúmulo de “valores” distintos o, si se quiere, antagónico respecto del protagonista de la obra cuando llega a la capital.

El personaje principal se enamora de su prima de alta alcurnia, alentado por esos sentimientos, considera necesario instruirse de acuerdo a las convenciones del buen tono, y para ello sale en la búsqueda de antiguos conocido de su padre, puesto que este último frecuentaba esos cultivados círculos de sociabilidad, para finalmente tropezar con su tío, quien conviértanse en un maestro, y en un medio efectivo para incorporarse en el complejo mundo de las apariencias. A raíz de esto, nuestro protagonista deberá ejercer una metamorfosis profunda, tanto en formas para exhibir ante la clase ociosa, como también en su propia escala valórica, reemplazando aquellas perspectivas benevolentes asociadas al contexto rural, por las conductas vacías y decadentes de la oligarquía santiaguina, amante del despilfarro y los placeres mundanos:

“Hay que ser largo en pagar las apariencias: si es preciso, no almuerces, pero no dejes nunca de ponerte corbata “a la dernière”, que en las exterioridades estriba la mitad del éxito en el mundo santiaguino”.²⁶⁴

En otras palabras, la nueva vocación de la clase dominante, constriñe al héroe de este drama a cumplir cabalmente los designios que fluyen desde la cúspide social. La emergencia ahora residirá en abarcar las diferentes manifestaciones de la sociabilidad capitalina, conducente a una profundización deliberada de esos banales hábitos.

No está de más decir que de acuerdo a la obra literaria, esta labor de dominación mediante símbolos de excelencia también denota la inferioridad de otros sectores sociales, incluso dentro de la misma élite, vale decir, hay familias y apellidos más rimbombantes, y fortunas que marcan diferencia:

“Los muchachos no miden nunca su verdadera posición en la sociedad, dando por sentado, en su fuero interno, que existe igualdad social, sin pararse a ver las

²⁶⁴ Luis Orrego Luco, *Un Idilio Nuevo, Escenas de la vida en Chile* (Santiago, Talleres de la Empresa Zig-zag, 1913), 20.

desigualdades que resultan de la fortuna de las relaciones y de los muchos accidentes que modifican el tráfago de las relaciones mundanas”.²⁶⁵

Como ejemplo se puede exponer la propia historia del protagonista, quien si bien posee un linaje muy antiguo, es víctima del infortunio en los negocios de su padre, razón por la que no está en paridad, siquiera de sus familiares de Santiago, aspecto por el que tiene que batallar para imbuirse de esos valores (o antivalores) que lo harán adquirir mayor prestigio, y así, estar junto a quien ama.

Para agregar, mencionar que la vida en alta sociedad es bastante volátil, puesto que un mal negocio trae aparejado infortunios, y por supuesto, la pérdida de legitimación social, como ocurre con el padre del protagonista. El ejemplo responde a la imagen que prevalece en la realidad, individuos que viven de la especulación, valorando positivamente el disfrute de aquellos fugaces momentos, conforme a los valores modernos.

Resumiendo, la novela presenta una condición reveladora, la división que se produce entre la ciudad y las provincias, entre barrios antiguos y de características coloniales, con los nuevos sectores modernizados. Los propios personajes que se adaptan a este estilo de vida ilustran el punto. Las modas a las que se somete el protagonista, joven tradicional de provincia que experimenta por primera vez las “virtudes” de la vida moderna, costumbres, teatros y en general centros sociales, conforman esta experiencia contradictoria.

Otro recurso literario que exhibe la frivolidad de los centros urbanos, especialmente el santiaguino, es la novela *Krach!*. La ciudad es establecida como ambiente modernizador, pero donde la mayoría no entiende los modos en sus distintas formas, y copia la cultura francesa de manera mecánica. Esta postura en la obra también incorpora una dimensión de religiosidad, unida a un contexto rural específico, a saber, aquella que entrega una filosofía de vida en proporción a la educación católica recibida por el protagonista. A la luz del texto, y aún a riesgo de generalizar, destacaremos alguna de las convenciones de este retrato literario.

²⁶⁵ Orrego Luco, *“Un Idilio Nuevo”*, 102.

En términos generales, la novela acentúa la educación católica de los sacerdotes jesuitas como normalizadora del ejercicio aristocrático y, especialmente de los miembros del Partido Conservador, quienes siguen ligados a los establecimientos educacionales hasta después de graduarse. Estos eclesiásticos, instruyen de acuerdo a los preceptos de la encíclica del papa León XIII, promoviendo una enseñanza a través de novelas, dramas, empresas industriales y cualquier elemento que consideren útil. Influidos por este enfoque, surgen medios informativos como consecuencia de ese mandato eclesiástico, erigidos por ex alumnos de estos establecimientos.

En el marco rural, domina la imagen religiosa ejercida a través del quehacer de los sacerdotes locales, quienes adquirirían mayor preponderancia en época de elecciones, normalmente, su figura alcanzaba determinada preeminencia de acuerdo a las preocupaciones de los propios miembros de la comunidad:

“El clero, en su piadoso empeño por *la conquista de las almas*, no se olvidaba tampoco de las otras clases sociales; y así fue inmiscuyéndose cautelosa y remolonamente en el corazón del pueblo por medio de la prensa popular, de las asociaciones de San José y de los Padres Salesianos”.²⁶⁶

Apartándonos del contexto, nos encontramos a un protagonista que abandona este tipo de enseñanza, y cuando lo hace, advierte un mundo diferente, no necesariamente el reproducido por la institución formativa a la cual acudía devotamente. De hecho, su disonancia suscitó un movimiento, a un modelo de identidad alternativo, que difería del estricto control eclesiástico, pero no lo objeta. Alternativamente, asume el desafío de estudiar Derecho en la Universidad Católica, aunque al tiempo deserta porque lo suyo son los medios informativos, ingresando al diario “la Justicia”, de características liberales y contrarias a la tradición colonial.

El personaje, como ya mencionamos, ferviente católico, rechaza el patriotismo, pero no la tradición religiosa, aunque en simultáneo admira la cultura francesa. Los resabios de su religiosa educación son los mayores motivos por los que colisiona con la

²⁶⁶ Ventura Fraga, *Krach!* (Valparaíso, Impr. Gillet, 1903), 40.

oligarquía y sus nuevas costumbres, como cuando describe las noches de juerga, con recorridos que comienzan en el Club de la Unión, para luego disfrutar de las tertulias sucedidas posterior a dichas reuniones. Las objeciones al estilo de vida descrito están dirigidas al doble estándar que hacen gala tan solemnes personalidades, ejemplos de moral de día y caídos a las más bajas pasiones por las noches:

“Cuántos jefes de familia se acogen a la hipoteca y administran sus fondos por teléfono, desde los salones de *bacarat* y *pockers* ilustrada ó desde la secretaría gástrica de las cámaras”.²⁶⁷

“Krach!” manifiesta lo que el protagonista aprecia en la oligarquía santiaguina, los vicios y el doble estándar de individuos con altos cargos, con un modelos de moralidad que dependiendo del escenario camaleónicamente cambian de piel. La sociedad posee base católica, pero copia aspectos europeos que son contrarios a esta doctrina, y los hacen convivir sin analizar realmente la sustancia de sus prácticas, y por ello no vislumbran la contradicción que el protagonista si percibe.

Los reparos ante los rasgos observados, obedecen sin duda, a todos aquellos que se sintieron particularmente influenciados por la religión, y en seguida percibieron el cambio de su realidad circundante como un peligro a la supervivencia de antiguos valores. A la luz de esta frivolidad oligárquica, la irrupción de nuevos intereses diversifico la trama de la vida urbana santiaguina, así pues, la penetración de prácticas sociales externas y secularizadoras puso en guardia a un grupo enclaustrado, con horizonte cultural fijado desde la tradición, y comprometido con la defensa del catolicismo. Esta confrontación representa el problema del personaje que figura en la novela, dado que experimenta la dicotomía interna entre su origen y la dinámica orientada hacia el cambio que fluye en el ambiente de la época.

²⁶⁷ Fraga, “Krach!”, 204.

2.2 Formas de vida.

Todas las consideraciones desplegadas en la última parte de este apartado han intentado retratar la vida social de una élite revestida de costumbres fraguadas más allá de sus confines contextuales. El intercambio cultural inauguró una actitud tendenciosa, que de alguna manera cautivó fuertemente a personas que buscaban adherirse a estas nuevas formas de validación social, aunque esta posibilidad se encontraba solo al alcance de individuos con alto poder adquisitivo. Por tanto, en el mismo seno de la clase acomodada, se puede observar el esfuerzo por ser y dejarse llevar por un estilo de vida que lo envuelve absolutamente todo, traspasando inclusive clases sociales. En definitiva, usar, comer y actuar como sus modelos a seguir, luchar por ello, para estar no al lado, sino a su altura.

Es de especial interés el hecho que la élite es la que aprovecha mejor la situación o las facilidades que le entrega el contexto en el cual está inserto. Su manera de vivir se ha fundado en el irrestricto disfrute de su riqueza, del mismo modo no parece descabellado afirmar que son el mayor exponente del vivir el día a día sin preocuparse del mañana. Del análisis anterior parece desprenderse que la manifestación estética moderna obedeció a sus propias pretensiones, al fin y al cabo, la identificación con los rituales de sociabilidad del viejo mundo, eran la mejor manera de alcanzar una posición ventajosa en la sociedad del novecientos. Esta fórmula permanece fiel a la lucha por mantener el status, intentando mostrar hasta qué punto están comprometidos con la definición de nuevas costumbres. La realidad que definen entonces, les presentó un desafío, mejorar su antigua versión para incorporarse a la agenda de principios señalados por el buen tono europeo.

Dada la diseminación de estas normas y preceptos, las elites criollas comenzaron a adoptar un estilo de vida llamativo y elaborado, ciñendo su conducta a los imperativos de la moda, con la tarea de cautivar a quienes los rodeaban. Es decir, la propia imagen se encontraba bajo constante escrutinio público, después de todo, la condición de clase ociosa estaba sujeta al consumo de material mundano, virtud que

por lo demás erigía su singularidad social. Una vida en favor de un mayor refinamiento es esencial para el mantenimiento de la jerarquía social, no sin razón, a esta nueva condición se añade el esfuerzo por ganar notoriedad para satisfacer sus propias aspiraciones. En tanto las nuevas subclases (siúuticos, nuevos ricos, venidos a menos) intentaban de adaptarse a estas ineludibles circunstancias, hasta ahí, vedados del trafico social de la oligarquía. El choque es entablado entre realidades y grupos diferentes, uno que ya mantiene una vocación elitaria, mientras otro surge para ganar el protagonismo y un respeto que les es esquivo; esto simplemente indica que por delante hay personas de excelencia y fortunas heredadas con más herramientas para lograr lo que se proponen. De una u otra forma los poderosos muestran su espalda a todo el resto, sin permitir que nadie los supere, solo pueden arañar la superficie de un mundo en que nunca encajarán, y que solo el dinero es capaz de admitir.

Todo esto complejiza los vínculos con grupos coyunturales más amplios, las mayores exigencias fomentadas por las élites, las cuales son a menudo concomitantes a la difusión de un modelo de comportamiento sesgado, es ventajoso a fin de vislumbrar la pérdida del rumbo, en definitiva, sirve para aprender a distinguir la reformulación de una identidad fijada alrededor de intereses promovidos desde la nueva escena moderna internacional.

Con ello, las consideraciones dictadas por el medio social, en particular, las que optan por la realización del ideal aristocrático, expresan un fenómeno social que mantiene a este hombre en una continua movilidad, tanto ascendente como descendente; la vida de la élite estaba constantemente percibiendo el prelude de la ruina económica. El quehacer aristocrático estará marcado por el placer inmediato, acumular cierto grado de riqueza, no multiplicarla, no vivir de ella, más bien derrocharla.

Quizá la conclusión más importante que logra deducirse de este análisis elaborado, es que introduce la contingencia alrededor de zonas de sociabilidad exclusivas, y junto con ello valores y normas que configuran los territorios de una comunidad. El problema entonces es trasladado a otro nivel, quedando demostrado el esfuerzo por parte de las oligarquías de diferenciarse y clasificarse de acuerdo a

determinados signos de status social, que ahora juzga frente a los ademanes y formas que las personas son capaces de exteriorizar. Es decir, junto a la fijación de hábitos estipulados por el buen tono, suma un marco normativo que delimita espacios a fin de articularse en torno a tendencias homogeneizantes. A este respecto, tiene especial consideración desarrollar una observación que demuestre las características de estos escenarios percibidos como fuente de refinamiento y connotación oligárquica, situación que será abordada en el siguiente punto.

3. Espacios de sociabilidad restringida.

Hacia la década de 1880 la clase alta chilena comienza a perder el matiz austero y reservado que la había caracterizado. Aparece el lujo y la ostentación, y se busca cada vez con menor disimulo hacer notar la preeminencia social. Se reniega el provincialismo criollo y se abren las puertas a la influencia francesa. Aristocracia y oligarquía bajo la sombra de París, escribían los deseos sobre un modelo que deseaban emular. El nuevo estilo de vida suponía una relación social más activa, se requería, además, tener maneras más refinadas, gustos más exquisitos, una cultura elevada.

Desde luego los salones y tertulias del siglo XIX reflejaban una de las formas de sociabilidad de la élite social. Constituían una oportunidad de comunicación personal entre los miembros de esa élite. Esta comunicación a veces sujeta a personas de determinadas corrientes ideológicas, pero en otras ocasiones servía para vincular a actores políticos de diferentes ideas y partidos, así como a los miembros de la élite con los viajeros o extranjeros ilustres que llegaban a Chile. Efectivamente, estas instancias informales de interacción personal, formaban parte de una red interconectada, en la que damas y caballeros que las dirigían, y quienes asistían lo hacían para reforzar vínculos de parentesco y de casta.

Las inquietudes del modo en que fluía la trama cotidiana del culto parisino, no fue ajeno a nadie que se percatara de su ineludible presencia y energía. Esta vez, el contexto mismo, donde la clase ociosa reclamaba costumbres y modas mundanas,

habría alentado un tipo de relación en detrimento del orden tradicional, situación que en ningún caso desviaba la atención del cuestionamiento extranjero. Sirvámonos de la siguiente cita para exponer el punto anterior:

“El diplomático inglés Sir Horacio Rieimbod, había expresado no hacía mucho –y esto lo comentaba el diario “La Epoca”- en su informe sobre Chile al ministerio de Relaciones de su patria lo siguiente, sobre Santiago “Los chilenos llaman a su metrópoli el París americano. En realidad, Santiago no es sino un pequeño trozo de París, injertado en una aldea de indios”.²⁶⁸

Si pudiera decirse algo, adoptando el sentido común, señalaríamos el aparente contraste entre una forma de sociabilidad prestada y las condiciones propias de la sociedad en el fin de siglo. Rieimbod, no agrega nada nuevo, pero sus palabras algo crudas advierten las diferencias sociales internas del país, justamente la brecha entre quienes son expuestos a aspectos de la vida moderna a través del despliegue de tendencias parisinas. En tales circunstancias, esta exclusión de la élite para con tramos sociales inferiores, pareciera ser el signo de la sociedad del novecientos, el mismo diario complementa:

“Pero hasta hoy día –añadía - ¿qué se ha hecho en este sentido? Ahondar más y más el abismo que separa a los dos miembros de nuestro cuerpo social; el patricio, por la gracia del Dios dinero, del plebeyo por la gracia de nuestro gobierno oligárquico. Todos los paseos y teatros son para los ricos. No hablemos del Teatro Municipal hasta cuyo vestíbulo no llegan sino los capitalistas; ni del Cerro Santa Lucia monopolizado por la gente de tono, ni de la Quinta Normal en donde no penetra el obrero sino sacrificando el ahorro de una semana de trabajo: pero tomemos por ejemplo la Alameda o la Plaza de Armas. La Alameda es una calle, salvo pequeñas diferencias, como cualquier otra. Pero tan pronto como la presencia de una banda de músicos cambia la vía pública en paseo, su acceso en un parte de su extensión queda prohibido al pueblo, no por obra de la ley sino por obra de la costumbre. El pueblo, a fuerza de sufrir injusticias, se ha habituado a no rozarse con la gente de pro y en su natural indolencia acepta la separación como un hecho necesario”.²⁶⁹

²⁶⁸ Domingo Melfi, *El viaje literario* (Santiago, Editorial Nascimento, 1945), 82.

²⁶⁹ Melfi, “*El viaje literario*”, 82 - 83.

Como es relatado, la sociedad santiaguina estaba cada vez más segregada, los espacios operaron fragmentados, obstaculizando el diálogo y contacto entre los distintos sectores sociales. Con todo, el mensaje central argumenta la existencia de condiciones que favorecen sin ninguna duda los intereses de las clases dirigentes, la lógica en esta situación está confinada a territorios de exclusividad, instancia propicia para visualizar la ubicación de aquellos lugares donde la élite hace del ocio una actividad autocomplaciente, al tiempo que subsume la participación del resto de la sociedad.

Resulta manifiesto que el ámbito de la cultura tiene su propia especificidad, siendo solo la presencia de este distinguido sector el que marca los horizontes que permanecen abiertos o cerrados para el resto. Era éste un acto que demuestra lo fundamental en la construcción del mundo aristocrático, el aislamiento físico y cultural respecto los sectores dominados. De mano de los nuevos estilos de vida y formas de sociabilidad, la oligarquía logra transformar cada espacio de una realidad social en una prolongación de su dominación, en rigor, las relaciones sociales en general responden de buena o mala gana a las determinaciones de los grupos selectos de la sociedad santiaguina.

En esta línea, el trazado del mapa cultural, habla de una sociedad más rígida en relación a la brecha significativa entre aquellos personajes con un estilo de vida sofisticado. El ansia hedonista por bienes de lujo, acompañada de una actitud superficial, redefinió los límites territoriales de la capital, con una topografía que se mueve entre lo abstracto y lo concreto. Por supuesto, el carácter de las zonas de desenvolvimiento de cada sector respondía al tren de vida que concibiera mayor bienestar material. Al respecto, esta situación queda bastante clara en la siguiente aproximación:

“Había al lado contrario, la opulencia, la riqueza fulgurante. Santiago estaba siempre consumiendo los licores más exquisitos y más costosos de Europa y los perfumes y las telas que el Viejo Mundo enviaba por cada vapor. Los muebles se importaban directamente, la vajilla se traía de los centros industriales más elegantes y el cambio a 26 peniques permitía estos derroches y muchos otros, pero llevaba al extranjero lo mejor de nuestra riqueza nacional sin que de allí

volviera nada que pudiera compensar de esta hemorragia persistente y agotadora”.²⁷⁰

La segmentación de los espacios urbanos, no ha de ser concebido como un asunto exclusivo de la capital, Viña del Mar también fue un espacio dedicado únicamente para el entretenimiento de las familias patricias, lo que suponía una restricción para la llegada de individuos sin las circunstancias históricas y sociales adecuadas, sin embargo, y para disgusto de las personas con valores tradicionales, el panorama cultural a disposición, comenzaba a diversificarse:

“Aquel Viña del Mar ya se fue para siempre; su Casino le ha cambiado su antigua fisonomía, frecuentado por una enorme concurrencia inelegante, muy cosmopolita, a quienes sólo interesan las emociones del tapete verde. Una hermosa ciudad con grandes edificios de departamentos y los hoteles, tal vez los más caros del mundo, donde la selección de sus habitantes va desapareciendo mientras la riqueza se reparte, desplazando a los viejos clanes que antaño le daban categoría.... Viña del Mar se convierte de día en día en una importante ciudad que absorbe, lamentablemente, como un pulpo, a su vecina y rival Valparaíso”.²⁷¹

La imagen del pasado condensada en estas palabras, aparte de reflejar el viraje que sufrió el principal balneario de la clase acomodada, señala igualmente la inconmensurable diferencia que la separaba de los demás sectores sociales; en este retrato creemos ver una síntesis de varias situaciones que venimos describiendo. Primero, figura la impresión de una ciudad que cambia, imbuida en el pasado por una exclusividad que acusa interacciones sociales cotidianas con contenido privilegiado para sujetos de cierta estirpe; en segundo lugar, trata de un espacio que en el correr del tiempo fue dando acceso a individuos de nivel económico inferior, también a los llamados nuevos ricos, personajes ambos que proliferaban al alero del aparato fiscal; finalmente, plantea contextos particulares entre ciudades vecinas, la absorción de un polo urbano opuesto a lo que presentaba Viña del Mar aparece en el horizonte de Balmaceda como impensado, confundir antiguas familias de abolengo con el mundo

²⁷⁰ Melfi, “*El viaje literario*”, 83.

²⁷¹ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969), 140.

popular resulta absolutamente erróneo, cabía apartarlos de acuerdo a sus niveles de vida, capacidad adquisitiva, básicamente bajo las normas del buen tono.

La discriminación social estaba unida a una delimitación territorial, la riqueza se reparte pero el status sigue siendo lo que siempre ha sido, el muro que impide rozarse con una serie de ideas que conforman toda una tradición. La negativa a articular sus intereses con los de las clases subalternas tiene que ver con un universo de significados que los separa, siendo así, los procesos de movilidad poco o nada pueden hacer, no se puede y ni se quiere compartir, quienes aparecen como inferiores les están negada el desarrollo de algunas aspiraciones. Bástenos, por ahora, examinar un mensaje de perspectiva opuesta, es decir, exaltando las cualidades de las clases inferiores, pero que reafirma el contenido que con anterioridad se ha detallado:

“Dentro de mi intuición, percibo que caemos rápidamente. Los hombres, casi todos hijitos de papá, se corrompen. La vida ociosa de lujo lo anula, mientras se levantan de todos lados valores nuevos en hombres más esforzados y valientes para luchar con la vida, pero desprovistos de esas virtudes y heroico sentido del honor que el tiempo aquilata en la sangre”.²⁷²

En conjunto, el grado de seducción que ejercían las modas europeas, junto el estilo de vida desenfadado de los jóvenes aristócratas, se tradujo en un fenómeno, como ya hemos aludido, decadente; el carácter superficial de sus actividades, transgrede los signos que tradicionalmente se han identificado con lo aristocrático. Cortadas las ataduras con la sociedad heredada por sus padres, dejándolas en un inmerecido olvido, se aclara entonces que las aspiraciones mundanas adquirieron rasgos de una verdadera cruzada, con la suficiente autoconciencia como para instalarse en la cúspide del mundo oligárquico.

Dejando a un lado los vicios que recorren a los hombres de buen nombre, Iris explica algo determinante y a la vez universal, independientemente del grado de corrupción ocasionado en los espíritus más nobles, y por más que las virtudes de los

²⁷² Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chilena de ediciones s.a, 2005), 252.

grupos sociales menos favorecidos sean de categórica superioridad, nadie puede evadir las jerarquías o transgredir el orden natural. La percepción del poder además de estar reflejada en el buen tono, aún se encuentra aprisionada en el linaje, idea que por cierto neutraliza cualquier pronunciamento del bajo pueblo. Igualmente, el desprecio tan desembozado expresado en las líneas precedentes, por cierto, una concepción compartida entre las esferas altas de la sociedad, no hace más que indicar el lugar que ocupa cada individuo en los distintos ámbitos de nuestra realidad:

“Diéronse casos de familias adineradas, con grandes fortunas obtenidas en el comercio, que ofrecieron fiestas y bailes a los cuales nuestra sociedad se negó a concurrir, formándose un vacío desesperante. Algunos jóvenes de cuantiosa fortuna, del sur, llegados a Santiago, fueron rechazados por señoritas sin fortuna, que ante todo buscaban el apellido. Se daban casos ridículos en la lucha por pertenecer a la alta sociedad chilena”.²⁷³

Indudablemente, el origen del dinero al igual que el buen nombre impone unos símbolos de identidad colectiva que funciona como disposición para llevar una desenvuelta vida social, teniendo esto en cuenta, el desprecio que suscitó entre las antiguas familias la presencia de unos individuos que agrupaban en su haber orígenes de ribetes humildes, de fortunas creadas a través de una labor productiva remunerada, dice bastante del arquetipo socialmente valorado y codiciados entre las jóvenes. Tampoco hay que pasar por alto, la formación moral dada por los padres y, en especial, por las madres, que ajustaban su quehacer con miras a satisfacer el statu quo de la época. También tocaba a las mujeres de posición establecer un activismo y diagnóstico acorde respecto al avance de los sectores medios, en cuyo caso les será más difícil aceptar, dada la particular cosmovisión y reducido campo de acción del mundo femenino:

“A la aristocracia, del nombre y de la hacienda, se unió poco después la aristocracia del talento y de la política. Después de la guerra del Perú, vino la aristocracia del dinero, por el ensanche que tomaron los negocios. No ha mucho, las mujeres nos impusimos con asombro, que había hombres finos, inteligentes, cultísimos, que no se apellidaban ni Irarrázabal ni Larraín y observamos que casi todos los libros nuevos estaban firmados por nombres

²⁷³ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Editorial. Universidad de Chile, 1984), 60.

que no habían figurado en la guerra de la Independencia, ni en la costa de la República. En las listas de premios de los colegios vimos con frecuencia a los desconocidos tomar la primera fila. Y luego a nuestra mayor sorpresa, apareció una clase media que no sabíamos cuando había nacido, con mujeres perfectamente educadas, que tenían títulos profesionales y pedagógicos, mientras nosotros apenas sabíamos los misterios del rosario. Entonces sentimos el terror de que si la ignorancia de nuestra clase se mantenía dos generaciones más, nuestros nietos caerían al pueblo y viceversa”.²⁷⁴

En estas circunstancias, el propósito de contrarrestar la hegemonía de la élite masculina mediante la creación de un espacio abocado a sus necesidades (femeninas), no era la mayor de las preocupaciones; el miedo que generó el ascenso de personas más instruidas y más cultas que ellas, con títulos y estudios, preparadas para enfrentar las nuevas condiciones del mundo, individuos de los que se tiende a prescindir y, sin embargo, ahí estaban, en posición de enrostrarles toda la indolencia que habían exhibido en los distintos campos de la sociedad. En cierto modo, el problema mayor no era entre las jerarquías, sino de jerarquías; las mujeres patricias, gozaban de los beneficios de la vida elegantes, pero los avances significativos provenían desde los sectores más modestos, sin embargo, aunque estos últimos alcanzaran tal preeminencia, a ojos de las élites no eran más que un producto diferente conservando la misma etiqueta.

Así y todo, como señalaremos prontamente, las mujeres en general asumían un rol pasivo, un adorno en el rincón de los salones, tampoco ayudaba a ello la instrucción recibida, con conocimientos que no escapaban de la lógica doméstica, algo de costura, bordado, música, uno que otro idioma, moral y religión, entre otros. La transformación que buscan es para escapar de este letargo, cultivar cualidades alejadas de aquel cuadro de costumbres tradicionales, y a fin de evitar ser superadas por las clases humildes, en estos términos, el miedo al pueblo es transversal, y mantenerlo alejado era el remedio para aplacar ese infundido temor.

²⁷⁴ Francisco Javier Ovalle, *Mis pensamientos sobre el Club de Señoras de Santiago* (Santiago, Escuela Tip. “La Gratuidad Nacional”, 1918), 42.

De manera complementaria, Alone nos proporciona un enfoque que resume el sentimiento de inseguridad al que sucumbieron muchas mujeres de la élite:

“Como de cuando en cuando ocurre, las señoras distinguidas se alarmaron ante la superioridad evidente que iban conquistando por su avance intelectual las clases menos afortunadas. Previendo –porque una cosa tare la otra- que a las conquistas intelectuales sucederían las de carácter económico, y después las políticas, que ya se anunciaban, decidieron ponerse en guardia y se juntaron para hacer en común lecturas provechosas y conseguir, como dice Anita Los en “Los caballeros las Prefieren Rubias”, “mejorar su inteligencia””.²⁷⁵

En este punto vale la pena retomar un antecedente representado en líneas preliminares. Similar a la sincera pero excluyente admiración de Iris, aparecieron sujetos encaminados a elevar la imagen del pueblo, y ello porque integraban a su haber conductas y valores que estaban muy por encima de las costumbres mundanas ya hondamente cuajadas en la conciencia aristocrática. Dicho esto, Benjamín Subercaseaux (Daniel) defendía la identidad del mundo popular, observando con rabia de donde provenían los peligros que amenazaban a la sociedad en su totalidad:

“Los amigos de Daniel no comprendían estas cosas; no comprendían nada de nada: al pueblo, no se habían dignado mirarlo –en esto se parecían a sus aborrecibles papás–; la pasión ni la nombraban, como no fuera bajo el feo disfraz de la obscenidad; del arte, apreciaban los versos de algún poeta tropical... Eran unos viejos burgueses reducidos a una escala pequeñita”.²⁷⁶

La tendencia exclusivista que gobernaba gran parte del círculo social de Daniel, no sólo involucraba a parte importante de su familia, sino que también comprometía a amistades; en rigor, la discriminación social existente generaba incomodidad en Benjamín, precisamente porque la imagen que prevalece de los sectores populares corresponde a una connotación fincada en su naturaleza inferior. Denostados con tanta frecuencia por las familias más encumbradas de la sociedad, las contingencias surgidas sobre los sujetos pertenecientes a las clases dominadas carecían de importancia, en la

²⁷⁵ Alone, *Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, Editorial Nascimento, Santiago, 1976), 128.

²⁷⁶ Benjamín Subercaseaux, *Daniel niño de lluvia* (Santiago, Ercilla, 1945), 230.

práctica, no solidarizaban con los sectores menos favorecidos; asunto diferente, cuando ciertas prácticas eran adornadas de un espíritu extranjero, les daban una relevancia inusitada, afirmando un contraste de prioridades que comenzaba a causar malestar entre esos personajes hasta ahora ignorados.

El ideal de mantener la segregación entre los diversos grupos sociales, dio lugar también a la definición de centros religiosos de acuerdo a la procedencia de sus fieles, en cierto modo, la esfera ritual constituía otro foco de jerarquía elitaria. El sistema de culto marchaba con relativa indiferencia respecto de su función, más que ser un puente de comunicación en lo que se refiere a sus valores, respondía a ciertos vínculos de obediencia, impidiendo el desarrollo de una organización de carácter heterogéneo:

“Desde tiempo atrás (...) he anotado cierto auge de los asistentes bien vestidos, fenómeno observable en toda clase de fiestas o reuniones de índole religiosa. Se ausenta cada vez más el pueblo de los templos, y acude en mayor número la llamada burguesía.

¿Huye, por ventura, la fe del corazón de los pobres, para refugiarse bajo el techo de los burgueses?

En la lucha a muerte entablada doquiera entre el proletariado y los favorecidos de la fortuna, la Religión, según los contendores, no ha guardado estricta neutralidad. Sus principios, tan ultrajados por los ricos como amenazados por las masas hambrientas de bienestar, parecen haberla ubicado de parte de los afortunados (...) Mientras los de abajo desertan del santuario, y han transformado en odio su antiguo afecto por la doctrina religiosa, los de arriba, aún aquellos destituidos de creencias, se han tornado benévolos hacia la Iglesia Católica”.²⁷⁷

Importa recordar, como exhibe el párrafo, el protagonismo del elemento religioso para acceder en las diferentes facciones de la élite nacional. En el caso de nuestro país, las competencias de la iglesia aún lo convertían en el máximo agente rector de la sociedad, sin importar la posición de los fieles o el sentir verdadero en materia religiosa. En estas circunstancias, la religión vino a convertirse en un vehículo para avanzar en la sociedad santiaguina, acercando a un público con fortuna, pero sin el apellido, a familias de antiguo linaje, privadas de riquezas y, por supuesto,

²⁷⁷ Alejandro Vicuña, *Crónicas de un Pimiento* (Santiago, Editorial Tegalda, 1947), 81.

despertando la curiosidad de la clase media; en cambio, las élites, solo realizaban estas prácticas de manera caprichosa, porque tratábase, de una rutina que calza con el estado de cosas vigente.

Entonces, la creciente adhesión al ideario religioso, comprende la llegada de nuevos fieles a las instituciones que congregaban la mayor parte de la comunidad religiosa, ahora bien, el sentimiento de los sectores menos afortunados es comprensible, fueron tachados de elemento prescindible, sin importar si sus creencias se identificaran con los valores católicos, en definitiva, la administración religiosa actuaba en conformidad de posiciones y principios de la clase dirigente, si pudiera decirse, una fe sitiada en prácticas elitistas.

Los sectores populares, vienen a confirmar la imagen que prevalece en grupos de jerarquía respecto a la iglesia, precisamente la apreciación, es realizable en términos de herramienta para ascender socialmente, y no en conformidad con su misión espiritual, que encarna indistintamente un compromiso con las causas sociales, de hecho, en los templos habilitados para los sectores de baja connotación social se articulaban unos valiosos preceptos, en armonía con los valores cristianos:

“Daniel miraba la iglesia sombría en ese barro de ultramapocho y la sentía profundamente suya. Era como el mensaje de su propia tierra venido de una época lejana en que él no pudo conocerla; una puerta al Cielo por donde Dios podía asomarse y hablar hasta en roto (...)”.²⁷⁸

En consonancia de aspectos dichos anteriormente, Daniel siente auténtico el discurso emanado en aquel lugar, advierte una correspondencia entre lo expresado y la posterior acción cometida, por ello, visita este santuario reservado para los sectores populares, acude en la búsqueda de una lectura crítica y contestaría del Chile oficial.

Este aspecto es muy recurrente en las memorias del autor, el ensalzamiento de los grupos subalternos en cuanto a su identidad tan increíblemente propia y auténtica, aspecto digno de elogio para Subercaseaux (Benjamín), sobre todo si consideramos los

²⁷⁸ Benjamín Subercaseaux, *Daniel niño de lluvia* (Santiago, Ercilla, 1945), 115.

hábitos ostentados por conocidos y familiares, a quienes no comprende, ni logra encajar en sus rituales, tan frívolos como quienes participan en ellos. En este aspecto, subyace en la opinión de la madre de Benjamín Subercaseaux, esos principios que tanto aborrece su hijo, la denostación profesada hacia la vida sencilla; en tanto, es ella quien observa la devaluación del santuario al que asiste, debido al flujo de feligreses con otro tono social:

“La madre de Daniel ignoraba a los Recoletos. No es que ella pensara mal o bien de esos santos varones; los ignoraba, simplemente, como si hubieran pertenecido a otra religión. Porque la verdad es que existía cierta rivalidad entre “Santa Filomena” y el templo franciscano. Allá tenían a la Santa; aquí a un siervo de Filomena: Fray Andrés. Allá iban ciertas damas aristocráticas; acá, una obscura clase media, tan democrática como el santo lego”.²⁷⁹

La reacción de la madre, ante esta pugna, indica los roles respectivos de la iglesia, sin desmerecer el amplio acuerdo entre los miembros de la élite para mantener esta rígida estratificación, es decir, la fe católica pareciera ser propiedad exclusiva de la aristocracia. Sin embargo, la consolidación de instituciones religiosas fuera de los márgenes de influencia de la élite, propaga un malestar en la madre de Daniel, porque además de compartir las mismas creencias, ahora, debido a las circunstancias relacionadas, se ocasiona un desplazamiento de fieles en ambas direcciones, tratando de colmar ese vacío espiritual.

La búsqueda de aquel complemento en el extremo opuesto, estimula los sentimientos de frustración en quien percibe aquellos activos adeptos en invasores de un espacio que no les corresponde, pero que algunos están dispuestos a soportar en un intento de conciliar dos símbolos religiosos que las barreras sociales han dividido.

²⁷⁹ Subercaseaux, “Daniel niño de lluvia”, 112.

3.1 Salones y mujeres de élite.

En principio, mencionar que en Santiago escaseaban los espacios de sociabilidad elitaria, por este motivo, este ritual se desarrollaba, como explica D'Halmar, "en *pequeñas reuniones sociales, porque su vida misma era aún más sociable y familiar.*"²⁸⁰

Sin lugar a dudas, la conformación de este tipo de reuniones sociales tendió a cohesionar fuertemente a los miembros de la élite en los años anteriores a la explosión de la riqueza salitrera. Unas décadas después, ya establecida una base de interés en común, la cultura francesa vino a funcionar como signo renovado de exclusividad, y ahora era necesario dar forma a un lugar de encuentro para poner en marcha la dinámica sostenida por sus homólogos europeos, entonces, las pequeñas reuniones familiares, remodelaron sus estancias y abrieron las puertas hacia un público más amplio, pero siempre con reservas.

La segmentación de los espacios de sociabilidad, habla en buena medida de lo arraigado que estaba la experiencia y el modo de ser de la élite. Dentro de esta realidad construida, registra la existencia de los llamados Salones, instancia de convenciones de los más privilegiados y poderosos. Detrás de este escenario creado por miembros cultivados de la época, subsiste un medio que evoca maneras refinadas, de crítica y libertad, en fin, una cultura de élite que opera y actúa como fundamento mismo de las vidas aristocráticas:

"Ministros de Estado, miembros del Congreso, escritores de nota, la "élite" de la inteligencia y la cultura, se encontraba en las reuniones diarias de aquellos salones, y los que no se inclinaban a la política, conversaban sobre teatro, letras, música, etc. La lectura de las últimas novelas que llegaban, daba margen a conversaciones muy amenas, pasando en revista a los autores de moda como Balzac, Victor Hugo, Chateaubriand, George Sand, Lamartine, Musset, Théophile Gautier, Merimée, los Goncourt, Sainte-Beuve, Alfonso Karr, Alfonse Daudet y

²⁸⁰ Augusto D'Halmar, *Recuerdos olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975), 132.

otros ya olvidados, que suscitaban hondas discusiones. Se contaban con calor los problemas que en esas obras se desarrollan, la verdad y la vida de sus caracteres, los estudios del corazón humano que de ellas se desprendían y la personalidad misma de sus autores”.²⁸¹

Entonces, los salones incorporaban elementos propios de los modelos europeos, y eran vehículos de difusión de las distintas vertientes de pensamiento llegadas del viejo continente, la restricción a estos espacios de alta cultura y vanguardia comprueban una experiencia mediada por las capacidades propias de sus integrantes (formación educativa), así como sus beneficios en materia económica.

Por añadidura, se manifiesta la necesidad de perfeccionar conocimientos y refinarlos, imperiosos de someter a juicio su intelecto, y de reafirmar su eminencia con el roce de individuos de igual linaje. No hay duda acerca del influjo que representaron las ideas provenientes de Europa, en el fondo, afianzaron actitudes y costumbres muy acordes a los principios que aportaban diferentes autores europeos. A la luz de la temática, y respecto al modelo de los salones nacionales, Vicuña expresa:

“(…) dado que la historia íntima de los salones parisinos no fue extraña a los círculos ilustrados de la élite, es de creer que el salón como institución social y cultural, lo mismo que la actuación de las salonières, respondió a un esfuerzo premeditado y consciente por apropiarse y emular las formas de sociabilidad asociada a los salones franceses”.²⁸²

En Chile el salón surgió como una imitación atractiva del gran mundo francés. El hecho de recrear la esencia cosmopolita y refinada de los salones parisinos produjo tal entusiasmo que explica la frivolidad de los primeros tiempos. En los salones criollos, los recién llegados de París daban a conocer el cambio que habían experimentado en sus gustos, modales y concepciones del mundo.

La trama sobre los principios que aportaba Francia naturalmente cuajó en los salones de la élite criolla, siendo convenciones y, diálogos dotados de formas de

²⁸¹ Manuel Vicuña, *La belle époque chilena, Alta sociedad y mujeres de élite* (Santiago, Catalonia, 2010), 83.

²⁸² Vicuña, “*La belle époque chilena*”, 82.

sociabilidad próximas a una conducta civilizada. Francia era ejemplo de una experiencia que era necesario mirar, tanto por su desarrollo cultural, como por las sensaciones que despertaba en nuestra sociedad.

A pesar de nuestras modestas pretensiones iniciales, quisiéramos extendernos en este contexto con el propósito de acentuar el rol de la mujer, en un panorama que busca investirla de cualidades de tintes únicamente decorativos. Esta base permite aventurar algunas ideas acerca de la significación social de los salones. Para despejar dudas, el salón merma la clásica actividad masculina, para fundirse con la figura femenina, proyectando una sociabilidad de tipo mixta. Los salones ofrecen la posibilidad de suprimir temporalmente la irremediable barrera entre hombre y mujeres, revistiendo tópicos de la coyuntura política, principalmente aspectos de notoriedad pública, ciertas tendencias de la moda, baile, música, arte, y corrientes intelectuales en boga.

El rol de las mujeres al interior del salón queda personificado en la figura de la saloniére. En esta función de anfitriona, guiaba las diferentes temáticas con viveza y elocuencia, estimulando la intervención, y siempre consciente en reconocer en los demás participantes todo su esplendor. En la comunicación oral subyace la capacidad de leer el ambiente, atributo relevante desde su punto de vista, puesto que logra percibir la eventualidad de alguna tensión y prever las condiciones que pueden desatarla, para luego encauzar armoniosamente la conversación, reafirmando la flexibilidad para actuar frente a los deseos de sus huéspedes; respecto a una saloniére de la época, se detalla:

“(…) ella lo organiza todo y, sin hacerlo sentir, coloca a cada uno en el medio ambiente que le es propicio. Es maravilloso ver cómo dirige la conversación, haciendo lucir las aptitudes de cada uno de los asistentes. Con su cultura superior y la lectura constante de lo último que se publica, está siempre impuesta de lo que más llama la atención en cualquier materia y con su finura exquisita, insinúa a cada uno aquello que domina y lo estimula a hablar de lo que sabe, ya sea literato, pintor o músico; a los extranjeros, de lo que sobresale en su tierra; a las mujeres de sus aficiones”.²⁸³

²⁸³ Vicuña, “*La belle époque chilena*”, 88.

Buena parte de sus energías se gastan en el flujo incesante de información, en una continua metamorfosis creativa que eleva el ánimo de sus miembros. A su vez, debe abrirse a conocimientos que exceden por mucho la realidad del contexto, hacia ideas que no pertenecen a su patrimonio natural. En efecto, este grupo de mujeres adapta su ingenio junto a necesidades y presiones que animan a ambos géneros, tiende entonces a actuar en consecuencia para que los invitados se empapen del refinado y elegante arte de la conversación.

Tomás Gatica Martínez en su novela *La Cachetona* subrayara la condición propia de las mujeres de clase adinerada, contribuyendo a esclarecer el desenvolvimiento de estas, alejadas y luchando contra las restrictivas convenciones sociales. El desarrollo de la obra se da de la siguiente manera:

Comienza con el reciente matrimonio de una pareja de jóvenes. Luego de contraer el vínculo, se produce un cambio enorme en el marido, quien por obligación social debe transitar por los centros característicos de la oligarquía. Esto es lo que en parte lo hace cambiar. Se vuelve un dandi y, por consiguiente en un infiel hacia su mujer, quien en principio pasa encerrada en su mansión como dicta la moral católica. Llega una amiga íntima y de años de Valentina (nuestra protagonista), quien es aquella conocida como una "cachetona", procede, con mucho esfuerzo y variadas tentativas, a sacar del claustro a su amiga, transformándola, con el tiempo, en otra cachetona. La salida del hogar de Valentina y el que la circunden otros dandi provoca envidia en su marido, quien la quiere como propiedad personal aunque no la ama, de hecho tiene una amante a quien venera más. Proceden a irse a un viaje a la playa (Pichilemu, lugar apartado en la época) para alejar a Valentina de quien la circunda. Sucede que aparece el personaje en cuestión y también la amante de Hernán su marido, quien se hace amiga de Valentina y, al saber que ella ama todavía a su cónyuge, procede a alejarse de la pareja para siempre, dejando una carta para la pareja de Valentina, quien queda desconsolado, con su esposa a quien no ama.

En el fondo, el patrón de conducta que encontramos en los pasajes del escrito deben ser matizados, y más allá de la situación general de la novela, a grandes rasgos, retrata las vivencias de un reciente matrimonio de jóvenes acaudalados, al tiempo que

buscan acostumbrarse a los nuevos modos de sociabilidad, formas sociales hasta ahí, distantes del catolicismo dominante, al menos para la familia de la protagonista, Valentina. Este aspecto los desacomoda y los va distanciando.

En cuanto a su cónyuge, Hernán, este se ha adentrado en todo lo que tiene que ver con el dandismo y por lo tanto, abandona virtudes y rasgos de su antigua moralidad; en lo que respecta a Valentina, conserva aspectos morales que eran parte de sí anteriormente, razón por la que le chocan de sobremanera las actitudes de su marido, sobre todo en lo referente a las salidas a clubes y las maneras con otras mujeres en dichos lugares.

La pareja pasa a distanciarse en principio por temas religiosos: la mujer es demasiado creyente y practicante, el marido todo lo contrario. Ninguno cede, ambos son intransigentes. No congenian, el marido es un dandi en toda dimensión, su esposa no era cercana a los modos de ser de la época, razón por la que cada uno se convierte en una antítesis del otro. Haciendo a un lado las circunstancias de los protagonistas, analicemos la identidad de las mujeres patricias, respecto de lo que significa ser cachetona:

“Adriana figuraba en el valiente círculo de señoras que, sacudiendo lo que se ha dado en llamar añejas preocupaciones, entraron en la conquista de las libertades del sexo, luchando, sin duda, por acortar la distancia que las separaba del hombre; círculo irrespetuosamente calificado con cierto adjetivo que alguna de esas mismas damas descompuso en los epítetos franceses cachet y ton, y que tuvo su principal centro de acción en los elegantes salones de un club; círculo de gente rica y de señoras bonitas, hastiadas de la monotonía aburridora de la existencia burguesa y ansiosas de aire parisién; círculo que levantó los escrúpulos de las timoratas quienes en la alegre franqueza de aquellas reuniones, vislumbraban, tal vez, un atentado contra la tranquilidad conyugal”.²⁸⁴

La define como aquella mujer de sociedad que, generalmente por el abandono o pérdida de interés de su marido hacia ella, procede a presentarse sola en las reuniones

²⁸⁴ Tomás Gatica Martínez, *La Cachetona* (Santiago, Talleres de la Empresa Zig-zag, 1913), 47-48.

sociales, hablando y compartiendo de los mismos espacios que en principio eran propiedad exclusiva de los varones.

Son mujeres que, por el empoderamiento que adquieren, son mal vistas por una parte de la sociedad (otras mujeres principalmente) que está arraigada a elementos tradicionales, como la presentación de la mujer en sociedad solamente si está con su marido (moral católica), pero a la vez conjura la atención de buena parte de los hombres que practican el dandismo, al ser en sí mismas personajes interesantes. Son mal vistas y aceptadas al mismo tiempo:

“La *cachetona*, en cualquiera de sus grados, porque las hay desde la coqueta inofensiva que sólo se dedica al *flirt* más o menos avanzado, hasta la que hace toda clase de concesiones, no deja de ejercitar ciertas prácticas que, como la concurrencia a misa los días festivos, constituye un precepto ineludible impuesto por el quinto mandamiento de la Santa Madre Iglesia; y así la misa de las doce lleva los domingos a la catedral un concurso selecto de gente distinguida, y, sobre todo, la nave lateral donde se oficia el santo Sacrificio, aparece siempre repleta de familias opulentas que han dejado su americano a la puerta, de altivas cachetonas, de uno que otro alto personaje político que suele ser liberal (...), de jóvenes elegantes que, cuando menos, van allí a comentar algún programa hípico, y de mundanas de alto rango”.²⁸⁵

El suceso más curioso que presenta, es la exposición en la vida pública de una mujer sin la compañía de su marido; también la instrucción de la mujer en temas de conversación solo de hombres en la época. Es un fenómeno que se repudia y que a la vez se le saca provecho por parte de los hombres y que se termina aceptando solapadamente en la sociedad, a pesar de ser de base católica. Son ellos quienes comparten sus eventos con un segmento de la aristocracia santiaguina, razón por la que los varones conocen mejor que nadie las andanzas de las propias mujeres a las que se critica. De tal suerte, sus movimientos siempre acaban por volverse significativos:

“En Santiago existen las *cachetonas* y acaso, en mayor número del que piensan algunos sabrosos optimistas que no titubearán en salir a batirse por los fueros

²⁸⁵ Gatica, “La Cachetona”, 99.

del honor herido...aunque ellos mismos sean los primeros que registren en el immaculado infolio de sus memorias íntimas, el testimonio de algunos hechos sugestivos (...)"²⁸⁶.

En La Cachetona se evidencian las ataduras sociales a las que están obligadas las personas para vivir respetablemente, tales como mantener cierto cúmulo de actitudes y acceder a ciertos lugares, esto es, por ejemplo, ser dandi en el caso de los hombres o vivir enclaustrada en el caso de la mujer. La cachetona viene a confrontar esta situación. El problema de fondo es la manera paradójica en que son presentadas las mujeres, pensar en un desplazamiento hacia actividades ascendentes desde el punto de vista social es contemplado como un imposible. De modo que el acto opuesto a moldes tradicionales representa un panorama celosamente guardado para autoafirmar las facetas del pasado, distinciones fijadas a solicitud de los varones. Tales circunstancias nos someten a un anacronismo pobre, obviar y menoscabar el cultivo de vida representado en la figura femenina. Esta es la situación prescrita en el medio urbano, que en vez de permitir el avance de individuos poliformes, capaces de efectuar roles de pronto de manera más flexible y efectiva, tienden a ser negados. La mujer en pos de lograr hacer a un lado antiguas etiquetas, que las vincula a actividades laborales específicas, preferentemente halagadas por su fragilidad, objeto para la formación de matrimonios ventajosos y otras instancias anexas, busca reafirmar su identidad y su lugar en los círculos ilustrados de la capital.

Es muy importante, en este contexto, brindar una visión que exponga los destinos de muchas de las mujeres del novecientos, para aquello, un par de autores ha elaborado un conjunto de testimonios donde enseñan con preocupación su condición:

“Los maridos envejecían regañones, dominantes y majaderos. Ellas vegetaban resignadas, inconscientes de que la vida pudiera dar a otras mujeres más de lo ellos recibieran...

La mujer, salvo rarísimas excepciones, no pensaba nada, y se dejaba conducir por el sacerdocio y la predicación. No tenía cabida en ninguna parte. El hogar era su único sitio y la soltería se tornaba pavoroso espectro, pues no casarse

²⁸⁶ Gatica, “La Cachetona”, 98.

una niña y criar su propio hogar, quedaba condenada a vivir de allegada y a ser sirvienta de todos.

Joaquín comprendió que necesitaba crearme un ambiente y que no viviría ya más dentro de las condiciones hechas a la mujer de mi clase. La casa se arregló para recibir”.²⁸⁷

Desde el comienzo, la función femenina se encuentra sometida a una mano superior que guía sus relaciones hacia un destino de aislamiento y marginación, es decir, el movimiento perpetuo de las mujeres, en buena medida, está construido bajo parámetros establecidos por la jerarquía espiritual y doméstica, donde cualquier desvío de esa senda genera hondo pavor en damas y caballeros de antiguo abolengo. Las posibilidades más allá de aquella tutela moral aparecen como algo similar a la exclusión social, misma suerte corrían las solteronas, condenadas a observar pasivamente y actuar como viudas, un luto un tanto especial, que a menudo radicaba en cumplir labores de criada.

La llamada emancipación femenina no tenía cabida en el ideal educativo de la élite, tal tendencia se alejaba del propósito expreso de vincularlas al mercado matrimonial, sin embargo, mujeres de un sector particular de la clase dirigente albergaba intereses diferentes, con miras a sobrellevar la sacralizada relación de los sexos. En cuanto al escenario dispuesto, Inés adopta una iniciativa que sacude y pretende oponerse a los lineamientos compelidos a invisibilizar el papel de la mujer, por consiguiente, es una voz que susurra la ruptura con la tradición patriarcal, cuya acción reivindicativa iniciara en su residencia, escenario dispuesto en un esfuerzo premeditado para reducir parcialmente la escisión entre hombre y mujeres. Iris continua captando la circunstancias de las damas patricias, en el siguiente registro:

“Es penosísima la condición de la mujer. Están recluidas de toda actividad que no sea tener hijos y manejar la casa. Nada se les consulta, no tienen responsabilidad; sus opiniones no cuentan. Las más avanzadas leen algunas novelitas sosas y tejen botincitos de guagua; las restantes se reúnen a chismear para escandalizarse, murmurar, bostezar y prepararse a bien morir, ignorando que viven muy mal porque malgastan todos los dones divinos.

²⁸⁷ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar Chile de edición s.a, 2005), 177 – 178.

Las mujeres no tienen en su cabeza ninguna idea general, ni más mundo que su patio, ni otra actividad que dirigir la cocina”.²⁸⁸

Sin duda, nos hallamos aquí frente a quienes encarnan, posiblemente mejor que ninguno, la imagen de segregación, al menos dentro del mundo aristocrático, la figura femenina. Resulta revelador el grado de condicionamientos presente a lo largo de su vida, de jóvenes destinadas a moldearse de acuerdo a la opinión pública, enclaustradas en la aprobación implícita o explícita de sus experiencias, y atadas a una sociabilidad construida para entregar el protagonismo a los varones. Lo anterior nos indica quizá el principio básico de su existencia, existencia que, en buena medida está fuera de su control; la denuncia viene confirmar una orientación ya decidida previamente, el relegamiento de las mujeres a sus mansiones particulares y el impedimento a pronunciarse en las actividades de entretenimiento público, son la muestra del deplorable estado y la falta de autonomía al que quedaban expuestas.

Iris experimentó por sí misma el constante aislamiento, y la tiranía ejercida sobre el elemento femenino, no obstante, apelando a su necesidad de conquistar las libertades concedidas a los varones, se alentó a instaurar un espacio propio para perseguir los placeres que las diferentes esferas de la sociedad le negaban, aunque sucediera desde las metáforas elaboradas desde su puño y letra:

“Nuestra sociedad, cerrada, convencional y frívola, me privó de conocer a Rubén Darío, a Pedro Balmaceda y a tantos otros poetas y soñadores. La aristocracia chilena es una Bastilla, rodeada de fosos –los prejuicios- y de altos muros de orgullo de casta. La mujer no adquirió personalidad. Fuera de la autoridad maternal, cuyo reino se extendía poco más allá de la edad de razón de los hijos, no tuvo opción fuera del hogar. Se nos consideraba seres inferiores, casi irracionales. Fue para mi gran sorpresa que Joaquín me animase a escribir un libro, siendo que recién nos casamos declaró guerra a mi pluma como a una rival”.²⁸⁹

²⁸⁸ Echeverría Bello, *“Memorias de Iris 1899 – 1925”*, 191.

²⁸⁹ Echeverría Bello, *“Memorias de Iris 1899 – 1925”*, 228.

Escasas en número eran las mujeres capaces de enfrentar los desafíos impuestos por estos clanes de conciencia patriarcal, usualmente adscritas a un orden que ha fincado desde hace un tiempo su identidad ante el imperio del matrimonio. El caso de Iris es la excepción a la regla, dueña de un carácter de seguro memorable, aunque también de unas posibilidades ajenas a los valores tradicionales, logra identificar la jerarquía natural del sexo masculino, tanto la dinámica de su autoridad, como el ideal femenino que pretende estimular. En términos simples, el curso de la identidad femenina tiene como único trasfondo el matrimonio, y con ello, una experiencia marital anónima y homogeneizadora, que se mueve meramente en esta encrucijada de conformidad y retrainimiento.

Suscrita a estos severos moldes dentro del hogar, las disposiciones fuera de él no eran muy diferentes; las mujeres vivían bajo el mandato de los deberes tradicionalmente establecidos por la sociedad, constreñidas a actividades concebidas para su exposición, y en ocasiones conviértanse en el entretenimiento de otros. Planteada la cuestión de esta manera, los bailes conforman un frente donde podemos apreciar las situaciones que llevaban esta impronta; la siguiente reminiscencia, subraya lo embarazoso e incómodos que podían llegar a ser estos eventos para lo femenino:

“Más patéticas, sin embargo, me parecieron después, otras, ocultas, que corrían por dentro, verdaderamente dramáticas, provocadas por los bailes, que se presentaban en la trágica ceremonia de la entrada, cuando, a uno y otro lado, formaban los muchachos una calle expectante que ninguna muchacha cruzaba tranquila: algunas pálidas, verdes o cenicientas bajo los polvos, sonreían de espanto, buscando con la vista al amigo que las compadeciera en esa verdadera vía dolorosa o camino del matadero al que iban algunas, como ovejas, pero ovejas conscientes, que sabían el destino que las esperaba... En aquel tiempo, dueñas de casa piadosas y jóvenes de buen corazón formaban grupos que se comprometían a sacar del purgatorio a las desatendidas, a las que, de otro modo, nadie iba a librar del tormento, aunque sus labios multiplicaran las oraciones y sus ojos las miradas suplicantes. Pero los buenos sentimientos pueden poco en esa lucha de diversiones y pronto vencían la indiferencia, el egoísmo, el disimulo, con mil astucias para justificar la deserción: algunas, después de acogerse confiadas a la tabla de salvación piadosa, volvían a anclar, solitarias, junto a una madre furiosa contra los hipócritas, que pasaban,

volviendo la vista, apretando otro brazo, sin querer perder la fiesta y aburrirse
“planchando” toda la noche”.²⁹⁰

Este patrón de conducta, convirtió al ritual de emancipación para los jóvenes en un verdadero suplicio, especialmente para las mujeres. Alone, deja caer la venda para mostrar el funcionamiento del mundo social femenino, con rasgos que hacen pensar en un autocastigo, teñido de connotaciones peyorativas. Lo transcrito no deja lugar a dudas, estamos ante unos recuerdos envueltos en una aureola crítica, las fiestas de iniciación se hundieron bajo el cuidado por las normas, con ritos vacíos que obligan a ceremonias más parecidas a un mercado para pactar allí la adquisición de alguna dama de condición superior que a veladas destinadas a enriquecer la presencia de las mujeres de clase alta, aunque no es tanto la idea de magnanimidad de que esta imbuida dicha ceremonia, como lo es el relegamiento de las integrantes a transitar el zigzagueante y tortuoso camino de la aprobación. Y conviene subrayar la valorización cada vez más incisiva establecida en torno a la multitud, la imagen general con frecuencia no escapa de estos censores, a la manera de lograr una vulgar clasificación, para enseguida someterse a la incertidumbre, derrota y, dolor, tras el resultado de la elección.

En esa angustia existencial, las madres avalan el carácter exclusivamente patriarcal de estas reuniones, entendiéndolo como hábitos indispensables para formar parte de la sociedad, la frustración de las progenitoras para con sus hijas se debe al fracaso de entrar en los círculos socialmente estimados, en otros términos, la decepción de las jóvenes en términos novelescos aparece en las madres como el cumplimiento de un deber que se concede a aquellas que asoman como las mejores, en la paradoja de quien será la afortunada dama elegida.

Nuestra mayor sorpresa la despierta la personalidad del caballero aristocrático, que al menos en esta faceta dista mucho de los preceptos que lo definen en el campo de lo virtuoso. Detrás del personaje de abolengo, revestido de códigos morales que se distinguen por su excelencia, y cuya nobleza heredada por momentos nos recuerda a

²⁹⁰ Alone, *Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976), 121- 122.

individuos ungidos con el honor de primitivos caballeros, sin embargo, los atributos celebrados se contraponen a la figura evidenciada por Alone, el mensaje es un ruptura con las narraciones tradicionalmente concebidas, encontrándonos con varones de personalidad frívola, haciendo que sus actos aquejasen la dignidad o comprometieran el honor de alguna que otra ilusionada dama, experiencia que por lo demás aboga decididamente a dejar en evidencia preferencias y criterios de calificación ante la atenta mirada de asistentes, conocidos y familiares:

“Yo preparo a mi chiquitina para la fiesta. La visto como a los niños de esos cuadros ingleses célebres, poniéndoles un gorrito que le iba a primor. Mientras le ponía el vestido nuevo, se creyó muy elegante y estuvo dichosa. Tal vez imaginó que en la fiesta seguiría a mi lado; pero, desde que oyó el estrépito de la orquesta, se asustó y me miró con ojos angustiados que pedían auxilio, y más aún se alarmó cuando el mozo galoneado le sacó el gorrito e hizo ademán de introducirla al salón. Pobrecita, sus ojitos alarmados me interrogaban, y como yo no la defendiese tuvo un gesto de sumisión asustada y de abandono al desconocido que le aguardaba entre extraños, dentro de ese salón lleno de niños que no viera nunca antes, con aquella música atronadora y aquella gente tan rara... ¡El mundo! Fue su primera visión. En el gesto de huida que apenas esbozó la criaturita, y que fue deshecho por esa sumisión a la fuerza del ambiente con que nos aplasta la vida, entreví la gran lucha humana a que todos somos lanzados como a una pista de carrera, en que pierde aquel que no da la medida de su máximo esfuerzo”.²⁹¹

El temor de la hija a través de los ojos de una madre resume esta aventura metafórica de “salir al mundo”; el rito individual que permite medirse con la sociedad trasciende la anécdota y el entretenimiento, y conforme a lo descrito consiste en abandonar el regazo materno; esto aclara que el destino de muchas otras protagonistas comprendía atravesar el umbral de esta experiencia; de suerte que su razón de ser es medida en medio de los cuestionamientos propios de la opinión pública.

El mundo da vida y devora al mismo tiempo, medirse con él nutria el propósito de esta actividad, vale decir, la hazaña reclama este encuentro definitivo que

²⁹¹ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chilena de ediciones s.a, 2005), 384 – 385.

caracteriza el paso natural entre la niñez y la adultez. Lo cierto es que la transición, agrade más bien con la mirada siempre inquisidora de los espectadores, porque justamente tocaba sobrellevar la estructura mítica de separación e iniciación en deferente silencio. El cultivo y cuidado de estas formas imprescindibles para quienes las obedecen, no significa que estén plenamente justificadas, aunque independiente de su validez, cualquier madre, y la del texto prestado a análisis, está impedida de apartarla de los peligros de una costumbre traumática. Así, pues, Iris confía en que las cosas cambiaran, donde el hombre será empujado a caminar por este enorme depósito de presiones y frustraciones, prueba de aquello es este pasaje:

“El siglo va marchando muy ligero. La mujer no puede continuar siendo escogida, casi en subasta pública, por el hombre. Vamos a invertir los roles... Luego elegiremos nosotros a los mozos que nos gustan. Ya no nos sacaran a bailar... Los sacaremos nosotras del purgatorio del menosprecio...”²⁹²

Todo este espectáculo, intrínsecamente señalaba el poder de las relaciones sociales mediante los cuales los individuos adscritos a ellas viven sus experiencias y generan significados basados en prácticas que encarnaban los más altos valores; externamente la escena es adversa, y merece prolongar su representación a través de la siguiente remembranza:

“Una de las más célebres en esa línea de peligro, una muchacha alta, de gran frente, que daba fiestas y en su misma casa sufría desaires, recibió el nombre de “La Chaucha Mala”; porque nadie quería recibirla y el que una vez la aceptaba, seguía, soldado a ella, girando sin cesar por los salones y se les veía pasar y volver a pasar, como los condenados del Dante, impávida ella, él atento, y desesperado, mirando si en algún punto aparecía el redentor. Otra resolvió el problema sin saberlo. Alma de candor e ingenuidad, los muchachos descubrieron cómo divertirse a su costa: le decían las palabras más groseras o dábanle consejos ignominiosos en el más crudo lenguaje. Como todos reían, ella, sin malicia, las juzgaba salidas cómicas y reía también, encantada, provocando la envidiosa sorpresa de sus amigas, estupefactas ante el “éxito” de la infeliz que reunía un círculo jocoso e iba, rodeada de su sequito, al “buffet””.²⁹³

²⁹² Echeverría Bello, “*Memorias de Iris 1899 – 1925*”, 322.

²⁹³ Alone, “*Pretérito Imperfecto <memorias>*”, 122.

Lo primero que se piensa es en la representación carente de la formalidad habitual, por cierto, Alone plantea esto de manera más aguda, describiendo dos situaciones basadas en las tensiones que genera unas costumbres arraigadas en la misma estructura de las necesidades. La insistencia en ambos momentos, además de servir de ejemplo en cuanto a espacios de sociabilidad donde adhieren mujeres de clase alta, instauraría, de alguna manera, el juego de fricción y deslizamientos que delatan el carácter original de esos preceptos que definen los límites de lo virtuoso. Lo que es crucial reconocer es la fantasía proyectada sobre el mundo patricio, que entremezcla los momentos de realidad con la fiesta y los vestidos, de donde surgen las verdaderas intenciones de la gran mayoría de la élite concurrente. La estilización de la vida cotidiana aclara el aislamiento y los prejuicios generados sobre algunos congéneres, particularmente y como se impone en la narración, mujeres de abolengo, que aunque las obligaba a levantarse y resistir las burlas, el propio caudal de estas formas perniciosas evoca la hipocresía como atributo de peso en este elenco de características aristocráticas.

Resulta alentador para esta propuesta, expresar una verdad no reflejada en forma lógica, sino, que a través de una institución que forja su historia en la sociabilidad doméstica; particular apreciación que funciona como pronunciamiento ante la subordinación de la mujer a la autoridad masculina:

“-Ahora comprenderás el atractivo del club –me dice- .

Desde luego, sillones confortables, en que uno se incrusta sin temor de romperlos, mientras que tú no ofreces gran comodidad con tus butaquitas Luis XVI, en que los hombres de mi tamaño son mal acogidos...

-No me imaginaba que fuera de tan mal gusto el mobiliario del club –digo-. No son artistas los señores socios.

Miro algunos retratos y exclamo:

-¡Aquí falta el retrato de la fundadora!

Los amigos que nos acompañan a beber me interrogan.

-No se alarmen, fue una mujer la fundadora. ¿No lo sabían ustedes? ¡Doña Rita Carvallo! Era la mujer de cara más agria que nunca conocí en el mundo. En vez de sangre le circulaba vinagre por las venas. Su esposo, un buen señor antiguo, por huir de aquel rostro iracundo y aquella mirada que daba miedo, se juntó con otros compañeros víctimas de igual desgracia y fundaron este club. Esas

mujeres flacas, desabridas, que nunca le han dado al marido el temorcillo que valoriza la mercancía codiciada por otros, fueron todas ellas las empresarias de esta fundación. Aquí no llegan los hombres enamorados que ocupan brillantemente su tiempo, ni los artistas... ni los estudiosos. Es la casa que cura el aburrimiento con el billar, con las copitas y también que les permite escabullirse decentemente a otros sitios que no se nombran, dejando a la esposa tranquila en sus faenas domésticas...

Joaquín no me celebraba la gracia. Seguimos recorriendo la casa de la perdición del tiempo.

-¿A qué dices, hijita esas cosas? –murmuro-. ¿Crees que vas a corregir el mundo?

-Son desahogos. Digo lo pequeños, lo inofensivo y me callo lo grueso... ¡Ya lo creo! –seguí-. He tirado las flores de mi ramillete, pero me he guardado el tallo. Este club es para mí el Instituto de la Brutalidad Nacional... el hombre vive en cuanto hombre, dice lo que calla en su casa y hace lo que no le es permitido en el hogar... ninguno se ha acercado a mí que no respire espíritu... de vino. ¡Gracia! ¡Esprit! No se conoce. Son chabacanos y ni saben conversar".²⁹⁴

La lógica utilizada para evidenciar la genuina naturaleza ligada a tan prestigiosa institución resulta, por una parte, inherente a los parámetros morales de la época, y, por otra, el revestimiento de las distintas formas sociales con arreglo a reforzar la posición de liderazgo masculino. El abordaje tiene un carácter distintivo, la imagen preliminar es irónica, pero enseguida, logra mezclar las circunstancias secundarias en función del paraíso construido alrededor de esas paredes que conforman el afamado club.

Haciendo a un lado el tono en su línea de argumentación, Iris entendía la situación de los miembros del club como instancia más que ventajosa para romper lazos con la rutina cotidiana acaecida dentro de sus hogares. Dentro de sí, los vínculos familiares equivalen al obstáculo que le impiden al hombre desplegar facetas constreñidas en su realidad diaria, particularmente las esposas condicionan y son las "culpables" de semejante insatisfacción masculina. Comprensible resulta entonces afirmar que la creación de este espacio de sociabilidad es fruto del contexto de la vida

²⁹⁴ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chilena de ediciones s.a, 2005), 343 – 354.

privada de la élite, o sea, contingente a las conductas y atributos propio de las mujeres.

El hombre por su parte, a fin de preservar el espíritu aristocrático, debe vivir de acuerdo a la imagen que proyecta socialmente su figura, esto significa, dejarse arrastrar en acuerdo al diagnóstico formulado por los miembros pertenecientes a la misma jerarquía social. En el cultivo de esa imagen, asoma la conducta que considera conveniente separar del ambiente marital de las actividades culturales y sociales del club. Así, el mundo femenino deliberadamente distante, posibilita la construcción social de este espacio, primero porque el sello de la vida acomodada lo establece, y segundo, la mujer apareció resignada ante los criterios de los hombres de élite.

Pero principalmente, la perspectiva aquí expuesta por Iris, verifica sin contentar a nadie de los presentes, la verdad contenida en la fundación de ese club social, en rigor, el marido asfixiado por el lazo conyugal, decide fugarse, limitándose a la conformación de un espacio donde refugiarse y cultivar sus vicios. Cabe imaginar que este nuevo hombre, reflejo de una magra época de nuestra vida social, alarga el camino a casa para evitar la escena que allí le espera; el Club de la Unión, si bien, fue la sede para limar asperezas entre adversarios políticos, también significó la sistemática dilatación del horizonte entre los sexos, para la mujer, representó el confinamiento a la actividad doméstica, y para los hombres, una plataforma, donde era posible desplegar un estilo de vida recreacional.

Hemos visto el rol de las mujeres como saloniéres, exhibimos los desafíos planteados en un contexto tan adverso para ellas, y ejemplificamos la autoafirmación femenina en la novela *La Cachetona*, bástenos por ahora, retomar y situar otro ejemplo de esta función social, que aparece mencionada en las memorias de Eduardo Balmaceda, donde parece vislumbrarse la figura del varón, con similar repertorio gestual, ademanes y conducta que encarnó el sexo opuesto:

“Alto, fornido, de varonil talante, calvo desde sus años mozos, vestido siempre con intachable elegancia. Correcto en sus ademanes, alegre siempre como el tañer de la pandereta sevillana, espontaneo y profundamente bondadoso era este maestro del ingenio. Difícil es hallar en una sociedad un animador más completo de lo que fue Murillo; sus chistes que fluían impensados uno tras

otro, llevaban un sello especial de gracia criolla inimitable; pero este hombre, que jugaba con el esprit y que fué sin duda el más popular gracejo de su tiempo, jamás supo herir a nadie; al través de su vigorosa personalidad traslucíase siempre un alma sana, con reacciones a veces, casi infantiles”.²⁹⁵

En la misma línea:

“Don Jorge Huneeus Gana era otra de las personalidades características de los salones... original, le hacían simpático desde su temperamento galante, con ingenuidades casi infantiles, en medio de su inteligencia y su cultura, hasta sus trajes especialísimos donde jamás faltaban los ribetes de fina cinta de seda y en el ojal del vestón una gardenia o un clavel. Don Jorge amaba todas las cosas bellas de la vida, y su diletantismo llegaba hasta tocar de oído en el piano las más dispares composiciones. Recuerdo que una noche, tan pronto como terminó la comida, tomó colocación en el piano y, después de tocar sin descanso durante una hora y con una ejecución que hacía temblar el viejo Erard, acercósele una bella dama, muy su amiga, y le dijo: -¡Qué bien ha tocado “La Viuda Alegre”, Jorge! El la miró con una mirada de profundo desprecio y respondióle: ¡Interpreto a Beethoven! ... (usando la pronunciación alemana)”.²⁹⁶

Los hechos descritos, capturan nuevamente el rol y características de las grandes personalidades que participan en las dinámicas de los salones, ante todo señalan el devenir de estas recepciones a través de algunos liderazgos que capturan como ninguno el espíritu de la época. El caso de Jorge Huneeus, similar al de Murillo, dice bastante de hombres comprometidos por las formas del buen tono; los decires, el conocimiento y la etiqueta organizaban las relaciones entre estos individuos, en un esfuerzo deliberado por cumplir con su afición mundana, pero todo indica que este desenvolvimiento, por añadidura, corresponde a la ya mencionada tendencia de lucimiento social, con un resultado como el que vemos en el testimonio, propicia una suerte de ceremonial y prácticas que exteriorizan la imagen ideal entre pares de clase.

Pero en ningún caso estas tertulias estaban al margen de momentos ofensivos, por el contrario, todo acto no aprisionado en los tintes relativos a las formas elegantes

²⁹⁵ Eduardo Balmaceda Valdés, *Del presente y del pasado: crónicas, recuerdos, historia* (Santiago, Ercilla, 1941), 156.

²⁹⁶ Balmaceda Valdés, “*Del presente y del pasado: crónicas, recuerdos, historia*”, 155.

anima reacciones reprobatorias, que en este contexto, delatan las diferencias culturales entre los integrantes de estas reuniones, con miras a satisfacer los deseos de su propia superioridad. Reprochar los descuidos, sería dentro de la vida social del novecientos cubrirse de connotaciones y cualidades morales inferiores.

Recapitulando, el salón, constituye no sólo un espacio donde la élite forja su propia imagen como clase superior, sino que difunde otra, que obedece al deseo de estampar en su sector y en los sectores populares, el alcance de su poder y las virtudes de su forma de sociabilidad, en última instancia el:

“(…) salón impulsó el desarrollo y puso de relieve un determinado modelo de urbanidad y un tipo particular de edificación personal. Éstos aportaron, a quienes los cultivaron con tiento, otra forma de distinción social. Esta última supuso elementos de juicio propios, con arreglo a los cuales evaluar la calidad de las personas... Esto fue complementado con el desarrollo de maneras refinadas, de una conducta cortés y de un singular sentido del decoro, factores que manifestaban públicamente la vida de ocio llevada en privado. Mediante este expediente, las distinciones de clase, e incluso de status al interior de la misma oligarquía, fueron transformadas en formas de sensibilidad, en hábitos físicos y en patrones de gusto distintivos”.²⁹⁷

En su trasfondo, los salones delinearán virtudes que reafirman la posición de las clases dominantes, al mismo tiempo subrayan la diferencia con sectores desasistidos de un bagaje cultural de peso. Por añadidura, propone estándares de validación en relación a expresiones estéticas con la finalidad de ganar notoriedad, y como forma de construir su diadema propia. Resulta instructivo añadir, que si bien el escenario del salón atendía limitadamente la necesidad de crear un espacio mixto en materia de género, confirma un tejido notablemente rígido en términos de accesibilidad para el resto de la sociedad, ya sea por códigos tácitos y otros no tanto en que se legitimó la exclusividad de este medio de desenvolvimiento cultural.

De otro modo, el salón, definido como el espacio que encauza la identidad y actitud de la élite, representa la extranjerización de las costumbres y modos de vida,

²⁹⁷ Manuel Vicuña, *La belle époque chilena, Alta sociedad y mujeres de élite* (Santiago, Catalonia, 2010), 91.

sensibilidad vital fundada acorde a patrones de sociabilidad europeos, y específicamente parisinos.

El deseo de ascenso y figuración influyó en dar un sello especial a los salones, una importancia determinada dentro de la vida social. Si consideramos la mayor movilidad social que comenzó a experimentar la clase alta a fines del siglo pasado, sin duda que estas reuniones debieron servir para marcar nuevos obstáculos a los miembros de otros sectores.

3.1.1 El Teatro.

Acudir al teatro constituía la actividad por excelencia entre la gente decente. Dicha costumbre, instauraba el acto de exclusión máxima, poniendo en marcha la dinámica de la segregación. Al igual que los salones, inicia como una de las pocas salidas con arreglo a las convenciones de la élite, dicho escenario, conviértanse en una instancia de autoexpresión, pues, en ella estriba de posibilidad de exhibirse ante sus participantes.

Razón hay entonces, para considerar al teatro junto a los salones como la piedra angular de la vida en sociedad. El teatro en sí mismo no hizo más que aumentar en prestigio, y a fortalecerse, siendo un pilar fundamental del quehacer cotidiano, aun cuando comienza la construcción de otros espacios públicos de rol semejante, los cuales jamás lograron arrebatarse tal preeminencia.

Ahora bien, esta actividad tenía en nuestro país la particularidad de presentarse en meses específicos, debido a los ritmos de la vida productiva:

“La ópera resumía entonces las actividades de la capital de Chile, cuya existencia se regulaba por su venida a comienzos de junio y su ida a fines de octubre. Los otros siete meses en blanco o sietemesinos, dedicábanlos las grandes familias santiaguinas a sus haciendas, es decir al campo, ya que la

costa, con Viña del Mar y demás balnearios, apenas si empezaba a tomarse en cuenta".²⁹⁸

Esta situación, produjo sin quererlo la posibilidad de concentrar obras de mayor calidad en los teatros nacionales. De más está decir, que el hecho de establecer funciones por temporadas fue una característica anclada en la realidad chilena, y asimilada por otras naciones. De este modo, el Municipal de Santiago estaba por sobre los demás coliseos de América, puesto que el resto no poseía ciclos para la representación de obras y óperas:

"Ni Nueva York, ni Buenos Aires, ni Río de Janeiro, tenían oficialmente temporadas de ópera. Y tras la de París, del Teatro Imperial de San Petersburgo y el Real de Madrid, el Liceo de Barcelona y la Scala de Milán, inmediatamente después venía el Municipal de Santiago".²⁹⁹

El hecho de dividir las actividades en temporadas, permitió planificarlas, circunstancia que no hizo más que beneficiar a la élite, entre otras cosas porque podían solicitar a los artistas con anticipación y por montos menores. Destacar que esta situación también beneficiaba a las compañías, que eran algo desorganizadas. De ahí en más, lograron introducir planes de trabajo a largo plazo, acomodando las funciones sobre un sistema que permitiera la difusión de su arte en los periodos estipulados. Esto pasó a normalizarse, cuando otros países introdujeron la modalidad descrita, muchas veces en conformidad con estados vecinos, entonces, una compañía podía efectuar una gira y visitar distintos países y, por añadidura, reducía los costos para cada nación, más aún, si son comparados con los valores de contratarlos en solitario.

Tal fue la efervescencia de las representaciones dramáticas, que las audiencias concibieron el ejercicio de esta actividad como parte del variado repertorio de experiencias dedicadas a afirmar la distinción social, es más, constituyeron un espacio

²⁹⁸ Augusto D'Halmar, *Recuerdos Olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975), 188.

²⁹⁹ D'Halmar, "*Recuerdos Olvidados*", 189

de disputa, siendo como se reconocerá, uno de los elementos que compone el cuadro de logros en la vida social del novecientos:

“Cada patrimonio se componía de una casa propia en la capital, una hacienda en provincia, un coche de trompa y un palco en el teatro; pero, para conservar estos dos últimos, era preferible hipotecar aquellas dos a fin de no desmerecer y descalificarse a los ojos de la sociedad. No estar incluido entre los abonados del Municipal, era quedar excluido de ella”.³⁰⁰

Mantener las apariencias jugaba un papel medular en las familias de abolengo, por ello, mantener la reserva de un palco era algo indispensable, aún si significaba perder un par de propiedades o, aunque no tuvieran los recursos para continuar proyectando esa imagen de excelencia, había que ser e incluso parecer, el reconocimiento construye el modo de ser de este sector social.

Lo dicho hasta aquí, unge al Municipal de Santiago de un privilegio sin precedentes, conviértanse en una meta fijada en términos casi absolutos, porque lo transforma en la vara que mide el nivel de cada miembro, y otorga un lugar que es representado literalmente con el espacio que ocupa la persona al interior del recinto. En este punto, destaca que los palcos adyacentes al escenario tienen precios superiores, de aquellos ubicados en un lugar apartado del centro, del mismo modo los miembros más influyentes son aquellos que compran los palcos más cercanos. Una vida sin esa preciada localidad, impide posiciones de liderazgo en la alta sociedad santiaguina, de hecho, el sujeto es apartado de las prácticas sociales de la oligarquía, confinándolo a una experiencia ordinaria.

Y bastara decir, que en cuanto a los teatros, estos, constituyeron el epítome de la cultura afrancesada en nuestro territorio. En la nostalgia, el teatro más que un fin en sí mismo, era un medio para hacer alarde que asistes al lugar de moda. He aquí, su significado, concurrir sin importar la calidad del espectáculo, sino que estas allí porque es un signo de distinción, y en eso, el Municipal de Santiago era ya internacionalmente reconocido.

³⁰⁰ D’Halmar, “*Recuerdos Olvidados*”, 190.

En una reciente cita, D'Halmar destaca la importancia de contar con un palco en el teatro, al respecto, estimamos necesario explorar el carácter licencioso de esta pequeña zona ampliamente anhelada:

“La compra de abonos a perpetuidad se la disputaban las mejores familias en asombrosa competencia, porque la señora y las hijas no podían quedar, por motivo alguno, sin asistir a su palco para ser admiradas y estar al tanto de los acontecimientos sociales. Había abonos, dice Alfonso Cahan, con el nombre de Aristocráticos. Como cundiera el remate de llaver, se creó entonces al abono B., otro C., hasta llegar al D. Para alentar la compra se les dio el nombre de B: Bonitas; C: Coquetuelas y D: Desengañados”.³⁰¹

De manera complementaria:

“Necesitan ver y ser vistas –en eso estriba su porvenir y esa es su función natural. La mujer nace... para encantar y para seducir, para conquistarse un marido, formar un hogar y una familia. De aquí los sacrificios á menudo inmensos que los adre hacen para procurarles un abono de teatro”.³⁰²

En conjunción con lo ya dicho sobre el tema, los palcos a perpetuidad tenían una funcionalidad adicional, atañe los intereses de toda una familia, porque era un evento predispuesto a reunir a hombres solteros y a mujeres en edad de contraer matrimonio; este rasgo en particular, delinea el perfil de las instancias teatrales, que al igual que los bailes de estreno, constituyó un punto de inflexión en la vida de los jóvenes que integraban la alta sociedad.

En definitiva, la compra de estos bonos, declara la voluntad de movilizar no sólo la existencia individual, sino también la vida de sus familias, y por supuesto, contribuía a incrementar el status de estas últimas, transformándose en otro signo que parece sustentar el ideal aristocrático. Ahora bien, los tipos de bonos divide al ganado dentro de la misma clase, si se toma en cuenta esto, las exigencias para sobresalir e integrarse adecuadamente a estos lugares tan distinguidos, supone superar ciertas capas e ir ascendiendo de categoría, para encontrar así un sitio en una audiencia compuesta de

³⁰¹ Mario Cánepa Guzmán, *El Teatro Municipal en sus 125 años de Sufrimiento y Esplendor* (Santiago, Editorial Artimpres, 1985), 31.

³⁰² Luis Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 73.

individuos con miras a satisfacer las requerimientos de la vida social. Así, este lugar al igual de muchos, marchaba de acuerdo a sus propios ritos, y esto es lo central, actúa como medio para alcanzar determinadas metas:

“Mientras los palcos se ocupaban temprano, las de la platea llegaban atrasadas para ser observadas. La tenuta oficial de los mocitos era el frac y la de las damas la hermosura. Arriba, en galería, se encontraban los verdaderos amantes de la ópera: profesores enlevitados y la juventud de clase media, alumnos de la Universidad de Chile y del Conservatorio Nacional de Música”.³⁰³

El consenso en torno a la necesidad de figurar, como sabemos, instauró la realización y difusión de nuevas modalidades de comportamiento, teñida de connotaciones sociales excluyentes, en consecuencia, la vestimenta y el “retrato elegante” dentro de las funciones teatrales, conviértase en un esfuerzo adicional por reinventarse dentro de los límites que impone el buen tono.

La focalización de las élites en exteriorizar su superioridad frente a otros sectores sociales, coloca al teatro dentro de las tantas herramientas que actúa más como material simbólico que como elemento de valorización cultural, es decir, este tipo de patrón de los asistentes muestra una total indiferencia con el contenido intelectual y/o filosófico que encierran sus prácticas. Esta omisión en sí misma significativa, expresa, que se ha proyectado una identidad sobre la marcha, eligiendo aquella próxima a las necesidades de estos personajes, y por supuesto, una que se ha convertido en pauta de sociabilidad para el resto del mundo. Resalta en este sentido, la fiel participación de los grupos medios, unos, buscando la oportunidad para fundirse con actores de mayor preeminencia social, y otros, que aprovecharon estas instancias con miras a educarse, demostrando mayor compromiso respecto a estas materias.

Como hemos mencionado, dentro de las entretenimientos urbanas de la élite, el panorama del teatro ejerce prescindencia como forma de sociabilidad exclusivamente aristocrática, valiosa como medio para plegarse a las innumerables tendencias europeas; como sea, Eduardo Balmaceda recuerda esa experiencia de manera

³⁰³ Mario Cánepa Guzmán, “*El Teatro Municipal en sus 125 años de Sufrimiento y Esplendor*”, 33.

opuesta, en términos de un ambiente grato y placentero, una imagen, abocada exclusivamente a poner en manifiesto la magnitud de su mundano carácter:

“A las jóvenes de hoy les admira y sorprende los entusiastas relatos de aquellas inmarcesibles noches del Teatro Municipal; la sala espléndida, a la altura de cualquier teatro europeo, inspirada en su nacimiento arquitectónico por el célebre Garnier, autor del plano de la gran Opera de Paris, la etiqueta con que allí se presentaba el selecto público y lujo en joyas y vestidos en nuestras damas, la excelencia de los cantantes, actores en la más afamadas Operas del mundo en fin, un conjunto de la mejor calidad como que teníamos dieciocho peniques; imposible de restituir hoy y se recuerda como un cuento de hadas, como el sumum de los agrados de aquellos tiempo”.³⁰⁴

La élite se abría a las representaciones dramáticas creando un espacio de encuentro que imitaba la realidad europea, en un quehacer que celebra otra actividad de ostentación y manera finas; nos encontramos con un panorama similar al de los salones, que pone en juego algo muy distintivo, el enaltecimiento social de sus participantes. Y otra cosa, la vinculación con Europa, revela hasta qué punto los contextos internacionales proponían las condiciones de una sociabilidad moderna.

Tal como escribe Balmaceda, tratábase de un quehacer habitual de la élite, como audiencia admiraba las piezas teatrales, el ambiente mismo que envolvía un auditorio colmado de estímulos, atraídos por una demanda de entretenimiento como de elegancia, trezadas en un ciclo de goce que definió el apego a múltiples modos de expresión. El intenso asombro que despierta en Balmaceda dicho espacio, apunta al fomento de conductas refinadas, cuyo denominador común es el marchar de acuerdo a la evolución de los tiempos, y naturalmente superar costumbres austeras de tiempos anteriores.

Al analizar las características del teatro, nos damos cuenta que en su totalidad esta actividad perseguía motivos concretos. Porque después de todo, y a diferencia de otras formas de sociabilidad, el teatro estuvo dentro de los llamados ejercicios figurativos que separaba al individuo, aunque fuera brevemente, de la trama de sus

³⁰⁴ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969), 115.

mundanas vidas, en tanto fue la única actividad con rol activo que les permitió soñar con las virtudes de gentilhomme:

“Se sale del teatro y tendremos otro efecto del eterno desencanto de las salidas. Termino la griserie; termino la magia. Un tranvía con su ruido de ferralla nos devuelve a la cotidiana realidad. La calle, la vida vulgar de nuevo, personas hubo que pretendieron acaparar para sí la magia pasajera. Hombres de fuerte espíritu adquisitivo se enamoraron de las primas donnas; las halagaron con espejismo de paz y descanso; las deslumbraron con brillantes de Weil y con chalecitos puestos. Es de todos los tiempos. Agarrar al arte; no dejar escapar las noches de belleza y de lirismo. Además de eso, la vanidad. Demostrar en público su buena fortuna y su capacidad para retener parte de las noches líricas en sus manos codiciosas de políticos y de negociantes. Acaparadores de masas y de poder quieren acaparar lo único que les falta, esto es, elegancia espiritual, amor y un poco de romanticismo bohemio”.³⁰⁵

La vida bohemia de la élite durante la década de 1910 construye en buena medida la personalidad de sus protagonistas. Este retrato histórico de experiencias, mediaciones y tensiones muestra la complejidad vital de la sociedad elegante; acabada la función del teatro, parte crucial del mundo simbólico perdía dramatismo y especificidad, después de todo, la rutina diaria enseña los límites de aquella experiencia placentera.

Entendemos que a juicio del autor, una vez cae el telón, se imponen con toda razón las ataduras del mundo circunstancial, que confina al espectador en el tormento de la normalidad. Ahora bien, asistimos a la constatación de que las personas buscan trascender la vida del teatro, y experimentarla en su realidad, como los médium, hacen de la representación de la obra una extensión de su modo de ser.

A distancia, engullir la representación de lo irreal, va acompañado de las ideas y prácticas en las que están integradas las formas de vida de esta élite receptora de formas preestablecidas, que no deja de manifestar sus diferencias con los espectadores del buen tono, y presumimos que tampoco intenta abandonar el deseo de admirarse y compararse con el otro. Nótese la resolución del transcrito, en cuanto a

³⁰⁵ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas del Centenario* (Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1968), 110.

la distancia intrínseca entre el escenario, y el espíritu que busca emular, de plano hace ver semejante proceso de asimilación sin alcanzar digerirlo.

La memoria de tantas cosas pretéritas nos remite a esa compleja interacción entre los grupos sociales de vanguardia respecto los subalternos, por aquel tiempo, los espacios de entretenimiento revelaban dicho movimiento, y de cuando en cuando punzantes esfuerzos rompían los límites de esos refinados círculos. Con esto nos referimos a la popularización de atractivos pero dispendiosos espectáculos teatrales, dado su prestigio, no tardó en aparecer una muchedumbre más amplia, que desplazó a antiguos asistentes que mantenían palcos a perpetuidad, y con ello un ambiente heterogéneo; sin más, *en aquel año un joven muy conocido se levantó de su asiento de platea cuando la orquesta preludiaba el tercer acto de la Fuerza del Destino, y dijo en alta voz al director: Señor Tulio, tenga la bondad de tocar un pedacito del Trovador*³⁰⁶. Claramente, los espacios antes inaccesibles, lejanos, difíciles, ahora expeditos, agregan un ingrediente distintivo, de hecho, en simultáneo, florecían propuestas alternativas, sin las cualidades que figuraban en el teatro, pero con la suficiente espontaneidad como para ganarse un lugar dentro de las novedades de fines de siglo, hablamos de teatros líricos, donde se representaron allí zarzuelas españolas y operetas francesas, animadas por bailoteos y desenvolturas que parecieron interesantes a juzgar por la concurrencia que atraían³⁰⁷, sin embargo, producían bastante resquemor entre los individuos de cualidades superiores.

Esta imagen del teatro contrasta enteramente con circunstancias preliminares, bástenos señalar que esta dinámica cimentada, lentamente por arrastre natural o propio de la respuesta ante esta situación de ociosidad y sentimiento de excelencia de la aristocracia, fue apartándose de virtudes sofisticadas. Para aclarar, una vez adhieren individuos de segmentos más bajos parece socavar el signo de distinción de antaño, de un ritual asumido como refinado y elegante:

“Los años posteriores han ido degradando nuestro histórico Coliseo; ya no se repara en qué clase de espectáculos van a actuar en la aristocrática sala que

³⁰⁶ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 202 - 203.

³⁰⁷ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 203.

durante tantos años había mantenido incólume su abolengo; zarzuelas de tercer orden, concentraciones políticas y de instituciones privadas, chabacanas las más, celebraciones de aniversarios de poco fuste, fiestecillas de caridad, etc., y aún cosas de menor categoría ha presenciado y sigue presenciando el hermoso teatro en que Santiago fundaba justo y orgulloso”.³⁰⁸

3.1.2 Segmentación Ilustrada.

Observamos que estos espacios constituyen en gran medida la esencia del ser aristocrático, demuestra la necesidad de este sector de la sociedad capitalina de contar con sitios a los cuales frecuentar para compartir con sus pares, de ahí devino la tarea para la fundación de un círculo social que fuese común a todos a aquellos que tuvieran los recursos necesarios para plantarse ante los códigos que el buen tono tácitamente específica.

Hasta aquí hemos intentado abordar las condiciones que dictaban estos lugares de encuentro oligárquico, donde estas actividades con aire cosmopolita marcaban una clara distancia, allí se ponían de manifiesto las diferencias culturales y sociales, transformándose en el sólido horizonte a encarar y superar para el resto. Reconocidos estos imperativos, cualquier indicio de provincianismo, o peor aún, de siutiquería, y sin el esplendor propio de la oligarquía, eran muy mal vistos. Según se infiere, existía un cuidado excesivo por los modales, estos establecían un cierto radio de control, en virtud del lenguaje gestual de sus participantes.

La organización de estos círculos sociales aglutinaban y convocaban diferentes manifestaciones de la conducta humana, el deseo de figuración, el desdén, la frivolidad, entretención y descanso, abrió paso, así, a importantes espacios de sociabilidad para el Santiago decimonónico. Cabe reiterar, en conjunto con los preceptos anteriores, que la sociedad chilena hacia el 1900 alcanzo altos niveles de exclusión social, y este bloqueo de refinamiento era una de las muchas formas de

³⁰⁸ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969), 118.

cómo se manifestaba el status social y toda la indiferencia hacia los otros grupos sociales. Gran parte de la actitud de la élite se vio reflejada en esta pared de parafernalia ostentosa; entonces, la cultivación de este modo de ser forjó esa brecha entre los individuos del 1900. En este escenario y según lo expuesto, las formas de sociabilidad chilena revisten los siguientes caracteres:

- Excluyentes respecto al género.
- Socialmente segregacionistas.
- Era una forma de sociabilidad formal y fuertemente reglamentada, con signos específicos.

4. Las voces críticas.

Es interesante mencionar que el cúmulo de circunstancias al que hacemos mención descansa fundamentalmente en la escandalosa propensión a costumbres afrancesadas, en efecto, la actitud de la élite criolla pasaba por cumplir códigos de conducta que exhibiera su superioridad moral, tal tarea como vimos, en términos normativos, iba asociada a patrones y a un estilo particular de consumo material, instrumento fundamental que condicionaba el status aristocrático. El malestar generalizado, venía acompañado del profundo abismo entre los distintos sectores que conformaban el grueso de la sociedad chilena, las diferencias agudizaron y sentenciaron la sensación de crisis, por lo demás, la imagen pública de prosperidad, los adornos, el carruaje, los trajes y las decoraciones, brindaron falsos signos de bienestar. Una anécdota frente al espectáculo del Centenario, reconstruye fidedignamente el escenario previamente presentado (autismo y discriminación social), y el significado que adquiere para los individuos de alcurnia, Balmaceda Valdés atestigua algunas características de este ambiente festivo para su sector social:

“La celebración del primer Centenario de nuestra Independencia fue uno de los acontecimientos trascendentales de la generación de mis padres. Realizábase con este motivo un programa de festejos jamás igualado en suntuosidad y

duración; había que celebrar dignamente el siglo de oro de nuestra vida nacional, cien años de independencia, de efectivo progreso y de una historia llena de las más bellas enseñanzas, difícilmente igualada por otros pueblos en tan corto tiempo. Para todo esto debíamos mostrarnos con nuestras mejores galas ante los embajadores que de todas partes del mundo llegarían a cumplimentarnos. Jefes de Estado, príncipes de la Iglesia, grandes titulados, héroes y otras personalidades tomarían parte en el elemento oficial de la celebración”.³⁰⁹

En lo tocante a la celebración del centenario, para los grupos dominantes se trató sin duda de una experiencia de festejo, ajena al contexto de los sectores populares. El fin de siglo la élite lo percibió como el momento final de un proceso, y la consolidación a sus ojos de una sociedad mejor perfilada. Para tales efectos, el escenario estaba dispuesto, en desplante la celebración reclamó la presencia de altos dignatarios, y en gustos, el despliegue de lujo y derroche únicamente en función de su propio esparcimiento. Resulta revelador que justamente esta actitud de arrebató y clara exclusión desate lo males más prominentes a propósito del distanciamiento de la oligarquía frente a prácticas convencionales de sociabilidad.

A esta altura es importante destacar el trabajo de Nicolás Palacios, su crítica al clima de la época, respecto al arraigo de formas latinas, permea el sentido mismo de su obra. De vertiente nacionalista, y por lo que nos atañe, parece haber conformado el carácter de su obra entorno a una idea de crisis muy bien estructurada, lectura que nos permite comprender algunos de los muchos elementos que estaban juego, en cuanto tal, invoca la influencia externa y el gusto de la aristocracia por tendencias de derroche imitativo:

“Es notable el decaimiento del antiguo entusiasmo con que en la capital se celebran hoy nuestras fiestas cívicas; la veneración que siempre hemos sentido los chilenos por nuestros héroes, por los magníficos i numerosos hecho de insigne patriotismo llevados a cabo por compatriotas ilustres en el curso de nuestra brillante historia, que es una epopeya continuada, i que han formado i forman la base de nuestro carácter nacional, se nota hoy menguada, adormecida en la clase rica de Santiago. Estos hechos profundamente

³⁰⁹ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969), 123.

disociadores del alma nacional son en gran parte debidos a la influencia extranjera en la capital de la Republica”.³¹⁰

En el descrito contexto, entre lo propio y lo ajeno es el escenario donde se concentraron elementos que alimentaron agudos debates, tratando de alcanzar un equilibrio al interior de toda esta inquietud. Tal parece, que la condición de aquella parte de la sociedad encuentra su sello en el debilitamiento sostenido de las élites tradicionales y una difundida legitimación supeditada a vertientes de cuño internacional. No hay nada mejor para evaluar el sentimiento de Palacios, que presentarlo, al menos este extracto, como la transfiguración de una cultura recargada de actitudes provenientes del mundo moderno, que al contener todas esas posibilidades también implicaba la adquisición de sus moralmente aberrantes vicios; así lo prueban estos pasajes, extraídos de publicaciones diferentes, donde se lamentan el ocaso del ideal valórico de antaño, producto del panorama cultural presentando ante los estratos sociales superiores:

“La soberbia y la lascivia, la avaricia y la intemperancia, la pereza y la envidia son ampliamente toleradas por la religión de la caballeridad; y sólo se consigue ultrajar los principios de doctrina tan cómoda y elástica con el asesinato alevé o del robo torpemente ejecutado”.³¹¹

En la misma medida:

“La aristocracia chilena está fundada casi exclusivamente sobre la riqueza: dineros son calidad, y de aquí nacen sus mayores inconvenientes. Se tienen en estimación todos los medios para acumular riquezas, casi sin limitación alguna; y si la sociedad mira con desprecio a uno de sus miembros que ha ido a parar a una cárcel por una estafa o una prevaricación, no es por su falta de moralidad, sino por su torpeza. Se estiman y consideran el talento, la cultura científica y literaria, los títulos universitarios, en cuanto pueden contribuir a allanar el camino que lleva a la adquisición de bienes de fortuna”.³¹²

³¹⁰ Nicolás Palacios, *Raza Chilena, libro escrito por un chileno y para los chilenos* (Santiago de Chile, Ediciones Colchagua, 1987), 463.

³¹¹ Alejandro Vicuña, *Crónicas de un Pimiento* (Santiago, Editorial Tegalda, 1947), 81.

³¹² Alejandro Venegas (Dr. Valdés Canje), *Sinceridad Chile Íntimo en 1910* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ PUC/Cámara Chilena de la Construcción, 2009), 32.

En sus distintos modos, la élite chilena del novecientos inauguró nuevas modalidades de existencia, capaz de abarcar, un radio de influencia que comprende ámbitos que van desde las costumbres, hasta la formación de una moral acorde a estas fórmulas de sociabilidad. Aunque la formación de este estilo de vida, basado en la fantasía francesa, tenía un sentido contradictorio, contraviniendo muchas veces las normas estipuladas. Al respecto, diversas son las ocasiones que nos recuerda aquella frase, el fin justifica los medios, donde las costumbres y moral defendida pasa a un segundo plano, sobre todo, si de por medio está la posibilidad de obtener alguna regalía. La doctrina que declara Alejandro Vicuña y Alejandro Venegas, habla de la plasticidad en este mundo de alcurnia, por ejemplo, lo que la élite podría criticar de un acto no demasiado ético, no es la acción en sí misma, más bien, ser atrapado realizando dicha actividad, acusando impericia o falta de talento en estas deshonrosas artes.

En suma, la realización de dichas actividades, son atributos que prevalecen dentro de estos grupos, puesto que, constituyen una suerte de talento, útiles para sortear obstáculos casi insalvables, que restringen la posibilidad de crecimiento. Son destrezas reconocidas, las relacionadas con el engaño, siempre que se efectúen a escondidas y sin ser descubiertos, como ya hemos indicado.

El vasto alcance de estas tendencias, comprendió también el radio de acción de las mujeres encargadas de los salones, por cuanto los patrones caracterizados por su símil masculino traslucen hacia instancia asociadas a la vida femenina:

“Aquí donde todo está por hacerse, donde la esfera de acción de la mujer es casi infinita, solo un necio puede abrigar el temor de que alguien pretenda arrebatarse honores y sus prerrogativas. Por lo demás ellos mismos se han encargado de hacer despreciable la política y el agio; nadie ignora que a menudo el sillón parlamentario se compra, que los empleos se adquieren mediante empeños, y que el cambio está sujeto a especulaciones más o menos fraudulentas”.³¹³

³¹³ Francisco Javier Ovalle, *Mis pensamientos sobre el Club de Señoras de Santiago de Chile* (Santiago, Escuela Tip. “La Gratuidad Nacional”, 1918), 22.

Haciendo a un lado el rasgo distintivo de los salones, en su cruzada de afirmar un espacio de relativa distensión para el mundo femenino, el proceder de los varones, como nos exponen, se encontraba bajo constante escrutinio, y es que, haciendo a un lado la significativa diferencia de oportunidades entre ambos sexos, a vista de las mujeres, los varones utilizaban medios artificiosos para alcanzar sus objetivos, en otras palabras, su juego de deslumbrantes superficies y escenas radiantes, escondía actitudes en verdad viciosas y decadentes. Desde luego, la devoción por la conservación de este espacio, pretende dejar al margen ese tipo de comportamiento espiritualmente vacío, quieren defenderse de esas tentaciones que la moda y lujo han llevado a hombres de gesto solemne a ponderar, incluidas aquellas características de baja connotación ética. A efecto de realzar el discurso articulado por Francisco Ovalle, a propósito de la variante laboral, estimamos conveniente exhibir las bondades de una realidad fija y evidente desarrollada con arreglo a las necesidades de individuos de la alta sociedad:

“Debí a mi bondadoso y estimado amigo Augusto Vicuña Subercaseaux mi entrada al Ministerio de Relaciones Exteriores; a fines de 1915 me presentó ante el Ministro don Enrique Villegas Echiburú. Quedé allí en calidad de meritante, no habiendo en ese momento destino alguno de qué disponer. Los puestos públicos no se creaban, como se ha visto después, sólo con establecer la filiación política del postulante; se mantenía el patriótico sistema de detener la burocracia y no convertirla en hijuela pagadora de servicios electorales... No fue halagüeña mi primera impresión de esa oficina pública. Fui recibido con recelo; por lo demás, este recelo acompañaba siempre a los debutantes, doblemente si venían de mi clase, de alguna familia de altas influencias políticas, como era la mía por esos años. Muchos de mis nuevos compañeros miraron en mí, desde el primer momento, un émulo en sus ambiciones futuras”.³¹⁴

Este desarrollo, resultado de una práctica ya naturalizada, viene a instalarse como una orientación relativamente rígida y limitada; la distribución de empleos realizada dentro de cúpulas partidistas impone un criterio de elección basada en vínculos de parentesco, obedeciendo a la trama del compadrazgo. En el caso subrayado, el funcionamiento eficaz de las diferentes instituciones pasaba por

³¹⁴ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello), 169.

anteponerse a las propensiones de las burocracias; de forma análoga, como exhibe el extracto, la relación entre la repartición de cargos en la administración pública y las influencias personales fueron el símbolo de común identidad de la élites gobernantes; aunque si bien Balmaceda recalca que su empleo no era una invención, no es menor la entrada al mundo laboral amparado por amistades, la animadversión estaba implícita, tal situación, o las posibilidades oscilantes entre un grupo y otro deja en evidencia el vínculo que dirige el cauce de las relaciones sociales. Las diferencias suscitadas en estas materias tenían un carácter transversal, en este marco, no era de extrañar la posterior pérdida de legitimidad de las élites gobernantes, muchas de ellas, figuras decorativas que tendían a programar la usual división y la brecha inalcanzable al interior de la población, como a acentuar la sensación de crisis, y por supuesto la transformación de futuras esperanzas en decepciones:

“Resumiendo, tenemos, pues, señor, que el forzado mantenimiento del régimen del papel-moneda ha dado origen en el orden político al predominio de los ricos, que se benefician con este régimen, esto es, a la formación de una oligarquía, que para asegurar su situación ha formado nuestra Carta Fundamental y ha dictado leyes que han producido la ruina moral de los partidos políticos y hacen imposible el gobierno de un presidente serio y patriota, que no quiera hacerse instrumento vergonzoso de los oligarcas”.³¹⁵

En acuerdo con el diagnóstico formulado por Venegas, el ordenamiento político – institucional era un cuerpo corrompido, que ha designado un tipo de condiciones que favorecen a una clase en particular. Todo concurre en crear una atmósfera difusa, como una edad marcada por la decadencia, podemos sostener, en consecuencia, que la oligarquía se ha afincado en el poder y dicta las normas desde el señor dinero; al confundirse la riqueza con las instancias políticas, nos encontramos frente a una clase que construye su dominación, tanto su destino, a través de las rentas generadas por el enclave, olvidando de paso la promoción de un rol más acorde a su posición social descolante. En este punto, los individuos separados de las clásicas convenciones morales, vierten sus energías, en el cultivo de relaciones que garantizan su propio bienestar, ocasionando el resquebrajamiento del consenso valórico en la clase

³¹⁵ Alejandro Venegas (Dr. Valdés Canje), *Sinceridad Chile Íntimo en 1910* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ PUC/Cámara Chilena de la Construcción, 2009), 32.

dirigente, cuyo funcionamiento interno, servía únicamente, ya a esas alturas, a sus caprichos. También resulta significativo, políticamente hablando, la pronunciada indolencia ante la situación generalizada del país, especialmente de los estratos sociales inferiores, que en tiempos de plena efervescencia cultural extranjera, las disputas solían discurrir hacia temas de naturaleza circunstancial, algo que en definitiva no solucionaba las coyunturas internas:

“Se veía claro que había luchas desagradables y sin provecho, y que las capas bajas del país quedarían siempre viviendo en la abyección de la ignorancia y de la embriaguez, sin vestido casi y sin hogar; que no habría mejoras ni en los caminos del campo ni en la seguridad ni en la luz de las ciudades. Ibamos a quedar estancados socialmente, industrialmente y económicamente; pero se reformaría el gobierno de cementerios, de matrimonio y de registro civil, aunque con esto y de buenas a primeras, nos quedáramos sin estadística de la población siquiera”.³¹⁶

La organización político-social naufragaba en materias que ignoraban las miserables y expoliadoras condiciones de vida de los estratos humildes; el retrato personal ilustra los efectos nocivos, derivados de la incoherencia entre la situación imperante y la atención en asuntos intrascendentes. Subercaseaux escribe apuntando a un quehacer político mal enfocado, donde está a un mismo nivel de importancia el bienestar y el progreso del país, con la promulgación de una serie de leyes, que desde un punto de vista objetivo, no mejoran en nada el estado de abandono en la que se encuentran los sectores populares y la sociedad en general, de hecho, pasarían cinco años de un gobierno que no veía que hacían falta principalmente los ferrocarriles y telégrafos, las escuelas y los hábitos civilizados en el pueblo, y aún más arriba³¹⁷.

Acaso la vida política no ejerce esa existencia de ejemplo y admiración, era un cuerpo ciego, hasta cierto punto, inmóvil, adormecido, apartada de la imagen extraordinariamente laboriosa y fecunda que han de demostrar los sectores dominantes, en efecto, era penoso ver cómo circulaban en el ambiente del Parlamento nada más que ideas o problemas de puro oportunismo, de pequeñez, de interés de

³¹⁶ Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 400.

³¹⁷ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”*, 402.

circulo³¹⁸. La intervención política en los asunto de notoriedad pública, chocan con otra clase de influjos e intereses, en una complicidad que estableció este tipo de abulia en norma generalizada dentro de los grupos dirigentes:

“Teníamos hombres de no poco talento y preparación que se gastaban ellos mismo en trajines, en intrigas inconducentes al fin de bien público que de ellos podía esperarse. Los más peritos y acertados en estos juegos inútiles eran tenidos, en medio de ese ambiente relajado, por políticos de toda importancia y eran celebrados sin que siquiera hubieran dado una prueba de verdadero patriotismo, de verdadero conocimiento de las necesidades del pueblo”.³¹⁹

Por cierto, los elementos extranjeros mencionados en párrafos precedentes, llaman a un discurso cada vez más crítico a consecuencia de esta mirada hacia el exterior. En su obra *La conquista de Chile en el siglo XX*, Tancredo Pinochet, impone una posición similar, con un importante detalle, enarboló en su perspectiva la necesidad de hallar en Europa alguna que otra propiedad que inste a elevar las posibilidades culturales y productivas del país. Para acaparar las oportunidades entregadas a manos del proyecto civilizatorio europeizante, de forma paralela, había que depurar semblantes de esta cultura, que atentara contra las virtudes de la sociedad chilena, el mismo Pinochet ilustra la meta a conseguir en este plano:

“Necesitamos, pues, civilizarnos, es decir necesitamos europeizarnos; necesitamos asimilarnos de la civilización europea todos aquellos conocimientos, todas aquellas virtudes, todas aquellas aptitudes que nos son ajenos i que nos son necesarios para vivir una vida que le lleve el paso a la época. No debemos pasar a ser una colonia europea, no debemos traer jefes europeos que nos manden i dirijan para provecho de su civilización; no debemos negarnos como chilenos para convertirnos en europeos; debemos seguir siendo chilenos, respetando todas las virtudes chilenas i asimilarnos las virtudes europeas, resistiendo sus vicios”.³²⁰

Si bien la élite oligárquica no convergía en un actuar político acorde a su organización como clase acomodada, es indiscutible que ellos comulgaban con las

³¹⁸ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”* Tomo II, 213 – 214.

³¹⁹ Subercaseaux, *“Memorias de ochenta años”* Tomo II, 214.

³²⁰ Tancredo Pinochet Le-Brun, *La Conquista de Chile en el Siglo XX* (Santiago de Chile: La Ilustración, 1909), 209.

conductas de la época, tanto en lo que respecta a la moda y el lujo, como en lo que forma de vida social se refiere. Para muchos, Chile ofrecía una imagen paradójica: la riqueza material sustentaba en buena medida la asimilación de pautas culturales y de sociabilidad de la clase alta europea, por otra, quedaba en evidencia la incapacidad de la oligarquía de integrar en la orgánica de la sociedad chilena una identidad nacional con sentido de comunidad. De hecho, la intensificación de un modo de vida con moldes europeos, como ya hemos recalcado, a menudo fue reprobada por desatender las costumbres nacionales y adoptar otras venidas desde afuera sin sus atributos principales. Tancredo Pinochet describió así, la apropiación de elementos foráneos, ateniendo que eran características difíciles de aplicar a una realidad que solamente prestaba atención a las apariencias, entonces, las condiciones particulares del contexto chileno no permitían un vínculo con lo medular de esta experiencia moderna, sin con ello influir en el deterioro del modo de ser aristocrático, y lo que es igualmente evidente, contravenga con la estabilidad del país. Esta cuestión se expresó en escenas de lo más cotidianas:

“Cuando nuestras familias elegantes han estado en Europa i no han importado su servidumbre tratan en ocasiones de vestir aquí a sus sirvientes de Linares i de Rengo con el frac o el smoking de rigor para las comidas de gala. Pero como siguen la regla jeneral de importar la superficie de las cosas i no su esencia...”³²¹

“Está ya en el alma de la raza el desprecio por lo nacional. Se oye decir a menudo que partimos para Europa en busca de una patria digna de nuestro espíritu i muchos estudiantes chilenos se connaturalizan de tal manera en Paris, en medio de las alegrías denigrantes del Quartier Latin que al lado de la cocotte con que a veces llegan ligados aquí, no sienten la nostalgia por la lejana patria que le ha confiado la misión de contribuir a hacernos mas grandes i mas dignos”.³²²

Pinochet Le-Brun entendió esta situación al igual que muchos; los chilenos al trasladarse a París en calidad de estudiantes, muchos de ellos con evidente ímpetu y prescindiendo ante las obligaciones que imponía hacerse con conocimientos para

³²¹ Pinochet, *“La Conquista de Chile en el Siglo XX”*, 96.

³²² Pinochet, *“La Conquista de Chile en el Siglo XX”*, 94.

enfrentar las problemáticas nacionales, prefirieron insertarse de lleno en la sociedad parisina, lo anterior, tuvo como propósito moldearse conforme a la faustosa condición de la burguesía europea. Se trataba de una acción paternalista y asistencial hacia las clases acomodadas, después de todo visitan París para vivir plenamente la belle époque, haciendo alarde de su elegancia con los capitales provenientes de la gran minería, en rigor, el Estado dispone de estos dividendos al antojo y designios de un gobierno oligárquico, al margen de toda autoridad, dado que su campo de acción no tiene límites

No extraña entonces la presencia de un diagnóstico negativo. Un modo de vida expuesto a la influencia formativa de un entorno social cosmopolita claramente invitaba a acoger modelos de identidad alternativos, en tal estado de cosas, Pinochet vio amenazado el desarrollo productivo del país por la entrada de costumbres importadas y cosmovisiones diferentes. Esto conllevó, como relata, a desconocer el ser nacional, y en general, a desestimar la tarea de consolidar un proyecto encauzado en reactivar el interés por la actividad económica productiva:

“Había mortificado siempre mi patriotismo el hecho de la falta casi total de industrias en nuestro país. Íbamos a comprar al extranjero hasta la tinta con que escribimos, hasta los fósforos para encender el cigarro, hasta los cohetes con que juegan los niños. Mandé teñir un vestido en la única batanería que existía en Santiago y que dirigían unas mujeres en la calle de San Diego y el vestido volvió más ajado e inservible de lo que fue. Se estableció en Rancagua una fábrica de fósforos que fracasó luego por falta de operarios competentes, porque se gastaba a veces una caja entera sin lograr encender un solo fósforo”.³²³

Este es el significado construido por Abdón Cifuentes para referirse al proceso de industrialización nacional; así, pues, desde este punto de vista, nuestra sociedad ha mantenido una relación de subordinación, limitándose a depender de los productos elaborados en el extranjero.

³²³ Abdón Cifuentes, *Memorias*, Tomo II (Santiago, Editorial Nascimento, 1936), 44.

Pero además de esto, y en contra de sus hondos deseos, la industria chilena era deficiente, fue testigo de aquello, de hecho, solventar necesidades de tercer orden, por ejemplo, teñir un vestido, fabricar un fósforo, conviértanse en una verdadera hazaña. Cifuentes apela a lo que observa, sin embargo, animar el impulso de la industria significa quedarse quieto y aceptar el estancamiento, porque, aun olvidándonos de una mano de obra que carecía la instrucción necesaria y experiencia para este tipo de trabajos, en la sociedad había despertado el deseo de adquirir sin producir. Habiendo dicho esto, resulta lógico pensar en los sentimientos de patriotismo del autor, dado que el equilibrio cultural se inclina en favor de Europa; los gustos y los patrones de consumo habían cambiado, sumándose a ello un gran número de entusiastas consumidores que dejaban atrás valores que mediaban hasta entonces los corolarios de una vida virtuosa.

La condición de subordinación, propio del desapego a manifestaciones culturales domésticas, personificó un tipo de personaje novelesco que perdió de vista inclusive el plano de su primitiva naturaleza:

“Toda su atención y curiosidad fueron para las latas y solidas palmeras, lo arbustos recortados en formas caprichosas, los viejos cedros del Líbano, los pinos norteamericanos. No conoció el peumo que hay cerca del ángulo noroeste, aunque su follaje verde, brillante y tupido, le llamó la atención; es muy común entre nosotros desconocer lo propio, lo que tenemos más cerca y más debe importarnos”.³²⁴

Frente a la acuciante realidad que se desarrolla ante la atenta mirada de nuestro observador, un acto trivial, como detenerse a contemplar nuestro alrededor, nos pinta y representa la causa principal del debilitamiento de la identidad nacional. La ignorancia da su impronta cuando observamos la desvinculación de nuestros referentes por nuestras costumbres, aunque el resorte que desencadena estas actitudes puede ser la dificultad de asumir una identidad que no puede asentarse exclusivamente en las tradiciones y en los avatares del progreso, al quedar a medio camino ofrece flancos, y queda a merced de las contradicciones de la época, contradicción que podemos encontrar en la siguiente experiencia:

³²⁴ Francisco Hederra Concha, *El Tapete Verde* (Talca, Editorial Universidad de Talca, 2004), 47.

“No me quedaba esperanza de asombrarlo en Chile. La ciudad chata se remozaba, es cierto, por 1902, a la vez que se perdía su carácter. El mal gusto de la edificación moderna, bastante ordinaria, le quitaba el macizo sello colonial, con su pesadumbre de época imperialista. ¿Adónde lo llevaré? ¿Qué voy a mostrarle? Era mi preocupación constante.

La cordillera de los Andes compensaría con su majestad la miseria de la ciudad. Me refugiaba en la esperanza de que la naturaleza magnífica de mi país le indemnizara el sacrificio del viaje.

La cordillera produjo a Bonnus la enorme sensación de un gigantesco mundo que nace. Yo misma miraba ya con menosprecio desde las laderas que bordeaban los precipicios, bajo las enhiestas moles de piedra, todo lo que dejara atrás en el Viejo Mundo...

Caminaba asustada, menos por el peligro material, que no sentí nunca junto a Joaquín, sino por algo oscuro y latente dentro de mí, superior a toda ayuda humana y que me simbolizaba aquella naturaleza esculpida en moles de granito y cavada en hondonadas abismáticas. Me daba vértigo la contemplación de aquella majestad muda que me encaraba fatalmente al ritmo de las cosas eternas...

Yo me voy sintiendo ya paralizada por la herrumbre chilena, que suprime toda elasticidad de movimientos. Ahora descubro la causa de que seamos trágicos, graves, pasionales y melancólicos. La hosca cordillera corta vuelos, cierra los horizontes y nos hunde en sus sombras...

Luego, camino hacia Chile hemos admirado las formidables defensas que a esta tierra privilegiada ha hecho la naturaleza construyendo en el remoto costado de América un santuario de piedra, que bate furiosamente el océano, para forjar superhombres. ¿Es acaso una nueva revelación?

Ya siento el orgullo de mi tierra. Me duele haberla negado y sentido vergüenza de ella antes las viejas civilizaciones milenarias”.³²⁵

Ciertamente, nuestra autora cae presa de las circunstancias que le afligen, el desencantamiento de las ciudades inaugura un espacio distinto, respetar la singular belleza de la naturaleza que le apresa. Justamente en la conmoción, en la complejidad de un viaje no deseado consigue alcanzar la verdad de nuestras maneras, de modo que en el rigor de tan impotente realidad aflora esta remozada sensibilidad.

No deja de producirse aquí una mezcla extraña de rechazo y aceptación, la belleza es extraña, y acá el narrador la descubre apenas procede a unir aquellos

³²⁵ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chilena de ediciones s.a, 2005), 146 – 147 – 149 – 150.

componentes de los cuales en un principio se siente avergonzada; el error empieza cuando nuestra testigo quiere reducir el país a un escenario de vida y construcciones rupestres, dentro de lo esperable y al alcance de una sociedad sin facultades de desarrollo como ocurre en las ciudades modernas. Después de haber pensado en los paisajes que le esperarían, y acreditadas las primeras impresiones, le sustituye un tinte de patriotismo, pues la envuelve una naturaleza a los sentidos exóticas, como si se tratase del descubrimiento de formas geográficas de poemas épicos.

Todo es harto chocante, pero el narrador como hemos mencionado encuentra en un ambiente continuamente vilipendiado la figura de un sueño, se podrá objetar ante semejante proceder la inicial indiferencias por estas tierras, como es natural, los desajustes producen nuevas perspectivas, en seguida elogios y posteriormente los territorios y paisajes cobran significados diferentes. Iris, lejos de alucinar se dispone a desenmascarar la relación histórica entre la geografía y sus habitantes, los prejuicios que hace algún tiempo opacaron a nuestro territorio, ahora otorga un carácter específico a sus habitantes, al tiempo que son realizadas por sus singulares condiciones. El sometimiento a una voluntad más grande que la suya supone dotar al hombre de un temperamento y sello posible de hallar solamente en esta superficie aislada del mundo, por lo demás, este cúmulo de características aparecen para Iris con motivo de orgullo, la compleja realidad de esta estricta zona cede paso para la construcción de una personalidad teñida de alusiones simbólicas.

Sin ir más lejos, destacan una serie de literatos que con una tendencia intelectual nacionalista en sus postulados, vinculados por el amor al territorio, por lo propiamente chileno, así como en mayor concordancia con la esfera espiritual, invocan una sensibilidad vital en defensa de la naturaleza. Como ya ha quedado consignado, esta expresión terminó por convertirse en un elemento conciliatorio, cosa que resultaba más prudente en tiempos de descontento generalizado, apegarse al terruño, a un suelo indomable, virgen de la hostilidad y alejado de la sombra proyectada por el leitmotiv desarrollado y enseguida adoptado por las élites chilenas. Al respecto, se puede enunciar que:

“Este paisaje o este campo primitivo, selvático, en muchas regiones vastas; apenas domesticado en otras regiones. El resto es naturaleza bravía, hostil o inhospitalaria. El hombre que va de un pueblo a otro cruza a menudo distancias inmensas que no llena sino el paisaje: selvas, ríos, montañas, alamedas, matorrales, cerros, cadenas de cordillera. Puede caminar a veces, leguas de leguas sin encontrar alma viviente. Este sortilegio profundo de la soledad, no como terror metafísico; sino como una impresión de extensión abandonada, determina, acaso sin el hombre quererlo, y para su existencia futura, una dimensión curiosa en su sensibilidad”.³²⁶

En este marco, cuando el interés común se desplazaba hacia otros tópicos (actitudes afrancesadas), apareció la crítica que, uniendo esfuerzos y sumando criterios, tiene la tarea de romper y reconfigurar un pensamiento que asume los rasgos del criollismo, que, como ya dijimos, entregó un impulso vital, que más allá de contribuir a exponer las costumbres y los males que la aquejaban, se preocupó por plegarse a actitudes que ensalzaran la imagen e identidad de los individuos que habían desaparecido desde el punto de vista de las relaciones sociales. En consecuencia, esta vertiente plegada al sentimiento vernáculo abrazó la siguiente máxima:

“La chilenidad o lo que se ha dado en llamar criollismo es, además o quizás si en una medida superior, una exaltación de los humildes, de los insignificantes, de los que sufren y padecen amarguras, derivadas de sus mismas condiciones de existencia. El criollismo, y esto no puede desconocerse, ha dado categoría estética a los habitantes del campo, desde el hombre a los animales..... No son estos hombres insignificantes, menos chilenos que los hombres de la ciudad, pero forman en una comunidad distinta, por su género de vida, por sus costumbres simples, elementales, por sus padecimientos y también por sus heroísmos o por sus tragedias”.³²⁷

Plegándose al horizonte de esta idea, se pone de manifiesto otra forma de abordar esta situación, pertinente para dilucidar la despreocupación que nos ha llevado a presenciar esta crisis de un modo de ser construido de acuerdo a los cánones franceses. Así por ejemplo, el manto, prenda de vestir derivada de desarrollos históricos anteriores, sello de las antiguas familias hacendadas y del campo nacional,

³²⁶ Domingo Melfi, *El viaje literario* (Santiago, Editorial Nascimento, 1945), 153.

³²⁷ Melfi, “*El viaje literario*”, 155.

es el punto de partida para comprender la conciencia y actitud oligárquica, y el rol que cumple el buen tono europeo en el mundo de nuestros protagonistas:

“Las extranjeras que pasaban por Santiago iban a retratarse de manto en casa de Heffer: la Classenti, la Boninsegna, la Cané, las Anchorrena, Laura Munier, Tórtola Valencia. Por fin se fue el manto. Lo cambiaron por el chapeu de las galerías Lafayette. El progreso. Los turcos cambiaron el nobles fez por la gorra o jockey del cokney. El manto fue cayendo de los hombros elásticos de las niñas a las espaldas cansadas de las viejas pobres. Volvió a ser lo que fue cuando llegó de España: el luto de las guerras de Arauco y de las plagas. La clase alta burlesca, vasco-anglo-afro-castellana, le puso su lápida: el tapamugre. Es el sudario en vida de la mujer pobre. Tiene la fealdad de la última trutruca que hace sonar el indio enfermo en la encrucijada de la mendicidad”.³²⁸

El punto en cuestión es que las costumbres heredadas se vieron desplazadas en igual medida al favor que, frecuentemente y para aquellos comprometidos en la transformación de su estilo, concedieron un distanciamiento a pautas culturales convencionales. El menosprecio por el manto, verificó el advenimiento de un fenómeno que obedeció al desarrollo del medio urbano y que se vio favorecido por la consolidación hacia las postrimerías del siglo, de modas provenientes desde Europa, y la seducción ejercida por Francia. De hecho, la sofisticación en los atuendos está estrechamente relacionada con este refinamiento de patrones de conducta, por ejemplo:

“Las modistas más buscadas son francesas. Esta ciudad sueña con París. Nombres franceses quieren decir refinamiento: Pouget, Georgette, Jardel, Bouzingnes, Launay, Pinaud, Noël, Potin, Gage, Genestier, Cheyre, Muzard...”³²⁹

El nuevo tono social del manto señala el debilitamiento de las costumbres locales, acompañado de características proclives a la revitalización de una imagen negativa, junto a un mensaje ofensivo de quien se ungiera de aquel. El desdén por esta prenda de vestir auguraba repercusiones de largo aliento, y apuntaba hacia actitudes perniciosas para el resto de la sociedad.

³²⁸ Eduardo Balmaceda Valdés, *Un Mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969), 96.

³²⁹ Balmaceda, “*Un Mundo que se fue*”, 131.

Sin embargo, en un pasado no muy lejano, el manto designó otra herramienta sólida para estar a tono para los personajes encumbrados del país, justamente nunca escapó de la lógica de clase, variando eso si conforme a las tendencias de la época. El manto, en su momento también se bañó de un anhelo con halo romántico para individuos que visitaban estas tierras, toda vez que atestigua la influencia de las costumbres modernas. La imagen de distinción y luego de rechazo fue el reflejo de la sensibilidad prevaleciente en el Chile finisecular, aunque siempre encaminado a expresar los designios de las élites entre sus iguales. Anterior al giro y estigmatización de esta prenda de vestir, como ejemplo de la amplia aceptación que tuvo el manto, este es graficado por las jóvenes del período:

“La niña chilena rica era entonces de una actividad fregoliana; de manto en la mañana, de sombrero en la tarde, de escote en la ópera y de amazona en el fundo. El mismo manto se prestaba a las fantasías, de media cabeza, de busto, alargado, redondeo, ceñido”.³³⁰

El desarrollo de una vida social de acuerdo a parámetros europeos, asimismo alcanza a eventos sociales que cambiaron su contenido frente a la reformas de ciertas costumbres, así lo evidencia y lamenta Balmaceda Valdés:

“¡Ah...! Las Navidades de nuestra niñez, que tenían carácter criollo, auténticas, chilenísimas, llenas de sencillo encanto. Todo era tan distinto, tan original y propio de nuestro ambiente que, a pesar de nuestras múltiples andanzas, jamás hemos visto nada parecido. Navidades con calor, que los europeos al escuchar nuestros relatos no pueden comprender... Nuestro Niño Jesús no nació en tierras árticas ni tropicales; es de nuestro templado clima y no necesita de los animales del establo para entibiar su frágil cuerpecito; es nuestro Niño Jesús chileno, no pariente de los del Viejo Continente y así lo celebrábamos antaño con lo más auténtico que podía proporcionarnos nuestra patria. Los niños lo mirábamos como compatriota”.³³¹

La perspectiva que aboga Balmaceda, desnuda una posición anterior a la relación mimética con las culturas hegemónicas, reconstruye su infancia bajo la

³³⁰ Balmaceda, “*Un Mundo que se fue*”, 95.

³³¹ Balmaceda, “*Un Mundo que se fue*”, 35.

celebración de las navidades antes de optar por el regreso al circuito mundial. Presenta la celebración, con méritos propios y virtudes asentadas en nuestra geografía tan peculiar, recreándola en un estilo original, todo ello para reunir en un mismo escenario una imagen algo nacionalista de la de gracia divina, prescrita en la veraniega naturaleza de estas tierras. De allí que no le corresponda identificarse con el orden providencial de otras latitudes, no es un mero reflejo de otra realidad, sino más bien intenta atribuir esta costumbre a un carácter inmanente que la determina en su totalidad. Formado por estas costumbres, quedó marcado más allá de lo que el mismo suponía, y ahora lamenta que la adhesión a la nueva escena mundial haya cambiado el contenido cultural tradicional.

4.1 El lujo.

Paralelo a lo anterior, el autor de Raza chilena Nicolás Palacios instigó raudamente el tópico y los alcances de la riqueza y el lujo desproporcionados, tema que comenzaba a cobrar importancia y resultaba cada vez más problemático, acaso el culto al dinero permitía defender intereses solo en beneficio de las oligarquías y permitir su figuración en calidad de miembro de la élite.

El escritor chileno percibe que el origen de la riqueza de nuestra élite, al no adjudicarse por un camino moralmente correcto y por individuos carentes de toda virtud, se recubre de características nocivas. Desde esta perspectiva, una riqueza desvinculada del trabajo productivo está íntimamente compenetrada con la connotación atribuible anteriormente, podría decirse entonces que la riqueza obtenida mediante apropiaciones de las rentas fiscales, acompañado de un acceso privilegiado a estas, se traduce en un consumo conspicuo que fija sus límites y posibilidades en el derroche.

En el libro "Estudios económicos", Marcial González captura en uno de sus capítulos, aquellos deseos de extravagancia, e interés por el consumo conspicuo que

ansiosamente sopesaba sobre la vida social de los chilenos. Junto a esta imagen, González expone las características y el fin último asociado al lujo, en primer término, significa un gasto excesivo en bienes de lujo. En segundo lugar, el despliegue ostentoso; los objetos con los cuales son ungidos los individuos deben ser expuestos antes sus seguidores, junto a un reconocimiento de la calidad de sus poseedores. Mirar consiste en un acto de vocación mundana, y hacer visible la vanidad que comporta esta actividad.

De acuerdo a González el problema del lujo es desvelado cuando se distancia del propósito expreso de cubrir necesidades, y empieza a funcionar como contraste entre los integrantes de la sociedad. Lo paradójico de la situación, tiene que ver con la manera en que algunos sectores creaban condiciones para acercase a dicho estilo de vida, en parte por la influencia cultivada por las clases opulentas. En palabras de González, la aspiración a imitar los modos de la élite funda su propósito sobre la premisa de igualdad adscrita a los atributos de la sociedad moderna. Empero, la élite nacional no dejaba de ahondar en la diferenciación social, derrochando y deleitándose con la gratificante experiencia mundana. La mayor capacidad de consumo de los sectores acomodados, instala en la sociedad un nuevo símbolo de status y un nuevo intérprete en la escena de la exclusión, como consecuencia:

“Nadie se interesa ya por la política, ni el amor al bien público: la patria, las glorias del arte y, hasta la dulce sociabilidad, parecen adormecidas. Faltan evidentemente estímulos que den impulso al desarrollo intelectual y moral, el corazón se muestra sordo al llamado de las nobles emociones, y la vida regalada, el agio por toda ocupación y los hábitos de ocio y de molicie continua ciertamente que no son las palancas mejores para levantar y retemplar nuestro carácter nacional”.³³²

Y prosigue:

“(...) el gusto de los caros objetos de fantasía aumenta en nuestra clase rica, excitando los apetitos sin freno, estimulando la pueril emulación, desarrollando

³³² Marcial González, *Estudios Económicos* (Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1889), 442.

pasiones mezquinas, que merman la riqueza á la vez que el bienestar y la moralidad del pueblo”.³³³

González nos muestra el abismo de unas realidades sociales que agotan sus posibilidades de crecimiento en la capacidad de consumo superficial. Los patrones de consumo de bienes de lujo representan un nuevo signo de distinción social que las gentes de mediana fortuna intentaron reproducir, sin embargo, acortar la distancia que media entre los hombres de una misma realidad, pero con diferentes niveles de poder adquisitivo, propicia el sometimiento de muchos ante los designios de unos pocos. En concreto, esta operación que exalta el hedonismo compulsivo, ponderó vicios peligrosos para la sociedad; no es de extrañar por tanto, que González estime en catalogar estas circunstancias singulares como decadencia. Visto así, Iris, quien comparte los temores de González, arremete con otro testimonio:

“Me instalé en un gran salón, posando la reina de la ironía; el conjunto de ese mundo elegante me pareció desplazado y destinado a la ruina. Han copiado a la vieja Europa monárquica y agusanada.

Tengo la impresión de un mundo que muestra todo su orgullo y que entrará pronto en decadencia. Se ha exagerado mucho el lujo y lo material, sin un desarrollo anímico armonioso.

Se diría que son comparsas de teatro que representan personajes europeos sin la cultura ni la aristocracia verdadera; todo este mundo se desmoronará pronto, caerá en pedazos, como el yeso de la fachada pretenciosa. Después de la élite intelectual de 1875, la sociedad enriquecida se transforma en burguesa y el exterior se apodera del alma. Todo esto se evaporara como un sueño”.³³⁴

De esto último se desprende la relevancia que recorre gran parte de nuestro trabajo, visualizar las condiciones de un conflicto que separa los hechos de los valores, de una búsqueda de lo que parece ser un descubrimiento, aunque contravenga sus propias intenciones.

³³³ González, “*Estudios Económicos*”, 441.

³³⁴ Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chilena de ediciones s.a, 2005), 282.

El contraste que expresa Iris, basta para explicar los problemas de la creciente preferencia por el lujo y refinamiento que fluye hacia el novecientos, en forma por lo demás complementaria, la distancia entre estas costumbres europeas y las condiciones sociales de la oligarquía chilena parecen incompatibles, tratase de hecho de una sociedad desfasada, que en el exterior proyecta la entronización de valores acordes a las generadas por el mundo moderno, pero que internamente no posee un fondo teórico que respalde la identidad que ha adoptado. Sin el molde apropiado, la armonía entre fondo y forma abren motivaciones de otro orden, que tiende a quitarle fuerza a concepciones tradicionales y consecuentemente hace de aquello un ejercicio pernicioso.

Los modos de ser generados por el consumo conspicuo apelan al culto por las apariencias, acarreado con ello una nueva forma de autoridad social, significativa en el universo de las preocupaciones de la élite y decisiva en la promoción de este deterioro social, marcado por la decadencia y, esta propagada sensación de crisis. Como sea, los problemas de asimilación acaecidos en la realidad local, forma parte de esta difundida necesidad de plegarse a las propuestas internacionales en boga, de ese modo, el entusiasmo inicial por las prácticas sociales europeas, velozmente fueron deformadas y reemplazadas por dinámicas viciadas.

4.1.1 La Literatura como experiencia de crisis.

La vertiente nacionalista, ofreció una descripción frontal de la sociedad, que llegó a dramatizar el panorama social a través de personajes de ficción, que como ya hemos establecido y analizado, en la totalidad de ellos retrataron su medio con un sentido de crítica. En tanto, sus preocupaciones fueron narradas en muchas obras que trataron estas dimensiones. De nuestra parte inclinaremos la atención para cubrir las necesidades del panorama que venimos describiendo en dos novelas: Hogar Chileno y Sara Bell o víctima de la Aristocracia.

El relato construido por Senén Palacios, contribuye a esclarecer las secuelas del abandono, por parte de la clase alta, en su afán de restarse del bienestar social. En "Hogar Chileno", son los miembros con más edad de la familia, quienes dan cuenta del fracaso, y camino al que se dirige el país si sigue encabezado por personas sin las capacidades ni el interés en cumplir con sus obligaciones para con el resto de los grupos sociales. Lo importante es, sin embargo, considerar la responsabilidad atribuida a la élite por vivir en permanente indolencia, plagada de lujos, incitando al derroche y dejando tan poco al resto, solamente con la función de absorber la lógica de un vida material inspirada en otro hemisferio.

Volviendo al relato, destacar que se nos presenta una familia alejada de las cualidades intrínsecamente aristocráticas, llámese linaje u tradición. Son más bien gente de buen pasar que está llegando a una posición ventajosa, razón por la que no forman parte permanente de los grandes salones, aunque tienen contactos que marcan presencia y están instruidos en ese mundo. Por este motivo se sienten incómodos con el proceder de la gente que ya lleva tiempo practicando estos estilos o modos de ser. Manteniéndose un tanto renuentes a acoplarse a este tipo de conductas, e incluso tienen más afinidad con la gente trabajadora de estratos inferiores, pues les recuerda su procedencia.

Se resalta el patriotismo y la guerra del pacífico en uno de los personajes, donde defiende las incomprensibles cualidades y capacidades de los sectores más humildes. En su persona se decanta el autor para hacer patente el malestar, y criticar a quienes han tomado las riendas del país para dirigirlo a esta encrucijada. Conviene agregar que sus referencias apuntan a la actitud de la oligarquía, que por cierto desaprueba.

En el curso de la misma idea, surge la posición tomada por aquellos miembros adinerados que han sido excluidos de los centros selectos de la oligarquía. Estos, hacía la época en que se hizo manifiesta la crisis, toman una actitud más desafiante con dichos individuos, puesto que están dilapidando la riqueza del país, en consecuencia, ni siquiera las ganancias de la actividad minera es capaz de absorber las continuas exigencias del faustoso consumo, fijando deudas en el erario fiscal que hace imposible

mantener una economía óptima, de suerte que la protesta dirijase hacia la incorporación de costumbres extranjeras en la labor cotidiana:

“Tenemos que defender, Pedro, el medio social a que pertenecemos, modesto pero sano, laborioso y honrado, del contacto de esa juventud degenerada y corrompida que amenaza acabar no sólo con el antiguo buen nombre de Chile, por el género de vida a que se entrega, sin ideales en el alma, sin el anhelo de ver mejorar la condición social de nuestro pueblo, con el desacierto en el manejo de la cosa pública en cuyas manos está casi su exclusiva dirección, sino que amenaza también secar las fuentes mismas de la vitalidad de nuestra raza, ya tan maleada con la intromisión de elementos extranjeros malsanos, tomados de la escoria de otros países, que nos va invadiendo como invade y aniquila la fecundidad de nuestros fértiles campos la galega y otras malezas de origen europeo”.³³⁵

Esto si bien es una carta emanada de un personaje de la novela, también es una declaración de parte del autor, respecto de la situación del país, sus causas y posible desenlace. Nos presenta así, unos individuos débiles de carácter y descuidados respecto a sus obligaciones morales, no es de extrañar entonces, que al describir un contexto prácticamente degradado, se mencione la confluencia de costumbres ajenas, interacción que impuso la persistencia de formas con arreglo a las apariencias dictadas desde el buen tono. La connotación reprobatoria a esta actitud, no pasa solamente por las maneras exteriorizadas, son formas que fecundan y se integran en el entramado organizativo del país, alcanzando realidades demasiado modestas, y contrarias a los principios que sustentan las familias patricias.

Consideramos que esta visión refleja la posición social del autor, quien si bien posee estatus social, suscribe en sus postulados una mirada que comparte con la de su hermano, Nicolás Palacios, primeramente en las cualidades que destaca de la sociedad, y en seguida la pérdida que produce el proceso de afrancesamiento. Del mismo modo, comparte el diagnóstico en relación a una oligarquía que había a comenzado a definir un aparato estatal que permitía prácticas en base a clientelas, situando a personas en una esfera de decisiones muy por encima de sus verdaderas capacidades. Finalmente, el mencionado análisis devela las consecuencias de este cúmulo de experiencias, que

³³⁵ Senén Palacios, *Hogar Chileno* (Santiago, Editorial Nascimento, 1927), 376.

entre tanto estímulo, termina por alterar la homogeneidad cultural del país. Por supuesto, es en torno al relajamiento de las costumbres como el autor interpreta las circunstancias del Chile de fines de siglo.

Sara Bell (el crimen de Sara Bell), hecho real convertido en novela, acontece en Santiago, que a diferencia de otros debates respecto al valor de la capital como centro de entretención para la alta cultura, acá es desestimado, esto, debido a la aparente emergencia por encontrar lugares de esparcimiento, lo que encausa la acción hacia ambientes cerrados (cantinas). Importa decir que la viabilidad y rol de estos espacios desde la perspectiva del ocio plantean el desarrollo de las mismas actividades ya enunciadas en pasajes anteriores. Para aclarar, por qué no pensar en la posibilidad que el autor describe un ambiente enclaustrado para restringir la realización de esta imprevisible dinámica, en un afán premonitorio ante el avance de ese sentimiento de excelencia que se disemina hacia el novecientos.

Bástenos señalar que el protagonista, Luis, típico dandi, amante de las mujeres y los vicios, oficia de abogado casi por hobby, mereciéndole más atenciones el área de los negocios, aunque no siempre parece obtener ganancias en esta anexa actividad. Vive de la fortuna de su mujer, la señora W..., con la que está en conflictos por sus constantes amoríos, incluyendo a Sara y a su anterior mujer, Margarita, quienes son amantes mantenidas (una en reemplazo de la anterior) con el dinero perteneciente a la primera mujer descrita, la señora W....

Luis es un hombre que vive endeudado, producto de los deplorables negocios que realiza y actividades vinculadas a los juegos de azar, donde no parece gozar de mucha suerte, ofreciendo claro testimonio que esta forma de obrar requiere desembolsar sumas considerables de dinero. Se trata, pues, de un individuo que gusta de aparentar y acapararlo todo, cualidades que pretende emplear para recuperar a su ex mujer ahora en brazos de uno de sus amigos, solo por envidia, y para dejar en claro que le pertenece.

En el relato literario, priman mucho el consumo conspicuo, los viajes y salones. Todas aquellas manifestaciones superficiales arraigadas en el estilo de vida

afrancesado, privilegio exclusivo de las clases adineradas. Recordemos que estas formas, en palabras de sus representantes, es una condición revestida de cualidades que se corresponden con su propia idea de excelencia. Para el caso de los segmentos que se encontraban un peldaño más abajo son asociados imágenes vinculadas a su procedencia social, y por tanto, sujetas a otro tipo de connotaciones.

Queda de manifiesto que para estos personajes su estilo de vida no es benevolente, mas sólo en las apariencias. Al consagrarse esta actitud, se sienten atados a estos valores, porque su forma de vida supone unas obligaciones ya imposibles de ignorar, he aquí, la característica vital de su particular modo de ser. Puede decirse entonces, que en aras de su satisfacción estética no dudarían en transgredir normas que van más allá de las retratadas convenciones sociales.

Es así como ante la posibilidad de perder preeminencia en este círculo de frivolidad, son capaces de realizar todo tipo de atrocidades, como por ejemplo, el asesinato de Sara Bell. Podemos sostener entonces que son individuos que sienten la necesidad de continuar fomentando costumbres mundanas, con miras a gozar de una posición social que permita adjudicarse cierto status social. Habida en cuenta del reconocimiento que significa la continuidad de moldes adscritos al buen tono, es que esta apreciación cobra sentido, cuando termina de derrumbar la mayoría de las barreras artificiales impuestas desde una sociedad que acepta halagadoramente el consumo conspicuo.

Con hechos de esa naturaleza, más los que desencadenan ese suceso, se puede vislumbrar que a pesar de dar impresión de que tienen todo bajo control, lo cierto es que ese estilo de vida presenta falencias justamente en ese aspecto, dado que por diversos motivos muchos de estos personajes están constantemente presionados y, si nos abocamos a lo que le ocurre al protagonista de la obra, quien es puesto en apuros por sus dos antiguas amantes (con justa razón) y sus conspiraciones para que fracase su amorío con Sara, convendremos en que para cuando decide cometer el asesinato, ya está en un estado mental muy corrompido:

“Para nuestro modo de pensar, juzgaremos que la conferencia con la señora W... i los celos de Luis con su amigo Jorge; las gruesas sumas que había perdido al juego y en orjías en su permanencia en Valparaíso i el temor de que un hijo que se le pareciera, fuera la espada de Damocles colocada eternamente sobre su cabeza, todas estas poderosas causas no podían sino influir en el rápido i notable cambio de carácter de Luis”.³³⁶

Características como las descritas dan cuenta de lo que se respira en el ambiente, es lo de una vida sin sabor, acompañada de una conducta regida por normas que actúan en razón del consumo conspicuo y el hedonismo, porque para ese sector social el rito mundano exige hacer alarde de dichas convenciones. Procediendo de este modo, las sensaciones de decadencia no tardan en aparecer, la vida condenada a las arbitrariedades del quehacer frívolo, conmueve a individuos que en fondo son conscientes de las consecuencias de dispendiosa actividad. Al mismo tiempo, el mejor ejemplo de la decadencia y el abatimiento es la persona misma de Sara, quien a pesar de que en un principio cuenta con suerte, sabe que en algún momento eso acabara. A veces da la impresión que lo desea de esa manera, o más bien, que desde el comienzo presagiaba ese fatal destino.

Ahora bien, considerando el acto criminal en sí mismo, no podemos dejar de mencionar lo negligente de la justicia o, si se quiere, lo sesgado de su actuar. Para el caso de Luis, es de conocimiento público que los propios miembros del poder judicial obstaculizaron la causa criminal para dar con el paradero del sospechoso:

“Tenemos gran acopio de documentos para esponer el infame hecho a la faz de la aristocracia para que sirva de estigma de oprobio a una sociedad que se llama aristocrática, título que parece salvaguardia para que sus crímenes queden las más veces impunes”.³³⁷

³³⁶ Carlos Segundo Lathrop, *Sara Bell o una Víctima de la Aristocracia* (Santiago, Centro Editorial Calle de la Bandera, 1896), 346.

³³⁷ Lathrop, *“Sara Bell”*, 426.

En este sentido el autor enfatiza que *"Se ha hecho lujo de patrullas para capturar al reo, cuando se sabía donde estaba i hasta se llegó a decir que un magistrado lo amparaba en su propio hogar"*.³³⁸

Razones como estas son expuestas con franqueza por el autor en forma de denuncia, para manifestar las tensiones propias del actuar sobre las cosas, y en general sobre las distintitas situaciones que ameritaban abordarlas desde otra perspectiva.

Apartándonos del relato novelesco, Luis Orrego Luco entrega información precisa de los hechos que rodearon a este lamentable incidente. El trasfondo, que campea dicho acontecimiento, naturalmente tiene relación con el rodar de una vida licenciosa, y como tal, el escenario dispuesto para el inicio de esta historia, es una suntuosa fiesta a la que asistía Orrego Luco en casa de don Mariano Sánchez Fontecilla, junto a ellos, Missis Clarck, dama con un talento requerido por los asistentes a estas actividades, la lectura de las líneas de las manos, y en ese instante, una predicción:

"(...) Luis Matta Pérez se acercó también a ella pidiéndole que le atendiese. Missis Clarck tomó su mano, la estudió nerviosamente, y luego se quedó callada.

-¿Y qué de mi porvenir, señora? -interrogó Matta.

-Permítame pasarlo en silencio...

Y como insistiera Luis Matta en saberlo, ello le replicó nerviosamente:

-Ya que Ud. insiste, se lo referiré a Tránsito... Si ella cree conveniente, podrá repetírselo a Ud.

-Aceptado.

Ambas señoras hablaron en voz baja, en el salón vecino. Volviéronse cada una por su lado. Y como Luis Matta insistiera nuevamente con Tránsito Gracia, ésta le replicó:

-Nada puedo decirle, por ahora. Dentro de dos años se lo diré.

Bromas, risas, y pasó a otro asunto.

Años más tarde recordé el caso de la predicción de Missis Clarck a Tránsito García, que se puso pálida.

-Ud. puede saberlo ahora... Al ver su mano leyó lo siguiente: hombre feliz con las mujeres... Tiene amores con una dama hermosa... Tendrá otros... Y matará a

³³⁸ Lathrop, "Sara Bell", 5.

una mujer... Antes de dos años será condenado y se fugará de Chile para no volver nunca más...

Todo se realizó tal cual se lo anunciaran esa noche, sin que él lo supiera”.³³⁹

Indudablemente los sucesos escalaron en preeminencia, pasando de simples murmullos en pasillos a convertirse en tema de notoriedad pública. Las charlas privadas entre importantes figuras políticas refiriéndose a crimen acaecido, habla de la honda impresión que tuvo dentro de la sociedad elegante, no era para menos, el individuo formaba parte de estos círculos de íntima excelencia. Una de las primeras impresiones, Orrego Luco las encontró en el Presidente Errázuriz, posterior a una vista realizada en compañía de Domingo Amunátegui Rivera, intendente de Santiago, a este último, Errazuriz preguntó:

“-¿Qué sabe Ud. del crimen de la Calle Fontecilla?

-¿Del crimen de la Calle Fontecilla número 30? Solamente lo que dice La Nueva República –le contestaron-. Es lo que circula en estos momentos por el público, sotto voce... Se trata de una mujer asesinada por estrangulación o asfixia, como algunos aseguran, o por el efecto del veneno. El actor principal sería un conocido joven de la alta sociedad del capital, abogado, que frecuenta desde hace muchos años los salones más elegantes de Santiago y que, al parecer, era amante de la mujer asesinada...

Luego de una vista al Presidente Errazuriz, y en el curso de las conversaciones, preguntó al intendente:

-Averígüelo, y me lo comunica.

-Por ahora el asunto está en manos del juez del crimen Guillermo Noguera.

Al cruzar aquella fría noche de invierno la Plazuela de La Moneda, interrogamos a nuestro viejo amigo el intendente, quien, mirando las estrellas, contestó:

-Es un asunto delicado y grave en el cual hay que andar con pies de plomo hasta que la justicia se pronuncie, pues en él anda comprometido el honor y el porvenir de un hombre que todos conocemos y tratamos”.³⁴⁰

Ciertamente, son las circunstancias del victimario las que despiertan mayor atención y preocupación, chocaba de modo importante, que un integrante de las altas cúpulas sociales, fuese capaz de cometer una acción de tales características. A la sensibilidad del asunto, le sigue una penosa contrariedad, proteger el interés de clase

³³⁹ Luis Orrego Luco, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984), 589.

³⁴⁰ Orrego Luco, *“Memorias del Tiempo Viejo”*, 590.

antes de asumir una responsabilidad de tipo judicial, y esto es lo que más sorprende, pagar el precio de la verdad, por un hombre distinguido y de fortuna que merodeaba por espacios de gran consideración social. Siendo elitista la aproximación al tema, podemos suponer a partir de esta base, que asistir a actividades de personas distinguidas, entregaba una base concreta de credibilidad, además de la simpatía de sus congéneres.

Respeto a los hechos en cuestión, ofrecían un mar de dudas, Matta Pérez, sin mayores sobresaltos ni vacilaciones, hallábase como de costumbres, disfrutando de las bondades de su posición social, concurriendo a las actividades del Club de la Unión, a vista y paciencia de sus contertulios, con nadie muy aventurado a sacar conclusiones precipitadas:

“... fuimos a parar al Club de la Unión... Después de bebernos un whisky, fuimos al gran salón de billares, casi oscuro, con excepción de una mesa ocupada por un grupo de personas. Nos sentamos en los sofás colocados sobre las elevadas tarimas. Entre los contados jugadores en mangas de camisa y taco en lato vimos a nuestro amigo Matta Pérez. Cambiamos con Amunátegui mirada de inteligencia. Vimos que jugaba con pulso firme, echando a las troneras todas las bolas blancas, sin vacilaciones de ninguna especie, con el estilo y precisión de los grandes aficionados. Luego, a la salida, me dijo Amunátegui:

-¿Te fijaste? ¡Qué seguridad y qué pulso! Debe ser inocente”.³⁴¹

Sin embargo, con el transcurrir de los días, el crimen poco a poco comenzaba a tomar forma, y con ello las dudas eran despejadas, incluso la información compartida por la prensa aseguraba que el culpable durante la misma noche se paseaba tranquilamente por el Club Hípico, a modo de establecer su coartada. El interés entonces, fue puesto en su persona, y Orrego Luco tuvo la triste y lúgubre fortuna de conocer a todos los actores de aquel drama³⁴². De Luis Matta, omitiendo sus cualidades físicas y psicológicas, desde temprano sus rasgos de comportamiento advertían matices de una vida encaminada hacia la grandeza, era un tipo esencialmente vividor, siempre en la búsqueda de mujeres de considerable fortuna, para afirma su posición social:

³⁴¹ Orrego Luco, *“Memorias del Tiempo Viejo”*, 591.

³⁴² Orrego Luco, *“Memorias del Tiempo Viejo”*, 591.

“Ya en aquellos tiempos comenzaba a diseñarse en Matta lo que nosotros llamábamos temperamento de pechador, fuerte empuje moral y social, propósito de lograr fortuna en los salones, trepar a las cumbres de la fortuna y de la moda, meter ruido a toda costa con sus aventuras ya que no podía hacerlo de otra manera. En sus comienzos practicaba el flirt con solteras, pasando después a las casadas. La vanidad era lo predominante en su carácter, por lo cual, más de una vez, cuando entre líneas nos hablaba de sus conquistas, se jactaba de su método (...).”³⁴³

Entre tantas conquistas, se hizo con los afectos de una renombrada dama, la señora X, auténtica victoria para sus ambiciones. La imprevista aventura llegó mediante un litigio judicial, éste la asesoraba en sus trámites de divorcio, logrando adjudicarle una importante suma de dinero, bienes que con la venia de la señora X, fueron administrados por el señor Matta. Nace así, un rico snob, que era la admiración entre la gente de tono; de un día a otro apareció sobre carruajes tirados por costosos caballos, onerosos obsequios, comida finísima y en compañía de hombres que frecuentaban los más encumbrados espectáculos sociales:

“Lucho Matta comenzó a llevar una vida fastuosa, de lujo y derroche considerable. Tenía carruajes y un hermoso tándem con yeguas de pura sangre. Se declaró entregado al deporte de caballos de carrera, frecuentó múltiples y costosas queridas... Matta arrojaba el dinero por la ventana, daba grandes comidas en compañía de Carlos Cousiño, Daniel Concha y algunos sportmen; compraba caballos de carrera, hacía grandes regalos a las señoras y en las charlas del Club de la Unión, en los salones y corrillos, solía interrogarse la gente sobre el origen y caudales de tan fastuosa vida. Ignorábanlo, toda vez que Matta no era, ni con mucho, un abogado de fuste o una celebridad de foro. Ganaba, de fijo, 400 pesos en la New York, como abogado consultor.”³⁴⁴

Al poco tiempo, paralelamente, y en circunstancias similares, es decir, ejerciendo como abogado, conoce a Sara Bell, la diferencia con la señora X, es la calidad de los afectos, así pues, en la vida mezquina de Matta, y para su sorpresa, Sara Bell logró encantarlo, inspirando en él un sentimiento genuino de amor, en cambio, por la señora incógnita, no existía allí pasión alguna, solo lo unía una escritura pública, y una promesa de gestionar adecuadamente una considerable suma de dinero.

³⁴³ Orrego Luco, *“Memorias del Tiempo Viejo”*, 592.

³⁴⁴ Orrego Luco, *“Memorias del Tiempo Viejo”*, 593 - 594.

Enamorado de Sara, y con la obligación de responder económica y sentimentalmente a la señora X, Matta Pérez tuvo la idea de emplear a Sara Bell para la realización de puntuales deberes domésticos en su hogar, acallando rumores de infidelidad que comenzaban a propagarse entre la gente curiosa, sin embargo, el problema principal era que Matta ya había derrochado el capital depositado por la señora X, dinero que podía acarrearle pena de cárcel, y más importante, ponerle fin a su disipada forma de vida. Los acontecimientos siguientes habla del hallazgo de una prueba por parte de la dama incógnita que ligaba románticamente a Matta con la supuesta ama de llaves, desde ahí, estalló una feroz disputa entre ambas queridas, y Luis Matta orbitaba sobre dos situaciones que literalmente lo maniataban, enamorado de Sara por un extremo, y por otro, la señora X, que lo sometía a condiciones que debía mantener en secreto, a riesgo de que se iniciase una acción judicial en su contra, a este drama, únase escándalos y amenazas de todo tipo, una especialmente peligrosa, Sara Bell tenía en sus manos evidencia del romance de la dama incógnita con Matta, escritos demasiado delicados para una mujer de su status.

La resolución de Matta, ya podemos presentirla, asaltado por sus propias decisiones, en un juego de resortes morales, entre escenas de idas y venidas, aparecía ante él una sola salida, sacrificar quizás el único sentimiento verdaderamente honesto dentro de un entorno frívolo, pues el temor de perder dignidad en términos sociales resulta un agravio mucho mayor, y tal encrucijada ofrecía una solución, acabar con la vida de Sara Bell:

“-En la noche del 22 de octubre se realizaba el crimen. En casa de Sara Bell vivían María Requena, sirvienta, y su hermano Pedro Pablo Requena, cuidadosamente alejado de la casa aquella noche. A las ocho y media llegó Matta Pérez a la casa, le aplicaba una inyección para calmar sus dolores de estómago, y luego, como ésta gritase, trató de sofocarla con un paño. Pero Sara se le escapó y salió a la calle dando gritos. Luis Matta iba detrás, la cogió y la hizo entrar violentamente diciendo:

-¡Está loca!

A los grito salieron las señoras Cecilia Larraín y Carolina Bannen que habitaban en el número 28 de la misma calle, al frente, y acudieron espontáneamente a declarar a la policía.

Además presenciaron el hecho el profesor de música señor Moschini y las señoras Arlegui, que vivía al frente, y que no fueron llevadas a declarar.

Matta Pérez, con toda sangre fría, dijo a éstas señoras:

-No tengan Uds. Cuidado, la pobre está enferma del corazón y sufre un ataque.

Después de esto, volvió a la casa, salió a las nueve y media, y se dirigió a la secretaría del Club Hípico. Regresaba nuevamente a las doce p.m. Sara Bell murió durante la noche".³⁴⁵

Las indagatorias posteriores, no tardaron en dar con el culpable, no obstante, el caso no captaba la atención de la justicia, es más, gran parte de las declaraciones que circulaban, correspondían a una investigación realizada en solitario por la prensa, esfuerzos que llegaron al oído de una impresionada opinión pública, que gracias a sus presiones logró llevar a juicio a Luis Matta Pérez. Pero aquí no termina el incidente, lo más curioso, es que el juez encargado de entregar la sentencia, buscaba consejo entre hombres de reputada trayectoria, entre ellos, Luis Orrego Luco, como si el crimen aún no estuviese lo suficientemente claro:

"Esa tarde nos encontrábamos en la Picantería, en casa de los Amunátegui donde nos reuníamos siempre varios amigos, entre otros Gregorio, Miguel y Guillermo Amunátegui, Luis Covarrubias Ortúzar, el doctor Javier Grez, Lorenzo y Gonzalo Montt, y otros íntimos. Esa tarde se presentó Guillermo Noguera, juez del crimen que entendía de aquella causa y era uno de los nuestros. Cerró las puertas, y luego nos dijo en tono grave:

-Tengo que hacerles una consulta. Uds. Conocen los rumores de prensa de la muerte de Sara Bell. Se trata de un asesinato y ha caído en mi juzgado que es de turno. Existen cargos serios en contra de Matta Pérez, a quien todos conocemos. ¿Debo tomarle peso? La prisión preventiva es cosa grave, de la misma puede depender la vida de un hombre, su honor, su carrera y dictarla es arrojar sombras mortales sobre un hombre, un amigo, acaso inocente. ¿Qué me aconsejan Uds.?

Casi todos estuvimos de acuerdo en que debía extenderse la orden de prisión, por dolorosa que fuera esa medida".³⁴⁶

A pesar de las diferencias o similitudes entre la novela y el recuerdo de Luis Orrego Luco, hay naturalmente una cuestión que domina en el ambiente, y que rodea a Luis Matta Pérez, acaso por gracia de la juventud o víctima de la ceguera casi total

³⁴⁵ Orrego Luco, *"Memorias del Tiempo Viejo"*, 598.

³⁴⁶ Orrego Luco, *"Memorias del Tiempo Viejo"*, 600 - 601.

de una sociedad lisonjera y frívola, los percances relatados muestran la profundidad de unos gustos en apariencia sencillos y sin complicaciones, pero que por dentro incitaba de manera tan hosca y agria, actitudes que sobrepasaban el duro carácter de Matta Pérez, quien probablemente, era un hombre que deseaba una existencia sin complicaciones.

El destino posicionó a Matta entre dos amores y dos secretos, optando por una decisión que fuese lo menos perturbadora para alcanzar parte de sus ambiciones. Vivir en las tinieblas, temeroso de no ser aceptado, perder el honor, o simplemente hallarse imposibilitado de sostener una vida ceremoniosa, era una situación comprometedor y terrible, a la que nadie, más aún, con sus pergaminos, desearía encontrarse.

De Luis Matta Pérez luego de su orden de captura, fue imposible ubicarlo, desapareció, se comenta que en complicidad con el juez de turno, y auxiliado por amigos de alta reputación social, que encubrieron los planes de escape; no deja eso de revelar un aspecto de conocimiento generalizado, dentro de la invariable rutina del mundo elegante, hay unas cuantas reglas claras, como axiomas, que nunca deben romperse, entre estas, defender a los tuyos, mantener en resguardo la identidad de la Señora X, es un claro indicio de ello.

4.1.2 La literatura como punto en común.

Creemos oportuno evaluar brevemente la intención mediante la cual se han dispuesto los análisis de las obras literarias, considerando aquellas que simplemente describen lo que el autor está viendo ante sus ojos más que hacer una férrea crítica (Casa Grande, Los trasplantados, Un Idilio Nuevo); las que de plano critican (Hogar Chileno, Krach!, La Cachetona, El Tapete Verde); y las que se caracterizan por ser una denuncia en sí mismas, yendo más allá de una solitaria crítica (Sara Bell...).

Distintas miradas se entrecruzan cuando se presenta a la sociedad del cambio de siglo en Santiago, sin embargo varios son los puntos de convergencia que se establecen y se tornan en lugar común para dar cuenta del carácter indolente de la oligarquía ante el avance de maneras cada vez más sofisticadas.

Los vicios y las malas prácticas a nivel institucional representadas en las obras literarias, trazan las evidencias de una crisis con motivo de la extranjerización de las costumbres; sus personajes encarnan una serie de situaciones respecto a la exageración de actitudes hedonistas adscritas al consumo de lujo, en la misma línea, evidencian las distinciones de este modo de ser con los sectores menos afortunados, aquellos que permanecen en los contornos de este círculo de privilegios.

Es interesante detenerse en ciertos detalles de este escenario y realizar, como apuntamos, un breve rastreo que nos permita resumir características respecto al funcionamiento de la élite y la mentalidad de quienes guiaban y componían este aglomerado. Esta escueta síntesis se inclina en torno a los testimonios de la literatura de la época preliminarmente citada a lo largo de este capítulo. Vemos pues, que los temas transversales son:

- Sensación de inconformidad, molestia y pesar

En las novelas se ven representadas muchas de las sensaciones presentes en la sociedad del 1900, entre las que destacan el pesar, la molestia e inconformidad con la vida que está llevando parte de la élite. La creciente frivolidad de las oligarquías era un signo unívoco de la realidad del novecientos, su ausentismo era una mezcla confusa de virtudes y vicios, aunque más de lo segundo que lo primero, que en seguida adquirió un radio de expresión que conforma gran parte de las demandas exhibidas en los pasajes de las novelas.

- Desajuste entre tradición y modernidad

Existen, como sabemos, incongruencias señaladas en la definición de una sociedad que se mueve entre las persistentes pautas de sociabilidad tradicionales y las

modernas. Patrones que intentaban coexistir y funcionar dentro de un contexto limitado en cuanto a su estructura interna. Así pues, la vertiginosa irrupción de aspectos modernizadores tienden a ser presentados como elementos disociadores, que decantan con frecuencia en discusiones valóricas.

Los atributos culturales modernos fueron considerados como el símbolo del debilitamiento moral. Lo cierto es que la adopción de costumbres afrancesadas en cuanto a la narrativa, fue un fenómeno que ponía en jaque la identidad colectiva del Chile decimonónico. Esta dicotomía apuntaba hacia una estética que destruía cualquier representación simbólica del pasado, inclusive aquella que consideraba lo propio como valor absoluto. En virtud de esta sombría relación, convergen muchos de los relatos enseñados, donde la articulación entre tradición y modernidad parecen redefinir las formas de sociabilidad de la élite chilena, marcando con su sello al conjunto de la población.

- Visión del campo versus la ciudad

La diferenciación cultural y simbólica entre el campo y la ciudad estaba fundamentada en las limitaciones materiales, e implicaba un desfase en las lógicas del buen tono. Cabe enfatizar que en las narraciones quienes gozan de prestigio son aquellos quienes se desenvuelven en el ámbito urbano, es decir, quienes circulan socialmente en los grupos oligárquico del centro y participan del ritual mundano, relegando a lo periférico a una situación de segundo orden, lugar donde los individuos parecen reencontrarse con sus orígenes, recuperar fortunas, o para vivir condenados al ostracismo de la vida elegante.

Es recurrente el tema en las novelas, tomando en cuenta, por ejemplo, los valores entregados a quienes provienen del campo, muy amables pero a la vez ingenuos, les falta la malicia necesaria para sobrevivir a la vida en la ciudad o, si se quiere, la máscara necesaria para el juego de la alta sociedad, caracterizado por las costumbres trasladadas desde París.

- Apego a la realidad de los escritos (realismo)

Existe un fiel relato de las costumbres y modos de ser en las novelas, tanto en las descripciones en general, los conflictos y desenlaces. Por lo general no son finales felices, más bien son tragedias mediadas por las condiciones que entrega el mundo de la belle époque criolla.

Resalta igualmente la contrariedad del escrito con la moral católica, los protagonistas por regla general al haber despertado un interés por la cultura estética moderna definen una orientación que resta valor a los argumentos de la autoridad eclesiástica, aunque siempre está presente como medio que mitiga la actitud vital que estaba carcomiendo el espíritu nacional. Por ejemplo, el proceder general de las mujeres era reglamentado fuertemente por patrones de enseñanza católica, de hecho, los efectos de su instrucción religiosa también alcanza la manera de sociabilizar en un contexto de fiestas, relaciones o compromisos, y por supuesto con los varones. En último término, su accionar estaba circunscrito a la esfera maternal y doméstica.

En el otro extremo descansa la figura masculina, con mayor respaldo y libertad en materia de formas de sociabilidad. Conviene detallar que la literatura caracteriza al varón como un sujeto falto de principios cristianos, siempre codiciando lo ajeno y plagado de contradicciones. Del hombre emana el estigma de la declinación moral, cuando llega la hora de enfrentarse a un nuevo ambiente no es capaz de salir airoso, resignándose ante sus vicios y más bajas pasiones, además esta mencionar, que la idea de debilidad masculina se relaciona íntimamente con su falta de dinero.

4.1.3 Aporte de las fuentes periodísticas.

Quisiéramos, para finalizar, tomarnos una licencia para describir brevemente lo que algunas fuentes periodísticas opinan sobre los acontecimientos del novecientos. En cuanto este apartado, nuestro interés radica en exponer testimonios de la época,

evidenciado la manera en que se manifestaban las costumbres de la oligarquía santiaguina de fines de siglo.

Para la época que enmarca al cambio de siglo y próximas al Centenario, los medios informativos dan una mirada que a lo menos se define como reducida, o de por sí insuficiente. En este caso, el acento radica en presentar actividades recreacionales de los sectores acomodados, sobre todo aquéllas relacionadas con fiestas y tertulias, aunque gran parte de estos medios se fundaban con esa finalidad, captar el desenvolvimiento social de sus congéneres:

“El periodismo, señor, en la forma que aquí lo tenemos es verdaderamente corruptor, y tal vez a él, más que a nadie, debemos la delincuencia desembozada de los de arriba y la ceguera lastimosa de los de abajo: los unos se han acostumbrado al humo de su incienso y han llegado a creerse grandes y destinados a gobernar y explotar por derecho propio; y los otros, sugestionados por ella, han adquirido el hábito de inclinarse y de considerar como seres divinos a los duros usufructuarios de sus fatigas”.³⁴⁷

Es evidente, por tanto, que en términos de contenido, las fuentes periodísticas funcionan como receptores pasivos, exponiendo las rígidas convenciones de sus participantes, en un hecho que se repite hasta la saciedad, experiencias dedicadas casi por entero a la diversión. Situación que en realidad tiene mucho sentido, la posibilidad de admirarse en una representación informativa, es una práctica que coincide con las condiciones y la mentalidad de la época. Sin embargo, bajo otra perspectiva, obliga a considerar los móviles que impulsaron esta iniciativa, puesto que, nada dice de los procesos históricos en marcha, o alguna crítica dirigida hacia el proceder de las clases encumbradas de la sociedad. En otras palabras, el curso de las opiniones vertidas en estas tribunas, remite a las bondades del quehacer oligárquico, desviando la atención respecto a los males que aquejan a la nación:

“Santiago es por ahora una ciudad alegre. Es preciso verlo en los rostros de toda esa multitud riendo que pasa, va i viene, por el centro en nuestras noches santiaguinas. Para los que llevamos la vida de los teatros, de los paseos, del

³⁴⁷ Alejandro Venegas (Dr. Valdés Canje), *Sinceridad Chile Íntimo en 1910* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ PUC/Cámara Chilena de la Construcción, 2009), 153.

centro, del portal, la perspectiva del invierno pudiera ser triste si la bella estación no tuviera otros encantos, encantos deliciosos que nosotros saboreamos lentamente sumido en el fondo de nuestros sibaríticos placeres”.³⁴⁸

Desde el punto de vista del énfasis informativo, el tono de este, cubre principalmente el arte europeo, especialmente francés, al igual que las actividades sociales de algún personaje de connotación pública, así como las reuniones en centros de interés reconocidos para los sectores elegantes, principalmente el Club Hípico y el Club de la Unión.

Publicaciones como las señaladas, dan cuenta de las actitudes que va proporcionando la oligarquía en relación con las tensiones que genera en nuestro país, y como ya se ha declarado, proceden a ignorarlas o hacer caso omiso. De este modo, las presentaciones de estos medios vienen a justificar ese vicioso estilo de vida. Son escritos que refuerzan las costumbres de la oligarquía, definiendo los límites mediante los cuales debe manifestar las prácticas del buen tono, a modo de estar al día con las modas vigentes.

Ahora bien, fuera de este semblante informativo poco y nada es posible añadir, por ejemplo, no se presentan análisis tendientes a reflexionar sobre el proceder de las autoridades políticas, tampoco hay referencias al tema de la cuestión social o reseñas concernientes a asuntos de índole económica, importan más las convicciones que escenifican miembros de la clase ociosa. Para reafirmar, importa detallar el rito de sociabilidad mundano, tanto como la figura del caballero del gran mundo, pero en ningún caso la experiencia de actores secundarios. De hecho, si se llega a mencionar algún conflicto, es tocante al desarrollo de alguna actividad de alta alcurnia, describiendo los problemas asociados a su realización:

“Las apuestas mutuas multiplicaban infinitamente el número de jugadores, complicaban la carrera hasta hacerla algo delicadísima. Todas las partidas eran malas para los que perdían, las reclamaciones lo entorpecían todo, y hasta violentas manifestaciones públicas amenazaban dañar el prestigio de la

³⁴⁸ Monocle, “*Vida Santiaguina*”, El Arte, no. 1 (junio 1900): 2.

institución. Compréndase hasta qué punto todo esto había logrado agudizar la picardía de los jinetes (rotos), los cuales, para salir con ventaja, trataban de ganarse un buen puesto en la partida, atropellando y cometiendo trampas...”³⁴⁹

Al examinar los formatos dentro de fuentes presentadas, es posible hallar secciones dedicadas a publicaciones poéticas, por ejemplo, “La Revista”, que sin ser rupturista con el ideal aristocrático, otorga cierto margen de libertad al momento de expresar algún tipo de sensibilidad personal, pero siempre bajo la lógica del buen tono. Para el caso de este medio en particular, prontamente ha de convertirse en la cuna para algunos de los más fervientes críticos del ceremonial mundano, afianzando dicha condición a pesar del legado editorial.

Como ya viéramos, si bien destacan las publicaciones informativas y artísticas, no se puede dejar de lado las entrevistas, que, por tratarse de personajes influyentes para la escena del sector acomodado de nuestro país, adquieren especial relevancia. Como ejemplo, “La Vida que Pasa” enfatiza tanto la poesía como las entrevistas de personajes importantes para el proceso de afrancesamiento. Significativo es subrayar que así como este medio, otros también diversificaban el contenido de sus publicaciones, como Zig-zag y la revista Sucesos.

De este modo, poco a poco, las publicaciones son orientadas a satisfacer la demanda del ambiente que fluye hacia el novecientos, unificando estilos antes distanciados. La evolución de los medios en circulación, nos lleva a encontrar noticias acompañadas de un retrato o pintura, seguida de una poesía. Esta integración de diversos contenidos, ilustra una posición, respecto a los requerimientos, y gustos del lector. De forma complementaria, despunta entre estas publicaciones algunas palabras dedicadas a representar la dicotomía entre la vida en el campo y la vida de ciudad:

“En Inglaterra y Francia, el gentelman-farmer habita en un castillo ó en una casa confortable y elegante, bien aereada, entre muebles cómodos, cortinajes, libros, revistas é instrumentos de música. Tiene, en torno de la casa, un

³⁴⁹“Las partidas de Pedro”, Instantáneas, Semanario Festivo, Artístico, literario y de Actualidades, no. 7 (mayo de 1900).

hermoso parque para sus paseos, con plantas, flores y esculturas finas. Eso permite á una familia vivir la mayor parte del año encerrada en el campo, sin echar de menos la vida de ciudad. Entre nosotros, diríase que hay complacencia en hacer la vida campestre lo más dura posible, sin distracciones, sin libros, sin revistas, ni caloríferos en invierno”.³⁵⁰

Esta era la manera en que, algunas crónicas, pretenden enaltecer el mundo urbano, al punto de asegurar que ese contexto provee posibilidades infinitas, capaces de compensar las penurias y el arduo esfuerzo que reclama la vida en el campo. La preeminencia de la ciudad habla de acoplarse a deseos y valores provenientes del mundo moderno, bástenos señalar, que la urbanidad generalmente aparece como elemento que funciona como un medio para descollar y movilizar a la opinión pública, habla de un significado decisivo en términos adaptativos, al menos hacia la época. Paralelamente, el horizonte vivencial campestre, fiel a sus virtudes, impone una imagen de derrota y enclaustramiento, características que no calzan con el estado de cosas vigentes, pues son más bien obstáculos para la legitimación social.

Conviene agregar, que en grandes aliados se transformaran, con el tiempo, estos medios informativos, que desde los inicios del siglo XX se modernizan y adquiere un carácter más contestatario, plegándose a las demandas que predominan en las memorias y novelas previamente aludidas.

5. Costumbres paganas.

El afrancesamiento en las actitudes, y el mirar a Europa como la vara en la cual medirse en lo general, dieron con un nuevo estilo de vida de esta clase urbana aristocrática. Es lamentable que no contemos con mayores antecedentes, sin embargo, lo hasta aquí tratado nos permite visualizar que toda esa severidad que constituía parte de un pensamiento y costumbres de alucinante superioridad, no fue más que una fachada que cayó con estas costumbres trasplantadas, lideradas por el ocio y gustos

³⁵⁰ “La Vida en el Campo”, Selecta I, no. 1 (marzo de 1909-abril de 1910).

mundanos, llámese ropa, salones, teatro, lengua, educación, el famoso viaje a París, correspondían a principios que mermaron el espíritu de comunidad e identidad de la élite en el Chile de fin de siglo.

Vemos entonces que la imagen ideal de la aristocracia conjugó las maneras del mundo y las vicisitudes sociales y económicas del país. Había un Estado, en apariencia, relativamente rico, con una fortuna que caía en manos de los sectores privilegiados, que especulaba y se deleitaba con rentas abundantes pero de naturaleza caprichosa; pocos entendieron que no solo el capital extranjero entraba raudamente y comenzaba a participar en los intereses de la elite autóctona, la definición de un estilo de vida ostentoso y derrochador de gasto desenfrenado, en realidad trajo graves penurias para la sociedad en general. El hecho es que, en su seno el cultivo de este modelo de vida prestado, requería de ajustes acorde a los esquemas de una sociedad más bien modesta y ajena a toda esta opulencia. Desde el punto de vista de las relaciones sociales, la actividad mundana identificada como buen tono, supuso ahondar en las diferencias con los sectores populares, proyectando una imagen de excelencia e exteriorizando esta condición de superioridad frente al resto.

Todas las fuentes consultadas hablan de acciones que trabajan en sinergia para engendrar este sentimiento de crisis y decadencia, pero la de mayor importancia recae, en la desvinculación de la élite con los demás sectores sociales, con espacios privilegiados para desarrollar su rito mundano y formas de sociabilidad que olvidaban el acontecer nacional. Atacar el problema llevaría unos años, la miseria estaba ahí, escondida a la vista de todos, pero era demasiado real para quien quisiera verlo y hacer algo al respecto:

“La vida inútil produjo también, ya anticipamos, efectos espirituales sobre la aristocracia. Faltándole además una imago mundi coherente –con su ética y escala de valores correlativas –, perdida aun la voluntad de poder, esa clase derivó hacia un nihilismo anímico, naufragio en el cual flotaban, como restos dispersos, prejuicios y principios sin fundamento lógico...”³⁵¹

³⁵¹ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I (Santiago, Santillana, 1981), 678.

“Podemos decir que –dada como premisa una clase alta investida del poder total, y a la vez sin un imago mundi coherente; o sea, lo sucedido aquí después de 1891 – era inevitable ciertas capas suyas se corrompiesen, se hicieran frívolas, extranjerizadas, ociosas y socialmente despreciativas, perdieran simultáneamente la riqueza, la apetencia por el poder y el liderato. Esto sucedido, el fenómeno, también en forma inevitable, suscitaría una reacción contra toda la aristocracia, justos y pecadores. Y lo mismo toda ella, y hasta los elementos críticos, se verían influidos por los vicios impugnados”.³⁵²

³⁵² Vial, “*Historia de Chile*”, 683.

V. Conclusiones.

No cabe duda que las influencias externas han sido una de las manifestaciones más interesante y que hasta el día de hoy moldean el devenir de nuestro país. Actualmente el peso es mucho mayor que el que tuvo en el siglo investigado; cuando los individuos de la sociedad solo viven para reproducir conductas que nada tienen que ver con nuestra historia reciente, mientras fijamos nuestra vista en sociedades desarrolladas e ignoramos nuestras propias raíces, entrega una importante mirada, de un cuerpo social apegado a los formalismos foráneos. Llegamos entonces a comprender que nuestra realidad no es más que una sucesión de conceptos elaborados en otras geografías, razón por la cual parte de nuestras tradiciones pierden peso. En consonancia con esta aseveración, el trauma de la historia de nuestras naciones, especialmente las latinoamericanas, es que nos encontramos desguarnecidos ante cualquier registro ideológico proveniente de occidente, de hecho, adoptamos pautas sin antes juzgar el papel de estas formas impuestas desde el mundo moderno.

En cualquier caso, a medida que el carácter de la vida de las familias prominentes y acaudaladas de la capital era readaptado a relaciones de interacción de base mundana, las costumbres chilenas adquirieron un tempo que escapa de los modelos de autoridad preestablecidos, por otra parte, fue la construcción de una sociedad cada vez más segregada, no solo al nivel de las conductas, también frente a los espacio de sociabilidad, que profundizaron una lógica excluyente. De manera similar, la aparente desviación de las relaciones a nivel colectivo, daba cuenta que la unidad de la sociedad chilena estaba organizada bajo trozos rotos, volcándose hacia la apropiación de una imagen que recombino e inscribió de manera descontrolada ritos culturales frívolos, contaminando de pleno el panorama de la vida social contemporánea.

Tomando estos cambios en consideración, la injerencia de una práctica social que válida la adopción de alternativas vitales extranjeras, tiene relación con dos hechos fundamentales: la experiencia de París, donde individuos privilegiados, identificados con esa realidad, sucumbieron ante la posibilidad de redefinir su forma de

dominación, dotando con un valor simbólico sus códigos de conducta, y el contexto particular chileno, abierto y dócil al momento de absorber estímulos foráneos. De esto se desprende, que la élite santiaguina durante la segunda mitad del siglo XIX entienda estos fenómenos como fuerzas en permanente conflicto, perfilándose entonces la reproducción de diversas iniciativas, que vienen a sellar la opción de desarrollar una identidad moderna con características propias, desvaneciendo enseguida la representación de un pasado revestido de cualidades legendarias. A fin de cuentas, se trata de una sociedad que no está a la altura del curso introspectivo que da forma a la sociedad moderna, es decir, tanto las clases altas con su actividad mundana relativa al derroche, y las clases populares, que intentan asumir un estilo de vida para confundirse con lo aristocrático, se encuentran desfasadas en relación a su par europeo. La oligarquía asume entonces un modo de ser, apegado a las tendencias dictadas desde París, en cuanto a sensibilidades y actitudes, haciendo a un lado todo el acervo cultural implícito. La crisis y decadencia enfocada desde el punto de vista de las costumbres afrancesadas demuestra la trama de una historia particular, relativa a la actitud de la élite chilena decimonónica, que pretende ser una línea de interpretación de situaciones divergentes pero enlazadas bajo una cultura dominante y una experiencia dislocada, que impone formas burguesas en un cuadro contextual periférico.

Habida cuenta de todo lo anterior, nos inclinamos por interpretar los discursos y memorias de la época, donde hemos resaltado la gravitación de la influencia francesa en las costumbres nacionales, que a la larga suponen una nueva fuente de poder en las relaciones jerárquicas dentro del mundo de las élites, situación que estuvo acompañada de un modo de ser que introduce una serie de contradicciones. Identificamos en la identidad propia de la aristocracia, pautas de sociabilidad del buen tono europeo, exaltando un modo de vida acomodado, contiguo al nuevo carácter erigido en torno al dinero, que ahora es predispuesto al derroche de utilería mundana, signo que invalida a otros sectores sociales y entroniza el sentimiento de superioridad aristocrático. Ya Baudelaire entendía esta relación cuando exponía las circunstancias del dandi, tanto a nivel de la conciencia, como de las condiciones materiales, en suma, la imagen de un individuo con grandes riquezas, ocioso y derrochador.

Si atendemos a la situación de los espacios de sociabilidad, estos también introducen prácticas sociales propias de la trama oligárquica, la capital por ejemplo, con sus zonas exclusivas tanto públicas como privadas, era el origen y destino en la vida de los habitantes más acomodados, cada área presento una fisonomía de acuerdo a una sociedad urbana cada vez más diversa y socialmente diversificada. Pero la anterior situación se complejiza si consideramos que el modelo que emplaza la élite choca con la imagen tradicional consolidada en el imaginario histórico, surgiendo entonces formas de identidad dispensadoras, y de pronto un malestar generalizado a propósito de esta readaptación con miras a emular costumbres europeas.

La propuesta, inevitablemente responde a ciertas demandas que nacen con una postura teórica basada en el binomio conceptual tradición – modernidad, fenómenos siempre en conflicto, haciendo de dicho contraste una extensión en nuestra sociedad, en términos simples, el parentesco con el universo cultural occidental creo el problema de traducción y de producción de experiencias yuxtapuestas, en una situación no siempre coherente con la realidad local, y a su vez, con la incapacidad de absorber tantos estímulos. Aunque este diagnóstico resulte sumamente conocido, la superposición de distintas capas de significados da cuenta de una parte de la conformación de la identidad chilena, acaso del carácter cultural abierto a marcos intelectuales externos, en una actitud que condiciona y hace peligrar la sobrevivencia de nuestras tradiciones.

En lo medular, la belle époque nacional representó un punto de inflexión en la compartimentación de la vida social chilena, al crear distancias insalvables entre los protagonistas de esta historia. La inusitada riqueza derivada de los prósperos años de la minería creo falsas expectativas, aunque ya la forma de apropiación de este patrimonio, entrega señales de instancias conducentes a pensar en la posibilidad de una conciencia moral desprovista de valores propios de estos sobresalientes individuos. Por paradójico que parezca, el dinero en sí no era el responsable del desarrollo de esta conciencia de crisis a la cual hacemos referencia, fue el de los oropeles que se recubrió, importa recordar que por entonces el grueso de la oligarquía nacional entraba en contacto con modos de vida de una configuración cultural muy diferente, con ello insinuamos, que tal disposición de recursos acrecentaba el riesgo de abrazar posturas

que resaltaran su ya significativa gravitación social. En cualquier caso, desde temprano la élite nacional compitió para conseguir un supuesto reconocimiento, reconocimiento que llega a través de las apariencias, y en este caso particular derivado de la experiencia foránea. En efecto, los estímulos de una realidad tan distinta a la propia, presentada como una especie de vanguardista Edén urbano, congregaba a hombres de todas las naciones, que con honda devoción acudían a su llamado. En la ciudad del futuro, expuestos a la influencia de otras costumbres, los integrantes de las más grande y antiguas familias aristocráticas inauguraban rasgos de conducta discordantes con el contexto chileno, peor aún, reproducían fragmentos de convenciones sociales definitivamente adulteradas, incompatibles con las circunstancias históricas del lugar de origen.

Está bien, acordamos que asumir dinámicas culturales ajenas no es suficiente para plantear el establecimiento de una crisis, ahora bien, la manera en que fueron remedadas involucro una serie de consecuencias en nuestro país. Sugiere una compleja dialéctica entre lo extraño y lo propio, seguido por desvíos, quiebres y mutaciones que se antojan perniciosas para el correcto funcionamiento de la vida misma, es decir, alrededor de todos los espacios y todas las personas que los ocupan, han trazado pautas que favorecen a aquellos en posición de gestionar tan ceremoniosa forma de sociabilidad. Como es de esperar, no todos los contemporáneos poseen los recursos y/o competencias para sumarse a las bondades del mundo elitario, en la práctica, priva de tener una vida social autónoma y activa a gran parte de la sociedad.

En nuestra opinión lo dicho hasta ahora plantea que la actitud de la élite del novecientos, no es solo la frivolidad de su consumo, también es la melodiosa expresión del ser, expresión como acción propia del individuo que interactúa con su entorno, rectificándose en un modo de ser que olvida el origen, donde abraza y hace suya una sensibilidad como moda, la imita sin conocer su contenido, actitud corrosiva que incita la sinuosa contradicción entre la imaginación, y un actuar que diluye el impulso de la conciencia, intensificando la tentación de maravillarse por artefactos accesorios que ocultan miedos, fenómeno que encaja con una personalidad originada por la derrota de lo espiritual y la transformación material, que finalmente distancia a una sociedad de su identidad.

VI: Bibliografía.

Artículos:

- Alvarado Marina, *Discusiones en torno al modernismo de las revistas literarias chilenas (1895-1901)*, (Universidad Católica Silva Henríquez, Anales de literatura chilena, número 17, junio 2012).

- Cid Gabriel y San Francisco Alejandro, *Nacionalismos e identidad nacional en Chile. Siglo XX* (Santiago, Centro de estudios Bicentenario, Vol. 1, 2010).

- Laclau Ernesto, *Modos de producción, sistemas económicos y población excedente, aproximación histórica a los casos chilenos y argentino* (Revista Latinoamericana de Sociología, Vol. 5, 1969).

- Pinto Jorge, *Proyectos de la elite chilena del siglo XIX (II)* (Alpha N° 27, diciembre 2008).

- San Francisco Alejandro, "El Chile del Centenario, Historia, Problemas, Posibilidades", Vol. 8, N° 1, (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, Revista de Historia de Chile y América, 2009).

- Vásquez Claudio, "Modernización", *Estudios Sociales/Corporación de promoción Universitaria ISSN0716 - 0321*, no. 83 (Trimestre 1, 1995).

- Aguilar Omar, "Sociología y Modernización", *Revista de Ciencias Sociales ISSN 0718-2740*, no. 1(2005 [citado el 15 de enero 2017] Escuela de Postgrado Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile): disponible en:

http://sociologia.uahurtado.cl/wpcontent/uploads/2012/01/Omar_Aguilar__Sociologia_y_modernizacion.pdf

- Simmel Georg, "El conflicto de la cultura moderna", REIS, no. 89 ([citado el 11 de mayo 2017] Textos clásicos): disponible en:

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/250170.pdf>

Libros y Memorias:

Libros:

- Balzac, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, *El gran libro del dandismo* (Buenos Aires, Mardulce, 2013).

- Barros Luis y Vergara Ximena, *El Modo de Ser Aristocrático, El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Santiago, Ariadna Ediciones, 2007).

- Belloc Hilarie, *La Crisis de Nuestra Civilización* (Buenos Aires, Ed. Latinoamericana, 1961).

- Bergson Henri, *MATERIA Y MEMORIA: Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu* (Buenos Aires, Cactus, 2006).

- Berman Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad* (México, D.F, Siglo veintiuno editores, 2003).

- Bruner Juan José y Catalán Carlos, *Cinco Estudios Sobre Cultura y Sociedad* (Santiago, Flacso, 1984).

- Burckhardt Jacob, *Reflexiones Sobre la Historia Universal* (México, F.C.E, 1961).

- Calinescu Matei, *Cinco caras de la modernidad: Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo* (Madrid, Editorial Tecnos, 2003).

- Campra Rosalba, *América Latina: La Identidad y la Máscara* (México D.F., Siglo XXI Editores, 1998).

- Cánepa Guzmán Mario, *El Teatro Municipal en sus 125 años de Sufrimiento y Esplendor* (Santiago, Editorial Artimpres, 1985).

- Corvalán Luis, *Centenario y Bicentenario los textos críticos* (Santiago, Editorial USACH, 2012).

- Croce Benedetto, *Estética* (Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1969).

- Egaña María Loreto: *La Educación Primaria Popular En el Siglo XIX en Chile: una práctica de política estatal*, (Santiago, LOM Ediciones, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2000).

- Ferrater Mora José, *El Hombre en la Encrucijada* (Buenos Aires, Sudamericana, 1952).

- Franco Jean, *La Cultura Moderna en América Latina* (México D.F., Editorial Grijalbo S.A., 1985).

- Gazmuri Cristián, *El Chile del Centenario: Los Ensayistas de la Crisis* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001).

- García Néstor, *Culturas Híbridas, Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México, D.F, Grijalbo, 1990).

- González Francisco Javier, *Aquello Años Franceses 1870 – 1900, Chile en la Huella de Paris* (Santiago de Chile, Taurus, 2003).

- González Marcial, *Estudios Económicos* (Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1889).

- Gramsci Antonio, *Pasado y Presente* (Barcelona, España, Granica Editor S.A, 1977).

- Heise Julio, *El periodo Parlamentario 1861-1925* (Santiago, Editorial Universitaria, 1982).

- Le Goff Jacques, *Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso* (Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A, 2005).

- Melfi Domingo, *El viaje literario* (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1945).

- Ovalle Francisco Javier, *Mis pensamientos sobre el Club de Señoras de Santiago de Chile* (Santiago, Escuela Tip. "La Gratuidad Nacional", 1918).
- Rama Ángel, *Las Máscaras Democráticas del Modernismo* (Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1985).
- Reyes Soledad, *Chile en 1910, una mirada cultural de su Centenario* (Santiago, Ed. Sudamericana).
- Subercaseaux Bernardo, *Historia de las y de la Cultura en Chile*, (Santiago, Editorial Universitaria, 1997 - 2004).
- Vial Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen I (Santiago, Editorial Santillana del Pacífico S.A., 1981).
- Vial Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen II (Santiago, Editorial Santillana del Pacífico S.A., 1983).
- Vicuña Manuel: *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, (Santiago, Ed. Sudamericana, 2001).

Memorias:

- Balmaceda Valdés Eduardo, *Del presente y del pasado: crónicas, recuerdos, historia* (Santiago de Chile, Ercilla, 1941).
- Balmaceda Valdés Eduardo, *Un Mundo que se fue...* (Santiago de Chile, editorial Andrés Bello 1969).
- Barros de Orrego Martina, *Recuerdos de mi Vida* (Santiago, Orbe editores, 1942).
- Cifuentes Abdón, *Memorias*, Tomo I (Santiago, Nascimento, 1936).

- D'Halmar Augusto, *Recuerdos Olvidados* (Santiago, Editorial Nascimento, 1975).

- Díaz Arrieta Hernán (Alone), *Pretérito Imperfecto <memorias>* (Santiago, editorial Nascimento, 1976).

- Díaz Arrieta Hernán (Alone), *Memorialistas Chilenos* (Santiago, Editorial Zig – Zag, 1960).

- Edwards Bello Joaquín, *Crónicas del Centenario* (Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1968).

- Echeverría Bello Inés, *Memorias de Iris 1899 – 1925* (Santiago, Aguilar chile de edición S.A., 2005).

- Edwards Bello Joaquín, *Crónicas del tiempo viejo* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976).

- Orrego Luco Luis, *Memorias del Tiempo Viejo* (Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1984).

- Palacios Nicolás, *Raza Chilena, libro escrito por un chileno y para los chilenos* (Santiago de Chile, Ediciones Colchagua, 1987).

- Pinochet Tancredo, *La Conquista de Chile en el Siglo XX* (Santiago de Chile, La Ilustración, 1909).

- Silva Vildósola Carlos, *Retratos y recuerdos* (Santiago, Editorial Zig – Zag, 1936).

- Subercaseaux Blanca, *Amalia Errázuriz de Subercaseaux* (Padre las casas, Editorial San Francisco, 1934).

- Subercaseaux Julio, *Reminiscencias* (Santiago, Editorial Nascimento, 1976).

- Subercaseaux Pedro, *Memorias* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1962).

- Undurraga Francisco, *Recuerdos de 80 años (1855 – 1934)* (Santiago, Imprenta El Imparcial, 1943).

- Subercaseaux, Ramón *Memorias de ochenta años* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936).
- Venegas Alejandro (Dr. Valdés Canje), *Sinceridad Chile Íntimo en 1910* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ PUC/Cámara Chilena de la Construcción, 2009).
- Vicuña Alejandro, *Crónicas de un Pimiento* (Santiago, Editorial Tegalda, 1947).

Novelas y Medios Periodísticos de la Época:

Novelas:

- Blest Gana Alberto, *Los Trasplantados* (Paris, Garnier Hermanos, 1904).
- Fraga Ventura, *Krach!* (Valparaíso, Impr. Gillet, 1903).
- Gatica Tomás, *La Cachetona* (Santiago, Talleres de la Empresa Zig-zag, 1913).
- Hederra Concha Francisco, *El Tapete Verde* (Talca, Editorial Universidad de Talca, 2004).
- Lathrop Carlos Segundo, *Sara Bell o una Víctima de la Aristocracia* (Santiago, Centro Editorial Calle de la Bandera, 1896).
- Orrego Luco Luis, *Casa Grande* (Santiago, Zig-zag Editores, 1908).
- Orrego Luco Luis, *Un Idilio Nuevo, Escenas de la vida en Chile*, (Santiago, Talleres de la Empresa Zig-zag, 1913).
- Palacios Senén, *Hogar Chileno* (Santiago, Editorial Nascimento, 1927).
- Subercaseaux Benjamín, *Daniel niño de lluvia* (Santiago, Ercilla, 1945).

Periódicos de la Época:

- Revista Selecta I, no. 1 (marzo de 1909-abril de 1910).

- Instantáneas, Semanario Festivo, Artístico, literario y de Actualidades, no. 7 (mayo de 1900).

- El Arte, no. 1 (junio 1900).